



**MONKTON
EL LOCO**

WILKIE COLLINS



ILUSTRADO POR
FIDEL MARTÍNEZ

Lectulandia

Encabezada por *Monkton el loco*, los cuentos reunidos en esta antología de Wilkie Collins, autor coetáneo y amigo personal de Charles Dickens —no en vano, fue al autor de *Oliver Twist* a quien le debe haberse dado a conocer popularmente—, tienen en común un tono socarrón, que en ocasiones tiende incluso a lo paródico, y un marcado acento cotidiano.

En sus páginas se puede apreciar el instinto de Collins para el suspense y su habilidad para alargar, retorcer, hilvanar y reinventar sus enrevesadas tramas, que le hicieron merecedor de elogio y admiración por parte de autores tan dispares como T. S. Eliot o Jorge Luis Borges, quien le tenía por el «maestro de la intriga».

Unos relatos a los que Fidel Martínez se ha acercado con respeto y pasión, a partes iguales, para regalarnos unas ilustraciones con evocadores trazos negros y grises sobre blanco que, aunque remiten a maestros del dibujo como Alberto Breccia o José Muñoz, demuestran una manifiesta personalidad propia.

Lectulandia

Wilkie Collins

Monkton el loco y otros cuentos

ePub r1.0

Oxobuco 16.12.14

Monkton el loco

Título original: *Mad Monkton*, 1855

Una cama terriblemente extraña

Título original: *A Terribly Strange Bed*, 1852

La señorita Jéromette y el clérigo

Título original: *Miss Jeromette And The Clergyman*, 1875

La señora Zant y el fantasma

Título original: *Mrs. Zant And The Ghost*, 1879

¡Revienta con el bergantín!

Título original: *Blow Up With The Brig!*, 1859

La mujer del sueño

Título original: *The Dream Woman*, 1855

La mano muerta

Título original: *The Dead Hand*, 1857

Wilkie Collins, 1852-1879

Traducción: Óscar Palmer

Ilustraciones: Fidel Martínez

Editor digital: Oxobuco

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

MONKTON EL LOCO

I

Los Monkton de la abadía de Wincot no tenían excesiva fama de sociables en nuestro condado. Nunca acudían de visita a las casas de otras familias y nunca recibieron bajo su propio techo a nadie que no fuese mi padre o una dama y su hija que vivían cerca de su residencia.

Sin duda eran orgullosos, y sin embargo no era el orgullo, sino el temor, lo que los mantenía apartados de sus vecinos. La familia había padecido durante generaciones un horrible caso de locura hereditaria, y sus miembros se mostraban reacios a pasear su desgracia frente a otros, tal y como tendrían que haberla expuesto de haberse entremezclado con el ajetreado mundo que los rodeaba. Existe una terrible historia acerca de un crimen cometido hace mucho tiempo por dos Monkton, un acontecimiento que pareció preceder al primer caso de locura; pero no será necesario sobresaltar a nadie relatándolo aquí. Baste decir que, a intervalos, casi todas las formas conocidas de demencia se manifestaron en diversos miembros de la familia, siendo la monomanía su expresión más frecuente. Fue a través de mi padre como tuve noticia de estos hechos, y también de un par más que aún tengo que relatar.

Durante mi juventud ya no quedaban sino tres Monkton en la abadía: el señor y la señora Monkton, y su hijo, Alfred, el heredero de la propiedad. El otro representante vivo de esta rama, la más antigua de la familia, era el hermano pequeño del señor Monkton, Stephen. Era este un hombre soltero, y en posesión de una estimable finca en Escocia, pero vivía casi de continuo en el continente y tenía reputación de libertino y desvergonzado. La familia de Wincot mantenía con él casi tanto contacto como con sus vecinos.

Ya he mencionado a mi padre, y a una dama y a su hija, como los únicos privilegiados a los que se les permitía el acceso a la abadía de Wincot.

Mi padre había sido un viejo compañero de instituto y universidad del señor Monkton, y el azar los había unido con tanta frecuencia en su vida posterior que su intimidad era completamente comprensible. Para lo que ya no estoy tan capacitado es para describir los términos amistosos en los que la señora Elmslie (la dama a la que he aludido) se relacionaba con los Monkton. Su fallecido esposo había sido pariente lejano de la señora Monkton, y mi padre era el tutor de su hija. Pero estas demostraciones de amistad y respeto nunca me parecieron lo suficientemente intensas como para explicar la intimidad entre la señora Elmslie y los ocupantes de la abadía. Sin embargo, ciertamente compartían una intimidad y, a su debido tiempo, el constante intercambio de visitas entre las dos familias acabó por dar sus frutos: el hijo del señor Monkton y la hija de la señora Elmslie se sintieron mutuamente atraídos.

Yo no tuve oportunidad de ver muy a menudo a la joven; únicamente la recuerdo en aquel entonces como una chica delicada, dulce y agradable. Exactamente el polo opuesto en apariencia, y al parecer también en carácter, de Alfred Monkton. Pero quizá fuera esa una de las razones por las cuales se enamoraron. La atracción entre ambos pronto fue descubierta y aprobada por sus padres. En todos los puntos esenciales, excepto el de la riqueza, los Elmslie podían compararse perfectamente con los Monkton, y para el heredero de Wincot la necesidad de que la novia recibiera una buena dote resultaba del todo irrelevante. Era de conocimiento común que, a la muerte del señor Monkton, Alfred recibiría un estipendio de treinta mil libras anuales.

De este modo, aunque los padres de ambas partes coincidieron en que los jóvenes aún no eran lo suficientemente mayores para casarse de inmediato, no vieron razón alguna por la que Ada y Alfred no pudieran comprometerse, con el entendimiento de que no se unirían en matrimonio hasta que el joven Monkton cumpliera la mayoría de edad, algo para lo que aún faltaban dos años. Mi padre, en calidad de tutor de Ada, fue la única persona con la que las dos familias consultaron el asunto. Él sabía que la desgracia de la familia de la abadía se había manifestado hacía algunos años en la señora Monkton, que era prima de su esposo. La *enfermedad*, tal y como se la aludía en nuestro círculo, había conseguido paliarse gracias a un cuidadoso tratamiento, y había sido dada por superada. Pero mi padre no iba a dejarse engañar. Sabía perfectamente que la corrupción hereditaria seguía acechando; contemplaba con horror la más que probable posibilidad de que algún día reapareciera en la prole de la única hija de su amigo, y se negó sin contemplaciones a dar su consentimiento al compromiso.



El resultado fue que se le cerraron tanto las puertas de la abadía como las puertas de la casa de la señora Elmslie. Poco tiempo después de aquella interrupción de su amistad, la señora Monkton murió. Su marido, que se sentía muy próximo a ella, cogió un violento catarro mientras asistía a su funeral. El catarro no fue tratado adecuadamente y le afectó a los pulmones. En apenas un par de meses siguió a su esposa a la tumba, y Alfred quedó en posesión de la enorme y vieja abadía y de todos los terrenos que se extendían a su alrededor.

En aquel momento, la señora Elmslie tuvo la poca delicadeza de empeñarse por segunda vez en que mi padre diera su consentimiento a la boda. Él volvió a negarse de un modo más enérgico aún que en la primera ocasión. Pasó más de un año. El momento en que Alfred alcanzaría la mayoría de edad se aproximaba con rapidez. Yo regresé de la universidad para pasar las vacaciones en casa e hice algunos avances destinados a mejorar mi relación con el joven Monkton.

Mis avances fueron rechazados. Con completa corrección, cierto; pero, aun así, de un modo tal que sugería claramente que me guardara de volver a intentar ofrecerle mi amistad. Cualquier disgusto que hubiera podido sentir a causa de aquel mezquino rechazo quedó borrado de mi mente debido a una verdadera desgracia que acaeció en el seno de mi familia. Hacía ya algunos meses que la salud de mi padre se había ido deteriorando, y, precisamente en el momento al que estoy haciendo referencia, sus hijos tuvieron que lamentar la irreparable calamidad que supuso su muerte.

Debido a alguna informalidad o error en el testamento del difunto señor Elmslie, esta contingencia dejó el futuro de Ada enteramente a disposición de su madre. La consecuencia fue la inmediata ratificación del compromiso matrimonial al que con tanta vehemencia se había opuesto mi padre. Tan pronto como el acontecimiento se anunció públicamente, algunos de los amigos más cercanos de la señora Elmslie, que estaban al tanto de los sucesos referentes a la familia Monkton, se aventuraron a intercalar entre sus felicitaciones formales una o dos referencias a la difunta señora Monkton y a la disposición de su hijo.



La señora Elmslie recibió siempre estas educadas indirectas con una única y enérgica respuesta: primero, admitía la existencia de aquellos rumores sobre los Monkton que sus amigos se resistían a especificar; después, declaraba que no se trataba sino de infames calumnias. Hacía generaciones que la corrupción hereditaria había desaparecido de la familia. Alfred era el mejor, el más amable y el más cuerdo de todos los seres humanos. Amaba el estudio y la soledad; Ada simpatizaba con sus gustos y había hecho su elección de modo imparcial; si alguien volviese a pronunciar en voz alta alguna indirecta que pudiera implicar que su madre estuviese sacrificándola al entregarla en matrimonio, tal indirecta sería tomada como un insulto personal hacia ella, pues poner en duda su afecto por Ada sería una monstruosidad. Aquel modo de hablar silenció a la gente, pero no la convenció. Empezaron a sospechar lo que de hecho no era sino la auténtica verdad, que la señora Elmslie era una mujer egoísta, materialista y codiciosa, que quería casar bien a su hija, sin que le importaran las consecuencias mientras pudiese ver a Ada convertida en la señora de la mayor posesión del condado.

En todo caso, pareció como si la fatalidad conspirara para evitar que la señora Elmslie consiguiese el que era su mayor objetivo en la vida. Apenas acababa de desaparecer, debido a la muerte de mi padre, el primer obstáculo a la mal predestinada boda, cuando le sucedió otro, en forma de ansiedad y males causados por la delicada salud de Ada. Aunque fueron muchos los doctores consultados, todos coincidieron en aconsejar que el matrimonio debía aplazarse, y que la señorita Elmslie debía abandonar Inglaterra por un tiempo y residir en un clima más templado, el sur de Francia, si no recuerdo mal. De este modo, justo antes de que Alfred fuera declarado mayor de edad, Ada y su madre partieron hacia el continente, por lo que entendimos que la unión entre los dos jóvenes había quedado pospuesta indefinidamente.

En la vecindad se despertó cierta curiosidad por lo que haría Alfred Monkton vistas las circunstancias. ¿Acaso seguiría a su amada? ¿Iría de regatas? ¿Abriría por fin las puertas de la vieja abadía de par en par y se propondría olvidar la ausencia de Ada y el retraso de su boda mediante un sinfín de festividades? No hizo nada de eso. Sencillamente permaneció en Wincot, llevando un modo de vida tan sospechosamente extraño y solitario como el que había seguido su padre antes que él. Literalmente, no tenía más compañía en la abadía que la del viejo sacerdote que había sido su tutor desde la más tierna infancia (debería haber mencionado con anterioridad que los Monkton eran católicos romanos). Cumplió la mayoría de edad, y en Wincot ni siquiera se organizó una pequeña cena privada para celebrar el evento. Las familias del vecindario decidieron olvidar la ofensa que les había hecho su padre mediante su reserva, y le invitaron a sus casas. Las invitaciones fueron rechazadas educadamente. Uno tras otro, todos los visitantes que llamaron con resolución a las puertas de la abadía se vieron rechazados con la misma resolución tan pronto como hubieron dejado sus tarjetas de visita. A causa de esta combinación de actitud siniestra y

agravante, las gentes de los alrededores empezaron a agitar misteriosamente las cabezas cada vez que se mencionaba el nombre del señor Alfred Monkton, mientras aludían a la desgracia familiar y se preguntaban malhumoradamente, o con tristeza, según les inclinase su temperamento, qué sería lo que podría ocuparle mes tras mes en aquella solitaria y vieja casa.

La respuesta correcta a este interrogante no fue fácil de descubrir. Resultaba completamente inútil, por ejemplo, preguntarle al sacerdote al respecto. Se trataba de un viejo caballero, correcto y silencioso, cuyas respuestas siempre eran excesivamente comedidas y educadas; pero, aunque parecían acarrear una inmensa cantidad de información, todo el mundo observó que cuando se reflexionaba sobre las mismas nada tangible podía extraerse de ellas. El ama de llaves, una extraña anciana de modales abruptos y repelentes, era demasiado fiera y taciturna para ser interrogada sin riesgos. Los pocos sirvientes que había en la casa llevaban con la familia el tiempo suficiente como para haber aprendido a mantener por lo general sus bocas cerradas en público. Solo a través de los labriegos que abastecían la mesa de la abadía se pudo obtener alguna información; información que por otra parte resultó ser excesivamente vaga.

Algunos de ellos habían observado al «joven señor» recorriendo la biblioteca con montones de papeles polvorientos entre las manos. Otros habían oído ruidos extraños en las zonas deshabitadas de la abadía, habían mirado hacia arriba, y le habían visto forcejeando con las viejas ventanas, como si quisiera que el aire y la luz penetraran en unas habitaciones que se habían supuesto cerradas durante años y años; o le habían descubierto peligrosamente erguido sobre la cumbre de una de las torretas semiderruidas, a las que, que se recordara, nunca nadie había subido con anterioridad, debido a que popularmente se las consideraba habitadas por los fantasmas de los monjes que en el pasado fueron los propietarios del edificio. El resultado de estas observaciones y descubrimientos, una vez extendidos por la comarca, fue por supuesto la instauración de la firme creencia de que el «pobre joven Monkton estaba siguiendo el mismo camino que el resto de la familia había transitado antes que él». Opinión que siempre pareció verse refrendada en la mente popular con la convicción (fundada en ninguna prueba en concreto) de que era el sacerdote quien estaba detrás de toda aquella maldad.

Hasta aquí he hablado a partir de anécdotas que me fueron contadas. Lo que voy a narrar ahora es el resultado de mi propia experiencia.

II

Unos cinco meses después de que Alfred Monkton se hiciera mayor de edad, yo

abandoné la universidad y decidí distraerme e instruirme un poco viajando al extranjero.

Cuando abandoné Inglaterra, el joven Monkton aún practicaba su vida de recluso en la abadía, y estaba, en opinión de todo el mundo, hundiéndose rápidamente, si es que no había sucumbido ya del todo, en la maldición hereditaria de su familia. En cuanto a las Elmslie, los informes decían que la salud de Ada se había beneficiado de su viaje, y que, por tanto, madre e hija se encontraban ya de camino hacia Inglaterra con la intención de restablecer los lazos con el heredero de Wincot. Antes de su regreso, yo ya había iniciado mis viajes para dedicarme a vagabundear por media Europa sin apenas planear de antemano las rutas que iba a seguir. La casualidad que me había guiado hasta entonces me llevó de igual modo hasta Nápoles. Allí me encontré con un viejo compañero de instituto, que era uno de los *attachés* de la embajada británica. Y también allí comenzaron los extraordinarios hechos conectados con Alfred Monkton que forman el núcleo principal de la historia que ahora les estoy relatando.



Una mañana, mientras estaba perdiendo perezosamente el tiempo con mi amigo el *attaché* en los jardines de Villa Reale, fuimos adelantados por un joven que caminaba solo y que intercambi6 un saludo con mi acompa1ante.

Pens6 que hab6 reconocido los ojos oscuros y ansiosos, las mejillas descoloridas, y la expresi6n nerviosa y extra1amente vigilante que recordaba como caracter6stica del rostro de Alfred Monkton, y estaba a punto de preguntarle a mi amigo sobre el tema, cuando se me adelant6 revel6ndome la informaci6n que me interesaba.

—Es Alfred Monkton —dijo—. Viene de tu parte de Inglaterra. Deber6as conocerle.

—Le conozco un poco —respond6—. La 6ltima vez que estuve en la comarca de Wincot estaba prometido con la se1orita Elmslie. ¿Se ha casado por fin?

—No. Y nunca deber6 hacerlo. Ha seguido los pasos de toda su familia. O, dicho claramente, se ha vuelto loco.

—¡Loco! Aunque no deber6 sorprenderme al o6rte pronunciar esas palabras despu6s de lo que se dec6a de 6l en Inglaterra.

—Yo no hablo a partir de rumores. Hablo a partir de lo que ha dicho y hecho en mi presencia, y en presencia de otros cientos de personas. ¿Habr6s o6do hablar de ello, supongo?

—En absoluto. Hac6a meses que no recib6a noticias ni de N6poles ni de Inglaterra.

—Entonces tengo que contarte una historia extraordinaria. Por supuesto, ya sabr6s que Alfred ten6a un t6o, Stephen Monkton. Pues bien, hace tiempo, este t6o se bati6 en duelo en los estados romanos con un franc6s que le mat6 de un tiro. Supuestamente, tanto los testigos como el franc6s (que result6 ileso) huyeron en distintas direcciones. Aqu6 no nos enteramos de ning6n detalle sobre el duelo hasta que, un mes m6s tarde, uno de los diarios franceses public6 un informe al respecto, a partir de unos papeles dejados por el testigo de Monkton, que acababa de morir en Par6s afectado por la tisis. Aquellos papeles revelaban el modo en el que se hab6a celebrado el duelo y cu6l hab6a sido su desenlace, pero nada m6s. El segundo testigo y el franc6s han permanecido en el anonimato desde entonces. Por lo tanto, todo lo que sabemos acerca del duelo es que Stephen Monkton recib6 un disparo; algo de lo que nadie podr6a lamentarse, puesto que jam6s existi6 un canalla m6s grande. El lugar exacto en que muri6, y qu6 se hizo despu6s con el cad6ver, son misterios que no tienen posibilidad de desvelarse.

—¿Pero qu6 tiene que ver todo esto con Alfred?

—Espera un momento y lo sabr6s. Poco despu6s de que las noticias sobre su t6o llegaran hasta Inglaterra, ¿qu6 crees que hizo Alfred? Cancel6 sus esponsales con la se1orita Elmslie, a punto de celebrarse en aquel entonces, para poder venir aqu6 a buscar la tumba de ese granuja desgraciado que ten6a por t6o. Y ning6n poder terrenal ser6 capaz de inducirle a regresar a Inglaterra y a la se1orita Elmslie, hasta que haya encontrado el cad6ver y pueda llev6rselo consigo para enterrarlo con todos los dem6s Monkton en la c6mara mortuoria que hay bajo la capilla de la abad6a de Wincot.

Durante los tres últimos meses ha derrochado su dinero, ha importunado a la policía, y se ha expuesto al ridículo frente a los hombres y a la indignación de las mujeres, intentando conseguir su loco propósito, y actualmente se encuentra tan lejos de cumplirlo como cuando llegó. No ha sido capaz de explicarle a nadie el más mínimo motivo para su conducta. No puedes reírte de él, ni tampoco razonar. Por pura casualidad, me he enterado de que en estos momentos, justo cuando nos lo hemos cruzado, se dirige a la oficina del ministro del Interior para intentar convencerle de que envíe nuevos agentes a investigar e interrogar a lo largo y ancho de los estados romanos, en busca del lugar en el que dispararon a su tío. Y escúchame bien: durante todo este tiempo ha declarado una y otra vez estar apasionadamente enamorado de la señorita Elmslie, y sentirse completamente miserable a causa de su separación. ¡Qué te parece eso! Piensa después que esa separación se la ha autoimpuesto él mismo para venir aquí a perseguir los restos de un granuja que era toda una desgracia para la familia, y al que no vio en más de dos ocasiones en su vida, y dime si de entre todos los «locos Monkton», como los suelen llamar en Inglaterra, no es Alfred el más demente. En realidad, se ha convertido en nuestra principal atracción en esta aburrida temporada de ópera; aunque, por mi parte, cada vez que pienso en esa pobre chica en Inglaterra, me siento más predispuesto a despreciarle que a reírme de él.

—¿Conoces a las Elmslie, entonces?

—Íntimamente. El otro día mi madre me escribió desde Inglaterra, tras haberle hecho una visita a Ada. Esta escapada de Monkton ha ofendido gravemente a todos sus amigos. Deben de haber estado intentando convencerla de que rompiera su compromiso, pues parece que tiene derecho a hacerlo si así lo deseara. Incluso su madre, sórdida y egoísta como es, se ha visto obligada al fin, por decencia y sentido común, a ponerse del lado del resto de la familia; pero la buena y fiel muchacha no quiere traicionar a Monkton. Le quita hierro a su locura, dice que le dio una buena razón, en secreto, para marcharse; y dice que siempre podrá hacerle feliz cuando vuelvan a estar juntos en la vieja abadía, y más feliz aún cuando se hayan casado; en resumen, que le ama apasionadamente y que por lo tanto le creerá hasta el final. Nada puede convencerla de lo contrario; está dispuesta a entregarle su vida, y así lo hará.

—Espero que no. Por más que su conducta nos pueda parecer demente, imagino que se deberá a alguna razón lógica, aunque no seamos capaces de imaginarla. ¿Parece tener problemas mentales cuando charla sobre tópicos ordinarios?

—En absoluto. Cuando consigues que diga algo, lo cual no sucede muy a menudo, habla como un hombre sensible y bien educado. Mantén silencio sobre su preciosa búsqueda, y le considerarás el más gentil y templado de los seres humanos. Pero toca el tema de su tío vagabundo y verás aflorar de inmediato la locura de los Monkton. La otra noche, una dama le preguntó, bromeando por supuesto, si había visto el fantasma de su tío. Él la contempló como si fuera un perfecto demonio, y dijo que algún día tanto él como su tío le contestarían juntos, aunque tuvieran que volver desde el infierno para hacerlo. Todos nos reímos al oír sus palabras, pero la dama se

desmayó ante su mirada y en consecuencia tuvimos una pequeña escena de histerismo y agitación. Cualquier otro hombre habría sido sacado a patadas de la sala por haberle dado un susto casi de muerte a una mujer hermosa; pero «Monkton el loco», tal y como le hemos bautizado aquí, es un lunático privilegiado en la sociedad napolitana, porque es inglés, es atractivo, y además recibe treinta mil libras al año. Acude a todas partes creyendo que existe la posibilidad de encontrar a alguien que hubiera sido depositario del secreto sobre el lugar en el que se celebró el misterioso duelo. Si te lo presentan, puedes estar seguro de que te lo preguntará aunque no sepas nada al respecto; pero guárdate de seguir tratando el tema después de que le hayas respondido, a menos que quieras asegurarte de sacarle de sus casillas. En ese caso, solo hablará de su tío, y el resultado estará lejos de satisfacerte.

Un día o dos después de haber mantenido esta conversación con mi amigo el *attaché*, me encontré con Monkton en una fiesta nocturna.

En el momento en que oyó mencionar mi nombre, su rostro se ruborizó. Me condujo hasta un rincón apartado y, refiriéndose a la frialdad con la que había recibido hacía algunos años mi oferta de establecer una relación amistosa, me pidió perdón por lo que él mismo calificó de «una inexcusable ingratitud», con una seriedad y un nerviosismo que me tomaron completamente por sorpresa. Su siguiente paso fue, tal y como ya me había avisado mi amigo, preguntarme al respecto del lugar en el que se habría celebrado el misterioso duelo.

Mientras me interrogaba, un cambio extraordinario se produjo en su persona. En lugar de mirarme directamente a la cara, como habían hecho hasta aquel momento, sus ojos se fijaron intensamente, casi con fiereza, bien en una pared completamente desnuda que nos flanqueaba o bien en el espacio vacante que se extendía entre la pared y nosotros mismos (imposible decirlo con seguridad). Yo acababa de llegar a Nápoles en un barco procedente de España, y así se lo expliqué brevemente, pues me pareció el mejor modo de indicarle satisfactoriamente que no podría serle de ninguna ayuda. Él no insistió, y yo, teniendo en cuenta la recomendación de mi amigo, procuré llevar la conversación hacia temas generales. Volvió a mirarme directamente y, durante todo el tiempo que permanecimos en nuestro rincón, sus ojos no volvieron a vagabundear hacia la desnuda pared o hacia el espacio vacante que había a nuestro lado.

Aunque siempre más dispuesto a escuchar que a hablar, su conversación, cuando surgía, no exhibía el más mínimo rastro de locura. Evidentemente, había leído mucho, no de un modo generalista sino en profundidad, y era capaz de aplicar sus lecturas con singular felicidad a modo de ilustración de casi cualquier tema en discusión, sin interponer sus conocimientos de un modo absurdo, ni ocultarlos con afectación. Sus modales eran en sí mismos toda una protesta contra un apodo como el de «Monkton el loco». Era tan tímido, tan callado, tan tranquilo y amable en todos sus actos que a veces uno podría haberse visto inclinado incluso a calificarle de afeminado. Mantuvimos una larga charla durante aquella primera noche; después, nos

vimos a menudo, y nunca dejamos pasar una sola oportunidad de irnos conociendo mejor. Sentí que había adquirido cierto gusto por mi compañía y, a pesar de lo que había oído acerca de su comportamiento para con la señorita Elmslie, a pesar de las sospechas que su historial familiar y su propia conducta habían despertado, «Monkton el loco» empezó a gustarme tanto como yo le gustaba a él. Más de una vez cabalgamos en silencio por el campo, y a menudo navegamos recorriendo las orillas de la bahía por ambos extremos. De no ser por dos incomprensibles excentricidades en su conducta, pronto me habría sentido tan a gusto en su compañía como si se tratara de mi propio hermano.

La primera de aquellas excentricidades consistió en la reaparición ocasional de aquella extraña expresión en sus ojos, que había visto por primera vez cuando me había preguntado si sabía algo sobre el duelo. No importaba de qué estuviéramos hablando o dónde estuviéramos; había ocasiones en las que de repente apartaba la mirada de mi rostro, ora a un lado ora al otro, pero siempre hacia un lugar en el que no había nada que ver, y siempre con la misma intensidad y fiereza en sus ojos. Aquello se asemejaba tanto a la locura (o por lo menos a la hipocondría) que me daba miedo preguntarle al respecto y siempre fingía no haberme dado cuenta.

La segunda peculiaridad en su conducta fue que, mientras estuvo en mi compañía, nunca hizo una sola referencia a los comentarios despertados por su búsqueda en Nápoles, y no habló ni en una sola ocasión ni de la señorita Elmslie ni de su vida en la abadía de Wincot. Aquello no solo me sorprendió, sino que además asombró a todos aquellos que habían notado nuestra intimidad y que se habían convencido de que yo debía de ser el depositario de todos sus secretos. Pero ya se acercaba el momento. Aquel misterio, y también algunos otros cuya existencia ni siquiera había sospechado hasta entonces, estaban a punto de ser revelados.

Una noche me encontré con él, en un gran baile organizado por un noble ruso cuyo nombre no pude pronunciar entonces y soy completamente incapaz de recordar ahora. Me había ido alejando paulatinamente del recibidor, la sala de baile y el salón de cartas, hasta llegar a una pequeña habitación (medio invernadero, medio *boudoir*) situada a un extremo del palacio y bellamente iluminada para la ocasión mediante lámparas chinas. Cuando entré no había nadie. La vista sobre el Mediterráneo, bañado en la brillante apacibilidad de la luna italiana, era tan encantadora que permanecí largo tiempo junto a la ventana, contemplándola mientras escuchaba la música que me llegaba débilmente desde el salón de baile. Mis pensamientos se encontraban lejos de mí, junto a los amigos que había dejado en Inglaterra, cuando me sobresalté al oír mi nombre suavemente pronunciado.

Me volví de inmediato y vi a Monkton de pie en la habitación. Una lívida palidez se había adueñado de su rostro, y sus ojos se apartaban continuamente de mí con aquella misma extraordinaria expresión a la que ya he aludido.

—¿Le importaría abandonar el baile un poco más pronto esta noche? —preguntó sin mirarme aún.

—En absoluto —dije yo—. ¿Puedo hacer algo por usted? ¿Se encuentra mal?

—No. O al menos no es nada de lo que merezca la pena hablar. ¿Podría venir a verme a mis habitaciones?

—Ahora mismo, si quiere.

—No, ahora mismo no. Yo debo acudir de inmediato, pero no hace falta que venga usted hasta dentro de media hora. Ya sé que no ha estado con anterioridad en mi casa, pero la encontrará con facilidad, está cerca de aquí. Aquí tiene una tarjeta con mi dirección. *Debo* hablar con usted esta noche; mi vida depende de ello. ¡Le ruego que acuda! ¡Por el amor de Dios, venga en cuanto haya pasado la media hora!

Prometí ser puntual y me abandonó de inmediato.

La mayoría de ustedes podrá imaginarse con facilidad el estado de nerviosa impaciencia y vaga expectación en el que pasé el periodo de espera requerido, tras haber oído palabras como las que me había dirigido Monkton. Antes de que la media hora hubiera expirado del todo, empecé a abrimme paso a través del salón de baile.

En el descansillo de la escalera me encontré con mi amigo el *attaché*.

—¡Cómo! ¿Ya te vas? —dijo.

—Sí, y me dirijo hacia un curioso encuentro. Voy a las habitaciones de Monkton por expresa invitación suya.

—¡No será verdad! Por mi honor, que eres un hombre osado al atreverte a encontrarte a solas con Monkton en plena noche de luna llena.

—Está enfermo, el pobre. Además, no le creo ni la mitad de loco de lo que le crees tú.

—No discutiremos por eso; pero acuérdate de lo que voy a decirte. No te ha pedido que vayas a un lugar en el que ningún otro visitante ha sido admitido con anterioridad sin un propósito especial. Estoy seguro de que esta noche vas a oír o a ver algo que recordarás durante el resto de tu vida.

Nos despedimos. Cuando llamé a la puerta del patio de la casa en la que vivía Monkton, recordé las últimas palabras de mi amigo; y, aunque me había reído de él cuando las había pronunciado, empecé a sospechar que su predicción estaba a punto de cumplirse.

III

El portero que me abrió la puerta de la casa en la que vivía Monkton me condujo hasta el piso en el que estaban situadas sus habitaciones. Al subir las escaleras, me encontré una puerta entreabierta. Supongo que Monkton había oído mis pasos, ya que me dijo que entrara antes incluso de que me diera tiempo a golpear con los nudillos.

Entré y lo encontré sentado junto a una mesa, con algunas cartas abiertas en la

mano; las estaba atando formando un pequeño hatillo. Pude percibir, mientras me solicitaba que me sentara, que su expresión parecía haber recuperado la compostura, si bien la palidez aún no había abandonado su rostro. Me dio las gracias por acudir; repitió que tenía algo muy importante que decirme, y después se calló, aparentemente demasiado avergonzado para continuar. Intenté que se sintiera cómodo asegurándole que si mi ayuda o mis consejos podían serle de cualquier utilidad estaba dispuesto a ponernos a mí y a mi tiempo a su disposición, de todo corazón y sin reservas.

Mientras decía esto, vi que sus ojos empezaban a alejarse de mi rostro para errar lentamente, centímetro tras centímetro, hasta detenerse en un determinado lugar, con la misma mirada fija en el vacío que tan a menudo me había sobresaltado en anteriores ocasiones. La expresión de su rostro se alteró como nunca hasta entonces la había visto alterarse. Monkton se sentó frente a mí, con toda la apariencia de un hombre sumergido en un trance mortal.

—Es usted muy amable —dijo lenta y débilmente, hablando no hacia mí, sino en la dirección en la que sus ojos aún permanecían fijos—. Sé que puede ayudarme, pero...

Se detuvo; su rostro empalideció horriblemente y el sudor empezó a derramarse a través de todos sus poros. Intentó continuar, dijo una o dos palabras, y después volvió a callar. Seriamente alarmado por su salud, me levanté con la intención de alcanzarle un poco de agua de una jarra que había visto sobre una mesa que estaba apoyada contra una de las paredes.

Él saltó de su silla en aquel mismo instante. Todas las sospechas que sobre su cordura había oído murmurar cruzaron mi mente en un solo instante, e involuntariamente retrocedí uno o dos pasos.

—Espere —dijo sentándose de nuevo—. No se preocupe por mí, y no abandone su silla. Quiero... desearía, si a usted no le importa, efectuar una pequeña modificación antes de que digamos nada más. ¿Le importaría que la iluminación fuese más fuerte?

—En absoluto.

Hasta entonces nos habíamos sentado a la sombra de su lámpara de lectura, que era la única luz que había en la habitación.

Cuando le respondí, Monkton volvió a levantarse, y tras entrar en otro cuarto, regresó con una enorme lámpara en una de sus manos. Después tomó dos velas de la mesa de al lado y otras dos de la repisa de la chimenea. Para mi asombro, las juntó todas de manera que quedaran entre nosotros, y después intentó encenderlas. Su mano temblaba de tal modo que se vio obligado a desistir de su empeño y me permitió que acudiera en su ayuda. Siguiendo sus indicaciones, también retiré la pantalla de su lámpara de leer una vez hube encendido la otra y las cuatro velas. Cuando volvimos a sentarnos, con aquella concentración de luz entre nosotros, regresaron sus mejores y más amables modales; y cuando volvió a dirigirse a mí lo hizo sin el menor titubeo.

—No tiene sentido preguntarle si ha oído los rumores que corren sobre mí —dijo—. Sé que así ha sido. Mi propósito esta noche es ofrecerle una explicación razonable para la conducta que ha originado dichos rumores. Hasta ahora mi secreto solo había sido confiado a una persona. Ahora voy a confiárselo a usted junto con un objeto especial que le mostraré a su debido tiempo. En primer lugar, en todo caso, debo empezar contándole exactamente cuál es la enorme dificultad que me obliga a mantenerme ausente de Inglaterra. Necesito su ayuda y su consejo; pero, para no esconderle nada, también quisiera poner a prueba su neutralidad y su amistosa simpatía antes de que me pueda atrever a confiarle mi miserable secreto a usted. ¿Podrá perdonar esta aparente desconfianza de su carácter franco y abierto... esta aparente ingratitud a la amabilidad que me ha mostrado usted desde nuestro primer encuentro?

Le rogué que no hablara de aquellas cosas y que continuara.

—Ya sabe —prosiguió— que estoy aquí para recobrar el cuerpo de mi tío Stephen, y para llevarlo conmigo de vuelta a Inglaterra, al lugar de enterramiento de mi familia. También debe de estar al tanto de que aún no he conseguido dar con sus restos mortales. Intente pasar por el momento por encima de lo que le pueda parecer extraordinario e incomprensible de un propósito como el mío y lea este artículo de periódico, el que está subrayado. Hasta ahora es la única prueba que he podido obtener en relación con el fatal duelo en el que falleció mi tío, y quiero oír qué tipo de procedimiento a seguir le sugiere a usted su lectura detenida.

Me alcanzó un viejo periódico francés. El contenido de lo que leí entonces se quedó tan firmemente grabado en mi memoria que estoy seguro de que seré capaz de repetir correctamente, pese a la distancia en el tiempo, todos los hechos que sea necesario comunicar al lector.

El artículo empezaba, recuerdo, con un comentario editorial sobre la gran curiosidad que había suscitado el fatal duelo entre el conde de St. Lo y un caballero inglés, el señor Stephen Monkton. El autor procedía después a recrearse en el extraordinario secretismo que había envuelto todo aquel asunto de principio a fin, y a expresar la esperanza de que la publicación de cierto manuscrito, al que aludía en sus observaciones, pudiera llevar a la cesión de nuevas pruebas de otras partes mejor informadas. El manuscrito había sido encontrado entre los papeles de *monsieur* Foulon, el testigo del señor Monkton, quien había fallecido en París, poco después de haber abandonado la escena del duelo para regresar a su casa en dicha ciudad, debido a un rápido deterioro de su salud. El documento parecía inacabado, y se interrumpía precisamente en el lugar en que al lector más le apetecía que continuara. No se pudo descubrir ninguna razón que explicara aquella contingencia, y tras una búsqueda exhaustiva entre los papeles dejados por el difunto tampoco se había descubierto ningún segundo manuscrito en el que viniera recogida la continuación.

El resto del texto era una reproducción de dicho documento.

Resultó ser un acuerdo privado suscrito entre el testigo del señor Monkton,

monsieur Foulon, y el testigo del conde de St. Lo, *monsieur* Dalville; y contenía una declaración de todos los preparativos ultimados antes de que se celebrara el duelo. El papel había sido fechado en «Nápoles, 22 de febrero», y estaba dividido en siete u ocho cláusulas.

La primera cláusula describía el origen y la naturaleza de la disputa; un asunto de lo más vergonzoso por ambas partes que no merece la pena recordar ni repetir. La segunda cláusula declaraba que dado que el retado había elegido como arma la pistola, y que el retador (un espadachín excelente) había insistido, por su parte, en que el duelo fuese llevado a cabo de modo en que el primer disparo fuese el decisivo, los testigos, viendo que aquel hostil encuentro inevitablemente no podría tener sino consecuencias fatales, determinaron en primer lugar que el duelo fuese mantenido en total secreto por todos los implicados, y que el emplazamiento en el que se iba a desarrollar no fuese anunciado por adelantado ni siquiera a los duelistas. Se añadía que este exceso de precaución se había convertido en una absoluta necesidad debido a un reciente llamamiento del Papa a los gobernantes de Italia, indignado por la escandalosa frecuencia con la que se practicaban los duelos, y urgiendo a que en el futuro las leyes contra los duelistas se reforzaran con el máximo rigor.

La tercera cláusula detallaba el modo en que se había previsto que se desarrollase el duelo.

Las pistolas, tras haber sido cargadas por los testigos, reposarían en el suelo; los combatientes se situarían a treinta pasos de distancia el uno del otro y arrojarían una moneda al aire para ver quién dispararía en primer lugar. El hombre designado por la fortuna avanzaría entonces diez pasos (marcados de antemano) y descargaría su pistola. Si fallaba, o no era capaz de desarmar a su oponente, este sería libre de avanzar, si así lo elegía, los veinte pasos restantes antes de disparar. Este arreglo aseguraba la terminación decisiva del duelo con una sola descarga de las pistolas, y tanto los implicados como sus testigos aceptaron firmarlo de común acuerdo.

La cuarta cláusula declaraba que los testigos habían acordado que el duelo debería llevarse a cabo *fuera* de los estados napolitanos, pero se dejaban guiar por las circunstancias en lo que a la localidad exacta se refería. Las cláusulas siguientes, al menos tal y como yo las recuerdo, estaban dedicadas a detallar las diferentes precauciones que se adoptarían para evitar ser descubiertos. Los duelistas y sus testigos abandonarían Nápoles en partidas diferentes; deberían cambiar de carruaje en diversas ocasiones; se encontrarían en cierto pueblo o, en caso de no ser posible, en cierta posada de la carretera principal entre Nápoles y Roma; llevarían cuadernos de dibujo, cajas de colores y banquetas, como si fueran artistas en busca de inspiración para sus bosquejos; y se trasladarían hasta el lugar del duelo a pie, sin emplear guía por miedo a verse traicionados. Tales preparativos generales, y otros dispuestos para facilitar la fuga de los supervivientes una vez hubiese finalizado el asunto, formaban la conclusión de aquel extraordinario documento, que aparecía firmado, solo mediante iniciales, por los dos testigos.

Justo debajo de las iniciales aparecía el comienzo de una narración, encabezada con la palabra «París», que evidentemente pretendía describir el duelo con extrema minuciosidad. La grafía era la del testigo fallecido.

Monsieur Foulon, el caballero en cuestión, transmitía su creencia de que podrían ocurrir según qué circunstancias que convirtieran en un documento importante la descripción por parte de un testigo ocular de lo sucedido en el hostil encuentro entre St. Lo y el señor Monkton. Se proponía, por tanto, como uno de los presentes, testificar que el duelo había sido llevado a término según las cláusulas acordadas, y que los dos implicados se habían comportado como hombres galantes y de honor (!). Además, anunciaba que, con el objetivo de no comprometer a nadie, iba a dejar el papel en el que se recogía su testimonio en buenas manos, con instrucciones estrictas de que no fuese leído en modo alguno, salvo que se produjese la más extrema emergencia.

Tras este preámbulo, *monsieur* Foulon relataba que el duelo se había celebrado dos días más tarde de que se hubiese firmado el acuerdo (aunque no mencionaba el nombre del lugar ni el de la comarca en el que este se había celebrado). Una vez los hombres se hubieron colocado en los lugares predispuestos, el conde de St. Lo ganó la oportunidad de ser el primero en disparar. Había avanzado sus diez pasos y había disparado contra el cuerpo de su oponente. El señor Monkton no cayó de inmediato, sino que avanzó trastabillando seis o siete pasos, descargó su pistola contra el conde sin ningún efecto, y después cayó muerto al suelo. *Monsieur* Foulon declaraba a continuación que había arrancado una hoja de su libreta de bolsillo, había escrito una breve descripción del modo en que había muerto el señor Monkton y la había prendido con un alfiler en sus ropas; este procedimiento se había hecho necesario debido a la peculiar naturaleza del plan previsto para deshacerse con seguridad del cuerpo del muerto. Cuál era el plan en cuestión, o qué se hizo del cadáver, no había manera de saberlo, ya que en este importante punto la narración se interrumpía bruscamente.

Una nota al pie del periódico simplemente anunciaba la forma en que el documento había sido obtenido para su publicación, y repetía la afirmación contenida en los comentarios del editor, de que ninguna continuación al mismo había sido encontrada en poder de ninguna de las personas a las que se les había confiado el cuidado de los papeles de *monsieur* Foulon. Ya he reproducido, por tanto, todo el contenido de lo que leí, y he mencionado todo lo que hasta entonces se sabía sobre la muerte del señor Stephen Monkton.

Cuando le devolví el periódico a Alfred, este se encontraba demasiado agitado para hablar, pero me recordó mediante una señal que estaba esperando ansiosamente para oír lo que tuviera que decirle. Mi postura fue muy cuidadosa y de tanteo. Apenas podía prever cuáles serían las consecuencias si no me andaba con cuidado, y no pude pensar un plan más seguro que preguntarle cuidadosamente antes de implicarme de un modo u otro.

—¿Me excusará si le hago una o dos preguntas antes de ofrecerle consejo? —dije. Él asintió impacientemente.

—Sí, sí. Cualquier pregunta que guste.

—¿Ha tenido en algún momento el hábito de ver con frecuencia a su tío?

—No le he visto en más de dos ocasiones en toda mi vida, y ambas siendo solo un niño.

—Por consiguiente, no podría usted sentir un fuerte afecto personal por él, ¿verdad?

—¡Afecto! De sentir el más mínimo afecto por él, debería avergonzarme. Nos deshonraba allá donde fuera.

—¿Podría preguntarle si hay algún motivo familiar detrás de su interés por recobrar sus restos mortales?

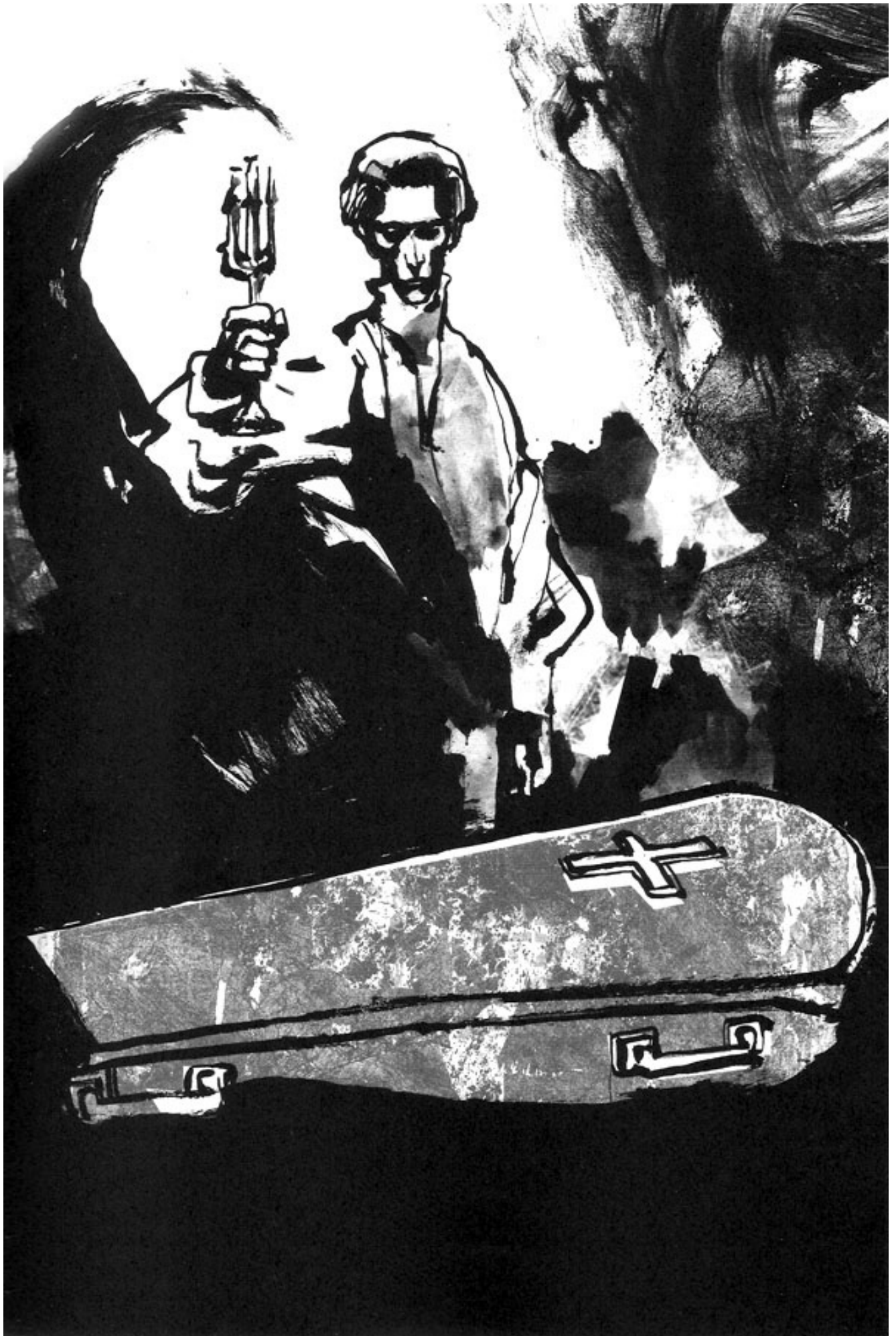
—Los asuntos familiares podrían estar implicados, entre otras cosas, pero... ¿por qué lo pregunta?

—Porque, habiendo oído que ha empleado a la policía para que le ayudase en su búsqueda, estaba interesado en saber si había estimulado a sus superiores para que hicieran lo mejor posible en su servicio, dándoles algunas razones personales que explicaran con la suficiente convicción el proyecto extremadamente inusual que le ha traído hasta aquí.

—Nunca doy razones. Pago por el trabajo que quiero ver realizado, y a cambio de mi generosidad me veo tratado con la más infame de las indiferencias por parte de todos. Siendo un extranjero en el país, y al no estar familiarizado con el idioma, poco puedo hacer para ayudarme. Las autoridades, tanto en Roma como en este lugar, fingen ayudarme, fingen buscar e interrogar como yo quisiera que buscaran e interrogaran, pero en realidad no hacen absolutamente nada más. Se me insulta y se me ridiculiza casi a la cara.

—¿Y no cree posible...? tenga en cuenta por favor que no es que desee excusar la mala conducta de las autoridades, y no comparto en absoluto ninguna de sus opiniones, pero ¿no cree posible que la policía podría dudar de que tenga usted un verdadero interés por encontrarle?

—¡Que no estoy verdaderamente interesado! —gritó sobresaltándose y enfrentándose a mí con fiereza, con ojos salvajes y respirando aceleradamente—. ¡Que no estoy verdaderamente interesado! *Usted* también piensa que no lo estoy. Sé que lo piensa, aunque me diga que no es así. ¡Basta! Antes de que digamos una sola palabra más, sus propios ojos le convencerán. Venga conmigo... solo será un minuto. ¡Solo un minuto!



Le seguí hasta su dormitorio, al que se accedía directamente desde el salón. A un lado de la cama yacía una gran caja de madera sin tratar, de unos dos metros de longitud.

—Retire la tapa y mire en el interior —dijo—, mientras yo sujeto la vela para que pueda usted ver.

Obedecí sus instrucciones y descubrí, para mi asombro, que la caja contenía un ataúd de plomo magníficamente blasonado con las armas de la familia Monkton; inscrito en una caligrafía pasada de moda aparecía el nombre de «Stephen Monkton», y algo más abajo se consignaba su edad y el modo en que había recibido la muerte.

—Mantengo su ataúd preparado para él —susurró Alfred a mi oído—. ¿Le parece eso estar lo suficientemente interesado?

Más bien me parecía algo propio de un demente, de modo que me abstuve de contestarle.

—¡Sí! ¡Sí! Veo que se ha convencido —continuó rápidamente—. Ahora podemos regresar a la otra habitación y podremos hablar con franqueza.

Al regresar a nuestros sitios, alejé mecánicamente mi silla de la mesa. Mi mente estaba para entonces en semejante estado de confusión y desconcierto sobre lo que podría decir o hacer a continuación, que olvidé por un momento la posición que se me había asignado cuando habíamos encendido las velas. Él me lo recordó de inmediato.

—No se mueva —dijo con mucha seriedad—. Siga sentado junto a la luz, se lo ruego. Pronto le explicaré por qué soy tan estricto en eso. Pero primero deme su opinión, ayúdeme en estos momentos de enorme aflicción e incertidumbre. Recuerde, me prometió que lo haría.

Hice un esfuerzo por reunir mis pensamientos, y lo conseguí. Era inútil tratar aquel asunto en su presencia de otro modo que no fuera con una total seriedad; no aconsejarle lo mejor que estuviera en mi mano habría sido una crueldad por mi parte.

—Ya sabe —dije— que dos días después de la firma del acuerdo, el duelo se celebró fuera de los estados napolitanos. Este hecho le habrá conducido, por supuesto, a la conclusión de que todas las investigaciones para la localización del lugar deberían haberse reducido al territorio romano. ¿Verdad?

—Así es: la búsqueda, tal y como se ha desarrollado, se ha realizado allí, y allí únicamente. Si puedo creer a la policía, tanto ellos como sus informadores han preguntado por el lugar en el que se celebró el duelo a lo largo de toda la carretera principal entre Nápoles y Roma, ofreciendo una enorme recompensa en mi nombre para la persona que lo descubra. También han hecho circular, o eso me han dicho al menos, descripciones de los duelistas y de sus testigos; han dejado un agente para supervisar las investigaciones en la posada y el pueblo mencionados en el acuerdo como lugares de encuentro, y se han puesto en contacto con autoridades del extranjero para intentar localizar al conde de St. Lo y a *monsieur* Delville en su lugar o lugares de refugio. Todos estos esfuerzos, suponiendo que realmente se hayan

efectuado, no han tenido hasta ahora ningún resultado.

—Mi impresión es —dije tras un momento de consideración— que todas las investigaciones realizadas a lo largo de la carretera principal o en los alrededores de Roma serán completamente en vano. En cuanto al descubrimiento de los restos de su tío, me temo que pasará lo mismo que con el descubrimiento del lugar en el que recibió el disparo; ya que aquellos implicados en el duelo no se arriesgarían a acarrear un cadáver a mucha distancia del lugar en plena fuga. El lugar, por tanto, es todo lo que debería interesarnos encontrar. Ahora, consideremos la situación por un momento. Los duelistas cambiaron de carruajes, viajaron por separado en parejas, sin duda tomaron caminos secundarios, se detuvieron en la posada y en el pueblo como cortina de humo, y anduvieron, quizá, una considerable distancia sin guía. Tomando como verdadera esta sucesión de hechos, seguir unas precauciones de este tipo (y sabemos que debieron de haberlas empleado) tuvo que dejarles muy poco tiempo de los dos días utilizados para llegar demasiado lejos, aunque se hubieran puesto en marcha al amanecer y hubieran viajado hasta la puesta de sol. Lo que yo creo, por tanto, es que el duelo se celebró en algún lugar cercano a la frontera con Nápoles; y si yo hubiera sido el agente de policía encargado de la investigación solo la habría seguido de un modo paralelo a la frontera, avanzando del oeste hacia el este, hasta llegar a los solitarios emplazamientos de las montañas. Esa es mi idea. ¿Cree usted que tiene algún valor?

Su rostro recuperó el color en un momento.

—¡Creo que es una inspiración! —gritó—. No hemos de perder ni un solo día en llevar a cabo nuestro plan. No se puede confiar en la policía. Yo mismo empezaré mañana por la mañana, y usted...

Se detuvo; su cara se tornó súbitamente pálida; suspiró pesadamente; sus ojos volvieron a desplazarse hasta fijarse en el vacío; y aquella expresión rígida propia de la muerte volvió a apoderarse de sus facciones.

—Debo confesarle mi secreto antes de que podamos hablar de mañana —continuó débilmente—. Si dudase un solo instante más en confesarle todo, no sería digno de su amabilidad, ni digno de la ayuda que usted me brindará cuando lo haya oído; la ayuda en la que reside mi última esperanza.

Le rogué que esperara hasta haber recuperado la compostura por completo, o hasta que fuera capaz de hablar, pero no pareció darse cuenta de lo que le estaba diciendo. Lentamente, y al parecer luchando contra sí mismo, se separó un poco de mí, e inclinando la cabeza hacia la mesa, la apoyó en su mano. El hatillo de cartas en el que le había visto atareado cuando había entrado reposaba bajo sus ojos. Cuando volvió a hablarme, le dedicó una mirada firme.

IV

—Ha nacido usted, según tengo entendido, en nuestro condado —dijo—. Por lo tanto, quizá haya oído hablar en algún momento de una curiosa y antigua profecía relativa a nuestra familia, que aún se preserva entre las tradiciones de la abadía de Wincot.

—He oído hablar de una profecía semejante —respondí—, pero nunca supe los términos en los que había sido expresada. Parece ser que predecía la extinción de su familia o algo parecido, ¿no es así?

—Ninguna de las investigaciones realizadas —prosiguió— ha podido localizar las raíces de dicha profecía ni el momento en el que fue formulada; ninguno de los archivos de nuestra familia contiene nada sobre su origen. Viejos sirvientes y viejos arrendatarios nuestros recuerdan haberla oído en boca de sus padres y abuelos. Los monjes a los que sucedimos en la abadía en tiempos de Enrique VIII ya tenían, de algún modo, conocimiento de la misma, puesto que yo en persona he descubierto las rimas en las que sabemos que se había preservado la profecía desde tiempos remotos, escrita en una hoja de uno de los manuscritos de la abadía. Estos son los versos, si es que versos merecen ser llamados:

 Cuando en la cámara mortuoria de Wincot
 Espere a uno de los Monkton un lugar;
 Porque yazca abandonado
 Bajo cielo abierto y sin enterrar
 Clamando por un metro de tierra
 Pese a los acres por nacimiento heredados;
 Será entonces manifiesta señal
 Del linaje de los Monkton el final.
 Desapareciendo con rapidez y en breve
 Desapareciendo hasta que solo un señor quede.
 De la luz del día, de la raza mortal
 El linaje de los Monkton desaparecerá.

—La predicción parece lo suficientemente vaga como para haber sido pronunciada por un antiguo oráculo —dije, observando que, tras haber recitado los versos, Monkton se comportaba como si estuviera esperando a que yo dijera algo.

—Vaga o no, se está cumpliendo —reiteró—. Ahora yo soy el «último señor», el último de la línea más antigua de nuestra familia a la que apunta la predicción; y el cuerpo de Stephen Monkton no yace en la abadía de Wincot. ¡Espere antes de decir nada! Tengo más que referirle sobre esto. Mucho antes de que la abadía fuese nuestra, cuando vivíamos en la antigua mansión que hay cerca (y cuyas mismas ruinas hace ya tiempo que desaparecieron), el lugar de entierro para nuestra familia ya era la

cámara mortuoria que hay bajo la capilla de Wincot. Tanto si en aquellos remotos tiempos la predicción era conocida como si no, lo cierto es que todos y cada uno de los Monkton (tanto si vivían en la abadía o en la pequeña finca que tenemos en Escocia) fueron enterrados en Wincot, sin que importara el riesgo o el sacrificio para conseguirlo. En los fieros días de batalla de antaño, los cuerpos de mis ancestros que habían caído en costas extranjeras eran recuperados y acarreados hasta Wincot, aunque a menudo el coste para ello no se limitara a fuertes rescates, sino que implicara también derramamientos de sangre. Esta superstición, si así le place llamarla, nunca ha muerto en mi familia desde entonces; y, durante siglos, la sucesión de los muertos en la cámara de la abadía ha sido respetada, completamente respetada, hasta ahora. El lugar que aún espera ser llenado y que se menciona en la profecía es el de Stephen Monkton; la voz que llora en vano por el refugio de la tierra es la voz del espíritu del muerto. ¡Con tanta seguridad como si lo hubiera visto, sé que no le enterraron, sé que le dejaron en el mismo suelo sobre el que cayó!

Me detuvo antes de que pudiera musitar una sola palabra de queja, levantándose lentamente y señalando en la misma dirección hacia la que sus ojos se habían dirigido hacía poco.

—Puedo suponer lo que quiere preguntarme —exclamó, con resolución y en voz alta—; quiere preguntarme cómo puedo estar lo bastante loco como para creer en una profecía semejante, pronunciada en una era de superstición para asombrar a los oyentes más ignorantes. Le responderé... —al decir esto su voz se hundió de repente hasta convertirse en poco más que un susurro—. Le responderé que *el mismísimo Stephen Monkton se yergue frente a mí en este preciso instante, confirmando mi creencia.*

No sé si fue debido al temor y al horror que se reflejaban atrozmente en su rostro al confrontarme, o si fue debido a que hasta entonces no había llegado a creer los rumores sobre su locura, y a que en aquel momento me dominó la convicción de que eran verdaderos. Pero lo cierto es que sentí cómo la sangre se me helaba en las venas mientras le oía hablar, y supe de todo corazón que allí, sentado y sin habla, no tenía el valor suficiente para girarme y mirar en la dirección hacia la que estaba señalando.

—Ahí veo —continuó en el mismo tono de voz susurrante— la figura de un hombre de tez aceitunada, de pie y con la cabeza descubierta. Una de sus manos, agarrando aún una pistola, le cuelga de uno de los costados; la otra presiona un pañuelo manchado de sangre contra su boca. El espasmo de la agonía mortal convulsiona sus rasgos; pero aún puedo reconocer en esos rasgos al hombre atezado que en dos ocasiones me asustó al tomarme entre sus brazos cuando yo era un niño, en la abadía de Wincot. En aquellas ocasiones les pregunté a mis niñeras quién era aquel hombre, y me respondieron que era mi tío, Stephen Monkton. Con tanta claridad como si aún estuviera vivo, le veo ahora ahí, a su lado, con la mirada de la muerte reflejada en sus enormes ojos negros; y así le he visto desde el mismo día en que le dispararon; en casa y aquí, despierto y dormido, de día y de noche, ¡siempre

me acompaña allá donde vaya!



Mientras pronunciaba estas últimas palabras, sus susurros se desvanecieron aún más hasta convertirse en un murmullo inaudible. Por la dirección y la expresión de sus ojos, sospeché que estaba hablando con la aparición. Si hubiera podido contemplarla en aquel momento, creo que habría sido una visión menos horrible que ver a Alfred Monkton, como le veo ahora, murmurando inarticuladamente al vacío. Mis nervios también estaban más de punta de lo que hubiera creído posible debido a lo que había sucedido. Me asaltó un vago temor a encontrarme cerca de él, teniendo en cuenta su estado de ánimo, y retrocedí uno o dos pasos.

Él notó la acción de inmediato.

—¡No se vaya! ¡Se lo ruego! ¡Se lo ruego, no se vaya! ¿Le he alarmado? ¿No me cree? ¿Le molesta la luz en los ojos? Le he pedido que se sentara junto al resplandor de las velas porque no puedo soportar ver la luz que desprende el fantasma siempre que está en la penumbra, brillando sobre usted cuando estaba sentado en la sombra. No se vaya... ¡No me abandone todavía!

Mientras pronunciaba aquellas palabras había una completa desesperación y una miseria inenarrable en su rostro que me devolvieron el control de mí mismo mediante el simple proceso de hacerme sentir piedad. Volví a sentarme en la silla y le dije que permanecería junto a él tanto tiempo como deseara.

—¡Gracias, mil veces gracias! Es usted la paciencia y la bondad personificadas —dijo regresando a su asiento y retomando sus iniciales modales caballerosos—. Ahora que ya he superado la primera confesión de la desgracia que me acompaña en secreto allá donde voy, creo que puedo contarle con calma lo que aún queda por contarse. Verá, como ya le he dicho, mi tío Stephen —volvió la cabeza rápidamente y miró hacia la mesa cuando el nombre surgió de sus labios—... Mi tío Stephen vino en dos ocasiones a Wincot cuando yo era niño, y en ambas ocasiones me asustó terriblemente. Solo me tomó en sus brazos y me habló (con mucha amabilidad, según me contaron más tarde, para lo que solía ser él), pero aun así me aterrorizó. Quizá me asustaran su gran estatura, su tez aceitunada, su espeso pelo negro y su mostacho, al igual que le podría haber sucedido a cualquier otro niño; o quizá su mera visión tuviera una extraña influencia sobre mí que no pude entender en aquel momento, y que aún sigo sin ser capaz de explicar. Fuese como fuese, soñé con él a menudo hasta bastante tiempo después de que se hubiera marchado; y cada vez que me quedaba solo en la oscuridad imaginaba que me acechaba para volver a cogerme entre sus brazos. Las criadas que se ocupaban de mí descubrieron este temor y acostumbraban amenazarme con mi tío Stephen cada vez que me portaba mal o me volvía difícil de manejar. A medida que fui creciendo aún mantuve un vago temor y cierto aborrecimiento por nuestro familiar ausente. Siempre escuchaba con atención, aunque sin saber por qué, cada vez que su nombre era mencionado por mi padre o mi madre. Escuchaba con el inexplicable presentimiento de que algo terrible le había sucedido, o estaba a punto de sucederme a mí. Aquella sensación solo cambió cuando me quedé a solas en la abadía; y entonces pareció mezclarse con la intensa curiosidad que había

empezado a crecer en mi interior, sobre el origen de la antigua profecía que predecía la extinción de nuestra raza. ¿Me está siguiendo?

—Sigo cada palabra con la máxima atención.

—Debe saber, entonces, que encontré por primera vez algunos fragmentos de la vieja rima en la que se recoge la profecía, mencionada como curiosidad en un libro de anticuario que había en la biblioteca. En la página frente a aquella en la que se recogía la cita, se había pegado un tosco y antiguo grabado en el que aparecía representado un hombre de pelo oscuro, cuya cara era tan extrañamente parecida a la que yo recordaba de mi tío Stephen que el retrato me sobresaltó por completo. Cuando le pregunté a mi padre al respecto (faltaba poco para su fallecimiento) dijo que no sabía, o pretendió no saber, nada del tema; y cuando a continuación le mencioné la predicción desvió rápidamente la conversación hacia otros derroteros. Lo mismo pasó con nuestro capellán cuando hablé con él. Dijo que el retrato había sido realizado siglos antes de que mi tío hubiera nacido, y calificó la profecía de superstición y tontería. Yo solía discutir con él este último punto, preguntándole por qué nosotros, los católicos, que creemos que el presente de los milagros se sigue manifestando en ciertas personas favorecidas, no podríamos creer por igual en el don de la profecía. Pero él no quería discutir conmigo; solo decía que no debería perder el tiempo pensando en semejantes fruslerías, que tenía más imaginación de la que era recomendable y que debería aprender a controlarla en vez de a exacerbarla. Semejante consejo solo contribuyó a incrementar aún más mi curiosidad. Me decidí en secreto a registrar el ala más vieja y deshabitada de la abadía para intentar encontrar algunos documentos familiares olvidados que me revelaran de quién era el retrato y cuándo había sido escrita o pronunciada por primera vez la profecía. ¿Ha pasado alguna vez un día completamente solo en las desiertas cámaras de una casa antigua?

—Nunca. Semejante soledad no es de mi agrado.

—¡Ah! Pero qué vida cuando empecé mi búsqueda. ¡Daría algo por volver a vivirla! ¡Una incertidumbre tan tentadora, unos descubrimientos tan extraños, unas fantasías tan desatadas, unos terrores tan fascinantes... todo eso forma parte de ese tipo de vida! Piense tan solo en la sensación que produce abrir la puerta de una habitación en la que ningún ser viviente ha penetrado desde hace casi cien años; piense en el primer paso hacia una región de horrorosa quietud sin aire, en la que la luz cae débil y enfermizamente a través de ventanas cerradas y cortinas podridas; piense en el fantasmal crujido del viejo suelo, que le reprocha que camine sobre él por muy suaves que sean sus pisadas; piense en las armas, las armaduras, los extraños tapices de días largo tiempo olvidados, que parecen desprenderse de las paredes y moverse en su dirección mientras camina hacia ellos en la escasa luz; piense en lo que supone husmear en armarios y cofres con cierres de hierro, sin saber qué horrores podrán aparecer cuando los fuerce y los abra; piense en rebuscar entre sus contenidos hasta que el crepúsculo se arroje sobre usted, y la oscuridad se imponga terriblemente

en aquel solitario lugar; piense en intentar marcharse y en ser incapaz de hacerlo, como si algo le retuviese; en el viento aullando en el exterior, en las sombras espesándose a su alrededor, y sumiéndole en la más absoluta oscuridad... piense solo en todas esas cosas y podrá imaginarse la fascinación de la incertidumbre y el terror que dominan una vida como la que yo llevaba en aquellos días.

(Temblé al imaginar una vida semejante; ya resultaba lo suficientemente malo ver sus consecuencias, como las estaba viendo frente a mí en aquellos momentos.)

—Bien, mi búsqueda se prolongó meses y meses; después, la suspendí durante un tiempo, y más tarde volví a reanudarla. Fuese cual fuese la dirección en la que la dirigiera, siempre encontraba algo que me servía de aliciente. Terribles confesiones de pasados crímenes y asombrosas pruebas de maldades secretas que se habían ocultado a salvo de todos los ojos, excepto de los míos, salieron a la luz. Algunos de estos descubrimientos estaban asociados a determinadas zonas de la abadía, que han tenido un horrible y particular interés para mí desde entonces. A veces volvía a mirar ciertos antiguos retratos de la galería de cuadros, los que realmente me daba temor contemplar después de lo que había descubierto. Hubo temporadas en las que los resultados de mi investigación me horrorizaban tanto que me decidía a abandonarla de una vez por todas, pero nunca pude perseverar en mi resolución. La tentación de seguir buscando llegaba a ser demasiado fuerte, de modo que volvía a rendirme a ella una y otra vez. Al fin, encontré un libro que había pertenecido a los monjes, con la profecía al completo escrita en una hoja en blanco. Aquel primer triunfo me dio coraje para rebuscar aún más atrás en los archivos familiares. Hasta entonces aún no había descubierto nada sobre la identidad del hombre del misterioso retrato, pero la misma convicción intuitiva que me había asegurado su extraordinario parecido con mi tío Stephen parecía asegurarme también que este último debía de estar conectado muy de cerca con la profecía, y debía de saber más sobre ella que ninguna otra persona. No tenía medios de establecer comunicación alguna con él, ningún medio de satisfacer la duda de si aquella extraña idea mía era acertada o no, hasta el día en que mis dudas quedaron completamente disipadas por la misma terrible prueba que en este momento tengo frente a mis ojos en esta habitación.

Hizo una pausa y me miró con intensidad y sospecha. Después me preguntó si creía todo lo que me había contado hasta aquel momento. Mi instantánea respuesta afirmativa pareció satisfacer sus dudas. De modo que continuó.

—Una preciosa tarde de febrero, me encontraba a solas en una de las desiertas habitaciones de la torreta oeste de la abadía, contemplando la puesta de sol. Justo antes de que el sol desapareciera, se apoderó de mí una sensación que me resulta imposible de explicar. No vi nada, no oí nada, no supe nada. Aquella completa pérdida de todo me asaltó repentinamente; no era un desmayo, ya que no me desplomé al suelo ni me moví un solo centímetro de mi lugar. Si pudiera ser posible, diría que fue como una separación temporal del alma y del cuerpo, pero sin que mediara la muerte; en realidad, toda descripción de mi situación en aquel momento

resulta imposible. Llámeme lo que quiera, trance o catalepsia: sé que permanecí junto a la ventana completamente inconsciente (muertos tanto la mente como el cuerpo) hasta que el sol se hubo puesto. Después recuperé el sentido. Entonces, cuando abrí los ojos, allí estaba la aparición de Stephen Monkton, frente a mí, ligeramente iluminado, tal y como se yergue frente a mí en este mismo instante, junto a usted.

—¿Esto ocurrió antes de que las noticias del duelo llegasen a Inglaterra?

—*Dos semanas antes* de que llegasen a Wincot. E incluso cuando nos enteramos de que se había celebrado el duelo, no supimos qué día se había celebrado. Ese detalle solo lo descubrí cuando ese documento que usted ya ha leído apareció publicado en el periódico francés. La fecha del documento, como recordará, es el 22 de febrero, y se afirma que el duelo fue celebrado dos días más tarde. La tarde en la que vi al fantasma, apunté en mi libreta de notas la fecha de su primera aparición. Aquel día fue el 24 de febrero.

Se detuvo de nuevo, como si esperara que yo dijera algo. Pero, tras lo que acababa de contarme, ¿qué podía decir yo? ¿Qué podía pensar?

—Incluso, pese al horror sentido al ver por primera vez aquella aparición —continuó—, me vino a la cabeza la profecía, y con ella la convicción de que estaba contemplando frente a mí el aviso de mi propia condena. Tan pronto como me recobré mínimamente, me decidí, no obstante, a probar la realidad de lo que había visto, para descubrir si era o no el resultado de mi imaginación enferma. Abandoné la torreta; el fantasma la abandonó conmigo. Me inventé una excusa para tener el comedor de la abadía brillantemente iluminado, la figura aún se alzaba frente a mí. Di un paseo por el parque; ahí seguía, bajo la clara luz de las estrellas. Me alejé de casa, y viajé muchos kilómetros hasta llegar a la costa; el hombre alto y oscuro mortalmente herido seguía conmigo. Tras aquello, dejé de pelear contra la fatalidad. Regresé a la abadía e intenté resignarme a mi desgracia. Pero aquello no iba a poder ser. Tenía una esperanza que para mí era más querida que mi propia vida. Tenía un tesoro, y la perspectiva de su pérdida me hacía temblar; y cuando la fantasmal presencia se convirtió en un obstáculo entre aquel único tesoro y yo, aquella adorada esperanza, entonces mi desgracia aumentó más de lo que yo podía soportar. Probablemente sabrá a lo que me estoy refiriendo... ¿sin duda habrá oído decir a menudo que yo estaba prometido?

—Sí, a menudo. También tengo cierta familiaridad con la señorita Elmslie.

—Nunca podrá saber todo lo que ella ha sacrificado por mí... nunca podrá imaginar lo que yo he sentido durante años y años —su voz tembló y las lágrimas asomaron a sus ojos—. Pero no me atrevo a hablar de eso; el recuerdo de aquellos días felices en la abadía casi me destroza ahora el corazón. Déjeme que regrese al otro tema. Debo reconocerle que, conociendo los viles rumores que afirmaban que yo había heredado la locura de mi familia, y temiendo que alguien pudiese tomar una ventaja injusta de toda confesión que pudiera hacer, mantuve la terrible visión que me perseguía, a todas horas y en todos lugares, en secreto ante absolutamente todo el

mundo. Aunque el fantasma siempre estaba frente a mí, y por lo tanto se mostraba delante o a un costado de cualquier persona con la que yo hablara, pronto me acostumbré a ocultar a los demás que le estaba mirando, salvo en ocasiones excepcionales... en las que quizá me he traicionado ante usted. Pero mi autocontrol de nada sirvió con Ada. Se acercaba el día de nuestra boda.

Se detuvo y tembló. Esperé en silencio hasta que consiguió controlarse.

—Imagine —continuó—. ¡Imagine lo que debo de haber sufrido viendo siempre aquella horrible visión cada vez que contemplaba a mi prometida! ¡Imagine lo que era tomarla de la mano, y tener la sensación de tomársela a través de la figura de la aparición! ¡Imagine la visión siempre conjunta del rostro dulce y angelical y el rostro torturado y espectral, cada vez que mis ojos se encontraban con los suyos! Piense en todo esto, y no le extrañará que le revelase mi secreto. Ella quiso conocer lo peor; más aún, insistió en conocerlo. Atendiendo a su petición, se lo conté todo. Y después la dejé libre de romper nuestro compromiso. La idea de la muerte dominaba mi corazón mientras pronunciaba las palabras de separación; muerte otorgada por mis propias manos, si es que la vida aún seguía más allá de nuestra separación. Ella sospechó aquello; lo sabía, y nunca me dejó solo hasta que su buena influencia destruyó aquel pensamiento para siempre. De no ser por ella, yo no estaría vivo ahora... De no ser por ella, nunca hubiera intentado acometer el proyecto que me ha traído hasta aquí.

—¿Quiere decir que fue la señorita Elmslie la que le sugirió que viniese a Nápoles? —pregunté asombrado.

—Quiero decir que lo que ella dijo me sugirió la idea que ha acabado por traerme a Nápoles —respondió—. Mientras me mantuve firme en la creencia de que el fantasma había aparecido como un fatal mensajero de la muerte, no tuve consuelo, y únicamente me sentí desgraciado al oír a Ada prometerme que ningún poder en la tierra le haría abandonarme y que se enfrentaría por mí, y solo por mí, a cualquier prueba. Pero todo fue muy diferente cuando más adelante razonamos juntos sobre el propósito que había venido a cumplir la aparición... Muy diferente cuando ella me hizo ver que su misión podría ser una misión a favor del bien, y no del mal; y que el aviso que había venido a darme podría ser para mi beneficio, y no para mi perjuicio. Al oír aquellas palabras, la nueva idea que me dio esperanzas para seguir viviendo me asaltó de inmediato. Creí entonces lo que creo ahora; que recibí un mandamiento sobrenatural para acudir aquí. Con esa fe, vivo; sin ella, moriría. *Ella* nunca la ridiculizó, nunca la desdeñó como locura. ¡Escuche lo que le digo! El espíritu que se me apareció en la abadía, que nunca me ha abandonado desde entonces, que se yergue ahora a su lado, me avisa para que escape de la fatalidad que pende sobre nuestra raza; y me ordena, si quiero evitar ese infausto destino, que entierre al muerto desenterrado. El amor mortal y los intereses mortales deben inclinarse ante esta horrible empresa. La presencia espectral no me abandonará hasta que haya dado refugio a ese cadáver que ruega para que la tierra le cubra. No me atreveré a

regresar... no me atreveré a celebrar el matrimonio hasta que haya cubierto ese hueco vacío que aún queda en la cámara de Wincot.

Sus ojos brillaron y se dilataron; su voz se hizo más profunda; un éxtasis fanático se despertó en su expresión mientras pronunciaba aquellas palabras. Impresionado y apenado como estaba, no hice intento alguno de discutir ni de razonar con él. Habría resultado completamente inútil aludir a lugares comunes como las ilusiones ópticas, o las imaginaciones enfermas... peor que inútil haber intentado atribuir a causas naturales la extraordinaria cadena de acontecimientos y casualidades de los que había hablado. Se había referido brevemente a la señorita Elmslie, pero había dicho lo suficiente para demostrarme que la única esperanza de la pobre muchacha que tanto le amaba y que le había conocido durante más tiempo que nadie estaba en acceder a sus ilusiones hasta el final. ¡Con qué fidelidad se asía a la creencia de que aún podría recuperarle! ¡Con qué resolución se sacrificaba a las mórbidas fantasías de su prometido, con la esperanza de que aún les esperaba un futuro feliz que nunca podría llegar! A pesar de lo poco que conocía a la señorita Elmslie, el mero pensamiento de su situación, a la vista de aquellos acontecimientos, me hizo sentir dolor en el corazón.

—Me llaman «Monkton el loco» —exclamó de repente, rompiendo el silencio que se había interpuesto entre nosotros durante los últimos minutos—. Aquí y en Inglaterra, todo el mundo cree que he perdido la cabeza, excepto Ada y usted. Ella ha sido mi salvación; usted también lo será. Algo me lo dijo cuando le vi por primera vez paseando por Villa Reale. Luché contra el fuerte deseo que en mi interior me impelía a confiarle mi secreto; pero cuando esta noche le vi en el baile ya no pude resistirlo más. El fantasma pareció arrastrarme hacia usted, mientras se encontraba a solas en aquella silenciosa habitación. Cuénteme más sobre esa idea suya para encontrar el lugar en el que se celebró el duelo. Si me dispongo mañana a buscarlo por mí mismo, ¿adónde debería ir primero? ¿Adónde?

Entonces calló. Evidentemente, se estaba quedando exhausto, y su mente empezaba a confundirse.

—¿Qué tengo que hacer? No puedo recordarlo. Usted lo sabe todo... ¿no me ayudará? ¡Mi desgracia me ha dejado completamente incapacitado para ayudarme a mí mismo!

Se calló. Murmuró algo sobre fracasar si acudía a la frontera solo, y habló confusamente de retrasos que podrían ser fatales. Después intentó pronunciar el nombre de «Ada», pero tras vocalizar la primera letra le falló la voz y, separándose abruptamente de mi lado, rompió a llorar.

Mi piedad por él me privó en aquel momento de la prudencia, y sin pensar en las consecuencias le prometí de inmediato que haría por él lo que me pidiera. El triunfo salvaje en su expresión cuando se abalanzó sobre mí para estrecharme la mano me demostró que habría hecho mejor siendo cauto, pero ya era demasiado tarde para retractarme de lo que acababa de decir. Lo mejor que podía hacer era intentar

inducirle a que recuperara la compostura, y después marcharme para pensar con frialdad el asunto a solas.

—Sí, sí —replicó en respuesta a las pocas palabras que le dirigí intentando calmarle—. No se preocupe por mí. Después de lo que ha dicho, responderé por mi propia frialdad y compostura bajo toda circunstancia. Hace tanto que me he acostumbrado a la aparición que ya apenas noto su presencia excepto en ocasiones extraordinarias. Además, aquí tengo, en este pequeño paquete de cartas, la mejor medicina para un corazón enfermo. Son las cartas de Ada; las leo para calmarme cada vez que mi desgracia parece llevarse lo mejor de mi resistencia. Esta noche, quería esa media hora que le he solicitado para leerlas antes de que usted llegase, para sentirme preparado para verle. Y volveré a leerlas cuando usted se haya marchado. De modo que, una vez más, no se preocupe por mí. Sé que con su ayuda tendré éxito, y Ada se lo agradecerá como merece usted que se lo agradezcan cuando regresemos a Inglaterra. Si oye a los cretinos de Nápoles hablar sobre mi locura, no se tome la molestia de contradecirlos: el escándalo es tan despreciable que acabará por contradecirse a sí mismo.

Le dejé, con la promesa de regresar a la mañana siguiente temprano.

Cuando regresé a mi hotel, sentí que la idea de dormir, después de todo lo que había visto y oído, quedaba completamente descartada. De modo que encendí mi pipa y, sentado junto a la ventana (¡cómo renovaba mi mente mirar la inmóvil luz de la luna!), intenté pensar qué sería lo mejor que podría hacer. En primer lugar, apelar a los doctores o a los amigos de Alfred en Inglaterra quedaba totalmente descartado. Ni siquiera podía persuadirme a mí mismo de que su intelecto estuviera lo suficientemente desordenado como para justificar que, bajo aquellas circunstancias, revelara el secreto que me había confiado. En segundo lugar, todo intento por mi parte para inducirle a que abandonara la idea de seguir buscando los restos mortales de su tío resultaría completamente inútil a tenor de lo que le había dicho inconscientemente. Habiendo llegado a aquellas dos conclusiones, la única gran dificultad que seguía dejándome perplejo era si estaría justificado ayudarle a ejecutar aquel extraordinario propósito.

Suponiendo que con mi ayuda encontrase el cuerpo del señor Monkton, y lo llevase consigo hasta Inglaterra, ¿sería correcto por mi parte contribuir de este modo a la culminación del matrimonio que sin duda seguiría a estos eventos, un matrimonio que podría ser labor de todos impedir a cualquier coste? Aquello me llevó a reflexionar sobre el alcance de su locura, o para hablar de un modo más moderado y correcto, de su fantasía. Ciertamente, se mostraba cuerdo en todos los temas ordinarios; es decir, en todas las partes narrativas de lo que me había contado aquella noche había hablado con claridad y correctamente. En lo que se refiere a la historia de la aparición, otros hombres, con el intelecto tan claro como el de sus vecinos, se habían creído perseguidos por fantasmas e incluso habían escrito sobre ello con grandes dosis de especulación filosófica. Estaba claro que la auténtica alucinación en

el caso que se me presentaba era la convicción de Monkton de la autenticidad de la vieja profecía, y en ella residía su idea de que la imaginada aparición era un aviso sobrenatural que le impelía a evadir sus enunciados. Y quedaba igualmente claro que ambas ilusiones habían sido el fruto de la vida solitaria que hasta entonces había llevado, y que había actuado sobre un temperamento de naturaleza excitable, que se había visto potenciado más aún debido a una propensión hereditaria hacia la locura.

¿Tendría cura aquello? La señorita Elmslie, que le conocía mucho mejor que yo, así parecía creerlo a juzgar por su conducta. ¿Tenía acaso yo razón o derecho para determinar de buenas a primeras que pudiera estar equivocada? Suponiendo que me negase a ir con él a la frontera, Alfred partiría sin duda en solitario para cometer toda clase de errores, y quizá para sufrir toda clase de accidentes; mientras que yo, un hombre indolente con todo el tiempo del mundo enteramente a mi disposición, me quedaría en Nápoles abandonándole a su destino después de haberle sugerido la expedición y de haberle animado a confiar en mí. De este modo, seguía dándole vueltas y más vueltas al asunto en mi cabeza, guardándome mucho, debo añadir, de buscarle otra perspectiva más allá de la práctica. Creía firmemente, acostumbrado a burlarme de las historias de fantasmas, que Alfred se estaba engañando a sí mismo al imaginarse que había visto la aparición de su tío antes de que las noticias referentes a la muerte del señor Monkton hubiesen llegado a Inglaterra; y por lo tanto, cuando al final decidí justamente acompañarle en su extraordinaria búsqueda, no fue influido en lo más mínimo en ese sentido por las alucinaciones de mi desgraciado amigo. Posiblemente la atracción por la aventura de la que estaba poseído en aquellos tiempos me animara un poco para llegar a aquella decisión; pero debo añadir, haciéndome justicia, que también actué movido por una auténtica simpatía hacia Monkton, y a partir de un deseo sincero de calmar, en la medida de mis posibilidades, el nerviosismo de la pobre muchacha que tan fielmente seguía esperando y suspirando por él en la lejana Inglaterra.

Ciertos preparativos preliminares a nuestra partida, que me vi obligado a realizar tras una segunda entrevista con Alfred, revelaron el objeto de nuestro viaje a la mayoría de nuestros amigos napolitanos. El asombro de todos ellos fue, por supuesto, desmesurado, y la sospecha casi universal de que a mi modo yo debía de estar tan loco como Monkton en persona se manifestó sin apenas disimulos ante mi presencia. Algunas personas llegaron a intentar combatir mi resolución contándome la clase de desvergonzado y disoluto que había sido Stephen Monkton. ¡Como si yo tuviera un interés personal en recuperar sus restos! El ridículo me afectó tan poco como cualquier argumento de esta otra naturaleza. Me había hecho a la idea, y ya en aquellos días yo era tan obstinado como sigo siendo hoy.

En dos días lo tuve todo preparado, y había ordenado que nos trajeran un carruaje hasta la puerta algunas horas antes de lo que habíamos acordado en un principio. Habíamos sido amenazados jovialmente con un «trago de despedida» por parte de nuestros conocidos ingleses, y juzgué deseable evitarle aquella situación a mi amigo,

ya que se había mostrado mucho más nervioso a causa de los preparativos del viaje de lo que a mí me hubiera gustado. De este modo, poco después del amanecer, sin que hubiera una sola alma en la calle que pudiera vernos, abandonamos Nápoles en privado.

Nadie se asombrará, supongo, de que yo experimentara cierta dificultad para darme cuenta de mi posición, y de que rechazara instintivamente mirar un solo día en dirección al futuro. ¡Después de todo me encontraba en compañía de «Monkton el loco» a la caza del cadáver de un duelista a lo largo de la frontera con los estados romanos!

V

Había llegado a la conclusión de que, para empezar, lo mejor sería que hiciéramos de Fondi, un pueblo cercano a la frontera, nuestro cuartel general; y había ultimado, con la ayuda de la embajada, que el ataúd de plomo nos siguiera hasta allí, a buen recaudo en su caja de madera. Además de con nuestros pasaportes, estábamos bien provistos de cartas de presentación para las autoridades locales de la mayoría de las ciudades fronterizas y, para coronarlo todo, contábamos con suficiente dinero a nuestra disposición (gracias a la vasta fortuna de Monkton) como para asegurarnos los servicios de quienquiera que necesitáramos a lo largo de nuestra búsqueda. Aquellos recursos varios nos aseguraban una completa facilidad de acción, siempre y cuando tuviéramos éxito y descubriéramos el cuerpo del duelista fallecido. Pero, en el más que probable caso de que fracasáramos, nuestras perspectivas futuras (especialmente después de haber asumido la responsabilidad que había aceptado) eran de cualquier naturaleza menos agradables de contemplar. Confieso que me sentía inquieto, casi desesperanzado, mientras recorríamos bajo el deslumbrante sol italiano la carretera de Fondi.

Tardamos dos días en llegar hasta allí, ya que había insistido, a cuenta de Monkton, en que debíamos viajar lentamente.

El primer día, el excesivo nerviosismo de mi compañero me alarmó ligeramente; Monkton demostró, en muchos aspectos, más síntomas de desorden mental de los que hasta entonces había podido observar en su conducta. El segundo día, sin embargo, pareció acostumbrarse a contemplar con calma la idea de la búsqueda en la que nos habíamos embarcado y, excepto en lo referente a una cuestión, se comportó con la suficiente alegría y compostura. Cada vez que su difunto tío surgía en la conversación, volvía a insistir (siempre bajo la influencia de la vieja profecía y de la aparición que veía, o creía ver) en que el cadáver de Stephen Monkton, estuviera donde estuviera, yacía sin enterrar. En cualquier otro tema me otorgaba la razón con

una absoluta disponibilidad y docilidad; en aquel, sin embargo, mantuvo su extraña opinión con una obstinación que resistía con las mismas energías tanto a la razón como a la persuasión.

El tercer día descansamos en Fondi. La caja en cuyo interior reposaba el ataúd nos alcanzó y fue depositada en un lugar seguro bajo llave y candado. Alquilamos unas mulas y encontramos un hombre que conocía bien el país para que nos sirviera de guía. Se me ocurrió que lo mejor que podíamos hacer era empezar por confiar el objeto de nuestra búsqueda solo a las personas más dignas de confianza que encontraríamos entre las clases mejor educadas. Por esta razón seguimos en cierto modo el ejemplo de los participantes de aquel duelo fatal, al levantarnos, temprano por la mañana del cuarto día, con unos cuadernos de apuntes y unas cajas de colores, como si fuéramos turistas en busca de lo pintoresco.

Tras haber viajado algunas horas en dirección norte por el lado romano de la frontera, nos detuvimos para descansar y para que las mulas recobraran el aliento en una pequeña y asilvestrada aldea alejada de los caminos generalmente hollados por los turistas.

La única persona de cierta importancia en el lugar era el párroco, y a él dirigí mis primeras pesquisas, dejando a Monkton para que aguardara mi regreso junto al guía. Hablaba italiano con la suficiente fluidez y corrección para mi propósito, y fui extremadamente cauto y educado al informarle del asunto que me había llevado hasta allí, pero, a pesar de todas las molestias que me tomé, lo único que conseguí fue asustar y escandalizar al pobre párroco con cada palabra que le dije. La idea de un duelo y de un hombre muerto parecía asustarle más allá de sus sentidos. Hacía reverencias, se retorció con inquietud, dirigía sus ojos hacia el cielo y, encogiéndose de hombros piadosamente, me dijo mediante un rápido circunloquio italiano que no tenía la más ligera idea de lo que le estaba contando. Aquel fue mi primer fracaso. Debo reconocer que fui lo suficientemente débil como para sentirme un poco desanimado al reunirme con Monkton y el guía.

Cuando el calor del día se hubo desvanecido, reanudamos nuestro viaje.

A unos cinco kilómetros de la aldea, la carretera, o más bien el camino de carros, se bifurcaba. El sendero de la derecha, según nos informó nuestro guía, se internaba en las montañas y llegaba hasta un convento que había a unos diez kilómetros de allí. Si seguíamos más allá del convento, pronto alcanzaríamos la frontera con Nápoles. El sendero de la izquierda se internaba en territorio romano y nos conduciría hasta una pequeña ciudad en la que podríamos pasar la noche. Tuve en cuenta que el territorio romano presentaba el campo mejor y más apropiado para nuestra búsqueda, y que el convento siempre estaría a nuestro alcance en el caso de que regresáramos a Fondi sin haber conseguido nada. Además, el sendero de la izquierda conducía hacia la parte más ancha de la zona que teníamos que explorar, y yo siempre he sido partidario de eliminar cuanto antes las mayores dificultades, de modo que decidimos valerosamente tomar el camino de la izquierda. La expedición a la que nos condujo

esta decisión nos mantuvo ocupados toda una semana y no produjo resultado alguno. No descubrimos absolutamente nada y regresamos a nuestra base en Fondi tan desconcertados que no supimos hacia dónde dirigir nuestros pasos a continuación.



Yo me encontraba mucho más inquieto debido al efecto que el fracaso estaba teniendo sobre Monkton, que debido al fracaso en sí. Su resolución pareció desgajarse en el mismo momento en que empezamos a volver sobre nuestros pasos. Al principio se le veía quejumbroso y caprichoso; después, silencioso y abatido. Finalmente, se hundió en un letargo físico y mental que me alarmó seriamente. A la mañana siguiente a nuestro regreso a Fondi demostró una extraña tendencia a dormir incesantemente que me llevó a sospechar la existencia de alguna enfermedad orgánica en su cerebro. Durante todo el día apenas intercambió una palabra conmigo, y nunca pareció encontrarse del todo despierto. A la mañana siguiente acudí temprano a su habitación y le encontré tan silencioso y letárgico como el día anterior. Su criado, que nos había acompañado, me informó de que en la abadía de Wincot Alfred había mostrado en una o dos ocasiones anteriores, mientras su padre aún vivía, semejantes estados físicos de agotamiento mental como el que estábamos observando entonces. Aquella información contribuyó a relajarme y permitió que mi mente volviera a centrarse en la búsqueda que nos había conducido hasta Fondi.

Hasta que mi compañero mejorara, decidí ocupar mi tiempo, prosiguiendo la búsqueda por mí mismo. Aún faltaba por explorar el sendero que se extendía a la derecha de la bifurcación y que conducía hasta el convento; si me dedicaba a seguirlo, no haría falta que me alejara de Monkton más de una noche, y al menos sería capaz a mi regreso de darle la satisfacción de saber que una más de las dudas concernientes al lugar de celebración del duelo se había disipado. Aquellas consideraciones me decidieron. Dejé un mensaje para mi amigo, en caso de que preguntara por mi paradero, y me dirigí una vez más hacia la aldea en la que nos habíamos detenido el día que habíamos iniciado nuestra primera expedición.

Pretendiendo caminar hasta el convento, me separé del guía y las mulas en la bifurcación, dejándole que regresara a la aldea para esperar mi regreso.

Durante los primeros siete kilómetros el sendero ascendía con delicadeza a través de campo abierto; después, se empinaba abruptamente y se internaba más y más a través de frondosos e interminables bosques. Para cuando mi reloj me indicó que ya debía de haber andado la distancia prevista, el paisaje había desaparecido a mi alrededor y el cielo había quedado completamente cubierto por una impenetrable pantalla de hojas y ramas. Pero el escarpado sendero era mi única guía, de modo que seguí recorriéndolo; y en diez minutos, al emerger repentinamente en un claro relativamente despejado y nivelado, vi el convento erguirse frente a mí.

Era un lugar pequeño, oscuro y de apariencia siniestra. No se veía ni un solo signo de vida o movimiento en sus cercanías. Manchas verdes racheaban en todas direcciones la otrora blanca fachada de la capilla. El moho se arracimaba espeso en cada grieta del grueso e irregular muro que rodeaba el convento. Largas y lacias hierbas crecían en las fisuras del techo y el parapeto, y se descolgaban hacia el vacío, ondeando fatigosamente mientras entraban y salían por las desnudas ventanas de los dormitorios. Incluso la mismísima cruz que se encontraba frente a la puerta de

entrada, con una impresionante figura de madera de tamaño real clavada en ella, tenía la base tan recubierta por bichos que se arrastraban sobre su superficie, y parecía tan viscosa, verde y podrida hasta arriba del todo, que me alejé todo lo que pude de su lado.

Una cuerda de campana con la manilla rota colgaba de la puerta. Me aproximé a ella; dudé sin saber por qué... contemplé de nuevo el convento, y entonces rodeé el edificio hasta llegar a su flanco posterior, en parte para ganar tiempo para reflexionar sobre qué sería lo mejor que podría hacer a continuación, y en parte debido a una inexplicable curiosidad que me impulsó, ante mi propia extrañeza, a examinar todo lo que pudiera del exterior de aquel lugar antes de intentar penetrar en su interior.

En la parte trasera del convento encontré una pequeña caseta construida junto al muro; un edificio tosco, desmoronado, cuyo techo se había hundido en su mayor parte, y con un agujero irregular abierto en uno de los lados, donde en otro tiempo probablemente debería haber habido una ventana. Detrás de la caseta, los árboles crecían más espesos que en ninguna otra parte. Al contemplarlos, no pude determinar si el suelo que se extendía a mis pies se elevaba o se hundía; si era terroso, rocoso o estaba cubierto de hierba. No podía ver nada que no fuesen las zarzas, los helechos, las grandes hierbas y las hojas caídas que todo lo cubrían.

Ni un solo sonido rompía la quietud opresiva. Ni un solo pájaro cantaba en las frondosas espesuras que me rodeaban; ni una sola voz hablaba en el jardín del convento, tras el irregular muro; ningún reloj sonaba en la torre de la capilla; ningún perro ladraba en la arruinada caseta. Aquel silencio mortal acentuaba la soledad del lugar de un modo que no puedo llegar a expresar. Empecé a sentir cómo afectaba negativamente a mi ánimo, mucho más cuanto que los bosques nunca han sido mis lugares favoritos para pasear. Esa especie de felicidad pastoral que los poetas representan a menudo cuando cantan la vida en los bosques nunca ha tenido para mí ni la mitad del encanto que tiene la vida en la montaña o en el llano. Cuando me encuentro en un bosque, echo de menos la ilimitada belleza del cielo, y la deliciosa suavidad que la distancia otorga a la tierra que se extiende ante tus pies. Noto opresivamente el cambio que sufre el aire al verse aprisionado entre las hojas, y siempre me siento más atemorizado que complacido por esa misteriosa luz inmóvil que brilla con tan extraño y apagado lustre en los rincones más profundos, entre los árboles. Puede ser que me falte el gusto y que padezca de una total ausencia de aprecio por las maravillosas bellezas de la vegetación, pero debo declarar con franqueza que nunca he penetrado en un bosque sin descubrir que la parte más placentera de mi paseo es el regreso, cuando vuelvo a salir de él; salir al más desnudo de los suelos, a la más salvaje de las laderas, a la más desolada cima, salir donde sea mientras pueda ver el cielo sobre mí y el paisaje se extienda frente a mis ojos tan lejos como mi vista pueda alcanzar.

Tras oír una confesión como la que acabo de hacer, no creo que a nadie le sorprendiera saber que sentí el más fuerte de los impulsos, mientras estaba allí, junto

a la derruida caseta, por regresar de inmediato sobre mis pasos, y abandonar aquel bosque cuanto antes. Estaba dispuesto a marcharme cuando el recuerdo de la labor que me había llevado hasta el convento detuvo súbitamente mis pies. Parecía dudoso que fuese admitido en el interior del edificio si llamaba a la campana; y más dudoso aún, en el caso de que se me permitiera la entrada, que los habitantes del mismo pudieran proporcionarme la más mínima pista sobre la información que estaba buscando. En todo caso, era mi deber para con Monkton no dejar ningún cabo suelto; de modo que decidí volver hasta la parte frontal del convento y llamar a la campana a ver qué sucedía.

Por pura casualidad, pasé frente a la pared de la caseta en la que se había abierto el irregular agujero, y percibí que este había sido realizado a una altura bastante considerable.

Cuando me detuve para observar aquello, la cerrada atmósfera del bosque pareció afectarme con más intensidad que nunca.

Esperé un minuto y desaté mi pañuelo.

¿Atmósfera cerrada? Seguramente había algo más que eso. El aire resultaba más desagradable a mi nariz que a mis pulmones. Había un ligero olor, indescriptible, que cargaba el ambiente... un olor con el que yo no había tenido ninguna experiencia previa... un olor cuyo origen (ahora que mi atención estaba enfocada en él) se iba haciendo más perceptible cada vez que me acercaba a la caseta.

A esas alturas ya había repetido el experimento en dos o tres ocasiones y se me había despertado la curiosidad. Había un montón de fragmentos de piedra y ladrillo desparramados por el suelo. Reuní algunos de ellos y formé una pequeña pila debajo del agujero. Después, me subí encima y, sintiéndome bastante avergonzado por lo que estaba haciendo, espí el interior de la caseta.

La horrible visión que encontraron mis ojos en el preciso instante en que miré a través del agujero sigue presente en mi memoria con tanta claridad como si la hubiera contemplado ayer. Pese a la distancia en el tiempo, apenas puedo escribir hoy sin sentir cómo un escalofrío del antiguo terror vuelve a recorrer mi corazón.

La primera impresión que recibí al mirar al interior fue la de un objeto largo y recostado, completamente teñido de un color semejante al de una luz azulada, que yacía extendido sobre un caballete y que tenía cierto horrendo parecido con una figura humana. Volví a mirar y me aseguré de ello. Allí destacaban las prominencias de la frente, la nariz y la barbilla, difusas, como si hubieran sido cubiertas por un velo. Allí, el contorno redondeado del pecho y el hueco que se extendía bajo él... allá, las puntas de las rodillas y los inmóviles y escalofriantes pies apuntando hacia arriba. Volví a mirar con más atención aún. Mis ojos se estaban acostumbrando a la difusa luz que penetraba a través del techo roto; y me convencí, juzgando la longitud del cuerpo, de que estaba viendo el cadáver de un hombre. Un cadáver que, aparentemente, hacía tiempo que había sido cubierto con una sábana, y que había yacido allí pudriéndose sobre el caballete, a cielo abierto, el tiempo suficiente como

para que el lino hubiera adquirido el tinte azulado y lívido de mohó y corrupción que ahora lo recubría.

Ignoro cuánto tiempo permanecí con la mirada fija en aquella espeluznante visión de muerte, en aquel terrible e insepulto desecho de humanidad que envenenaba el aire inmóvil, que parecía incluso corromper la débil luz que descendía sobre él. Recuerdo haber oído un sonido distante y apagado entre los árboles, como si se estuviese levantando la brisa. Recuerdo también el lento arrastrarse de aquel sonido hasta llegar a donde yo me encontraba, y la insonora y ondulante caída de una hoja muerta sobre el cadáver a través del agujero del tejado de la caseta. Y recuerdo, por último, que incluso aquella mínima alteración en la escena que estaba contemplando produjo de inmediato en mí el efecto de recuperar la energía; de relajar la pesada tensión que inmovilizaba mi mente. Descendí al suelo y, sentándome sobre la pila de piedras, me limpié el espeso sudor que recubría mi rostro y de cuya presencia acababa de ser consciente por primera vez. Y no era solo aquel horrendo espectáculo, inesperadamente ofrecido frente a mis ojos, lo que había descompuesto mis nervios hasta tal punto. En el mismo instante en el que vi el caballete y su siniestra carga, me asaltó el recuerdo de que Monkton había predicho que, en caso de tener éxito y encontrar el cadáver de su tío, este permanecería sin enterrar. En aquel mismo instante me convencí de que había encontrado al muerto... la vieja profecía regresó a mi memoria... Cuando pensé en el pobre muchacho que esperaba mi regreso en aquella ciudad distante, una extraña pena anhelante, un vago presentimiento de dolor, un terror inexplicable me asaltaron junto con un frío temor supersticioso que me privó de mi juicio y mi capacidad de decisión, y que me dejó, cuando por fin me hube recuperado, débil y mareado, como si acabara de sufrir una punzada de insoportable dolor físico.

Me apresuré hasta alcanzar de nuevo la puerta del convento y tiré impacientemente de la cuerda de la campana. Esperé un rato y volví a llamar. Después, oí pasos.

En medio de la puerta, justo frente a mi cara, había un pequeño panel deslizante, de apenas algunos centímetros de largo; en aquel momento, el panel fue retirado desde el interior. A través de una rejilla de hierro pude ver dos ojos adormecidos, grises y claros, que me miraban vacuamente; y oí una voz tenue y ronca que me decía:

—¿Qué se le ofrece?

—Soy un viajero... —comencé.

—Vivimos en un lugar miserable. No tenemos nada para enseñarles a los viajeros.

—No he venido a ver nada. Tengo una pregunta importante que hacer, y creo que en este convento habrá alguien capaz de responderme. Si usted no está dispuesto a dejarme entrar, por lo menos salga y hable aquí conmigo.

—¿Está usted solo?

—Completamente.

—¿No hay mujeres con usted?

—Ninguna.

La puerta se abrió lentamente, y un viejo capuchino, muy endeble, muy sospechoso y muy sucio, se plantó frente a mí. Yo me encontraba demasiado excitado y nervioso para perder el tiempo en preámbulos, de modo que, contándole al monje de inmediato cómo había mirado a través del agujero y qué era lo que había visto, le pregunté en términos sencillos quién era el hombre cuyo cadáver acababa de contemplar, y por qué no se había enterrado el cuerpo.

El viejo capuchino me escuchó contemplándome con ojos acuosos y parpadeando inquisitivamente. Llevaba una maltratada cajita de hojalata en una mano; y mientras le hablaba, se dedicaba a hurgar lentamente en su interior persiguiendo con el índice y el pulgar unos granitos dispersos de rapé, dándoles vueltas y más vueltas. Cuando hube terminado, agitó la cabeza y dijo que «ciertamente, era una visión desagradable la que tenían en su caseta»; una de las visiones más desagradables, estaba seguro, de las que hubiera podido ver yo en toda mi vida.

—No quiero hablar de la visión —repliqué impacientemente—. Lo que quiero saber es quién era ese hombre, cómo murió y por qué no se le ha enterrado decentemente. ¿Podría decírmelo?

El índice y el pulgar del monje habían conseguido por fin capturar tres o cuatro granos de rapé. Los acercó lentamente hasta sus orificios nasales, mientras mantenía abierta la caja bajo la nariz para evitar la posibilidad de que se le perdiera uno solo de los granos, y esnifó una o dos veces con lujuria. Cerró la caja, y después me miró otra vez con una expresión aún más acuosa y suspicaz en los ojos.

—Sí —dijo el monje—, una visión desagradable, la de nuestra cabaña. ¡Una visión muy desagradable, ciertamente!

Nunca en toda mi vida me había costado tanto mantener a raya mi genio como en aquel instante. Conseguí, en todo caso, reprimir una expresión completamente irrespetuosa referida a los monjes en general que tenía en la punta de la lengua, y decidí intentar conquistar de otro modo la exasperante reserva de aquel viejo. Afortunadamente para mis oportunidades de tener éxito en la empresa, yo también era consumidor de rapé; y llevaba en mi bolsillo una caja llena de excelente rapé inglés, que decidí utilizar a modo de soborno como último recurso.

—Creo que su caja está vacía —dije—. ¿Le apetece probar un pellizco de la mía?

La oferta fue aceptada con la presteza propia de un jovenzuelo. El capuchino tomó el pellizco más enorme que yo haya visto jamás entre un índice y un pulgar, lo inhaló lentamente, sin derramar un solo grano, entornó los ojos y, balanceando la cabeza suavemente, me palmeó paternalmente la espalda.

—¡Oh, hijo mío! —dijo el monje—. ¡Qué rapé más delicioso! ¡Oh, hijo mío, amable viajero, ofrécele al padre espiritual que tanto te ama otro pellizquito, pequeñito, pequeñito!

—Déjeme que le rellene la caja. Yo tengo de sobra.

La maltratada cajita me fue entregada antes de que hubiera terminado de hablar. La mano paternal volvió a palmearme la espalda con más aprobación si cabe, y la voz débil y ronca se explayó con elocuencia y sin escatimar elogios. Evidentemente, había encontrado el punto flaco del viejo capuchino, e inmediatamente aproveché el descubrimiento.

—Perdone que le vuelva a molestar con el mismo tema —dije al devolverle la caja—, pero tengo buenas razones para querer oír todo lo que pueda decirme en relación con ese cadáver que tienen en la caseta.

—Entre —dijo el monje.

Me hizo pasar al otro lado de la puerta, la cerró, y me guio a través de un patio recubierto de hierba. Después me condujo a través del jardín de la cocina (también repleto de maleza) hasta llegar a una gran habitación de techo bajo, en la que por todo ornamento no había sino un sucio aparador, un par de asientos rudimentariamente tallados y uno o dos cuadros siniestros y mohosos. Era el refectorio.

—No hay nadie, y es agradable y fresco —dijo el viejo capuchino. En realidad había tal humedad que pronto empecé a temblar.

—¿Le gustaría ver la iglesia? —dijo el monje—. Una joya de iglesia. Si tan solo pudiéramos repararla... pero ¡ah, maldición y miseria, somos demasiado pobres para reparar nuestra propia iglesia!

Entonces meneó la cabeza y empezó a revolver un enorme manojó de llaves.

—¡No se preocupe ahora por la iglesia! —dije yo—. ¿Puede usted decirme lo que quiero saber, o no?

—Todo. Desde el principio hasta el final. ¡Absolutamente todo! Vaya, pero si fui yo el que acudió al sonido de la campana; aquí siempre responde a la puerta el mismo —dijo el capuchino.

—¡Pero en el nombre del cielo! ¿Qué tiene que ver la campana de la puerta con el cadáver sin enterrar que tienen en la caseta?

—Escucha, hijo mío, y lo sabrás. Hace algún tiempo... algunos meses... ¡Ah, miserable de mí! Soy viejo. He perdido la memoria. Ya no sé cuántos meses hace. ¡Ah, miserable de mí, qué monje tan viejo soy! ¡Qué monje tan viejo! —llegado a este punto, se reconfortó con otro pellizco de mi rapé.

—No se preocupe por la fecha exacta —dije—, no es eso lo que me importa.

—Bien —dijo el capuchino—. Ahora ya puedo seguir. Bueno, digamos que fue hace unos meses. Todos los del convento estamos desayunando, ¡unos desayunos miserables, hijo mío, los de este convento! ¡Unos desayunos tan miserables...! Estamos desayunando y oímos: ¡*bang!* ¡*bang!* Dos veces. «Pistolas», digo yo. «¿Por qué estarán disparando?», pregunta el hermano Jeremy. «Un juego», dice el hermano Vincent. «¡Ajá! Un juego», dice el hermano Jeremy. «Si oigo más, enviaré a alguien para que averigüe lo que pasa», dice el padre superior. No oímos más y continuamos con nuestro miserable desayuno.

—¿De dónde llegó el ruido de los disparos? —pregunté.

—De allí abajo, de un claro que hay más allá de los enormes árboles que se alzan junto a la parte trasera del convento. Un bonito lugar de no ser por los charcos y los socavones. ¡Pero, ah, miseria! ¡La humedad que tenemos que sufrir en este lugar! ¡Mucha, mucha humedad!

—Bueno, ¿qué pasó después de haber oído los disparos?

—Ahora se lo diré. Todavía estamos desayunando, todos en silencio... ¿Porque, de qué tenemos que hablar aquí? ¿Qué tenemos salvo nuestra devoción, nuestro jardín de la cocina, y las miserables migas que desayunamos y cenamos cada día? ¡Esas miserables migas! Le decía que estamos todos en silencio, cuando de repente llega el sonido de la campana tocando como nunca la habíamos oído antes. Un diablo de campaneos; un campaneos que nos sorprendió con nuestras migas en la boca, y nos detuvo antes de poder acabar de tragarlas. ¡Nuestras miserables migas! «Ve, hermano mío», dice el padre superior. «Ve, es tu tarea. Acude a la puerta». Yo soy valiente, todo un león de capuchino. Me acerco de puntillas. Espero. Escucho. Retiro el pequeño panel de la puerta. Espero. Escucho otra vez. Miro a través del agujero. Nada, absolutamente nada; al menos nada que pueda ver. Soy valiente, no me intimido fácilmente. ¿Qué hago? Abro la puerta. ¡Ah! ¡Santa María, madre de Dios! ¿Qué veo frente a nuestro portal yaciendo cuan largo es? Un hombre... ¡muerto! Un hombre grande, más grande que usted, más grande que yo, más grande que todos los de este convento. Con un bonito abrigo abotonado, con unos ojos negros que miran, miran hacia el cielo; y sangre que mana a través de su camisa. ¿Qué hago? Grito una vez. Grito dos, y corro a ver al padre superior.

Todos los detalles que había leído sobre el fatal duelo en el periódico francés, sentado en la habitación de Monkton en Nápoles, regresaron vívidamente a mi memoria. La sospecha que me había asaltado al espiar el interior de la caseta se convirtió en una certeza cuando escuché las palabras del viejo monje.

—Hasta aquí lo entiendo —dije yo—. El cadáver que he visto en la caseta es el cadáver del hombre que usted encontró tendido frente a la puerta. Ahora dígame por qué no les han dado un entierro decente a los restos.

—Espere, espere, espere —respondió el capuchino—. El padre superior me oye gritar y sale. Todos corremos juntos hasta la puerta, levantamos al hombre grande y lo contemplamos de cerca. ¡Muerto! ¡Tan muerto como esto! —exclamó golpeando el aparador con la mano—. Volvemos a mirar otra vez y vemos un trozo de papel enganchado con un alfiler en el cuello de su abrigo. ¡Ajá, hijo mío! Veo que te sobresaltas. ¡Supuse que podría sobresaltarte!

Efectivamente, me había sobresaltado. Aquel papel era sin duda la hoja mencionada en la segunda e inacabada narrativa de *monsieur Foulon* como la que este había arrancado de su libreta y en la que había descrito el modo en que el muerto había perdido la vida. Si queríamos una prueba definitiva que nos permitiera identificar el cadáver, ya la habíamos encontrado.

—¿Y qué cree usted que ponía en el trozo de papel? —continuó el capuchino—.

Lo leímos y temblamos. Este hombre ha sido asesinado en duelo. Desesperado, miserable, ha muerto cometiendo un pecado mortal. ¡Y los hombres que habían presenciado su asesinato nos pedían a nosotros, los capuchinos, hombres santos, sirvientes del cielo, hijos de nuestro señor el Papa... nos pedían a *nosotros*, que le enterráramos! ¡Oh! ¡Qué ultrajados nos sentimos al leer aquello! Gemimos, nos frotamos las manos, nos damos la vuelta, nos tiramos de las barbas, nos...

—Espere un momento —dije, viendo que el viejo empezaba a entusiasmarse con su historia y que si no le detenía a tiempo era probable que cada vez hablara con más fluidez y con menos propósito—. Espere un momento. ¿Han conservado ustedes el papel que estaba prendido en el abrigo del muerto? ¿Puedo verlo?

El capuchino parecía a punto de darme una respuesta, cuando de repente se interrumpió. Vi cómo sus ojos se separaban de mi rostro, y en el mismo momento oí que una puerta se abría y se cerraba suavemente a mi espalda.

Volviéndome de inmediato, pude ver que otro monje acababa de entrar en el refectorio. Era un hombre alto, flaco, y de enorme barba negra, en cuya presencia mi viejo amigo de la caja de rapé se volvió súbitamente todo un ejemplo de devoción y decoro. Supuse que me encontraba en presencia del padre superior, y descubrí que no me había equivocado en el mismo momento en que empezó a hablar.

—Soy el padre superior de este convento —dijo tranquila y llanamente, mirándome directamente al rostro con ojos fríos y atentos mientras hablaba—. He oído la última parte de su conversación y quisiera saber por qué está usted tan particularmente interesado en ver el trozo de papel que encontramos prendido en el abrigo del muerto.

La frialdad con la que confesó que había estado escuchando, y el modo tranquilo e imperativo en que había expresado su pregunta me dejaron perplejo, hasta tal punto que apenas supe qué tono de voz adoptar para responderle. Percibió mi duda, y atribuyéndola a una causa equivocada, le hizo una señal al viejo capuchino para que se retirara. Tirando humildemente de su larga barba gris, y consolándose furtivamente con un pellizco privado de aquel «delicioso rapé», mi venerable amigo se escabulló de la habitación deteniéndose brevemente en la puerta para realizar una profunda reverencia antes de desaparecer.

—¿Y bien? —dijo el padre superior con la misma frialdad—. Estoy esperando su respuesta, caballero.

—La obtendrá del modo más breve posible —dije yo, respondiéndole en su mismo tono—. He descubierto, para mi disgusto y horror, que mantienen ustedes un cadáver insepulto en esa caseta que hay adosada a su convento. Tengo razones para creer que ese cadáver son los restos mortales de un caballero inglés de rango y fortuna, que fue asesinado en el transcurso de un duelo. He viajado hasta esta comarca, en compañía del sobrino y único pariente del difunto, con el expreso propósito de recuperar su cuerpo; y deseo ver la nota encontrada por ustedes, porque creo que ese papel le identificará satisfactoriamente ante el pariente que acabo de

mencionar. ¿Le parece una respuesta lo suficientemente clara? ¿Tiene a bien ahora darme permiso para ver el papel?

—Su respuesta me ha satisfecho, y no veo razón alguna para impedirle ver el papel en cuestión —respondió el padre superior—, pero antes tengo que decirle algo. Al hablar de la impresión que le ha producido la visión del cadáver ha utilizado usted las palabras «disgusto» y «horror». Semejantes expresiones en relación con lo que ha podido usted contemplar en el recinto de un convento, me demuestran que no pertenece usted al ámbito de la Sagrada Iglesia Católica. No tiene ningún derecho, por lo tanto, a esperar ninguna explicación. Sin embargo, le daré una a modo de favor. El hombre asesinado falleció, sin haber recibido la extremaunción, en pleno acto de pecado mortal. Podemos adivinar a partir del papel encontrado en su cuerpo, y además lo sabemos, gracias a nuestros propios ojos y oídos, que fue asesinado en terreno eclesiástico, violando directamente las leyes especiales en contra de los duelos, cuyo estricto cumplimiento ha sido solicitado a todos los fieles de sus dominios por el mismísimo Santo Padre, mediante cartas redactadas con su propia pluma. En el interior de este convento la tierra está consagrada. Y nosotros, los católicos, no acostumbramos enterrar a los forajidos de nuestra religión, a los enemigos de nuestro Santo Padre, y a los violadores de nuestras leyes más sagradas, en suelo consagrado. En el exterior de este convento, no tenemos ni derechos ni poder; y de tenerlos, deberíamos recordar que somos monjes, no enterradores, y que el único entierro con el que podemos tener relación es el que va acompañado de las oraciones de la iglesia. Esa es toda la explicación que creo necesario darle. Espéreme aquí y podrá ver el papel.

Con estas palabras, el padre superior abandonó la habitación tan silenciosamente como había entrado en ella.

Apenas había tenido tiempo para reflexionar sobre aquella amarga y poco elegante explicación, y para sentirme algo resentido por el lenguaje y los modos de la persona que me la había ofrecido, cuando el padre superior regresó con el papel en la mano. Lo extendió frente a mí sobre el aparador, y pude leer apresuradamente las siguientes líneas redactadas con un lápiz:

Este papel está prendido al cuerpo del difunto señor Stephen Monkton, un distinguido caballero inglés. Ha recibido un disparo en un duelo conducido con perfecta gallardía y honor por ambas partes. Su cuerpo ha sido depositado a la puerta de este convento para recibir sepultura de manos de sus ocupantes, ya que los supervivientes del encuentro se han visto obligados a separarse y a preservar su seguridad huyendo de inmediato. Yo, el testigo del fallecido, y el autor de este escrito, certifico, con mi palabra de honor como caballero, que la bala que acabó con la vida del señor Stephen Monkton instantáneamente, fue disparada con justicia, siguiendo estrictamente el acuerdo y las reglas suscritas previamente a la celebración de este duelo.

(Firmado) F.

«F». Reconocí de inmediato la inicial del apellido de *monsieur* Foulon, el testigo del señor Monkton que había muerto en París a causa de la tisis.

El descubrimiento y la identificación se habían completado. Ya nada restaba sino darle la noticia a Alfred y conseguir el permiso necesario para retirar los restos mortales de la caseta. Casi empecé a dudar de mis sentidos cuando pensé que aquel propósito prácticamente imposible, para cuya consecución habíamos abandonado París, estaba ahora, por pura casualidad, virtualmente alcanzado.

—La prueba del papel es decisiva —dije devolviéndoselo al padre superior—. Ya no hay duda posible de que los restos mortales que yacen en la caseta son los que hemos estado buscando. ¿Puedo preguntarle si encontraremos objeciones en caso de que el sobrino del difunto señor Monkton desee trasladar el cuerpo de su tío al panteón de la familia en Inglaterra?

—¿Dónde se encuentra este sobrino? —preguntó el padre superior.

—Esperando mi regreso en Fondi.

—¿Está en posición de demostrar su parentesco?

—Ciertamente. Lleva consigo papeles que lo acreditarán más allá de toda duda.

—Deje pues, que satisfaga los requisitos de las autoridades locales, y no tendrá por qué esperar ningún obstáculo a sus deseos por nuestra parte.

No estaba de humor para seguir hablando ni un minuto más de lo imprescindible con un hombre de tan agrio temperamento. El día se estaba extinguiendo con rapidez, y aunque la noche me asaltara, estaba decidido a no detenerme hasta encontrarme de regreso en Fondi. Por lo tanto, tras haberle dicho al padre superior que podía estar seguro de volver a tener noticias mías prácticamente de inmediato, hice una reverencia y me apresuré a abandonar el refectorio.

En la puerta del convento estaba mi viejo amigo con su caja de rapé, esperando para facilitarme la salida.

—Dios te bendiga, hijo mío —dijo el venerable recluso dándome una palmadita de despedida en el hombro—. Regresa pronto junto a tu padre espiritual que te ama, y favorécele amigablemente con otro pellizquito de ese delicioso, delicioso rapé.

VI

Regresé lo más rápidamente que pude a la aldea en la que había dejado las mulas, hice que ensillaran a los animales de inmediato y conseguí llegar a Fondi poco antes de la puesta de sol.

Mientras ascendía las escaleras de nuestro hotel, sufrí la más dolorosa inseguridad

pensando en cuál sería el mejor modo de comunicarle a Alfred la noticia de mi descubrimiento. Si fracasaba en prepararle apropiadamente para mis revelaciones, los resultados, teniendo en cuenta el estado mental en que se encontraba, podrían ser fatales. Al abrir la puerta de su habitación, no me sentía en absoluto seguro de mí mismo; y cuando le planté cara, su modo de recibirme me tomó tan por sorpresa que durante unos instantes perdí completamente mi autocontrol.

Todo rastro del letargo en el que había estado hundido la última vez que le vi había desaparecido por completo. Sus ojos brillaban y sus mejillas estaban coloradas. Cuando entré, se levantó de un salto y rechazó la mano que le extendía.

—No me ha tratado usted como a un amigo —dijo apasionadamente—. No tenía ningún derecho a continuar la búsqueda a menos que yo fuera con usted... no tenía ningún derecho a dejarme aquí solo. Hice mal en confiar en usted: ahora sé que no es mejor que todos los demás.

Para entonces ya me había recobrado de mi primer asombro, y le contesté interrumpiéndole antes de que pudiera decir nada más. Teniendo en cuenta su presente estado, resultaba completamente inútil razonar con él o intentar defenderme. Me decidí a arriesgar el todo por el todo y le revelé de inmediato las novedades.

—Me tratará más justamente, Monkton, cuando sepa el gran servicio que le he hecho durante mi ausencia —dije—. A menos que esté enormemente equivocado, el objeto por el cual abandonamos Nápoles podría estar más cerca de lo que habíamos...

El rubor abandonó sus mejillas de inmediato. Alguna expresión en mi rostro o algún tono en mi voz habían revelado más de lo que en un principio había pretendido dar a entender. Sus ojos se fijaron intensamente en los míos; su mano agarró mi brazo, y me dijo susurrando ansiosamente:

—Dígame la verdad de inmediato. ¿Lo ha encontrado?

Era demasiado tarde para dudar. Respondí afirmativamente.

—¿Enterrado o sin enterrar?

Su voz se alzó abruptamente al hacer aquella pregunta, y su mano libre se asió a mi otro brazo.

—Sin enterrar.

Apenas había terminado de pronunciar estas palabras cuando la sangre volvió a colorear sus mejillas, sus ojos volvieron a brillar mientras me observaban y Monkton estalló en un ataque de risa triunfante que me aterrorizó y me sobresaltó más allá de toda descripción.

—¿Qué le había dicho? ¿Qué tiene que decir ahora de la vieja profecía? —gritó, soltándome los brazos y recorriendo nerviosamente la habitación de extremo a extremo—. Admita que estaba equivocado. ¡Admítalo como todo Nápoles tendrá que admitirlo una vez que le tenga a salvo en su ataúd!

Su risa se fue haciendo más y más violenta. Intenté tranquilizarle en vano. Su criado y el dueño de la posada entraron en la habitación, pero solo sirvieron para añadir leña al fuego, de modo que les hice volver a salir. Al cerrar la puerta tras ellos,

observé que sobre una mesa cercana yacía el paquete de cartas de la señorita Elmslie, que mi desgraciado amigo leía y releía con inagotable devoción y que con tanto cariño preservaba. Como él estaba mirando hacia mí cuando pasé frente a la mesa, las cartas volvieron a llamar su atención. La nueva esperanza para un futuro en compañía de la autora de las mismas, que en su corazón acababa de despertar mi noticia, pareció desbordarle durante un instante a la vista de aquellos atesorados objetos que le recordaban a su prometida. En aquel momento, su risa cesó por completo y su rostro cambió de expresión. Entonces, se apresuró hasta la mesa, tomó las cartas con una mano, desvió por un momento su mirada de ellas hacia mí con una expresión alterada que hizo que el corazón me diera un vuelco, y después cayó de rodillas junto a la mesa, enterró su cara entre las cartas y estalló en sollozos. Dejé que esta nueva emoción se manifestara libremente, y abandoné la habitación sin decir una palabra. Cuando regresé, tras haber dejado transcurrir cierto tiempo, le encontré sentado, leyendo tranquilamente una de las cartas del paquete que reposaba sobre su rodilla.

Su mirada era la de la amabilidad en persona; su gesto, cuando se levantó para recibirme y ofrecerme la mano ansiosamente, era casi femenino en su gentileza.

Ya se había calmado lo suficiente para oír en detalle todo lo que tenía que contarle. No le oculté nada, salvo el estado en que había encontrado el cadáver. No asumí en modo alguno ningún derecho sobre qué papel debería jugar él en los futuros procedimientos, con la excepción de insistir de antemano en que me dejara a mí la supervisión de la recogida del cadáver, y en recomendarle que se conformara con ver la carta de *monsieur* Foulon, tras recibir mi garantía de que los restos mortales depositados en el ataúd eran realmente los del hombre que habíamos venido a buscar.

—Sus nervios no son tan resistentes como los míos —le dije, a modo de disculpa por mi aparente exigencia—, y por esa razón debo rogarle que no pretenda asumir el liderazgo de todo lo que tengamos que hacer ahora hasta que pueda ver el ataúd de plomo soldado y a salvo en su posesión. Después de eso, podrá volver a asumir todas las funciones.

—Me gustaría tener palabras para agradecerle su amabilidad —respondió—. Ningún hermano podría haberme apoyado con más afecto, o ayudado con más paciencia, de lo que usted lo ha hecho.

Calló entonces y pareció dedicarse a pensar. Después se mantuvo ocupado atando lenta y cuidadosamente el hatillo con las cartas de la señorita Elmslie; y después, repentinamente, miró en dirección a la pared desnuda que había a mi espalda con aquella extraña expresión que tan bien conocía yo. Desde que dejamos Nápoles, había evitado a propósito excitarle hablando de aquella inútil y espantosa ilusión de la aparición por la que creía estar perpetuamente perseguido. Pero en aquel preciso momento, en todo caso, parecía tan calmado y dueño de sí mismo, tan poco proclive a agitarse violentamente por cualquier alusión a tan peligroso tópico que me atreví a mencionárselo directamente.

—¿Sigue apareciéndosele el fantasma —pregunté—, tal y como lo hacía en

Nápoles?

Me miró y sonrió.

—¿Acaso no le dije que me sigue a todas partes?

Sus ojos volvieron a dirigirse al vacío y empezó a hablar en aquella dirección, como si su conversación prosiguiese con una tercera persona.

—Nos separaremos —dijo lenta y suavemente— cuando el lugar que aún queda vacío en la abadía de Wincot ya no lo esté más. Entonces me plantaré junto a Ada frente al altar de la capilla, y cuando mis ojos se encuentren con los suyos, ya no será para ver este rostro torturado.

Tras haber dicho aquello, inclinó la cabeza sobre la mano, suspiró, y empezó a repetir para sí mismo los versos de la vieja profecía:

Cuando en la cámara mortuoria de Wincot
Espere a uno de los Monkton un lugar;
Porque yazca abandonado
Bajo cielo abierto y sin enterrar
Clamando por un metro de tierra
Pese a los acres por nacimiento heredados;
Será entonces manifiesta señal
Del linaje de los Monkton el final.
Desapareciendo con rapidez y en breve
Desapareciendo hasta que solo un señor quede.
De la luz del día, de la raza mortal
El linaje de los Monkton desaparecerá.

Creyendo que había pronunciado los últimos versos con algo de incoherencia, intenté hacerle cambiar de tema. No pareció haber oído lo que acababa de decirle y siguió hablando para sí.

—El linaje de los Monkton desaparecerá —repitió—, pero no *conmigo*. La fatalidad ya no pende sobre *mi* cabeza. Enterraré al difunto insepulto; rellenaré el nicho vacío que le espera en la cámara mortuoria de Wincot. Y entonces... entonces empezaré una nueva vida, ¡la vida con Ada!

Aquel nombre pareció devolverle el sentido. Acercó su maletín de viaje, guardó las cartas en su interior y extrajo una hoja de papel.

—Voy a escribirle a Ada para contarle las buenas nuevas —dijo volviéndose hacia mí—. Su felicidad, cuando lo sepa, será mayor incluso que la mía.

Exhausto, debido a todo lo que había sucedido aquel día, le dejé escribiendo y me fui a la cama. Me encontraba, en todo caso, demasiado alterado o demasiado cansado para dormirme. En aquel estado de duermevela, mi mente se dirigió naturalmente hacia el descubrimiento que había hecho en el convento, y hacia las consecuencias que aquel descubrimiento a buen seguro llevaría consigo. A medida que iba pensando

en el futuro, empecé a desanimarme a causa de una depresión para la cual no podía encontrar explicación alguna. Y es que no existía la más mínima razón para aquellos vagos y melancólicos presentimientos que me asaltaban. Los restos mortales, a cuyo hallazgo tanta importancia daba mi desgraciado amigo, habían sido encontrados; y sin lugar a dudas le serían entregados en un par de días a lo sumo. Podría llevarlos a Inglaterra en el primer mercante que partiera de Nápoles y, con la gratificación de haber conseguido cumplir su extraño capricho, había al menos razones para esperar que su mente podría recuperarse por completo, y que la nueva vida que iba a llevar en Wincot le haría un hombre feliz. Consideraciones como estas no estaban, en sí mismas, calculadas para ejercer un influjo melancólico sobre mí y, sin embargo, a lo largo de toda aquella noche sentí mi ánimo hundirse bajo el peso de aquella inexplicable depresión; hundiéndose durante las horas de oscuridad, y hundiéndose más aún incluso cuando salí a dar un paseo para respirar el frescor del primer aire de la mañana.

Cuando llegó el día, iniciamos las absorbentes negociaciones con las autoridades.

Solo aquellos que hayan tenido que lidiar con la burocracia italiana podrán llegar a imaginarse hasta qué punto fue puesta a prueba nuestra paciencia por parte de todos y cada uno de aquellos con los que entramos en contacto. Fuimos bandeados de una autoridad a otra; fuimos observados atentamente; fuimos interrogados y mareados hasta el desconcierto... y en ningún momento se debió todo aquello a que el caso presentara una dificultad o complicación especial, sino a que era absolutamente necesario que todos y cada uno de los dignatarios civiles a los que recurrimos pudieran demostrar su importancia haciéndonos llegar hasta nuestro objetivo del modo más circular posible. Tras haber experimentado la vida oficial italiana durante todo un día, dejé las absurdas formalidades en manos de Alfred y me dediqué a reflexionar sobre la única cuestión realmente importante: cómo íbamos a transportar de un modo completamente seguro los restos mortales que nos esperaban en la caseta del convento.

El mejor plan que se me ocurrió fue escribir a un amigo de Roma, donde sabía que era costumbre embalsamar los cuerpos de altos dignatarios de la iglesia, y donde en consecuencia, inferí, podríamos obtener la ayuda química que necesitábamos para solventar nuestra emergencia. Simplemente le comuniqué en mi carta que el transporte del cuerpo era imperativo. Después describí las condiciones en las que lo había encontrado, y le garanticé que en caso de que pudiera encontrar a la persona o personas idóneas para ayudarnos, no escatimaríamos gastos por nuestra parte. De nuevo, este proceso provocó que se nos interpusieran más dificultades y que tuviéramos que cumplir con más formalismos inútiles; pero al final, la paciencia, la perseverancia y el dinero acabaron por triunfar, y dos hombres llegaron expresamente desde Roma para llevar a cabo la tarea para la que se les había requerido.

Resulta del todo innecesario que moleste al lector entrando en detalles en esta parte de mi narración. Cuando haya dicho que el proceso de descomposición quedó

suspendido gracias a medios químicos, de modo que los restos mortales pudieran ser transportados hasta Inglaterra con toda seguridad y garantías, ya habré dicho lo suficiente. Tras diez días perdidos en inútiles retrasos y trabas, tuve al fin la satisfacción de ver la caseta del convento vacía; después cumplí con un último trámite ceremonial de aspirar rapé, o más bien de compartir rapé con el viejo capuchino, y ordené que los carruajes estuvieran preparados en la puerta de la posada. Apenas había pasado un mes desde nuestra partida cuando volvimos a entrar en Nápoles, habiendo triunfado en una empresa que había sido ridiculizada y calificada de completamente imposible por todos y cada uno de nuestros amigos que habían tenido conocimiento de la misma.

El primer objetivo que nos planteamos nada más regresar fue obtener un medio de transporte para llevar el ataúd a Inglaterra. Por mar, por supuesto. La búsqueda de un mercante próximo a zarpar hacia cualquier puerto británico, sin embargo, nos condujo al más insatisfactorio de los resultados. Tan solo había una manera de asegurarse el transporte inmediato de los restos mortales hasta Inglaterra, y esta consistía en alquilar un barco. Impaciente por regresar, y decidido a no perder de vista el ataúd hasta que este reposara en la cámara mortuoria de Wincot, Monkton decidió de inmediato que alquilaría el primer buque que pudiera conseguir. Según nos informaron en el puerto, la embarcación que antes podría estar preparada para hacerse a la mar era un bergantín siciliano, así que mi amigo se hizo con él. Pusimos a trabajar a los mejores astilleros que encontramos y contratamos al capitán más avezado de entre todos los que se encontraban disponibles en Nápoles (y a su correspondiente tripulación).

Monkton, tras haber vuelto a expresarme en los términos más cálidos su gratitud por los servicios que le había prestado, descartó toda intención de solicitarme que le acompañara en su viaje a Inglaterra. Para su gran sorpresa y satisfacción, me ofrecí *motu proprio* a tomar pasaje en el bergantín. Las extrañas coincidencias que había contemplado desde que nos encontramos por primera vez en Nápoles, y el extraordinario hallazgo en el que me había visto envuelto, habían convertido su principal objetivo en la vida en mi objetivo principal por el momento. No compartía ninguna de sus fantasías, pobre muchacho, pero apenas exagero al declarar que mi ansiedad por seguir aquella destacable aventura hasta su conclusión no era menor a su ansiedad por ver el ataúd depositado en la cámara mortuoria de Wincot. Me temo que cuando me ofrecí a acompañarle en su viaje de regreso a casa, la curiosidad me influyó tanto como nuestra amistad.

Una tarde hermosa y despejada nos preparamos para levar anclas hacia Inglaterra.

Por primera vez desde que le había conocido, Monkton parecía estar completamente animado. Hablaba y bromeaba sobre todo tipo de materias, y se reía de mí por permitir que el miedo al mareo afectara a mi natural alegría. En realidad no existía semejante temor; sencillamente era la excusa que ponía ante mi amigo para enmascarar el regreso de aquella inexplicable depresión que me había asaltado en

Fondi. Todo estaba a nuestro favor; y todo el mundo a bordo del bergantín se mostraba animado. El capitán estaba encantado con el navío; la tripulación (italianos y malteses) se mostraba feliz ante la perspectiva de realizar un viaje corto y bien pagado en un bajel repleto de provisiones. Tan solo yo sentía el corazón apesadumbrado. No había una razón válida que me explicara la melancolía que me oprimía, y sin embargo cualquier esfuerzo por resistirme a su influjo fue en vano.

Ya durante la primera noche en el mar, hice un descubrimiento que desde luego no estaba especialmente pensado para restaurar mi equilibrio emocional. Monkton estaba en su camarote, junto a la caja que contenía el ataúd, y yo paseaba por la cubierta. El viento había disminuido casi hasta la calma total, y yo contemplaba perezosamente cómo las velas del bergantín golpeaban periódicamente contra los mástiles, cuando el capitán se me aproximó y, alejándome de los hombres del timón, me susurró al oído:

—Algo pasa con la tripulación. ¿Se ha fijado usted en lo silenciosos que se han vuelto los hombres desde poco antes de la puesta de sol?

Efectivamente, lo había observado, y así se lo dije.

—Hay un chico maltés a bordo —continuó el capitán—... muy listo, pero no demasiado disciplinado. He descubierto que les ha estado contando a los hombres que hay un cadáver en el interior de esa caja que lleva su amigo en el camarote.

Mi corazón dio un vuelco al oír aquello. Conociendo la irracionalidad supersticiosa de los marinos, especialmente la de los marinos extranjeros, había tomado la precaución, antes de que el ataúd fuese embarcado, de extender a bordo del bergantín el rumor de que la caja contenía una valiosa estatua de mármol que el señor Monkton tenía en gran estima, por lo que no estaba dispuesto a perderla de vista. ¿Cómo habría podido descubrir aquel muchacho maltés que la pretendida estatua era en realidad un cuerpo humano? Al reflexionar sobre aquella cuestión, mis sospechas se dirigieron hacia el criado de Monkton, que además de hablar un fluido italiano era un chafardero incorregible. Cuando le acusé de habernos traicionado, el hombre negó toda responsabilidad; pero yo nunca creí su negativa. Y aún hoy sigo sin creerla.



—Puede estar seguro de que el pequeño diablo no dirá de dónde ha sacado lo del muerto —continuó el capitán—. No es mi intención entrometerme en sus secretos, pero le recomiendo que convoque a la tripulación y contradiga al chico, tanto si dice la verdad como si no. Los hombres son un grupo de estúpidos que creen en fantasmas y demás supercherías. Algunos de ellos dicen que nunca habrían firmado el contrato de haber sabido que iban a navegar con un muerto. Otros se conforman con refunfuñar, pero me temo que acabaremos por tener problemas con todos ellos, en caso de que haya mal tiempo, a no ser que usted o el otro caballero contradigan al chico. Los hombres dicen que si usted o su amigo les juran por su palabra de honor que el maltés es un mentiroso, le azotarán en consecuencia; pero que si no lo hacen, están dispuestos a creer al muchacho.

Llegado este punto, el capitán calló y esperó una respuesta. No podía darle ninguna. Hacer que el chico fuera castigado dando mi palabra de honor como garantía de una absoluta falsedad estaba fuera de todo lugar. ¿Qué otro medio de arreglar aquel desgraciado dilema me quedaba? Ninguno, que se me ocurriera. Le agradecí al capitán su atención por nuestros intereses, le dije que necesitaría algo de tiempo para llegar a una decisión, y le rogué que no le dijera nada a mi amigo sobre lo que había descubierto. Me prometió guardar silencio bastante malhumorado, y se alejó de mí.

Habíamos esperado que a la mañana siguiente se levantara algo de brisa, pero no fue así. A medida que el mediodía se iba acercando, la atmósfera se volvió insufriblemente bochornosa, y el mar seguía tan liso como un espejo. Vi que el capitán miraba a menudo y con nerviosismo hacia barlovento. Lejos, en aquella dirección, pude observar una pequeña nube negra y solitaria en mitad del cielo azul; le pregunté si nos traería algo de viento.

—Más del que queremos —replicó brevemente el capitán. Después, para mi asombro, ordenó a la tripulación que saliera a cubierta y que arriara las velas. La ejecución de aquella maniobra me demostró claramente cuál era el estado de ánimo de los hombres. Hicieron su trabajo a regañadientes y muy lentamente, sin dejar de farfullar y murmurando entre sí. El comportamiento del capitán, mientras les urgía mediante juramentos y amenazas, me convenció de que nos hallábamos en peligro. Volví a mirar a barlovento. La pequeña nube se había ensanchado hasta convertirse en un gran banco de vapor turbio, y el mar había cambiado de color allá en el horizonte.

—La tormenta estará sobre nosotros antes de que sepamos a qué altura nos encontramos —dijo el capitán—. Vaya abajo. Aquí solo será un estorbo.

Descendí al camarote y preparé a Monkton para lo que se avecinaba. Aún me estaba preguntando qué era lo que había visto en cubierta cuando la tormenta estalló repentinamente. Sentimos que por un momento el pequeño bergantín se tensaba como si fuera a partirse en dos, después pareció balancearse de un lado a otro para luego detenerse por completo durante un solo instante, con todos los maderos temblando.

Entonces recibimos un impacto que nos arrojó de nuestros asientos. Oímos un ruido ensordecedor y un torrente de agua se abrió paso a través de nuestro camarote. Medio ahogados, trepamos hasta la cubierta.

Antes de que pudiera distinguir nada en concreto entre toda aquella horrible confusión, salvo la tremenda certeza de que estábamos completamente a merced del mar, oí una voz desde la popa que acalló el clamor y el griterío del resto de la tripulación. Las palabras eran en italiano, pero entendí su fatal significado con demasiada facilidad. Se había abierto una grieta y el mar estaba penetrando en el barco con la misma facilidad que un cuchillo corta la mantequilla. Pese a la emergencia, el capitán no perdió los estribos. Pidió su hacha para cortar el palo mayor y, tras ordenarles a algunos miembros de la tripulación que le ayudasen, envié al resto a manejar las bombas de achique.

Apenas habían salido las palabras de sus labios cuando los hombres se amotinaron abiertamente. Dirigiéndome una mirada salvaje, su líder gritó que los pasajeros podían hacer lo que quisieran, pero que él y sus compañeros estaban decididos a subirse al bote de salvamento y a dejar que el maldito barco y *el muerto que viajaba en él* se fueran juntos hasta el fondo. Cuando habló, se formó un griterío entre los marineros y yo observé que algunos de ellos señalaban burlescamente hacia mis espaldas. Al volverme, vi a Monkton, que hasta entonces se había mantenido a mi lado, abriéndose camino hacia el camarote. Le seguí de inmediato, pero el agua y la confusión en cubierta, y la imposibilidad, debido al bamboleo del bergantín, de mover los pies sin la ayuda de las manos impidieron mi avance de tal modo que me resultó imposible alcanzarle. Cuando hube llegado abajo, Monkton se había agachado sobre el ataúd, con el agua que inundaba el camarote arremolinándose y salpicando a su alrededor mientras el barco se levantaba y se hundía entre las olas. Vi un aviso de lo que se avecinaba en el brillo de sus ojos, un aviso en el rubor de sus mejillas. Me aproximé a él y le dije:

—No nos queda más remedio, Alfred, que ceder ante la desgracia y hacer lo que esté en nuestras manos para salvar nuestras vidas.

—Salve usted la suya —gritó, agitando su mano ante mí—, pues *usted* aún tiene un futuro. El mío habrá desaparecido cuando este ataúd llegue al fondo. Si el barco se hunde, sabré entonces que la fatalidad se ha consumado y nada me impedirá hundirme con él.

Vi que su estado no era proclive a razonar ni a dejarse persuadir, de modo que volví a salir a cubierta. Los hombres estaban cortando todos los obstáculos que les impedían lanzar el gran bote, colocado en mitad del navío, por encima del hundido bastión del bergantín. El capitán, tras haber realizado un último y vano intento por restaurar su autoridad, los contemplaba en silencio. La violencia de la tormenta parecía estar remitiendo, y le pregunté si realmente no había posibilidad alguna para nosotros en caso de permanecer a bordo del barco. El capitán me respondió que si los hombres hubieran obedecido sus órdenes esa opción habría sido la más segura; pero

que ahora, efectivamente, ya no quedaba ninguna posibilidad. Sabiendo que no podía depender del criado de Monkton, le revelé al capitán, del modo más breve y sencillo que me fue posible, la condición de mi desafortunado amigo, y le pregunté si podía contar con su ayuda. Asintió con la cabeza y descendimos juntos al camarote. Todavía ahora me causa dolor escribir acerca de la terrible decisión a la que nos vimos abocados, como último recurso, debido a la fuerza y la persistencia de las alucinaciones de Monkton. El único modo de sacarle de allí fue atarle las manos y arrastrarle por la fuerza hasta cubierta. Los hombres estaban a punto de partir en el bote, y al principio se negaron a aceptarnos en su interior.

—¡Cobardes! —gritó el capitán—. ¿Acaso llevamos con nosotros al muerto? ¿Acaso no se está yendo al fondo del mar junto con el bergantín? ¿De quién os asustáis ahora?

Aquella apelación produjo el efecto deseado; los hombres se avergonzaron de sí mismos y se retractaron de su negativa.



En el mismo momento en el que abandonamos el barco, Alfred hizo una tentativa por romper mi abrazo, pero le sujeté con firmeza y no volvió a repetir el intento. Se sentó a mi lado, con la cabeza hundida, inmóvil y silencioso, mientras los marinos remaban alejándose del condenado bergantín; inmóvil y silencioso cuando, todos a una, se detuvieron a cierta distancia para esperar y observar cómo se hundía; inmóvil y silencioso incluso cuando el hundimiento se hubo consumado: cuando el trabajado casco se internó lentamente en una depresión del mar, dudó aparentemente durante un momento, se elevó ligeramente, y después desapareció de nuestra vista para no volver a elevarse nunca más.

Hundido con su carga muerta; hundido para poner más allá de nuestro alcance aquel cadáver que habíamos descubierto casi de milagro, aquellos restos mortales tan celosamente preservados y en cuyas manos descansaban, de un modo tan extraño, las esperanzas y los destinos de dos enamorados. Cuando los últimos signos del barco hubieron desaparecido en las profundidades de las aguas, sentí que Monkton empezaba a temblar terriblemente a mi lado, y le oí repetir para sí mismo, tristemente y muchas veces, el nombre de «Ada».

Intenté dirigir sus pensamientos hacia otro tema, pero fue completamente inútil. Señaló hacia donde había estado el bergantín, aunque ahora ya no quedaba nada a lo que mirar salvo las agitadas olas, y dijo:

—El nicho vacío permanecerá vacío para siempre en la abadía de Wincot.

Al decir estas palabras, fijó por un momento sus tristes y desolados ojos en mi rostro. Después retiró la mirada, apoyó una mejilla sobre la mano y ya no volvió a hablar.

Bastante antes de que anoheciera fuimos avistados por un barco comercial que nos recogió a bordo y nos llevó hasta Cartagena, en España. Alfred no volvió a levantar la cabeza ni volvió a hablarme por voluntad propia durante todo el tiempo que estuvimos a bordo del mercante. Observé alarmado, sin embargo, que a menudo hablaba solo y de manera incoherente... musitando constantemente los versos de la vieja profecía, y aludiendo una y otra vez a aquel fatal nicho que permanecía vacío en la cámara mortuoria de Wincot; repitiendo constantemente, en un tono tan desgarrado que cada vez que lo oía me afectaba más de lo que es posible expresar, el nombre de la pobre muchacha que le esperaba en Inglaterra. Pero no eran estas las únicas causas de la inquietud que sentía por él. Hacia el final de nuestro viaje empezó a sufrir unos ataques alternos de fiebre y escalofríos que, en mi ignorancia, imaginé que podrían ser síntomas de un resfriado. Pronto recibí un desengaño. Apenas llevábamos un día en tierra cuando su salud empeoró tanto que tuve que asegurarme la mejor asistencia médica que se podía conseguir en Cartagena. Durante unos días, los doctores difirieron, como suele ser habitual, en su opinión sobre cuál podría ser la causa de la enfermedad; pero, en breve, empezaron a manifestarse ciertos síntomas alarmantes que no dejaron lugar a dudas. Los médicos me comunicaron que Monkton estaba afectado de fiebre cerebral y que su vida corría peligro.

Dominado por la preocupación y la pena, apenas supe cómo actuar ante aquella nueva responsabilidad que se me presentaba. Finalmente, decidí escribir al viejo párroco que había sido el tutor de Alfred y que, según tenía entendido, seguía residiendo en la abadía de Wincot. Le conté a este caballero todo lo que había sucedido, le rogué que le transmitiera a la señorita Elmslie mis desgraciadas noticias con la máxima delicadeza posible, y le aseguré que estaba dispuesto a permanecer con Monkton hasta el final.

Después de haber despachado mi carta, y tras haber enviado un mensajero a Gibraltar con instrucciones de encontrar el mejor médico inglés que ejerciese en la ciudad, sentí que ya había hecho todo lo que estaba en mi mano, y que nada quedaba salvo esperar y esperar.

Muchas fueron las horas tristes y expectantes que pasé junto a la cama de mi pobre amigo. Y muchas fueron las ocasiones en las que dudé si habría obrado bien al secundar sus fantasías. En todo caso, las razones que me habían llevado a ello tras nuestra primera entrevista parecían seguir siendo válidas. El único modo de acelerar su regreso a Inglaterra y a la señorita Elmslie, que se moría de pena en su ausencia, era el camino que yo había elegido. No era culpa mía que sus proyectos y los míos hubieran quedado fulminados por un desastre que ningún hombre hubiera podido prever. Pero ahora que la calamidad parecía irrevocable, lo que más me preocupaba era que en caso de que pudiera superar su enfermedad física, ¿cómo íbamos a poder combatir la mental?

Cuando reflexioné sobre la corrupción hereditaria que asolaba su desordenada mente, sobre aquel terror infantil ante la figura de Stephen Monkton (del que nunca se había repuesto), sobre la aislada vida que había llevado en la abadía, o sobre su firme asunción de la realidad de la aparición por la que creía ser constantemente perseguido, confieso que me desesperaba el no poder hacer que su supersticiosa fe en cada palabra y verso de la vieja profecía familiar se tambaleara. Si aquella cadena de coincidencias que parecían demostrar su autenticidad había conseguido causar una impresión fuerte y duradera en mi persona (y puedo asegurar que este era el caso), ¿cómo podría asombrarme de que hubiera producido un efecto de absoluta convicción en su mente, predispuesta a creerlo todo? Si discutía con él, y él me respondía, ¿cómo podría yo replicar? Si él dijera: «La profecía apunta al último de la familia: yo soy el último de la familia. La profecía menciona un nicho vacío en la abadía de Wincot: en este momento ese nicho vacío existe. Creyendo en la profecía le dije que el cuerpo de Stephen Monkton había permanecido insepulto, y así lo encontró usted»; si me dijera todo aquello, ¿de qué serviría que yo contestara: «Después de todo solo se trata de una serie de extrañas coincidencias»?

Cuanto más pensaba en la tarea que me esperaba en caso de que Monkton se recobrase, más inclinado me sentía a desanimarme. Cuanto más a menudo me decía el físico inglés que le atendía: «Puede que mejore de la fiebre, pero hay una idea fija que nunca le abandona ni de día ni de noche, que ha descompuesto su razón y que

acabará por matarle si usted o sus amigos no consiguen que la abandone»; cuanto más a menudo oía esto, más intensamente sentía mi propia frustración, y más me alejaba de toda idea conectada con aquel futuro desesperanzador.

Únicamente había esperado recibir de Wincot alguna respuesta en forma de carta. Fue por lo tanto una gran sorpresa, y también un gran alivio, recibir un día el recado de que dos caballeros deseaban hablar conmigo, y descubrir que, de estos dos caballeros, el primero era el viejo párroco y el segundo un pariente de la señorita Elmslie.

Justo antes de su llegada, los síntomas febriles habían desaparecido y Alfred había sido declarado oficialmente fuera de peligro. Tanto el párroco como su compañero se mostraron ansiosos por saber cuándo habría recuperado el enfermo las fuerzas suficientes para acometer un viaje. Habían venido a Cartagena expresamente para llevarse a Monkton con ellos de regreso, y se sentían mucho más esperanzados que yo al respecto de las propiedades curativas del aire de su tierra natal. Después de que se hubieran formulado y respondido todas las preguntas relativas a aquel punto de primera importancia, me aventuré a interesarme por la señorita Elmslie. Su pariente me informó de que estaba sufriendo en cuerpo y mente debido a una extremada preocupación por Alfred. Se habían visto obligados a mentirle acerca de la peligrosidad de su enfermedad para evitar que quisiera acompañarles a él y al párroco en su misión a España.

A medida que fueron pasando las semanas, Alfred recuperó parte de su antigua fuerza física, lenta e imperfectamente; pero la enfermedad que afectaba a su cerebro no sufrió la más mínima alteración.

Ya el mismo día en el que se le había declarado recuperado se había descubierto que la fiebre cerebral había ejercido una extraña influencia sobre su memoria. Todos sus recuerdos referentes a los hechos más recientes habían desaparecido por completo. Todo aquello conectado con Nápoles, conmigo y con su viaje a Italia, se había desvanecido completa y misteriosamente de sus recuerdos. Tan completamente se habían borrado los acontecimientos más recientes de su memoria que, aunque ya en sus primeros días de convalecencia reconoció fácilmente al párroco y a su criado, nunca llegó a reconocermes a mí; únicamente me contemplaba cada vez que me acercaba a su cama con una expresión de melancolía y duda que me dolía más allá de lo que soy capaz de expresar. Todas sus preguntas giraban en torno a la señorita Elmslie y a la abadía de Wincot, y todo lo que decía estaba anclado en el periodo en el que su padre aún vivía.

Los doctores auguraron más beneficio que perjuicio a raíz de aquella pérdida de memoria, aclarando que sería temporal y que respondía a la primera necesidad de mantener su mente calmada de cara a una recuperación total. Intenté creerles... intenté sentirme tan optimista como lo hicieron los viejos amigos que le estaban llevando de regreso a casa cuando llegó el día de su partida. Pero era demasiado esfuerzo para mí. El presentimiento de que no volvería a verle nunca más oprimió mi

corazón, y al ver la gastada figura de mi pobre amigo, medio alzado al interior del carruaje y conducido gentilmente por la carretera que le llevaría hasta casa, las lágrimas asomaron a mis ojos.

En ningún momento había llegado a reconocermme, y los doctores me rogaron que, durante algún tiempo, no le diera oportunidad de hacerlo. De no ser por esta solicitud, le habría acompañado hasta Inglaterra. Tal y como estaban las cosas, ya no me quedaba nada mejor por hacer que cambiar de aires y recuperar, en la medida de lo posible, mis energías de cuerpo y espíritu, tan desgastadas últimamente debido a las largas esperas y al nerviosismo. Las famosas ciudades de España no me resultaban desconocidas, pero volví a visitarlas, y reviví viejas impresiones de la Alhambra y de Madrid. En una o dos ocasiones pensé realizar un peregrinaje en dirección al este, pero los últimos acontecimientos me habían alterado y, en cierto modo, desgastado. Mi corazón empezó a verse acechado por esa sensación anhelante e insatisfecha que llamamos «morriña», de modo que decidí regresar a Inglaterra.

Antes hice escala en París, ya que me había puesto de acuerdo con el párroco en que me escribiría al domicilio de mi banquero en la capital francesa tan pronto como le fuera posible después de que Alfred hubiera regresado a Wincot. De haberme marchado al este, la carta habría sido devuelta a Wincot. Envié una nota para prevenir esta posibilidad y, nada más llegar a París, me detuve para ver a mi banquero antes incluso de acudir al hotel.

En el mismo momento en que la carta fue puesta entre mis manos, el reborde negro que rodeaba el sobre me indicó lo peor. Había muerto.

El único consuelo que quedaba era que había muerto tranquilamente y casi feliz, sin referirse ni una sola vez a aquellas fatales casualidades que habían traído consigo el cumplimiento de la profecía. «Durante los primeros días tras su regreso —había escrito el viejo párroco—, mi querido pupilo pareció mejorar un poco, pero no llegó a recuperar completamente las fuerzas y pronto sufrió una ligera recaída en la fiebre. Después de aquello, se fue hundiendo suavemente y de forma gradual, día tras día, hasta que se despidió de nosotros para iniciar su último viaje. La señorita Elmslie (que sabe que estoy escribiendo estas líneas) desea que le exprese su profunda y eterna gratitud por toda su amabilidad para con Alfred. Cuando le trajimos de vuelta me dijo que le había estado esperando como su prometida, y que ahora le cuidaría como si ya fuera su esposa; no le abandonó ni un solo instante. Cuando Alfred murió, su rostro estaba vuelto hacia el de ella y sus manos permanecieron entrelazadas hasta exhalar el último suspiro. Le consolará saber que desde el día de su regreso y hasta el de su muerte no mencionó los sucesos acontecidos en Nápoles o el naufragio que les siguió».

Tres días después de haber leído la carta me encontraba en Wincot, escuchando de boca del párroco todos los detalles referentes a los últimos momentos de Alfred. Cuando oí que, siguiendo su deseo, había sido enterrado en la fatal cámara mortuoria de la abadía, sentí un sobresalto que no me resultaría fácil de explicar o analizar en

caso de que pretendiera hacerlo.

El párroco me llevó a visitar el lugar... una construcción subterránea, gris y fría, de techo bajo y sostenido por voluminosos arcos sajones. Estrechos nichos, en cuyo interior se podían apreciar los extremos de los ataúdes, recorrían las paredes de la cámara. Los clavos y los ornamentos de plata lanzaban destellos cada vez que mi acompañante pasaba frente a ellos con la lámpara en la mano. En el extremo más alejado de la entrada, el párroco se detuvo, señaló un nicho y dijo:

—Aquí yace. Entre su padre y su madre.

Miré un poco más allá y vi lo que en un principio me pareció un túnel largo y oscuro.

—Es tan solo un nicho vacío —dijo el párroco siguiéndome—. Si el cuerpo del señor Stephen Monkton hubiera sido traído hasta Wincot, su ataúd habría reposado ahí.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo, y un sentimiento de temor que ahora me avergüenza haber sentido pero que entonces fui incapaz de combatir, se apoderó de mí. La bendita luz del día se derramaba alegremente a través de la puerta abierta, al otro extremo de la cámara. Le di la espalda al nicho vacío y me apresuré hasta llegar al sol y el aire fresco.

Mientras recorría a la inversa el camino que conducía a la cámara mortuoria a través del césped, oí detrás de mí el crujido de un vestido de mujer. Al volverme, vi a una joven dama avanzando hacia mí, vestida de luto. Su rostro dulce y triste y su modo de ofrecerme la mano me indicaron de inmediato de quién se trataba.

—Oí que estaba usted aquí —dijo—, y deseaba... —la voz le falló ligeramente. Mi corazón se sintió herido al ver cómo temblaba su labio, pero antes de que pudiera decirle nada ella recuperó el control de sí misma y prosiguió—: Deseaba estrecharle la mano y agradecerle su fraternal cariño para con Alfred; también quería decirle que estoy segura de que todo lo hizo actuando con ternura y considerando que se trataba de lo más acertado. Quizá vuelva a alejarse pronto de su casa y es posible que no volvamos a vernos. Pero nunca, nunca olvidaré que fue usted amable con él cuando más necesitado estaba de un amigo, y que tiene usted más derecho que ninguna otra persona en la tierra a ser recordado con gratitud en mi pensamiento mientras viva.

La indecible dulzura de su voz, que temblaba ligeramente mientras hablaba; la bella palidez de su rostro, y el sencillo candor de sus ojos tristes y tranquilos, me afectaron de tal modo que no pude confiar en mí mismo para responder salvo mediante gestos. Antes de que hubiera recobrado el habla, me había vuelto a ofrecer su mano y se había marchado.

Nunca volví a verla. Las casualidades, y las vueltas que da la vida, nos mantuvieron apartados el uno del otro. La última vez que oí hablar de ella, y de eso hace ya años, seguía siendo fiel a la memoria del difunto, y aún seguía llamándose Ada Elmslie únicamente en recuerdo de Alfred Monkton.

UNA CAMA TERRIBLEMENTE EXTRAÑA

Poco después de haber concluido mis estudios universitarios, me encontré en París con un amigo inglés. Ambos éramos entonces hombres jóvenes, y me temo que llevábamos una vida más bien disipada en aquella deliciosa ciudad que habíamos escogido como exilio. Lo que te voy a contar sucedió una noche que paseábamos perezosamente por los alrededores del vecindario del Palais Royal, decidiendo a qué entretenimiento deberíamos dedicar las siguientes horas. Mi amigo propuso visitar el Frascati, pero su sugerencia no resultó de mi agrado. Yo ya me conocía aquel local prácticamente de memoria y había perdido y ganado en sus salas abundantes piezas de cinco francos con el único objetivo de entretenerme. Hasta que la diversión se tornó aburrimiento y hastío, principalmente debido a que Frascati es una de esas espantosas anomalías que, a mi juicio, representan las casas de juego respetables.

—Por el amor del cielo —le dije a mi amigo—, vayamos a algún lugar en el que podamos ver algo genuino y barriobajero; un juego en el que el factor dominante sea la pobreza, y no esos falsos oropeles. Alejémonos del tan elegante Frascati y acudamos a una casa en la que se le permita la entrada a un hombre con el abrigo ajado, e incluso a un hombre sin abrigo, ajado o no.

—Muy bien —dijo mi amigo—, no hará falta que nos alejemos del Palais Royal para encontrar la clase de compañía que buscas. Aquí mismo existe un lugar tan desvergonzado en todos los aspectos como el que deseas ver.

En un par de minutos llegamos a una puerta y penetramos en la casa cuya parte trasera has dibujado en tu cuaderno de apuntes.^[1]

Cuando hubimos ascendido las escaleras y dejado nuestros sombreros y bastones a cargo del portero, fuimos admitidos en la habitación principal: el salón de juego. No encontramos a mucha gente reunida allí. Pero, por pocos que fueran los hombres que contemplaron nuestra entrada, todos eran representantes (lamentablemente, auténticos representantes) de sus respectivas calañas.

Habíamos acudido para ver a gente barriobajera, pero aquellos hombres eran algo mucho peor. Siempre suele haber un aspecto cómico, más o menos apreciable, en todo lo barriobajero; pero allí no se respiraba nada más que tragedia, tragedia muda y extraña. El silencio en la habitación era horrible. El joven delgado, ojoso y de cabellos largos, cuyos ojos hundidos contemplaban fieramente el reparto de las cartas, no hablaba; tampoco hablaba el jugador fofo de la cara hinchada y recubierta de granos, que garabateaba incansablemente en su pedazo de cartón para registrar la frecuencia con la que ganaba el rojo y la frecuencia con la que ganaba el negro; ni el viejo arrugado y sucio, con los ojos de buitre y el gabán zurcido, que había perdido hasta su último *sou* y aún seguía observando desesperadamente el juego aunque ya no

podiera participar en él. Incluso la voz del *croupier* sonaba como si estuviera extrañamente amortiguada y apagada en la atmósfera de la habitación. Había entrado en el lugar para reírme, pero el espectáculo que se presentó ante mí era más bien para llorar. Pronto necesité refugiarme de la depresión que empezaba a dominarme centrandome mi atención en algo excitante. Para mi desgracia, no se me ocurrió otra cosa que buscar la excitación en la mesa más cercana y empezando a jugar. Más desgraciadamente aún, tal y como demostrarán los hechos, gané. Gané de un modo prodigioso; gané increíblemente; gané de tal modo que los jugadores habituales de la mesa se arremolinaron a mi alrededor y, observando mis ganancias con ojos ávidos y supersticiosos, empezaron a susurrarse los unos a los otros que aquel inglés iba a saltar la banca.



El juego era *Rouge et Noir*. Lo había jugado en todas y cada una de las ciudades de Europa, sin tomarme ni desear la molestia de estudiar la Teoría del Azar. ¡La piedra filosofal de todos los jugadores! Además, yo nunca había sido un jugador en el estricto sentido de la palabra. Estaba a salvo de la corrosiva pasión del juego. Mi participación era un mero y perezoso divertimento. Nunca me había acercado al juego por necesidad, porque nunca había sabido lo que era necesitar dinero. Nunca lo practicaba de un modo tan continuado como para perder más de lo que pudiera permitirme, ni ganar más de lo que pudiera embolsarme sin romper el balance de mi buena suerte. Resumiendo, hasta entonces había frecuentado las mesas de juego con el mismo espíritu que frecuentaba salones de baile y teatros de la ópera: porque sencillamente me entretenía, y porque no tenía nada mejor en lo que emplear mis horas desocupadas.

Pero en aquella ocasión la situación era muy diferente. Por primera vez en mi vida sentí realmente lo que es la auténtica pasión por el juego. Al principio mi éxito me dejó completamente desconcertado, para embriagarme después en el sentido más literal de la palabra. Por muy increíble que pueda parecer, resulta completamente cierto que solo perdía cada vez que intentaba calibrar las posibilidades y jugaba de acuerdo a cálculos previos. Si lo dejaba todo al azar, y apostaba sin cuidado ni consideración, ganaba sin remisión; ganaba pese a que todas las probabilidades estuvieran a favor de la banca. Al principio, algunos de los hombres presentes arriesgaron su dinero jugando a mi mismo color, pero rápidamente incrementé mis apuestas hasta alcanzar sumas que no se atrevían a arriesgar. Uno tras otro fueron abandonando el juego y se dedicaron a observar el mío conteniendo el aliento.

Aun así, una vez tras otra, seguí aumentando mis apuestas, más y más, y seguí ganando. La excitación en el interior de la habitación alcanzó un nivel febril. Cada vez que el dinero era empujado hacia mi lado de la mesa, el silencio quedaba interrumpido por un coro gutural de exclamaciones y juramentos musitados en diferentes idiomas. Incluso el imperturbable *croupier* acabó por arrojar su rastrillo al suelo debido a una furiosa expresión (francesa) de incredulidad ante mi éxito. Tan solo un hombre mantuvo el control de sí mismo, y ese fue mi amigo inglés. Se acercó a mi lado y, susurrando en nuestro idioma, me rogó que abandonara el lugar, satisfecho con lo que ya había ganado. Debo hacerle justicia diciendo que repitió sus avisos y sus ruegos varias veces, y que solo me dejó allí para marcharse después de que hubiera rechazado su consejo mediante unos términos que le hicieron imposible volver a dirigirse a mí aquella noche (estaba, a todos los efectos, completamente borracho por el juego).

Poco después de que mi amigo se hubiera marchado, una voz ronca gritó detrás de mí:

—Permítame, querido señor; permítame que ponga en su lugar estos dos napoleones que se le han caído. ¡Qué suerte tan maravillosa la suya, señor! ¡Le doy mi palabra de honor de viejo soldado de que en todo el curso de mi larga experiencia

en este tipo de asuntos jamás había visto una suerte como la suya! ¡Nunca! ¡Siga, señor! *Sacré mille bombes!* ¡Siga así y salte la banca!

Me giré y vi a un hombre alto, cubierto con un sobretodo trenzado, que asentía y sonreía con empedernida sociabilidad.

De haber sido yo mismo, le habría considerado un espécimen más que sospechoso de viejo soldado. Tenía unos ojos danzones e inyectados en sangre, un mostacho sarnoso y la nariz rota. Su voz traicionaba una entonación propia de barracón del peor orden, y tenía el par de manos más sucias que jamás haya visto... incluso estando en Francia. Estas peculiaridades personales, sin embargo, no me repelieron en lo más mínimo. Dominado por aquella demente excitación, por aquel temerario y momentáneo triunfo, estaba predispuesto a «fraternizar» con cualquiera que me animara en el juego. Acepté un pellizco del rapé que me ofrecía el viejo soldado, le palmeé la espalda y juré que era el tipo más honesto del mundo, el más glorioso vestigio del Gran Ejército que yo hubiera tenido el gusto de encontrarme nunca.

—¡Adelante! —gritó mi marcial amigo, chasqueando extasiado los dedos—. ¡Adelante, gane! ¡Salte la banca, *mille tonnerres!* ¡Salte la banca, galante camarada inglés!

Y *seguí* jugando. Seguí de tal manera que un cuarto de hora más tarde el *croupier* anunció:

—¡Caballeros! La banca ha cerrado por esta noche.

Todos los billetes y todo el oro de la «banca» yacían ahora amontonados bajo mis manos. ¡Todo el capital flotante de la casa de juego estaba esperando a verse metido en mis bolsillos!

—Envuelva bien el dinero en su pañuelo, mi digno señor —dijo el viejo soldado, mientras yo cubría con las manos mi montaña de oro—. Envuélvalo como nosotros envolvíamos las migajas que comíamos en el Gran Ejército; sus ganancias son demasiado pesadas para cualquier bolsillo de pantalón que jamás se haya cosido. ¡Así! ¡Así está bien! ¡Métalo todo, los billetes también! *Credíé!* ¡Vaya suerte! ¡Espere! ¡Se le ha caído otro napoleón al suelo! ¡Ah! *Sacré petit polisson de napoléon!* ¿Te he encontrado por fin? Y ahora, señor, dos nudos dobles bien fuertes a cada lado; con su honorable permiso, el dinero está a buen recaudo. ¡Tóquelo! ¡Tóquelo, afortunado caballero! Duro y redondo como una bala de cañón. *Ah, bah!* Si se hubieran disparado balas como esta en Austerlitz. *Nom d'une pipe!* ¡Si tan solo lo hubieran hecho! Y ahora, como antiguo granadero, y como ex-bravo del Ejército francés, ¿qué me queda por hacer? ¿Qué me queda, digo? Simplemente esto: convidar a mi valioso amigo inglés a beber una botella de champán conmigo, ¡y brindar por la diosa fortuna con copas espumeantes antes de separarnos!

—¡Excelente, ex-bravo! ¡Jovial y antiguo granadero! ¡Champán, por supuesto! ¡Un brindis inglés para un viejo soldado! ¡Hurra! ¡Hurra! ¡Otro brindis inglés por la diosa Fortuna! ¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!

—¡Bravo por el inglés, el amistoso y amable inglés por cuyas venas corre ahora la

vivaz sangre de Francia! ¿Otra copa? *Ah, bah!* ¡Esta botella está vacía! ¡No importa! *Vive le vin!* ¡Yo, el viejo soldado, voy a encargar otra botella y un cuarto de *bon-bons* para acompañarla!

—No, no, ex-bravo. ¡Nunca, anciano granadero! La anterior fue *su* botella, deje que esta sea la *mía*. ¡Vea! ¡Brindemos! ¡Por el Ejército francés! ¡Por el gran Napoleón! ¡Por todos los presentes! ¡Por el *croupier*! ¡Por la mujer y las hijas del honesto *croupier*; si es que las tiene! ¡Por las damas en general! ¡Por todo el mundo!

Para cuando la segunda botella de champán estuvo vacía, me sentía como si hubiera estado bebiendo fuego líquido. Mi cerebro parecía haber estallado en llamas. Ningún exceso de vino me había producido semejante efecto en toda mi vida. ¿Era aquel el resultado de haber ingerido un estimulante en un momento en el que mi mente se hallaba ya de por sí en un estado altamente eufórico? ¿Estaba mi estómago en malas condiciones? ¿O es que el champán era asombrosamente fuerte?

—¡Ex-bravo del Ejército francés! —grité, dominado por un demente estado de alegría—. ¡Estoy que ardo! ¿Cómo se encuentra *usted*? ¡Ha conseguido usted encenderme! ¿Me oye, mi héroe de Austerlitz? ¡Tomemos una tercera botella de champán para apagar este fuego!

El viejo soldado meneó la cabeza, hizo rodar sus ojos saltones hasta que me pareció que estaban a punto de salirse de las cuencas, colocó su sucio dedo índice junto a la nariz rota, anunció solemnemente «¡café!», y desapareció rápidamente a través de la puerta de otra habitación.

La palabra pronunciada por el excéntrico veterano pareció tener un efecto mágico sobre el resto de los presentes. A un solo movimiento, todos se levantaron de sus sitios para marcharse. Probablemente habían esperado beneficiarse de mi intoxicación, pero al descubrir que mi nuevo amigo estaba decidido a prevenir benevolentemente la posibilidad de que terminara completamente borracho, acababan de abandonar toda esperanza de prosperar plácidamente con mis ganancias. Cualquiera que fuese el motivo, lo cierto es que se marcharon como si fuesen un solo hombre. Cuando el viejo soldado regresó, y se sentó frente a mí en la mesa, teníamos la habitación para nosotros solos. Podía ver al *croupier*, en una especie de vestíbulo adjunto a la misma, cenando solo. El silencio era entonces más espeso que nunca.

Un cambio repentino parecía haber afectado también al «ex-bravo». Asumió una apariencia portentosamente solemne y, cuando volvió a hablarme, sus palabras dejaron de llegar acompañadas de juramentos, reforzadas mediante chasquidos de los dedos, o avivadas por apóstrofes y exclamaciones.

—Escuche, querido señor —dijo en un tono misteriosamente confidencial—, escuche el consejo de un viejo soldado. He ido a ver a la señora de la casa (¡una mujer encantadora y un genio en la cocina!) para convencerla de la necesidad de prepararnos un café particularmente fuerte y cargado. Debe bebérselo para librarse de esta ligera y amistosa exaltación antes de pensar en regresar a casa. ¡*Debe* hacerlo, mi buen y amable amigo! Con todo el dinero que ha de llevar hasta casa esta noche,

hallarse en plena posesión de sus facultades resulta un deber sagrado para con usted mismo. Es bien sabido por varios de los caballeros aquí presentes esta noche que ha ganado usted una enorme cantidad de dinero. Unos caballeros que, desde cierto punto de vista, podríamos calificar como de unos muchachos excelentes y respetables, ¡pero no son sino hombres mortales, querido señor, y tienen, por tanto, debilidades! ¿Necesito decirle más? ¡Ah, no, no! ¡Usted ya me entiende! Ahora, esto es lo que debe hacer. Cuando se encuentre mejor, solicite un cabriolé, corra todas las cortinas en cuanto haya entrado y dígame al conductor que le lleve a casa siguiendo únicamente las avenidas amplias y bien iluminadas. Hágalo, y mañana por la mañana podrá darle las gracias a un viejo soldado por haberle aconsejado honestamente.

Justo en el momento en que el ex-bravo terminó su oración en unos tonos decididamente lacrimosos, nos trajeron el café, ya vertido en dos tazas. Mi atento amigo me alcanzó una de ellas acompañada de una reverencia. Estaba muerto de sed y me la bebí de un trago. Casi de inmediato, me vi dominado por una fortísima sensación de mareo y me sentí mucho más intoxicado que antes. La habitación daba vueltas a mi alrededor una y otra vez, con furia; el viejo soldado parecía moverse regularmente de arriba abajo como si fuera el pistón de un motor de vapor. Me había quedado medio sordo debido a un constante y violento pitido en mis oídos; me sobrevino un sentimiento de completa perplejidad, indefensión e idiotez. Me levanté de la silla agarrándome a la mesa para mantener el equilibrio y tartamudeé que me sentía horrorosamente mal; tan mal que no sabía cómo iba a poder llegar a casa.

—Querido amigo —respondió el viejo soldado, e incluso su voz pareció balancearse de arriba abajo mientras hablaba—. Querido amigo, en su estado sería una locura intentar llegar a casa; puede estar seguro de que perdería su dinero. Podría ser robado e incluso asesinado con gran facilidad. Yo voy a dormir aquí. Duerma aquí *usted* también. En esta casa tienen unas camas mayúsculas. Alquile una, duerma los efectos del vino, y regrese a casa a plena luz del día, sano y salvo con sus ganancias.

Solo era consciente de dos ideas: una, que no debía dejar ni por un solo instante mi pañuelo repleto de dinero; la otra, que debía tumbarme de inmediato en algún sitio y disfrutar de un buen sueño. De modo que acepté la propuesta de la cama, y tomé el brazo que me ofrecía el viejo soldado, agarrando mi dinero con la mano desocupada. Conducidos por el *croupier*, recorrimos algunos pasillos y unas escaleras hasta llegar al dormitorio que iba a ocupar yo. El ex-bravo me estrechó cálidamente la mano, me propuso que desayunáramos juntos y después, seguido por el *croupier*, me dejó para que pasara la noche.



Me dirigí corriendo al lavabo. Bebí algo del agua que había en la jarra, derramé el resto en la pila y metí la cabeza dentro. Después me senté en una silla e intenté recuperar la compostura. Pronto me sentí mejor. El cambio experimentado por mis pulmones al abandonar la fétida atmósfera del salón de juego para disfrutar del aire fresco del apartamento que ahora ocupaba; el casi igualmente refrescante cambio para mis ojos, de las brillantes luces de gas del «Salón» a la ligera y discreta llama de la única vela que había en la habitación, complementaron de maravilla los efectos restauradores del agua. El mareo me abandonó y empecé a sentirme de nuevo un ser razonable. Mi primer pensamiento se dirigió al riesgo que suponía dormir toda la noche en una casa de juegos; el segundo, hacia el riesgo aún mayor que representaba intentar salir ahora que el establecimiento había cerrado y regresar a casa solo y de noche, a través de las calles de París, con una gran suma en el bolsillo. Había dormido en peores lugares que aquel durante mis viajes, de modo que me decidí a echar bien el cerrojo, atrancar la puerta y seguir tentando al azar hasta que llegara la mañana.

De igual modo, me aseguré de no haber sufrido ninguna intrusión; miré debajo de la cama y en el interior del armario; me cercioré de que la ventana estuviera bien cerrada y, entonces, satisfecho por haber tomado todas las precauciones posibles, me quité las ropas superiores, deposité la vela en la chimenea entre un pequeño montón de rescoldos apagados, y me metí en la cama guardando el pañuelo repleto de dinero debajo de la almohada.

Pronto descubrí que no solo no podía dormir, sino que ni siquiera podía cerrar los ojos. Estaba completamente despierto, y sufría una fiebre alta. Todos los nervios de mi cuerpo temblaban, todos mis sentidos parecían haberse agudizado sobrenaturalmente. Di vueltas y más vueltas, probé toda clase de posturas y busqué con perseverancia los rincones más fríos de la cama, sin obtener ningún resultado. Dejé los brazos por encima de la colcha, los escondí debajo de las mantas; estiré violentamente las piernas todo lo que dieron de sí, después las recogí compulsivamente hasta acercarlas lo máximo posible a la barbilla; agité la almohada, le di la vuelta para disfrutar del lado más frío, la palmeé hasta dejarla completamente plana y yací de espaldas; después la doblé en dos, la apoyé contra el cabecero de la cama e intenté quedarme sentado. Todo esfuerzo fue en vano; farfullé para mí mismo, sintiéndome vejado al darme cuenta de que me esperaba una noche en vela.

¿Qué podía hacer? No tenía ningún libro para leer. Y sin embargo, a menos que encontrara algún método para distraerme, estaba seguro de que me hallaba en la condición idónea para imaginar todo tipo de horrores, para atosigar mi cerebro con presentimientos de todos los peligros posibles e imposibles; en definitiva, para pasar la noche sufriendo todas las variedades posibles de terror nervioso.

Me apoyé en el codo y contemplé la habitación, que aparecía bien iluminada por una preciosa luz de luna que se derramaba a través de la ventana, para ver si había cuadros o adornos que pudiera distinguir claramente. Mientras mis ojos vagaban de

pared a pared, recordé el delicioso librito de Le Maistre, *Voyage autour de ma Chambre*^[2]. Decidí imitar al autor francés y entretenerme para aliviar el tedio de mi insomnio haciendo un inventario mental de todos los elementos del mobiliario que pudiera ver, siguiendo hasta sus fuentes la multitud de asociaciones que incluso una silla, una mesa o un lavabo pudiera convocar.

Dado el estado nervioso y alterado de mi mente en aquel momento, descubrí que me resultaba mucho más fácil hacer el inventario que entregarme a reflexiones, de modo que pronto me rendí ante la imposibilidad de seguir el imaginativo truco de Le Maistre, o, mejor dicho, ante la imposibilidad de pensar en absoluto. Observé los diferentes muebles que había en la habitación y poco más.

Primero estaba la cama sobre la que estaba tumbado, nada menos que una cama de cuatro postes. ¡De todas las cosas con las que me podría haber topado en París! Sí, una cama inglesa de cuatro postes, bastante vulgar, con su habitual dosel forrado de chintz, su habitual cenefa alrededor, y las habituales cortinas sofocantes y malsanas que recordaba haber descorrido mecánicamente hasta dejarlas pegadas a los postes nada más entrar en la habitación, pese a que no me había fijado particularmente en la cama. Después estaba el lavabo de mármol, desde cuya superficie seguía goteando lenta y más lentamente, hasta llegar al suelo de ladrillo, el agua que había derramado en mi prisa por llenar la pila. Después, dos pequeñas sillas, con mi abrigo, mi chaleco y mis pantalones doblados sobre ellas. Después, una enorme silla de brazos recubierta por un polvo blanco y sucio, sobre cuyo respaldo reposaban el pañuelo y el collar de mi camisa. Después, una cajonera con dos de los agarradores de metal caídos y una vulgar estampa de porcelana rota a modo de adorno fijada en la parte superior. Después, un tocador adornado con un espejo muy pequeño y un acerico enorme. Después, la ventana; una ventana inusualmente grande. Después, un retrato viejo y oscuro que la débil luz de la vela me mostró apagadamente. Era el retrato de un hombre tocado con un gran sombrero español coronado con un puñado de plumas. Un rufián siniestro y moreno que dirigía la mirada hacia arriba, cubriendo sus ojos con una mano y contemplando algo intensamente, quizá la horca en la que le iban a colgar. En cualquier caso, tenía la apariencia de habérsela ganado a pulso.

Aquel cuadro pareció obligarme a dirigir también la mirada hacia arriba... hacia la parte superior de la cama. Era un objeto deprimente y nada interesante, de modo que volví a concentrarme en el retrato. Conté las plumas del sombrero del hombre, ya que aparecían destacadas: tres blancas, dos verdes. Observé la parte superior de su sombrero, que era de forma cónica, siguiendo la moda supuestamente impuesta por Guido Fawkes. Me pregunté qué estaría mirando. No podrían ser las estrellas. Semejante bandido no era ni un astrólogo ni un astrónomo. Debía de ser, sin duda, la horca; y además estaba a punto de ser colgado. ¿Se quedaría el verdugo con su sombrero cónico y con sus plumas? Las conté otra vez. Tres blancas, dos verdes.

Aunque aún persistí en aquella ocupación intelectual y cultivada, mis pensamientos empezaron a vagar inconscientemente. El brillo de la luz de la luna que

entraba en la habitación me recordó cierta noche de luna llena en Inglaterra. La noche después de un *picnic* en un valle galés. Todas y cada una de las incidencias del viaje de vuelta, atravesando un bellissimo paisaje que la luz de la luna hacía más bello aún, regresaron a mi memoria, pese a que no había pensado en aquel *picnic* desde hacía años, y aunque en el caso de que *hubiera* intentado recordarlo, con toda probabilidad habría sido incapaz de rememorar aquella escena largo tiempo superada. De todas las maravillosas facultades que nos ayudan a revelarnos que somos inmortales, ¿cuál define tan sublime verdad mejor que la memoria? Allí estaba yo, en una casa extraña y del cariz más sospechoso, en una situación de inseguridad e incluso de peligro que había convertido el agradable ejercicio de rememoración en algo casi fuera de lugar, recordando sin trabas, aunque de un modo involuntario, lugares, gentes, conversaciones, minucias de todo tipo, que había supuesto olvidadas para siempre, y que no podría haber convocado por mi propia voluntad ni bajo las circunstancias más favorables. ¿Y cuál había sido la momentánea causa de aquel misterioso efecto? Ninguna, salvo unos rayos de luz lunar atravesando la ventana de mi dormitorio.

Seguí pensando en el *picnic*; en la alegría del viaje de regreso a casa, en la sentimental damita que citaba a Childe Harold porque había luz de luna... Me encontraba absorto en aquellas escenas pasadas y aquellos pasados entretenimientos cuando, de repente, el hilo del que colgaban mis recuerdos se partió abruptamente. Mi atención regresó de inmediato al presente con más viveza que antes, y me encontré de nuevo, sin saber cómo ni por qué, contemplando el retrato una vez más.

¿Contemplando qué?

¡Dios del cielo, el hombre se había calzado el sombrero hasta las cejas! ¡No, ya ni siquiera tenía sombrero! ¿Dónde estaba aquel efecto cónico? ¿Y dónde las plumas, tres blancas, dos verdes? ¡Allí no, desde luego! En lugar del sombrero y las plumas, ¿qué era ese oscuro objeto que ahora ocultaba su frente, sus ojos, la mano con la que se cubría?

¿Acaso se estaba moviendo la cama?

Me tumbé sobre la espalda y miré hacia arriba. ¿Estaba loco? ¿Borracho? ¿Soñando? ¿Mareado de nuevo? ¿O es que en verdad se estaba moviendo el dosel de la cama? ¿Acaso era cierto que estaba descendiendo lenta, regular, silenciosa y horriblemente, tan largo y ancho como era; hundiéndose sobre mí, que yacía debajo?

La sangre pareció helárseme en las venas. Un frío paralizante y mortal se apoderó de mí, mientras apoyaba la cabeza sobre la almohada y me decidía a comprobar si el dosel de la cama se estaba moviendo o no, mediante el recurso de mantener la vista fija en el hombre del retrato.

Un solo vistazo me bastó. Al contorno negro, apagado e irregular del dosel apenas le faltaban un par de centímetros para estar en paralelo con la cintura del hombre. Seguí mirando sin aliento. Y de forma regular; lenta, muy lentamente, vi su figura y la línea del marco por debajo de la figura desaparecer a medida que el dosel seguía descendiendo.

Soy, por constitución, cualquier cosa menos cobarde. Me he encontrado en más de una ocasión en peligro de muerte, y nunca he perdido mi autocontrol ni por un instante. Pero cuando la convicción de que el dosel de la cama realmente se estaba moviendo se apoderó de mi mente; cuando me percaté a ciencia cierta de que estaba descendiendo continua y regularmente hacia mí, no pude hacer otra cosa que contemplar temblando, indefenso, dominado por el pánico, cómo aquella horrenda maquinaria asesina se acercaba más y más para ahogarme allí donde yacía.

Seguí mirando hacia arriba; sin habla, sin aliento. La vela, completamente gastada, se apagó; pero la luz de la luna siguió iluminando la habitación. El dosel de la cama seguía descendiendo, abajo y más abajo, sin pausas y sin ruidos; y mi terror y mi pánico seguían aferrándome con más y más fuerza al colchón en el que estaba tumbado. Abajo y más abajo, hasta que el polvoriento olor del dosel se apoderó de mi nariz.

En aquel último momento, el instinto de autopreservación me arrancó del trance y por fin pude moverme. Me quedaba el espacio justo para salir rodando de la cama. Cuando caí sin hacer ruido al suelo, el extremo del dosel asesino me tocó en el hombro.

Sin detenerme a recuperar el aliento, sin limpiar el sudor frío que cubría mi rostro, me puse de inmediato de rodillas para observar el dosel de la cama. Estaba literalmente hechizado por él. Si hubiera oído pisadas detrás de mí, no me hubiera podido volver; si se me hubiese proporcionado milagrosamente un medio de escape no podría haberlo aprovechado. En aquel momento, toda mi fuerza vital se había concentrado en mis ojos.

Siguió descendiendo; el dosel, y los flecos que lo rodeaban. Bajó más, y más, y más aún, hasta que ya no quedó espacio ni para poder introducir un dedo entre la cama y su cubierta. Toqué los lados y descubrí que lo que desde abajo me había parecido un dosel ordinario y ligero de una cama con cuatro postes era en realidad un colchón ancho y grueso, cuya existencia quedaba escondida por el auténtico dosel y los flecos. Miré hacia arriba y vi los cuatro postes alzándose siniestramente desnudos. Justo en medio de la cubierta de la cama había un enorme torno de madera que, evidentemente, descendía a través de un agujero en el techo, igual que una prensa ordinaria se hace descender sobre las sustancias seleccionadas para ser comprimidas. Aquel temible aparato se movía sin hacer el más mínimo ruido. Ningún crujido se había oído mientras descendía, y ningún sonido llegaba ahora desde la habitación del piso superior. Rodeado de aquel silencio mortal y terrible, contemplé frente a mí, en pleno siglo XIX y en la civilizada capital de Francia, una máquina para asesinar secretamente por ahogo como la que podría haber existido en los peores días de la Inquisición, en las solitarias posadas de las montañas Hartz, o en los misteriosos tribunales de Westfalia. Aun así, seguí contemplándola; no podía moverme, apenas podía respirar, pero empecé a recobrar la capacidad de pensar, y en un momento descubrí en todo su horror la conspiración homicida que se había tejido contra mí.

En mi taza de café se había vertido una droga, y además una droga decididamente fuerte. Me había salvado de morir ahogado debido a la ingestión de una sobredosis de algún narcótico. ¡Cómo me había irritado y cómo había despotricado contra aquella fiebre que me había salvado la vida al mantenerme despierto! ¡Con qué imprudencia me había confiado a aquellos dos desgraciados que me habían conducido hasta aquella habitación, decididos, por mor de mis ganancias, a asesinarme mientras dormía mediante el artefacto más seguro y más horrible de todos los que les hubieran podido llevar a conseguir secretamente mi destrucción! ¿Cuántos hombres, ganadores como yo, habían dormido, como yo me lo había propuesto, en aquella cama, y nunca habían vuelto a ser vistos ni oídos? Temblaba solo de pensarlo.

Pero antes de que transcurriera mucho rato, todo pensamiento quedó interrumpido ante la visión del dosel asesino volviéndose a poner en marcha. Después de haber permanecido sobre la cama durante unos diez minutos, según me pareció, empezó a levantarse. Los villanos que la hacían funcionar desde arriba creían evidentemente que su propósito ya se había cumplido. Lenta y silenciosamente, de igual modo que había descendido, aquel horrible dosel volvió a elevarse hasta su lugar acostumbrado. Cuando alcanzó el punto más alto de los cuatro postes, alcanzó también el techo. Ni torno ni agujero eran ya visibles. La cama volvía a ser, aparentemente, una simple cama; y el dosel, un simple dosel incluso ante los ojos más suspicaces.

Entonces, por primera vez, fui capaz de moverme, de levantarme, de vestirme y de empezar a pensar cómo podría escapar. Si revelaba mediante el menor ruido que el intento de ahogarme había fracasado, sería asesinado con toda seguridad. ¿Acaso había hecho algún ruido ya? Escuché con atención mirando hacia la puerta.

¡No! Ninguna pisada en el pasillo; ningún ruido de pies, ligeros o pesados, en la habitación del piso de arriba. Silencio absoluto en todas partes. Además de cerrar y echar el cerrojo de la puerta, había puesto contra ella un viejo baúl de madera que había encontrado debajo de la cama. Retirar aquel baúl sin hacer ruido (se me heló la sangre al pensar en qué *podría* contener) se me antojaba del todo imposible; y además, intentar huir a través de la casa, ahora cerrada para la noche, era pura locura. La única oportunidad que me quedaba era la ventana. Me acerqué a ella de puntillas.

Mi dormitorio estaba en el primer piso, sobre un entresuelo, y daba al callejón trasero que has abocetado en tu dibujo. Acerqué mi mano para abrir la ventana, sabiendo que de aquella acción pendía, colgada de un hilo, mi única oportunidad de salvación. Siempre hay vigilancia en una casa dedicada al asesinato. Si alguna parte del marco crujía, si las bisagras chirriaban... ¡estaba perdido! Debí de llevarme unos cinco minutos (cinco *horas* para mi incertidumbre) abrir aquella ventana. Conseguí hacerlo en silencio, con toda la destreza de un ladrón profesional. Después miré hacia la calle. ¡Saltar desde aquella altura representaba una muerte casi segura! A continuación, miré hacia los extremos de la casa. Por la esquina izquierda bajaba el grueso canalón del agua que has dibujado. Pasaba cerca del extremo más exterior de la ventana. En el momento en que vi aquella tubería, supe que estaba salvado. ¡Volví

a respirar libremente por primera vez desde que había visto el dosel de la cama abalanzándose sobre mí!

Para algunos hombres, el medio de escape que había encontrado podría haber parecido difícil y demasiado peligroso. A mí, la perspectiva de deslizarme por el canalón hasta la calle ni siquiera me sugería la idea de riesgo. Siempre había acostumbrado practicar diversos ejercicios gimnásticos, que me sirvieran para mantener mis facultades de escalador osado y experto, y sabía que mi cabeza, mis manos y pies me servirían fielmente en cualquier ascenso o descenso. Ya había puesto una pierna sobre la cornisa cuando recordé el pañuelo repleto de dinero que reposaba bajo la almohada. Bien me podría haber permitido dejarlo atrás, pero estaba vengativamente decidido a que los villanos de la casa de juegos se vieran privados no solo de su víctima, sino también de su botín. De modo que regresé a la cama, y me até el pesado bulto a la espalda con el pañuelo de la camisa.

Justo cuando lo había atado y fijado cómodamente, me pareció oír un ruido de respiración al otro lado de la puerta. Un helado sentimiento de horror me recorrió el cuerpo mientras escuchaba. ¡No! El pasillo aún estaba sumido en un silencio total. Solo había sido el aire nocturno entrando suavemente en la habitación. En un momento volvía a estar otra vez sobre la cornisa y me había agarrado al canalón con las manos y las rodillas.

Me deslicé hasta la calle con facilidad y en silencio, como había imaginado que podría hacerlo, e inmediatamente me dirigí a la mayor velocidad posible hacia una *Prefecture* de policía que sabía que estaba situada en el vecindario. Resultó que un subprefecto y varios hombres escogidos de entre sus subordinados estaban despiertos mientras maduraban, creo, un plan para descubrir al perpetrador de un misterioso asesinato del que todo París hablaba en aquellos momentos. Al iniciar mi historia (con prisas, sin aliento y en un francés horrible), pude ver que el subprefecto sospechaba que yo no era más que un inglés borracho que le había robado a alguien. Pero pronto cambió de opinión al oír mi relato, y antes de que hubiera podido terminar embutió todos los papeles que tenía frente a él en un cajón, se puso su sombrero, me prestó otro (ya que yo iba descubierto), puso en orden una hilera de soldados, solicitó a sus expertos seguidores que se prepararan con todo tipo de herramientas para descerrajar puertas y desmontar suelos de ladrillo, y me tomó del brazo, del modo más amistoso posible, para acompañarme hasta el exterior. Me atreveré a decir que cuando el subprefecto había sido un niño pequeño y le habían llevado por primera vez al teatro, no se había sentido ni la mitad de ilusionado de lo que estaba entonces ante la perspectiva de lo que le esperaba en la casa de juegos.

Allá fuimos por las calles, con el subprefecto felicitándome e interrogándome al mismo tiempo, mientras él y yo marchábamos a la cabeza de nuestro admirable *posse comitatus*. En cuanto llegamos a la casa varios centinelas se apostaron tanto al frente como en la parte trasera del edificio. Una tremenda batería de golpes fue dirigida contra la puerta. Una luz apareció en una ventana. Se me dijo que me escondiera

detrás de los policías. Después oí más golpes contra la puerta y el grito de «¡Abran en nombre de la ley!». Ante aquel terrible imperativo, los cerrojos y las cerraduras cedieron empujados por una mano invisible y en un momento el subprefecto se encontró en el pasillo, enfrentándose a un camarero medio vestido y terriblemente pálido. Este fue el breve diálogo que mantuvieron a continuación:

—Queremos ver al inglés que duerme en esta casa.

—Se fue hace horas.

—No, no se fue él, sino su amigo. *Él* se quedó. Muéstrenos su habitación.

—¡Se lo juro, *monsieur le Sous-prefet*, no está aquí! *Él*...

—Y yo le juro, *monsieur le Garçon*, que sí que está. Estuvo durmiendo aquí, no le pareció cómoda la cama, vino a nosotros a quejarse, y aquí está de nuevo, entre mis hombres. Y aquí estoy yo también, para registrar su habitación en busca de una o dos pulgas. ¡Renaudin! —gritó llamando a uno de sus subordinados mientras señalaba al camarero—. Agarre a este hombre y átele las manos a la espalda. ¡Y ahora, caballeros, subamos estas escaleras!

Todo hombre y mujer que se hallara en el interior de la casa fue detenido, y el «viejo soldado» fue el primero. Después, identifiqué la cama en la que había dormido, y a continuación ascendimos a la habitación superior.

Ningún objeto extraordinario apareció en ella. El subprefecto miró cuidadosamente la estancia, pidió una vela, ordenó a todo el mundo que permaneciera en silencio, golpeó dos veces con el pie en el suelo, observó atentamente el lugar en el que había pisado y ordenó que se levantara con cuidado. Así se hizo de inmediato. Encendimos más luces y vimos una cavidad abierta entre el suelo de aquella habitación y el techo de la inmediatamente inferior. A través de aquella cavidad se extendía perpendicularmente una especie de caja de acero abundantemente engrasada; en el interior de la caja apareció el torno que yo había visto unido al dosel de la cama de abajo. A continuación, descubrimos más piezas, accesorios del torno recientemente engrasados, palancas cubiertas con fieltro... todos los mecanismos superiores de una prensa, contruidos con una sencillez infernal que les permitía unirse fácilmente a los demás accesorios y ocupar el mínimo espacio posible al ser separados en piezas. Colocamos todo sobre el suelo. Tras algunas dificultades, el subprefecto consiguió montar la maquinaria y, dejando a sus hombres para manejarla, bajó conmigo a la otra habitación. Entonces hicieron descender el asfixiante dosel, aunque no con tanto silencio como lo había hecho con anterioridad. Cuando le mencioné aquello al subprefecto, su respuesta, aunque simple, tuvo una terrible relevancia:

—Mis muchachos —dijo— están haciendo funcionar el mecanismo de la cama por primera vez. Esos hombres cuyo dinero usted ganó tenían mucha más práctica.

Dejamos la casa a cargo de dos agentes, y los demás acompañaron a los habitantes de la misma hasta la prisión. El subprefecto, tras tomarme el *procés verbal* en su oficina, me acompañó hasta mi hotel para recoger mi pasaporte.

—¿Cree usted —le pregunté al entregárselo— que realmente han llegado a asfixiar a algún hombre en esa cama tal y como intentaron ahogarme a mí?

—He visto docenas de hombres muertos por asfixia extendidos en las camillas de la morgue —respondió el subprefecto—. En sus bolsillos encontramos notas en las que declaraban que se habían suicidado en el Sena porque lo habían perdido todo en la mesa de juego. ¿Cómo puedo saber cuántos de esos hombres entraron en la misma casa de juegos en la que entró *usted*? ¿Cómo sé cuántos de ellos ganaron lo que *usted*? ¿Cuántos durmieron en esa misma cama? ¿Cuántos murieron asfixiados? ¿Cuántos de ellos fueron arrojados al río con una carta de explicación escrita por los asesinos en el bolsillo? Nadie podría saber cuántos de ellos, muchos o pocos, han sufrido el mismo destino del que usted ha escapado esta noche. La gente de esa casa de juegos había conseguido mantener semejante artefacto en secreto incluso de *nosotros*. ¡Incluso de la policía! ¡Los muertos guardarán el resto del secreto por ellos! Buenas noches, o mejor dicho, buenos días, *monsieur* Faulkner. Preséntese nuevamente en mi oficina a las nueve en punto. Mientras tanto... *au revoir!*

El resto de la historia es fácil de contar. Fui examinado y vuelto a examinar, la casa de juegos fue registrada minuciosamente desde el tejado hasta el sótano, los prisioneros fueron interrogados por separado, y dos de los menos culpables de entre ellos acabaron por confesar. Supe entonces que el viejo soldado era en realidad el dueño de la casa de juegos... la justicia descubrió que había sido expulsado del ejército por vagabundo hacía años, que desde entonces había sido culpable de todo tipo de villanías, que estaba en posesión de propiedades robadas, identificadas por los propietarios, y que él, el *croupier*, otro cómplice y la mujer que había preparado mi taza de café estaban compinchados en lo de la cama. Parecía haber dudas razonables en lo que a los demás ocupantes de la casa concernía, de modo que recibieron el beneficio de esa duda siendo tratados únicamente como ladrones y vagabundos. El viejo soldado y sus dos secuaces fueron enviados a la horca; la mujer que había drogado mi café fue condenada a prisión por un número de años que ya ni recuerdo, y los clientes regulares de la casa de juegos fueron considerados sospechosos y puestos bajo vigilancia. Yo, por mi parte, me convertí durante toda una semana en el nuevo «león» de la sociedad parisiense. Mi aventura fue dramatizada por tres autores de teatro y nunca llegó a estrenarse, ya que la censura prohibió la aparición en escena de una copia correcta de la cama de la casa de juegos.

Una buena consecuencia de mi aventura, que incluso la censura habría aprobado, fue que a partir de entonces quedé completamente curado de volver a utilizar el *Rouge et Noir* como entretenimiento. La visión de un tapete verde cubierto de barajas de cartas y montoncitos de dinero estará asociada para siempre en mi mente con la visión de un dosel asesino descendiendo sobre mí para asfixiarme en el silencio y la oscuridad de la noche.

LA SEÑORITA JÉROMETTE Y EL CLÉRIGO

I

Mi hermano el clérigo miró por encima de mi hombro antes de que hubiera podido darme cuenta de su presencia, y descubrió que el volumen en el que me hallaba completamente absorto era una colección de famosos juicios, publicada en una nueva edición a precio popular.

Señaló con el dedo el juicio sobre el que estaba leyendo en aquel momento. Le miré, su rostro me sobresaltó. Se había puesto pálido. Sus ojos permanecían fijos en la página abierta del libro con una expresión que me alarmó y a la vez me dejó perplejo.

—Pero bueno —dije—, ¿se puede saber qué es lo que te pasa?

Me respondió de un modo extraño y ausente, manteniendo el dedo apoyado sobre la página abierta.

—Casi lo había olvidado —dijo—. Y esto me lo acaba de recordar.

—¿Te ha recordado, qué? —pregunté—. No me estarás diciendo que sabes algo sobre este juicio.

—Lo que sé es lo siguiente —dijo—: que el hombre era culpable.

—¿Culpable? —repetí—. ¡Vaya, pero si fue declarado inocente por el jurado y con la total aprobación del juez! ¿A qué te refieres?

—Hay circunstancias relacionadas con ese juicio —respondió mi hermano— que nunca se comunicaron ni al juez ni al jurado, circunstancias a las que ni siquiera se aludió en la corte. Yo las conozco, y las conozco de primera mano. Nunca se las he mencionado a criatura mortal alguna. He hecho todo lo posible por olvidarlas. Y tú, con toda la inocencia, las has devuelto a mi mente. Me oprimen, me inquietan. ¡Cómo desearía que hubieras encontrado cualquier otro libro en tu biblioteca aparte de ese!

Mi curiosidad se había despertado por completo. Hablé con toda claridad.

—Seguramente —le sugerí—, podrías contarle a tu hermano lo que te muestras reticente a mencionarles a otras personas menos cercanas a ti. Hemos seguido diferentes profesiones y hemos vivido en diferentes países desde que éramos niños e íbamos a la escuela. Pero sabes que puedes confiar en mí.

Dialogó un poco consigo mismo.

—Sí —dijo—. Sé que puedo confiar en ti.

Esperó un momento y después me sorprendió con una extraña pregunta.

—¿Crees que los espíritus de los muertos pueden regresar a la tierra y mostrarse ante los vivos?

Respondí cautelosamente, adoptando como propias las palabras de un gran escritor inglés que se refirió al tema de los fantasmas.^[3]

—Me preguntas algo —dije—, que después de quinientos años sigue sin respuesta. Solo por eso es una pregunta que no puedo tomarme a la ligera.

Mi respuesta pareció satisfacerle.

—Prométeme —continuó— que mantendrás en secreto mientras viva lo que te voy a contar. Tras mi muerte, poco me puede importar lo que suceda. Deja que la historia de mi extraña experiencia se añada a las experiencias publicadas de aquellos otros hombres que han visto lo que yo he visto y que creen lo que yo creo. El mundo no será peor, y quizá incluso algún día mejore, por conocer lo que ahora voy a confiarte solo a ti.

Mi hermano no volvió a aludir a la narración que me confió aquel día, hasta bastante tiempo después, mientras yo velaba junto a su lecho de muerte. Me preguntó si aún recordaba la historia de Jéromette.

—Cuéntasela a los demás —dijo—, como yo te la conté a ti.

La repito aquí, tras su fallecimiento, respetando sus mismas palabras lo más fielmente que me es posible.



II

Una hermosa noche de verano, hace ya muchos años, abandoné mis habitaciones en el Temple para encontrarme con un compañero de estudios que me había propuesto pasar una noche de diversión en los jardines públicos de Cremorne.

Tú estabas de camino hacia la India, y yo acababa de recibir mi título en Oxford. Había decepcionado tristemente a nuestro padre al elegir el Derecho como mi profesión, en vez de acudir a la Iglesia. En aquel momento, a decir verdad, no tenía ninguna intención seria de seguir vocación alguna. Simplemente quería una excusa que me permitiera disfrutar los placeres de la vida londinense. Los estudios de Derecho me proporcionaron esa excusa.

Y por consiguiente escogí la abogacía como mi profesión.

Al llegar al lugar en el que nos habíamos citado, descubrí que mi amigo no se había presentado. Tras esperar inútilmente durante diez minutos, perdí la paciencia y entré en los jardines yo solo.

Di dos o tres vueltas alrededor de la pista de baile, sin descubrir a mi compañero de estudios y sin ver a ninguna persona con la que tuviera relación en aquellos tiempos.

Por alguna razón que no soy capaz de recordar, aquella noche no disfrutaba de mi buen humor habitual. La ruidosa música se estaba cebando en mis nervios, la visión de la multitud de espectadores arremolinados alrededor de la pista me irritó, las lisonjas de las pintadas damas de la profesión del placer me entristecieron y me disgustaron. Abrí mi cigarrera y me dirigí hacia los paseos menos transitados de los jardines.

Un hombre que habitualmente es cuidadoso en elegir sus puros tiene esta ventaja sobre aquellos otros que no se preocupan tanto: siempre puede contar al menos con disfrutar el mejor puro de su cigarrera hasta apurarlo completamente. Aún estaba absorto en la elección de mi puro cuando oí las siguientes palabras, pronunciadas en un acento extranjero y con voz de mujer a mis espaldas:

—¡Déjeme de inmediato, señor! ¡No tengo absolutamente nada que decirle!

Me di la vuelta y descubrí a una pequeña dama vestida con mucho gusto y sencillez, que parecía tan enfadada como asustada cuando pasó rápidamente frente a mí en dirección a la zona más transitada de los jardines. Un hombre (evidentemente dominado por las cantidades de vino que había bebido a lo largo de la noche) la estaba siguiendo y dedicándole sus achispadas atenciones de un modo completamente basto y grosero, tanto de habla como de modales. Ella era joven y bonita, y me dirigió al pasar una mirada suplicante que ningún hombre (quizá debería decir ningún

hombre joven) hubiera sido capaz de resistir.

De inmediato di un paso al frente para protegerla, sin importarme lo más mínimo si me veía envuelto en una riña indigna con un sinvergüenza. De hecho, el tipo se resintió de mi injerencia y mi temperamento me traicionó. Afortunadamente para mí, justo en el momento en que alcé mi mano para asestarle un puñetazo, apareció un policía que se dio cuenta de que estaba borracho y que dirimió la disputa oficialmente expulsándole de los jardines.

Alejé a la mujer del pequeño corro que se había formado a nuestro alrededor. Evidentemente estaba asustada, sentí su mano temblar sobre mi brazo; pero tenía un gran mérito: no hacía alarde de ello.

—Si me puedo sentar un par de minutos —dijo con su encantador acento extranjero—, volveré a estar bien en seguida, y dejaré de abusar de su amabilidad. Le agradezco mucho, señor, que haya cuidado de mí.

Nos sentamos en un banco en un lugar retirado de los jardines, cerca de una pequeña fuente. Una hilera de lámparas encendidas recorría el borde exterior de la pila. Podía contemplarla perfectamente.

He dicho que era «una pequeña dama». No podría haberla descrito más correctamente con tres palabras.

Su figura era ligera y pequeña. Era una perfecta miniatura de una mujer de la cabeza a los pies. Su pelo y sus ojos eran oscuros. El pelo se rizaba naturalmente; la expresión de los ojos era tranquila, y algo triste; la tez, tal y como la vi en aquel momento, pálida; la pequeña boca, perfectamente encantadora. Recuerdo que me vi especialmente atraído por la estructura de su cabeza; era llamativamente elegante y enérgica; la distinguía, pequeña y discreta como era, como una criatura aparte entre los miles de mujeres que se encontraban en los jardines. Incluso el único defecto visible en ella, una ligerísima bizquera en el ojo izquierdo, parecía añadirle, de algún extraño modo, un peculiar atractivo adicional a su rostro. Ya he hablado anteriormente de la agradable sencillez de su vestido. Debería añadir ahora que no estaba hecho de ningún material costoso, y que no llevaba ni joyas ni adornos de ningún tipo. Mi pequeña dama no era rica; incluso los ojos de un hombre podían percibir aquello.

No era en absoluto afectada ni tímida. Nos pusimos a charlar con tanta facilidad como si hubiéramos sido amigos en vez de desconocidos.

Le pregunté cómo era posible que no tuviera ningún acompañante que la protegiera.

—Es usted demasiado joven y demasiado bonita —dije a mi directa manera inglesa—, como para acudir sola a un lugar como este.

Ella no hizo caso de mi elogio. Lo alejó de sí con tanta calma como si no hubiera llegado a sus oídos.

—No tengo amigos que cuiden de mí —dijo sencillamente—. Esta noche me sentía triste, completamente sola, y pensé acercarme a los jardines para oír la música

y entretenerme un rato. No hay que pagar mucho en la puerta, solo un chelín.

—¿Ningún amigo que cuide de usted? —repetí—. Seguramente habrá al menos un hombre feliz que podría haber estado aquí con usted esta noche.

—¿A qué hombre se refiere usted? —preguntó ella.

—A ese hombre —respondí irreflexivamente—, al que aquí en Inglaterra las mujeres llaman su amorcito.

Habría dado mundos por haberme tragado aquellas estúpidas palabras en el momento en que surgieron de mis labios. Sentí que me había tomado una vulgar libertad con ella. Su rostro se entristeció y sus ojos se dirigieron hacia el suelo. Le rogué que me disculpase.

—No hace falta que se disculpe —dijo ella—. Si desea usted saberlo, señor, sí, una vez tuve un amorcito, como dicen ustedes en Inglaterra. Se ha marchado y me ha abandonado. No hablemos más de él, hágame el favor. Estoy cansada. Le daré las gracias una vez más y me retiraré a casa.

Se levantó para marcharse.

Yo estaba decidido a no separarme de ella de aquel modo. Le rogué que me permitiese asegurarme de que regresaba sana y salva acompañándola hasta su puerta. Ella dudó. Me tomé una injusta ventaja masculina sobre ella apelando a sus temores. Le dije:

—¿Suponga que ese sinvergüenza que la estaba molestando sigue esperándola a las puertas de los jardines?

Aquello la decidió. Me tomó del brazo. Recorrimos a pie la ribera del Támesis rodeados de la fragante noche veraniega.

Un paseo de media hora nos condujo hasta la casa que había alquilado, una desvencijada y pequeña casa situada en una calle secundaria y habitada, evidentemente, por gente pobre.

Ella alargó su mano hasta la puerta, y me deseó las buenas noches. Estaba demasiado interesado en ella como para consentir abandonar a mi pequeña dama extranjera sin llevarme al menos la esperanza de volver a verla otra vez. Le solicité permiso para hacerle una visita al día siguiente. Estábamos de pie bajo la luz de una farola. Ella estudió mi rostro seria y detenidamente antes de darme una respuesta.

—Sí —dijo al final—. Creo que sé reconocer a un caballero cuando lo veo. Puede venir, si lo desea, señor, a visitarme mañana.

Y así nos despedimos. De este modo, sin sospechar nada, sin prever nada, entré en una etapa de mi vida que ahora contemplo con sincero arrepentimiento y remordimientos.

III

Ahora hablo desde la posición de un clérigo, y con el carácter de un hombre de edad madura. Recuerda eso, y podrás entender por qué paso lo más rápidamente posible por encima de los acontecimientos ocurridos durante el siguiente año de mi vida, y por qué hablo lo mínimo posible sobre los errores y engaños de mi juventud.

Fui a visitarla al día siguiente. Repetí mis visitas durante los días y las semanas siguientes, hasta que la destartalada casa de aquella calle secundaria se convirtió en un nuevo hogar para mí, un hogar (lo digo con vergüenza y reproche) más querido incluso que el primero.

Me bastarán unas pocas palabras para repetirte, teniendo en cuenta las circunstancias, todo lo que sobre ella y sobre su historia tuvo a bien confiarme.

El nombre al que estaban dirigidas las cartas que le llegaban era *mademoiselle* Jéromette. Entre las ignorantes gentes de la casa y los pequeños comerciantes del vecindario, que encontraban su nombre demasiado difícil de pronunciar, era conocida por el amistoso mote de «la francesita». Cuando la conocí, se había resignado a llevar una vida solitaria rodeada de desconocidos. Habían pasado algunos años desde que perdiera a sus padres y abandonara Francia. Poseyendo una pequeña, muy pequeña, pensión propia, ganaba algo de dinero coloreando miniaturas para unos fotógrafos. Aún le quedaban parientes en Francia, pero hacía tiempo que había dejado de intercambiar correspondencia con ellos.

—No me pregunte más sobre mi familia —solía decir—. En lo que a mi país y a mi gente se refiere, tanto daría que estuviera muerta.

Esto fue todo, literalmente todo, lo que me contó sobre sí misma. Nunca he descubierto ningún detalle más sobre su triste historia desde aquel día hasta el de hoy.

Nunca mencionó su apellido, nunca me dijo ni siquiera de qué parte de Francia era originaria, o cuánto tiempo llevaba viviendo en Inglaterra. Que se trataba, por nacimiento y educación, de una auténtica dama, no me cabía duda; sus modales, sus logros, su modo de hablar y de pensar... todo lo demostraba. Mirando más allá de la superficie, su carácter demostraba aspectos no muy comunes entre las mujeres jóvenes de aquellos tiempos. A su modo discreto, era una fatalista irrecuperable y una firme creyente en las apariciones fantasmales de los muertos. Por otra parte, en lo referente al dinero, tenía extraños puntos de vista completamente personales. Cada vez que mi monedero asomaba a mi mano, me mantenía resueltamente a distancia; así lo hizo desde la primera hasta la última vez. Rechazó trasladarse a unos apartamentos mejores; la destartalada y pequeña casa era limpia, y la pobre gente que vivía en su interior era amable con ella; aquello le parecía suficiente. El regalo más caro que me permitió que le ofreciese fue un pequeño anillo esmaltado; el artículo más simple y barato de toda la joyería. En todas sus relaciones conmigo fue la personificación de la sinceridad. En toda ocasión, y bajo toda circunstancia, decía lo que pensaba con la misma inflexible claridad.

—Me gusta usted —me dijo—. Le respeto, y siempre le seré fiel mientras usted me lo sea a mí. Pero he perdido la capacidad de amar. Hubo otro hombre que se la

llevó, y no sé adónde.

¿Quién era ese otro hombre?

Ella se negó a decírmelo. Siempre mantuvo su rango y su nombre en estricto secreto. Nunca descubrí cómo lo había conocido, o por qué la había abandonado él, o si por culpa suya ella había tenido que exiliarse de su país y de sus amigos. Se despreciaba a sí misma por seguir amándole, pero la pasión era demasiado fuerte para ella. Lo reconocía y se lamentaba con aquella franqueza tan propia de su carácter. Te diré más: ella me contó, al poco de conocernos, que aún creía que él regresaría a su lado. Podría ser al día siguiente, o podría ser años más tarde. Incluso aunque fuera incapaz de arrepentirse de su cruel conducta, aquel hombre seguiría añorándola, como si de una parte extraviada de su vida se tratase, y antes o después regresaría para recuperarla.

—¿Y volverá a recibirle usted si decide volver? —pregunté.

—Le recibiré —contestó ella—, en contra de mi propio mejor juicio y a pesar de estar convencida de que el día de su regreso traerá consigo los peores días de mi vida.

Intenté discutir con ella.

—Tiene usted voluntad propia —le dije—. Si intenta regresar, ejércitela.

—No tengo voluntad alguna —dijo ella tranquilamente—, en todo lo que a él concierne. Mi desgracia es amarle.

Sus ojos descansaron por un momento en los míos, con el completo abandono de la desesperación.

—Ya hemos hablado suficiente de este tema —añadió abruptamente—. Dejémoslo aquí.

A partir de aquel momento no volvimos a hablar del hombre desconocido. Durante el año que siguió a nuestro primer encuentro, no tuvo noticias de él ni directa ni indirectamente. Podía estar vivo, o podría estar muerto. No obtuvo ni una sola palabra de él o sobre él. Yo la apreciaba lo suficiente como para estar satisfecho con aquel apañó. Al menos, aquel otro hombre no nos molestaba.

IV

Pasó el año, y llegó el final. Y no el final que podrías haber anticipado o que yo pudiera haber previsto.

¿Recuerdas aquella temporada en la que las cartas que te llegaban desde casa te informaban del fatal desenlace que había sucedido a la enfermedad de nuestra madre? Esa es la época de la que te estoy hablando. Un par de horas antes de que exhalara su último aliento, me llamó junto a su cama y manifestó su deseo de quedarse a solas conmigo. Recordándome que su muerte estaba cercana, me habló de mis perspectivas

en la vida. Se había dado cuenta de mi falta de interés en los estudios que en aquel entonces se suponía que tendrían que estar acaparando mi atención, y terminó por rogarme que reconsiderara mi rechazo a entrar en la Iglesia.

—El corazón de tu padre está herido por ello —dijo—. Haz lo que te pido, querido, y de ese modo le ayudarás a sentirse mejor cuando yo ya no esté.

Le fallaron las fuerzas y ya no pudo decir nada más. ¿Podía acaso negarme a cumplir su última voluntad? Me arrodillé junto a su lecho y, tomando su gastada mano entre las mías, le prometí solemnemente el respeto que un hijo debe profesar a los últimos deseos de su madre.

Habiéndome comprometido a someterme ante aquel sagrado deber, no tenía más elección que aceptar el sacrificio que este me exigía imperativamente. Había llegado el momento de liberarme de todas mis asociaciones indignas. No importaba el esfuerzo que me costara, debía separarme de inmediato y para siempre de aquella desgraciada mujer que no era, y jamás podría ser, mi esposa.

Al caer la tarde de un día monótono y neblinoso, me dirigí con el corazón hundido, decidido a pronunciar las palabras que nos separarían para siempre. Sus aposentos no se hallaban lejos de la ribera del Támesis. A medida que me iba acercando al lugar la oscuridad se iba espesando, y la superficie del río quedó oculta a mis ojos por una niebla helada y blanca. Permanecí durante un rato con los ojos fijos en aquel velo vaporoso que se extendía sobre el agua corriente. Permanecí allí, y me pregunté desesperado una terrible duda: ¿qué iba a decirle?

La niebla me caló hasta los huesos. Me alejé de la ribera del río y me apresuré a alcanzar su vivienda. «¡Debe hacerse!», exclamaba para mí al tomar la llave que abría su casa.

Cuando entré en su pequeño salón no estaba trabajando, como solía ser usual. Estaba de pie, junto al fuego, con la cabeza hundida y una carta abierta en la mano.

En el instante en que se volvió para recibirme, su rostro me reveló que algo iba mal. Su comportamiento habitual era el de una persona inusualmente plácida y dominada. Su temperamento tenía poco de la viveza que en Inglaterra asociamos con la naturaleza francesa. No era muy pródiga en la risa y, en mi experiencia previa, nunca la había visto llorar. Entonces, por primera vez, vi su tranquilo rostro alterado; vi lágrimas en sus bellos ojos marrones. Corrió a mi encuentro y escondió el rostro en mi pecho para romper a llorar apasionadamente de un modo que la hacía estremecerse de la cabeza a los pies.

¿Era acaso posible que pudiera haber sentido el cambio que se avecinaba en mi vida? ¿Estaba al tanto, antes ya de que abriera los labios, de la dura necesidad que me había llevado hasta su casa?

Aquello era sencillamente imposible. No podía ser.

Esperé hasta que su primer estallido emocional hubo pasado. Después le pregunté (con la conciencia intranquila, con el corazón hundido) qué había sucedido que la había afectado tanto.

Se retiró de mi lado suspirando profundamente y me dio la carta abierta que había visto en su mano.

—Lee eso —dijo—. Y recuerda lo que te avisé que podría pasar cuando empezamos a vernos.

Leí la carta.

Solo estaba firmada por dos iniciales, pero el autor se revelaba claramente como el hombre que la había abandonado. Se había arrepentido, quería volver con ella. En prueba de su penitencia, estaba dispuesto a hacerle justicia de un modo al que hasta entonces se había negado. Estaba dispuesto a casarse con ella, con la condición de que mantuviesen su unión en secreto mientras vivieran sus padres. Enviando esta propuesta, esperaba que ella consintiera, por su parte, en olvidarlo todo y perdonarle.

Le devolví la carta en silencio. Aquel rival desconocido me había hecho el favor de allanar el camino para nuestra separación. Al ofrecerle aquella propuesta de matrimonio, había convertido, por mi parte, las palabras de despedida que tenía que decir en un asunto de deber hacia ella tanto como hacia mí. Aprecié aquello de inmediato. Y sin embargo, ¡odié a aquel hombre por ayudarme!

Ella me tomó de la mano y me condujo hasta el sofá. Nos sentamos en silencio, el uno junto al otro. Su rostro había recuperado una triste tranquilidad. Estaba callada, volvía a ser ella misma.

—Me he negado a verle —dijo— hasta haber hablado antes contigo. Ya has leído la carta. ¿Qué tienes que decir?

Solo podía ofrecerle una respuesta. Era mi deber contarle cuál era mi posición en los términos más claros. Cumplí con mi deber, dejándola libre de que decidiera su futuro por sí misma. Una vez dichas aquellas tristes palabras, resultaba del todo inútil prolongar la desgracia que suponía nuestra despedida. Me levanté y tomé su mano por última vez.

Aún la veo, en aquel último momento, con tanta claridad como si hubiera sido ayer. Había estado sufriendo de una afección en la garganta, por lo que llevaba un pañuelo blanco de seda anudado alrededor del cuello. Llevaba puesto un sencillo vestido púrpura de paño merino, cubierto por un pequeño delantal negro de seda. Su rostro aparecía mortalmente pálido; cuando me cogió de la mano sentí sus dedos completamente helados.

—Prométeme una cosa antes de que me vaya —dije—. Aunque ya no pueda ser nada más, seré tu amigo mientras viva. Si alguna vez tienes problemas, prométeme que me lo harás saber.

Ella se sobresaltó, y se alejó de mí como si le hubiese asaltado un repentino terror.

—¡Qué extraño! —dijo para sí misma—. Él siente lo mismo que yo. También él se muestra preocupado por lo que me pueda pasar en el futuro inmediato.

Intenté que se tranquilizara. Intenté decirle la verdad, que cuando había hablado únicamente había estado pensando en los habituales cambios y azares de la vida.

Ella no me prestó atención. Volvió a mi lado, colocó sus manos sobre mis

hombros y contempló mi rostro pensativa y tristemente.

—Lo que yo piense de este asunto no es lo que puedas pensar tú —dijo—. Una vez te dije que tenía el presentimiento de que este hombre iba a regresar. Puedo decirte ahora más de lo que te dije entonces. Estoy convencida de que voy a morir joven, y de que voy a morir miserablemente. Si tengo razón, ¿seguirás lo suficientemente interesado en mí como para querer enterarte de lo que pueda suceder?

Se detuvo un momento, temblando, y después añadió estas inquietantes palabras:

—Lo sabrás.

El tono de completa convicción con el que había hablado me alarmó y me inquietó. Mi rostro reflejó lo profunda y dolorosamente que me habían afectado sus palabras.

—¡Bueno, bueno! —dijo recuperando su habitual entonación—. No te tomes demasiado en serio lo que digo. Una pobre muchacha que ha llevado una vida solitaria como la mía por fuerza ha de pensar de un modo algo extraño y hablar de un modo igualmente extraño... a veces. Sí. Te lo prometo. Si alguna vez tengo problemas, te lo haré saber. Que Dios te bendiga, has sido muy bueno conmigo. ¡Adiós!

Una lágrima se deslizó por mi mejilla cuando ella me besó por última vez. La puerta se cerró entre nosotros. Las oscuras calles me recibieron.

Estaba lloviendo con fuerza. Miré hacia su ventana, a través del chaparrón. Las cortinas estaban separadas; ella estaba entre medias, escasamente iluminada por la lámpara que había en la mesa, detrás de ella, esperando nuestro último intercambio de miradas. Levantando lentamente la mano, me dedicó una última despedida desde la ventana, con la elegancia natural que tanto me había atraído la noche que nos conocimos. Las cortinas volvieron a correrse; ella desapareció. Ya nada quedaba frente a mí, nada quedaba detrás de mí, salvo la oscuridad y la noche.

V

Dos años más tarde había cumplido la promesa realizada a nuestra madre en su lecho de muerte. Era un miembro de la Iglesia.

El interés de nuestro padre hizo que el primer paso hacia mi nueva profesión fuese fácil. Tras haber desempeñado mi aprendizaje preliminar como coadjutor, fui nombrado antes de los treinta años, y conseguí un beneficio en el oeste de Inglaterra.

Mi nueva posición me ofrecía todas las ventajas que hubiera podido desear, con la excepción de unos ingresos a todas luces insuficientes. Aunque mis necesidades eran pocas, y aún no me había casado, encontré deseable ampliar mis recursos. Siguiendo

el ejemplo de otro joven clérigo en mi posición, me decidí a recibir pupilos que pudieran necesitar prepararse para una carrera universitaria. Mis familiares se pusieron en marcha y de nuevo mi buena suerte me acompañó; nada más empezar conseguí dos alumnos. Un tercero completaría el número que en aquel momento estaba dispuesto a recibir. Con el transcurso del tiempo, este tercer alumno hizo su aparición en unas circunstancias lo suficientemente destacables como para recibir aquí una mención detallada.

Eran las vacaciones veraniegas, y mis dos alumnos habían vuelto a sus casas. Gracias a un clérigo vecino, que aceptó amablemente encargarse de cumplir con mis tareas, también yo conseguí dos semanas de vacaciones, que pasé en la casa de mi padre en Londres.

Durante mi estancia en la metrópoli, se me ofreció la oportunidad de predicar en una iglesia, famosa debido a la elocuencia de uno de los oradores más populares de nuestro tiempo, que predicaba allí habitualmente. Al aceptar la propuesta, me sentí, naturalmente, nervioso y deseoso de hacerlo lo mejor posible frente a aquella congregación inusualmente numerosa e inusualmente inteligente que se reuniría para escucharme.

Durante el periodo del que te estoy hablando, toda Inglaterra había quedado conmocionada debido al descubrimiento de un terrible crimen perpetrado en circunstancias de extrema provocación. Escogí aquel crimen como el tema principal de mi sermón. Admitiendo que incluso los mejores de entre nosotros somos meras y frágiles criaturas mortales, sujetas a malvadas provocaciones e impulsos del mismo modo que el peor de entre nosotros, mi objetivo era enseñar cómo un cristiano podría encontrar cierto refugio ante la tentación en la salvaguarda de su religión. Me detuve minuciosamente en las privaciones de la primera lucha del cristiano para resistir la influencia maligna, en la ayuda que su cristiandad le brindó incansablemente en las peores reincidencias del aspecto más débil y vil de su naturaleza, en la firme y cierta ganancia que fue la definitiva recompensa a su fe y su firmeza, y en la bendita sensación de paz y felicidad que acompañaron a este triunfo final. Predicando a tal efecto, con la ferviente convicción que realmente sentía, puedo decir orgullosamente que no defraudé a aquel cuya elección me había situado en el púlpito. Mantuve la atención de mi congregación desde la primera palabra hasta la última.

Mientras estaba descansando en la sacristía tras la conclusión del servicio, me llegó una nota escrita a lápiz. Un miembro de mi congregación, un caballero, deseaba verme debido a un asunto de considerable importancia. Podría visitarme en cualquier lugar y a cualquier hora que eligiese. Si deseaba quedar satisfecho sobre su respetabilidad, me rogaba que acudiera a su padre, cuyo nombre quizá me resultase familiar.

El nombre dado en la referencia me resultaba indudablemente conocido, como perteneciente a un hombre de cierta notoriedad e influencia en el mundo londinense. Envié mi tarjeta a modo de respuesta, indicando una hora para que mi

correspondiente me visitara por la tarde del día siguiente.

VI

El desconocido hizo su aparición puntualmente. Imaginé que sería unos dos o tres años más joven que yo. Y aunque era innegablemente atractivo, aunque sus modales eran los modales de un caballero, sin saber por qué, sentí un fuerte desagrado hacia él en el mismo momento en que entró en la habitación.

Tras haber intercambiado unas palabras preliminares de educación, mi visitante me informó sobre el objeto de su visita del modo que a continuación voy a relatar.

—Tengo entendido que vive usted en el campo, señor —empezó.

—Vivo al oeste de Inglaterra —respondí.

—¿Piensa permanecer mucho tiempo en Londres?

—No. Mañana mismo regreso a mi rectoría.

—¿Puedo preguntarle si tiene usted alumnos?

—Sí. Así es.

—¿Alguna vacante?

—Solo una.

—¿Pondría usted alguna objeción a que yo le acompañara de vuelta mañana como su alumno?

Lo abrupto de la propuesta me tomó por sorpresa. Dudé.

En primer lugar (como ya he dicho) no me agradaba. En segundo lugar, era demasiado mayor como para ser un compañero adecuado para mis otros dos alumnos, unos muchachos que no habían llegado a la veintena. En tercer lugar, me había pedido que le admitiera tres semanas antes de que finalizara el periodo vacacional. Tenía mis propios proyectos y entretenimientos previstos durante aquel intervalo y no veía razón alguna por la que tuviera que molestarme en prescindir de ellos.

Él notó mi indecisión, y no me ocultó que le había decepcionado.

—Estoy completamente empeñado —dijo— en recuperar sin demora el tiempo que he perdido. Mi edad juega en mi contra, lo sé. La verdad es que he echado a perder mis oportunidades desde que abandoné la escuela, y estoy impaciente, honestamente impaciente, por enmendar mi camino antes de que sea demasiado tarde. Deseo prepararme para acceder a alguna de las universidades; deseo demostrar, si puedo, que no soy completamente indigno de heredar el famoso nombre de mi padre. Usted es el hombre que puede ayudarme, si es que consigo persuadirle para que lo haga. Quedé impresionado por su sermón de ayer, y si me permite que le haga tal confesión en su presencia, me cayó usted bien desde un primer momento. ¿Querrá usted visitar a mi padre antes de decidirse a decir «no»? Él será capaz de explicarle cualquier cosa que a usted le parezca extraña en mi petición, y se sentirá feliz de recibirle esta misma tarde, si puede usted permitirse tal pérdida de tiempo. En cuanto

a la cuestión de las condiciones, estoy seguro de que todo puede arreglarse a su entera satisfacción.



Evidentemente, estaba decidido; seria y vehementemente decidido. A regañadientes, acepté ver a su padre.

Nuestra entrevista fue larga. Todas mis cuestiones fueron respondidas de un modo extenso y con franqueza.

El joven había llevado una vida ociosa e irregular. Ahora se mostraba cansado y avergonzado de ella. Su disposición era ciertamente peculiar. Estaba seriamente necesitado de un guía, un maestro y un amigo, en el que estuviera dispuesto a confiar. Si yo decepcionaba las esperanzas que había depositado en mí, se vería desanimado y volvería a reincidir en la inútil e indolente existencia de la que ahora se avergonzaba. Cualquier condición que desease estipular sería aceptada a cambio de que consintiera recibirle a prueba durante tres meses.

Dudando aún, consulté con mi padre y amigos.

Todos compartieron la opinión (una opinión ciertamente justa en aquel momento) de que aquel nuevo contacto podría ser excelente para mí. Todos me reprocharon el haber adoptado un disgusto puramente caprichoso ante un joven de buena familia y educación, y por permitir que aquello me influyera en contra de mis propios intereses, justo cuando estaba iniciando mi carrera. Presionado por aquellas consideraciones, permití que se me persuadiera de darle una oportunidad al nuevo alumno. Al día siguiente, me acompañó en mi viaje de regreso a la rectoría.

VII

Permíteme que sea cuidadoso y que haga justicia a un hombre que personalmente me desagradaba. Mi alumno mayor empezó bien: produjo una impresión decididamente favorable en las personas vinculadas a mi pequeño entorno.

Las mujeres, especialmente, admiraron su bello cabello claro, su barba ligeramente rizada, su tez delicada, sus cristalinos ojos azules, y sus manos y sus pies finamente formados. Incluso la empedernida reserva de sus modales, y aquella apariencia abatida, casi huraña, que había originado mis prejuicios contra él, levantaron un sentimiento común de entusiasmo romántico en la sala de mis criadas. La alta autoridad que representaba la mismísima ama de llaves, decidió que «el nuevo caballero» no solo estaba enamorado, sino que (más interesante aún) era víctima de una unión desgraciada que le había alejado de sus amigos y de su hogar.

En cuanto a mí, intenté con todas mis fuerzas superar aquella primera impresión de desagrado hacia mi nuevo alumno, pero todo fue en vano.

Y no es que pudiera encontrarle ninguna falta. Sus hábitos eran discretos y regulares, y se entregaba conscientemente a sus lecturas. Pero poco a poco empecé a convencerme de que su corazón no estaba en sus estudios. Más aún, tenía mis razones

para sospechar que me estaba ocultando algo, y sentía dolorosamente la reserva que no se permitía, o que no se atrevía, a romper. Hubo momentos en los que casi dudé si no habría escogido mi remota rectoría rural como un lugar seguro donde esconderse de alguna persona o personas que le tuvieran atemorizado.

Su modo habitual de comportarse en lo que se refería, por ejemplo, a su correspondencia, era, quedándome corto, extraño.

Nunca recibía cartas en mi casa. Se las remitían directamente a la oficina de correos del pueblo. Invariablemente iba a buscarlas en persona, e invariablemente se negaba a confiarles a ninguno de mis criados el envío de sus propias cartas al correo. Además, cuando salíamos a pasear juntos, más de una vez le sorprendí mirando furtivamente por encima del hombro, como si sospechara que alguna persona con un propósito malvado le estuviera siguiendo. Siendo por naturaleza completamente contrario a los misterios, decidí, ya en una etapa inicial de nuestra relación, hacer un esfuerzo por aclarar las cosas. Aún podía tener alguna oportunidad de ganarme la confianza de mi alumno mayor si aprovechaba los últimos días de las vacaciones de verano, que nos permitían estar a solas en la casa, para hablar con él.

—Discúlpeme por haberme dado cuenta —le dije una mañana mientras nos encontrábamos enfrascados en nuestros libros—, pero no he podido evitar observar que parece haber algo que le turba. ¿Resulta indiscreto por mi parte preguntarle si puedo ayudarle de algún modo?

Cambió de color, me miró rápidamente, volvió a hundir la mirada en su libro, luchó fuertemente con algún miedo secreto o alguna secreta reticencia que anidaba en su interior, y de repente saltó con la pregunta más extraordinaria:

—¿Supongo que hablaría usted en serio cuando predicó aquel sermón en Londres?

—Me sorprende que pueda ponerlo en duda —contesté.

Volvió a callar. De nuevo se desató una lucha interior, y me sobresaltó con un segundo estallido más extraño aún que el primero.

—Yo soy una de las personas para las que usted predicó en su sermón —dijo—. Esa es la verdadera razón por la que le solicité que me aceptase como alumno. ¡No me rechace! Cuando le habló a su congregación de la gente torturada y tentada estaba usted hablando de *mí*.

Tan asombrado estaba por la confesión que perdí el control de mí mismo. Por un momento fui incapaz de responderle.

—¡No me rechace! —repitió—. Ayúdeme a luchar conmigo mismo. Le estoy diciendo la verdad. ¡A Dios pongo por testigo de que le estoy diciendo la verdad!

—Cuénteme *toda* la verdad —dije—, y confíe en mi consuelo y mi ayuda. Confíe en mi amistad.

En el fervor del momento, le tomé de la mano. Yacía fría e inerte en la mía. Me avisó mudamente de que tenía que enfrentarme con una personalidad secreta y huraña.

—No debe haber secretos entre nosotros —continué—. Ha entrado en mi casa, según su propia confesión, con falsos pretextos. Es su deber hacia mí, y su deber hacia usted mismo, explicarme por qué.

La empedernida reserva de aquel hombre, vencida únicamente por un momento, volvía a hacer mella en él. Pensó, pensó con mucho cuidado, cuáles iban a ser sus siguientes palabras antes de permitir que asomaran a sus labios.

—Una persona se interpone entre las perspectivas de mi vida y yo —empezó lentamente con sus ojos clavados en el libro—. Una persona que me provoca horriblemente. Siento terribles tentaciones (como aquel hombre del que usted habló en el sermón) cuando estoy en su compañía. ¡Enséñeme a resistir la tentación! Temo por mí mismo si vuelvo a ver a dicha persona. Usted es el único hombre que puede ayudarme. Hágalo mientras pueda.

Se detuvo y pasó su pañuelo por la frente.

—¿Le basta eso? —me preguntó, aún con los ojos en el libro.

—No. No me basta —respondí—. Está usted tan lejos de abrirme su corazón que ni siquiera se ha permitido aclararme si esa persona que se interpone entre usted y sus perspectivas es un hombre o una mujer. Usa usted la palabra «persona» una y otra vez en lugar de decir «él» o «ella» cuando habla de la provocación con la que le tienta. ¿Cómo puedo ayudar a un hombre que demuestra tan poca confianza en mí?

Mi respuesta le encontró evidentemente falto de recursos. Lo intentó; intentó desesperadamente decir más de lo que había dicho hasta entonces. ¡No! Las palabras parecían atascarse en su garganta. Ninguna consiguió llegar hasta sus labios.

—Deme tiempo —me rogó lastimosamente—. No consigo obligarme a ello de golpe. Tengo buenas intenciones. Se lo juro por mi alma. Tengo buenas intenciones. Pero soy lento en este tipo de cosas. Espere hasta mañana.

Llegó el día siguiente, y una vez más se escabulló.

—Un día más —dijo—. No sabe usted lo difícil que me resulta hablar libremente. Por una parte estoy asustado, y por la otra avergonzado. Deme un día más.

Hasta entonces solo me había disgustado. Por mucho que intenté ser comprensivo con su reserva (y lo hice), a partir de aquel momento empecé también a despreciarle.

VIII

Llegó el día de la demorada discusión, y trajo consigo un acontecimiento para el que ni él ni yo nos habíamos preparado. ¿Habría llegado realmente a confiar en mí de no haber mediado aquel evento? O bien lo habría hecho, o bien habría abandonado el propósito que le había llevado hasta mi casa.

Nos encontramos, como de costumbre, a la hora del desayuno. Mi ama de llaves

me trajo la correspondencia de la mañana. Para mi sorpresa, en vez de abandonar la habitación de inmediato, como era habitual, caminó hasta el otro extremo de la mesa y dejó una carta frente a mi alumno mayor; la primera carta que había recibido bajo mi techo desde que llegó a mi residencia.

Se sobresaltó y tomó la carta. Miró el remite. Un espasmo de furia reprimida atravesó su cara, su respiración se aceleró, su mano tembló mientras agarraba la carta. Hasta aquel momento permanecí sin decir nada. Esperaba a ver si abriría o no abriría el sobre en mi presencia.

Tenía miedo de abrirla en mi presencia. Se puso de pie, dijo «discúlpeme un minuto, por favor», en un tono tan bajo que casi no pude oírle y abandonó la habitación.

Esperé durante media hora, y después un cuarto de hora más. Finalmente envié a alguien a preguntarle si se había olvidado del desayuno.

Un minuto más tarde oí sus pisadas en el recibidor. Abrió la puerta del comedor y se plantó en el umbral con un pequeño bolso de viaje en la mano.

—Le suplico que me disculpe —dijo, sin moverse de la puerta—. Debo rogarle que me permita ausentarme uno o dos días. Tengo negocios que atender en Londres.

—¿Puedo ayudarle en algo? —pregunté—. Me temo que su carta le haya traído malas noticias.

—Sí —dijo sucintamente—. Malas noticias. No tengo tiempo para desayunar.

—Espere unos minutos —exigí—. Espere lo suficiente para tratarme como a su amigo y cuénteme qué es lo que le turba antes de marcharse.

No respondió. Volvió a salir al recibidor y cerró la puerta. Después volvió a abrirla ligeramente, sin mostrarse.

—Negocios en Londres —repitió, como si pensara que informarme de la naturaleza de su recado era algo tremendamente importante. La puerta se cerró por segunda vez. Se había marchado.

Fui a mi estudio y consideré cuidadosamente lo que había sucedido.

El resultado de mis reflexiones puede describirse fácilmente: me decidí a cortar vínculos con mi alumno mayor. Al escribirle a su padre para comunicarle mi decisión (lo que hice, con toda la cortesía y el respeto posibles, ese mismo día a vuelta de correo), mencioné las siguientes como las razones que me habían llevado a ello: primero, que me había resultado imposible ganarme la confianza de su hijo; segundo, que aquella misma mañana su hijo había abandonado mi casa repentina y misteriosamente para acudir a Londres, y que en consecuencia debería rehusar futuras responsabilidades en lo que a él se refería.

Había colocado mi carta en la saca del correo y empezaba a sentirme algo más relajado tras haberla escrito, cuando el ama de llaves apareció en el estudio con una expresión terriblemente seria marcada en la cara y aparentemente llevando algo escondido en su mano cerrada.

—¿Señor, querrá ver usted lo que hemos encontrado en el dormitorio del

caballero desde que se fue esta mañana?

Sabía que el ama de llaves, como mujer que era, poseía al cien por cien esa simpática debilidad propia de su sexo y conocida con el nombre de «Curiosidad». También sabía, debido a varias referencias indirectas, que la extraña marcha de mi alumno había incrementado notablemente la disposición de las mujeres del servicio a considerarle víctima de una relación desgraciada. Me parecía que ya había llegado el momento de atajar los chismorreos sobre él y cualquier futuro intento de espiar sus pertenencias aprovechando su ausencia.

—Su única tarea en el dormitorio de mi alumno —le dije al ama de llaves— es cuidar de que esté limpia y debidamente aireada. No debe producirse ninguna injerencia, si me hace el favor, ni en sus cartas, ni en sus papeles, ni en ninguna otra cosa que haya podido dejar atrás. Devuelva inmediatamente a su habitación lo que haya encontrado.

El ama de llaves tenía, además de la curiosidad de una mujer, todo el temperamento propio de su sexo. Me escuchó con los colores subidos, y únicamente una perceptible sacudida de cabeza.

—¿Debo volver a dejarlo en el suelo, señor? ¿Entre la cama y la pared? —preguntó con una irónica simulación de la más humilde deferencia ante mis deseos—. Allí es donde lo encontró la chica cuando estaba barriendo la habitación. Cualquiera puede ver con sus propios ojos —continuó el ama de llaves indignada— que el pobre caballero se ha marchado con el corazón roto. Y ahí, en mi opinión, está la fresca responsable de todo.

Tras haber pronunciado estas palabras, me dedicó una leve reverencia y dejó un pequeño retrato fotográfico sobre mi escritorio.

Miré la fotografía.

En un instante, mi corazón se había puesto a latir salvajemente. Sentí vértigo, y tanto el ama de llaves, como los muebles, como las paredes de la habitación, empezaron a dar vueltas a mi alrededor.

¡El retrato descubierto en el dormitorio de mi alumno era el retrato de Jéromette!

IX

Le había pedido al ama de llaves que abandonara mi estudio. Estaba a solas con el retrato de la francesa sobre mi escritorio.

Evidentemente, pocas dudas podía haber sobre el descubrimiento que se me acababa de revelar. El hombre que se había introducido mediante engaños en mi casa, empujado por el terror a una tentación que no se atrevía a revelarme, ¡era el mismo hombre que había sido mi desconocido rival en tiempos pasados!

Tras haber recobrado el suficiente dominio de mí mismo como para darme cuenta de aquella inexpugnable verdad, las consecuencias que siguieron a tamaño descubrimiento se abrieron camino hasta mi mente de modo irreprimible. Aquella persona desconocida que representaba un obstáculo para las perspectivas futuras de mi alumno, aquella persona desconocida en cuya compañía se veía asaltado por tentaciones que le hacían temblar, se me reveló entonces con toda probabilidad como la mismísima Jéromette. ¿Le había atado ella con las ligaduras del matrimonio que él mismo le había propuesto? ¿Había descubierto ella que su lugar de refugio era mi casa? ¿Había sido ella la que había escrito la carta que le había llegado aquella misma mañana? Asumiendo que aquellos tres interrogantes pudieran responderse afirmativamente, ¿qué podían ser entonces aquellos «negocios en Londres» a los que había hecho referencia mi alumno? Recordé el modo en que me había hablado de sus tentaciones. Recordé la expresión que había cruzado su rostro cuando reconoció la caligrafía de la carta... y la conclusión a la que llegué me golpeó literalmente hasta sacudir lo más profundo de mi alma. Ordené que ensillaran mi caballo y partí de inmediato en dirección a la estación del ferrocarril.

Hacía una hora que el tren en el que mi alumno había viajado a Londres había llegado a la terminal. El único modo útil de aplacar los terribles celos que se amontonaban en mi mente era enviándole un telegrama a Jéromette, a la dirección en la que la había visto por última vez. De modo que envié el siguiente mensaje, pagando previamente la posible respuesta:

Si tienes algún problema, telegráfame de inmediato. Cogeré el primer tren. Responde en todo caso.

Nada había que impidiera la inmediata entrega de mi mensaje. Y sin embargo, pasaron las horas sin que recibiera respuesta alguna. Siguiendo el consejo del empleado, envié un segundo telegrama a la oficina de Londres, solicitando una explicación. La respuesta llegó en los siguientes términos:

Obras de mejora en las calles. Casas demolidas. Ni rastro de la persona mencionada en el telegrama.

Monté en mi caballo y regresé sin prisas a la rectoría.

«El día de su regreso traerá consigo los días más desgraciados de mi vida...». «Estoy convencida de que voy a morir joven, y de que voy a morir miserablemente. ¿Seguirás lo suficientemente interesado en mí como para querer enterarte de lo que pueda suceder?... Lo sabrás». Aquellas palabras volvían a mi memoria mientras cabalgaba hacia mi casa a través de la noche despejada e iluminada por la luna. Tan vívidamente las seguía teniendo presentes que incluso podía volver a oír su

encantador acento extranjero, su entonación tranquila y clara, mientras las pronunciaba. En cuanto a lo demás, las emociones de aquel inolvidable día se habían desvanecido. La respuesta de la oficina de telégrafos me había alcanzado con una extraña y pétrea desesperanza. Mi mente estaba en blanco. No tenía pensamientos. No tenía lágrimas.

Me hallaba a medio camino de la carretera que conducía a mi casa y acababa de escuchar el reloj de la iglesia del pueblo dar las diez, cuando fui consciente, poco a poco, de una sensación heladora que me iba dominando lentamente hasta terminar por calarme hasta el tuétano. La cálida y fragante brisa de la noche veraniega dominaba el aire. Era el mes de julio. ¿Era posible que en pleno mes de julio hubiera alguna criatura viviente (de buena salud) que pudiese sentir frío? *No* era posible. Y sin embargo, aquella helada sensación siguió arrastrándose en mi interior y filtrándose a través de mis huesos.

Miré hacia arriba. Miré a mi alrededor.

Mi caballo recorría un enorme claro en aquel momento. No había ni árboles ni agua en las cercanías. Por otra parte, los campos llanos se extendían hacia el horizonte perfectamente iluminados por la luz de la luna.

Detuve mi caballo y volví a mirar a mi alrededor.

Sí. Lo vi. Lo vi con mis propios ojos. Una columna de niebla blanca, de entre metro y medio o metro ochenta de altura, según pude juzgar, se estaba moviendo detrás de mí, en el límite del camino, a mi lado izquierdo. Cuando me detuve, la neblina blanca se detuvo. Cuando reinicié la marcha, también lo hizo la neblina. Puse el caballo al trote, la columna de niebla seguía detrás de mí. Lo apresuré al galope, allí seguía la columna de niebla. Volví a hacer que se detuviera. La columna quedó inmóvil.

Su blanco era el mismo blanco que había observado en la niebla que vi flotando sobre el río la noche en que había ido a despedirme de ella. Y el frío helado que me había calado hasta el tuétano aquel día era el mismo frío que ahora me atenazaba.

Continué avanzando lentamente. La neblina blanca volvió a avanzar lentamente rodeada de la clara y resplandeciente noche.

Más que asustado, estaba asombrado. Hubo un momento, y solo uno, en el que el miedo me asaltó, nublándome la razón. Me descubrí siguiendo el ritmo que producían los cascos del caballo al golpear lentamente el suelo, musitando las palabras: «Jéromette ha muerto, Jéromette ha muerto», una y otra vez. Pero mi voluntad seguía siendo mía. Era capaz de controlarme, de imponer silencio a mis propios labios. De modo que cabalgué con tranquilidad, y la columna de neblina me siguió tranquilamente.

Mi mozo de cuadra esperaba mi regreso en la puerta de la rectoría. Le señalé la neblina, mientras atravesaba la puerta junto a mí.

—¿Ve algo ahí? —pregunté.

El hombre me miró asombrado.

Entré en la rectoría. El ama de llaves me salió al encuentro en el recibidor. Señalé de nuevo hacia la neblina que estaba entrando en la casa conmigo.

—¿Ve usted algo raro a mi lado?

El ama de llaves me dirigió la misma mirada que me había brindado el mozo de cuadra.

—Me temo que no se encuentre usted bien, señor —dijo—. Ha perdido todo el color... y está temblando. Déjeme que le traiga un vaso de vino.

Fui a mi estudio, situado en la planta baja, y me senté en la silla de mi escritorio. La fotografía seguía allí donde la había dejado. La columna de neblina flotó alrededor de la mesa y se detuvo frente a mí, detrás de la fotografía.

El ama de llaves trajo el vino. Me llevé la copa a los labios y volví a dejarla. El frío helado de la neblina también estaba en el vino. No tenía ningún sabor, ninguna cualidad tonificante. La presencia del ama de llaves me oprimía. Mi perro la había seguido al interior de la habitación. La presencia del animal también me oprimía. Le dije a la mujer:

—Déjeme a solas y llévese al perro.

Se fueron y me dejaron solo en la habitación.

Me senté observando la columna de niebla que flotaba frente a mí.

Se alargó lentamente hasta alcanzar el techo. A medida que fue alargándose, fue ganando brillo y luminosidad. Poco después, una aparición sombría se mostró en el centro de la luz. Poco a poco la borrosa aparición fue tomando la forma de una figura humana. Unos ojos marrones y dulces, tiernos y melancólicos, me contemplaron a través de la ultraterrena luz de la neblina. La cabeza y el resto del rostro fueron lo siguiente en aparecer ante mi vista. Después, la silueta fue revelándose, momento a momento, descendiendo hasta llegar a los pies. Volvió a erguirse frente a mí como cuando la había visto por última vez, con su vestido púrpura de paño merino, su delantal negro de seda y su pañuelo blanco atado alrededor del cuello. Se erguía frente a mí con la elegante belleza que tan bien recordaba, y me miró como cuando me había mirado en el momento de darme el último beso, aquel beso que había hecho rodar lágrimas por mis mejillas.

Caí de rodillas sobre la mesa. Extendí mis manos hacia ella, implorando:

—¡Háblame! ¡Oh, háblame una vez más, Jéromette!

Sus ojos se posaron en mí imbuidos de una compasión divina. Levantó la mano y señaló la fotografía que había sobre el escritorio; mediante un gesto me indicó que le diera la vuelta. Así lo hice. El nombre del hombre que había dejado mi casa aquella mañana estaba escrito al dorso con la caligrafía de ella.

Volví a mirarla cuando lo hube leído. Ella volvió a elevar su mano y señaló hacia el pañuelo que rodeaba su cuello. Mientras lo miraba, la bella seda blanca cambió horriblemente de color; la bella seda blanca se volvió oscura y espesa por la sangre.

Un momento después, la visión empezó a desvanecerse. Lentamente y por partes, primero la figura, después el rostro, fue desapareciendo hasta convertirse de nuevo en

la masa difuminada que había visto al principio. La luz murió en el interior de la neblina. Después, la neblina en sí se desmoronó lentamente. Flotó en círculos sobre el suelo durante un momento, y después desapareció. Nada quedaba frente a mí salvo la familiar pared de mi habitación y la fotografía vuelta del revés sobre mi escritorio.

X

Al día siguiente los periódicos informaron del descubrimiento de un asesinato en Londres. La víctima había sido una mujer francesa. Había muerto a causa de una herida en la garganta. El crimen había sido descubierto entre las diez y las once de la noche anterior.

Te dejaré que extraigas tus propias conclusiones a partir de lo que he relatado, pero mi fe en la realidad de la aparición es inamovible. Afirmo, y creo, que Jéromette mantuvo su palabra. Murió joven, y murió miserablemente. Y fueron sus propios labios los que me revelaron su destino.

Vuelve a revisar el juicio, y observa las circunstancias que salieron a la luz durante el mismo. Ahí encontrarás el móvil para el asesinato.

Verás que efectivamente se habían casado en privado, y que habían vivido juntos y contentos hasta el día fatal en que ella descubrió que a él había empezado a gustarle otra mujer; verás que a partir de aquel momento empezaron a desatarse violentas discusiones entre ellos, y que estas duraron hasta que mi sermón le convenció a él de su terrible odio por Jéromette, reflejado en el caso de otro hombre; verás que ella descubrió que el lugar al que él se había retirado había sido mi casa, y que le amenazó por carta con la revelación pública de sus derechos conyugales; y, por último, verás también que un hombre, descrito de diferentes maneras por varios testigos, fue visto abandonando su vivienda la noche del asesinato. La ley, incapaz de avanzar más allá de estos detalles, pudo descubrir circunstancias sospechosas, aunque no certezas. La ley, a falta de pruebas definitivas que condenaran al sospechoso, pudo haber actuado correctamente al dejarle en libertad.

Pero yo sigo creyendo que el hombre era culpable. Yo declaro que él, y solo él, fue el asesino de Jéromette. Y ahora, ya sabes por qué.

LA SEÑORA ZANT Y EL FANTASMA

I

Esta narración describe el regreso de un espíritu incorpóreo a la tierra y conduce al lector a un terreno nuevo y extraño.

No fue en la oscuridad de la medianoche, sino a plena luz del día, cuando se manifestó la influencia sobrenatural. No se reveló por una visión, ni se anunció mediante una voz, sino que alcanzó el conocimiento mortal a través del sentido menos engañoso: el sentido del tacto.

El informe de este hecho producirá necesariamente impresiones conflictivas. Engendrará, en algunas mentes, la duda que nace de la razón; revigorizará, en otras, la esperanza que justifica la fe; y dejará la terrible cuestión acerca del destino del hombre, donde siglos de vana investigación la han dejado ya: en la oscuridad.

Habiendo redactado este párrafo únicamente como encabezamiento para una serie de eventos, el escritor deniega seguir el ejemplo moderno de poner en primer plano ante la opinión pública sus opiniones y a sí mismo. Regresa a las sombras de las que ha emergido y deja que las fuerzas opuestas de la incredulidad y la fe se enfrenten una vez más del mismo modo que siempre y en el mismo y viejo campo de batalla.

II

Los hechos ocurrieron poco después de que los primeros treinta años del presente siglo tocaran a su fin.

Una espléndida mañana, a primeros de abril, un caballero de mediana edad llamado Rayburn llevó a su hija pequeña, Lucy, a dar un paseo por ese verde y placentero lugar situado al oeste de Londres llamado «jardines de Kensington».

Los pocos amigos que tenía decían del señor Rayburn (no sin cariño) que se trataba de un hombre reservado y solitario. Podría haber sido descrito más prolijamente como un viudo completamente dedicado a su única hija. Aunque no rebasaba los cuarenta años de edad, el único placer que hacía que la vida del padre de Lucy fuese placentera era la misma Lucy.

Jugando con su pelota, la niña corrió hasta el extremo sur de los jardines, en esa zona que todavía hoy sigue siendo la más cercana al viejo palacio de Kensington. Viendo cerca de allí uno de esos espaciosos bancos cubiertos que los ingleses llaman «nichos», el señor Rayburn recordó que llevaba el periódico de la mañana en su

bolsillo y que haría bien en descansar y leer. A aquella hora temprana, el lugar estaba desierto.

—Sigue jugando, querida —dijo—. Pero procura mantenerte al alcance de mi vista.

Lucy arrojó su pelota y el padre de Lucy desplegó su periódico. No llevaba leyendo más de diez minutos cuando sintió una pequeña y familiar mano apoyarse en su rodilla.

—¿Ya te has cansado de jugar? —preguntó, con los ojos aún fijos en el periódico.

—Estoy asustada, papá.

Él miró a la niña. Su pálido rostro le sobresaltó. La sentó sobre su rodilla y la besó.

—No debes tener miedo cuando estés conmigo, Lucy —dijo cariñosamente—. ¿Qué ha sido lo que te ha asustado? —paseó la vista alrededor del banco mientras hablaba y vio un perrito entre los árboles—. ¿Ha sido el perro? —preguntó.

Lucy respondió:

—No ha sido el perro, ha sido la señora.

No había ninguna señora a la vista desde el banco.

—¿Te ha dicho algo? —preguntó el señor Rayburn.

—No.



—¿Pues qué ha hecho para asustarte?

La niña pasó los brazos alrededor del cuello de su padre.

—Habla en voz baja, papá —dijo—. Me da miedo que pueda oírnos. Creo que está loca.

—¿Por qué piensas eso, Lucy?

—Se acercó a mí. Creí que iba a decirme algo. Parecía estar enferma.

—¿Bien? ¿Y qué más pasó?

—Me miró.

En aquel momento Lucy pareció sentirse incapaz de expresar lo que quería decir a continuación y se refugió en el silencio.

—Nada demasiado extraordinario hasta ahora —sugirió su padre.

—Sí, papá. Pero no pareció verme cuando me miró.

—¿Bueno, y entonces qué sucedió?

—La señora estaba asustada... y eso me asustó a mí. Creo... —la niña volvió a repetir con seguridad—. Está loca.

Se le ocurrió al señor Rayburn que quizá la señora fuera ciega. Se levantó para aclarar la duda.

—Espérame aquí —dijo—. En seguida vuelvo.

Pero Lucy se agarró a él con los dos brazos y le dijo que le daba miedo quedarse sola. Abandonaron juntos el banco cubierto.

Su nueva posición reveló de inmediato a la desconocida, apoyada contra el tronco de un árbol. Iba vestida completamente de luto: una viuda. La palidez de su cara, la mirada vacía de sus ojos, hacía algo más que explicar el terror de la niña: excusaba completamente la alarmante conclusión a la que había llegado.

—Acércate más a ella —susurró Lucy.

Avanzaron algunos pasos. Ahora resultaba fácil apreciar que la mujer era joven, y consumida por la enfermedad... pero (llegando a una conclusión dudosa dadas las presentes circunstancias) aparentemente había poseído un singular atractivo personal en días más felices. Cuando el padre y la hija avanzaron un poco más, los descubrió. Tras dudar un poco, la mujer abandonó el árbol, se aproximó con la evidente intención de decir algo, y súbitamente se detuvo. Un cambio hacia el asombro, y después al miedo, alteró sus vacíos ojos. Si antes no había quedado claro, ahora estaba más allá de toda duda que no se trataba de una pobre criatura ciega, abandonada e indefensa. Al mismo tiempo, la expresión de su rostro no resultaba fácil de comprender. Su aspecto de asombro y desconcierto no habría podido ser mayor si los dos desconocidos que la estaban observando se hubieran desvanecido del lugar en el que estaban de pie.

El señor Rayburn se dirigió a ella con la amabilidad más absoluta reflejada en su voz y sus maneras.

—Me temo que no se encuentre usted bien —dijo—. Si puedo ayudarla en algo...

Las siguientes palabras quedaron suspendidas de sus labios. Algo así resultaba

imposible, pero la extraña impresión que la mujer le había producido al principio se vio confirmada en aquel momento. Si podía creer a sus sentidos, su rostro le reveló que él era invisible e inaudible para la mujer a la que acababa de dirigirse. Ella se movió lentamente, suspirando profundamente, como una persona decepcionada e inquieta. Siguiéndola con la vista, el señor Rayburn volvió a ver al perro, un pequeño terrier de pelo suave de ordinaria crianza inglesa. El perro no demostraba ni rastro de la incansable actividad propia de su raza. Con la cabeza agachada y el rabo entre las piernas, se encogía como un animal paralizado por el miedo. Su ama le puso en movimiento al llamarle. Él la siguió apáticamente cuando ella empezó a alejarse.

Tras haber dado un par de pasos, la mujer se detuvo de repente.

El señor Rayburn la oyó hablando sola.

—¿Lo he sentido otra vez? —dijo, como si se sintiera perpleja por alguna duda que la asombrara o la afligiera. Al cabo de un rato elevó los brazos lentamente y los abrió con un movimiento cariñoso... ¡un abrazo extrañamente ofrecido al aire!

—No —se dijo a sí misma tristemente tras esperar un momento—. Quizá mañana haya más. Hoy ya no —dirigió la mirada hacia el despejado cielo azul—. ¡La bella luz del sol! ¡La piadosa luz del sol! —murmuró—. Me habría muerto si hubiera sucedido en la oscuridad.

Una vez más llamó a su perro, y una vez más se alejó lentamente.

—¿Se va a casa, papá? —preguntó la niña.

—Intentaremos averiguarlo —contestó el padre.

Para aquel entonces ya se había convencido de que la pobre criatura no estaba en condiciones de salir sin que alguien la acompañara y la cuidase. Por motivos humanitarios, se decidió a intentar ponerse en contacto con sus amigos.

III

La mujer dejó los jardines por la puerta más próxima, deteniéndose para bajarse el velo antes de introducirse en la transitada avenida que conduce hasta Kensington. Tras avanzar brevemente a lo largo de High Street, entró en una casa de apariencia respetable, con un cartel que anunciaba que se alquilaban apartamentos en una de las ventanas.

El señor Rayburn esperó un minuto, después llamó a la puerta y preguntó si podía ver a la señora de la casa. El criado le condujo hasta una habitación de la planta baja, escasamente amueblada aunque con gusto. Un pequeño objeto blanco rompía la oscura monotonía marrón de una mesa vacía. Era una tarjeta de visita.

Con la curiosidad nada ceremonial de los niños, Lucy cogió la tarjeta y deletreó el nombre impreso en ella.

—Z, A, N, T —leyó—. ¿Qué quiere decir?

Su padre le echó un vistazo a la tarjeta al quitársela a la niña para volver a colocarla sobre la mesa. Junto al nombre impreso había una dirección escrita con lápiz: Señor John Zant. Hotel Purley's.

La dueña de la casa hizo su aparición. El señor Rayburn deseó haberse quedado fuera del edificio en el mismo momento en que la vio. Los modos y maneras de cultivar las virtudes sociales son mucho más numerosos y variados de lo que generalmente se supone. Y aparentemente el modo de aquella dama la había acostumbrado a encontrarse con sus semejantes en el campo de la justicia sin piedad. Había algo en sus ojos cuando miraron a Lucy que decía a las claras: «Me pregunto si a esta niña se la castiga cada vez que lo merece».

—¿Desea ver las habitaciones que tengo disponibles? —empezó.

El señor Rayburn reveló de inmediato el objeto de su visita, con tanta claridad, educación y concisión como podría haberlo hecho un hombre. Era consciente (añadió) de que quizá había sido culpable de un acto de intromisión.

La expresión de la dueña de la casa le indicó que estaba completamente de acuerdo. Él sugirió, en todo caso, que su motivo podía disculparle. La dueña de la casa cambió de estrategia y aplicó una diferencia de opinión.

—Solo conozco a la señora a la que ha mencionado —dijo—, como una persona de la más alta responsabilidad y delicada de salud. Ha alquilado los apartamentos del primer piso con excelentes referencias, y es de destacar que apenas me da problemas. No tengo ningún derecho a interferir en su vida y ninguna razón para dudar de que sea capaz de cuidar de sí misma.

El señor Rayburn intentó decir unas palabras en su defensa.

—Permítame que le recuerde... —empezó.

—¿El qué, señor?

—Lo que observé cuando vi casualmente a la señora en los jardines de Kensington.

—Yo no soy responsable de lo que haya podido ver usted en los jardines de Kensington. Pero si su tiempo tiene algún valor, le ruego que no me deje detenerle más.

Expulsado en aquellos términos, el señor Rayburn tomó la mano de Lucy y se retiró. Acababa de llegar hasta la puerta cuando esta se abrió desde fuera. La mujer de los jardines de Kensington se hallaba frente a él. En la posición que ocupaban ahora él y su hija, sus espaldas estaban vueltas hacia la ventana. ¿Recordaría ella haberles visto un momento en los jardines?

—Perdone que me entrometa —le dijo a la dueña—. Me ha dicho su criado que mi cuñado vino a visitarme mientras yo estaba fuera. A veces me deja algún mensaje en sus tarjetas.

Buscó el mensaje y pareció decepcionarse al ver que la tarjeta estaba completamente en blanco.

El señor Rayburn se rezagó en el umbral de la puerta, intentando oír algo más. Los vigilantes ojos de la dueña le descubrieron.

—¿Conoce usted a este caballero? —le preguntó maliciosamente a su inquilina.

—No, que yo recuerde.

Al decir aquellas palabras, la mujer miró directamente al señor Rayburn por primera vez, y de repente retrocedió algunos pasos, alejándose de él.

—Sí —dijo corrigiéndose—. Creo que nos hemos visto...

Se sintió tan avergonzada que ya no pudo seguir hablando.

El señor Rayburn, compasivamente, terminó la frase.

—Nos hemos visto accidentalmente en los jardines de Kensington —dijo.

Ella pareció ser incapaz de apreciar la amabilidad de su actitud. Tras dudar un poco le hizo una propuesta que pareció demostrar desconfianza en la propietaria.

—¿Querría hablar conmigo arriba en mis habitaciones? —preguntó.

Sin esperar una respuesta empezó a dirigirse hacia las escaleras. El señor Rayburn y Lucy la siguieron. Estaban empezando a subir hacia el primer piso cuando la viperina propietaria abandonó la habitación y llamó a su inquilina por encima de sus cabezas:

—¡Tenga cuidado con lo que le dice a este hombre, señora Zant! ¡Cree que está usted loca!

La señora Zant se volvió en el descansillo y le miró. Ni una palabra salió de sus labios. Sufrió y temió en silencio. Algo en la triste sumisión de su rostro tocó la fibra inocente y sensible del corazón de Lucy. La niña empezó a llorar.

Aquella sencilla muestra de simpatía hizo que la señora Zant descendiera los escalones que la separaban de Lucy.

—¿Puedo darle un beso a su pequeña? —le dijo al señor Rayburn.

La dueña de la casa, de pie sobre la alfombrilla, expresó su opinión sobre el valor de las caricias en comparación con otro método más expeditivo de tratar a los jóvenes llorosos:

—Si esa niña fuera mía —dijo—, ya le daría yo algo para que llorara.

Mientras tanto, la señora Zant les condujo hasta sus habitaciones.

Sus primeras palabras demostraron que la propietaria había tenido éxito al intentar ponerla en contra del señor Rayburn.

—¿Me deja que le pregunte a su hija —le dijo— por qué cree usted que estoy loca?

El señor Rayburn recibió aquella extraña petición con una firme respuesta.

—Aún no sabe usted qué es lo que pienso yo realmente. ¿Me prestará un minuto de su atención?

—No —respondió ella con seguridad—. La niña se compadece de mí; es con ella con quien quiero hablar. ¿Qué me viste hacer en los jardines que te sorprendió tanto, querida?

Lucy se volvió inquieta hacia su padre. La señora Zant insistió.

—Primero te vi sola, y después te vi con tu padre —continuó—. Cuando me acerqué a ti, ¿tenía una apariencia extraña, como si no te viera?

Lucy volvió a dudar, y el señor Rayburn intervino.

—Está confundiendo a mi pequeña —dijo—. Déjeme que yo conteste sus preguntas, o si no, discúlpeme por mi intromisión y permita que nos marchemos.

Había algo en su apariencia, en su tono, que se impuso sobre ella. Se llevó la mano a la cabeza.

—No crea que estoy preparada para eso —dijo vacuamente—. Mi coraje ya ha sido seriamente puesto a prueba en el día de hoy. Si pudiese dormir y descansar un rato, me encontraría diferente. Paso mucho tiempo sola y tengo razones para intentar aclarar mi mente. ¿Puedo verle mañana? ¿O escribirle? ¿Dónde vive usted?

El señor Rayburn dejó en silencio su tarjeta sobre la mesa. Aquella mujer había despertado mucho su interés. Deseaba honestamente serle de alguna ayuda a aquella melancólica criatura, tan cruelmente abandonada, según parecía, a su propio destino. Pero no tenía ninguna autoridad que ejercer, ni ningún derecho a dirigir sus acciones, aunque consintiera en aceptar su consejo. Como último recurso, probó a aludir al pariente del que ella había hablado en la planta baja.

—¿Cuándo espera volver a ver a su cuñado? —dijo.

—No lo sé —respondió ella—. Me gustaría verle... es tan bueno conmigo.

Se dio media vuelta para despedirse de Lucy.

—Adiós, pequeña amiga. Si vives para crecer, espero que nunca seas una mujer tan desgraciada como yo —de repente desvió la mirada hacia el señor Rayburn.

—¿Tiene usted esposa? —preguntó.

—Mi mujer murió.

—¡Y tiene usted una hija para reconfortarle! Por favor, déjeme. Endurece usted mi corazón. ¿Oh, señor, no lo entiende? ¡Le envidio!

El señor Rayburn permaneció en silencio cuando él y su hija volvieron a encontrarse en la calle. Lucy, como una niña obediente, también estaba callada. Pero hay límites para la capacidad de resistencia humana, y la capacidad para el autocontrol de Lucy acabó por quebrarse.

—¿Estás pensando en la señora, papá? —dijo.

Él solo respondió asintiendo con la cabeza. Su hija le había interrumpido en ese momento crítico en las reflexiones de un hombre en el que este está a punto de decidirse. Antes de que hubieran regresado a casa, el señor Rayburn había llegado a la conclusión de que el cuñado de la señora Zant ignoraba evidentemente la seria necesidad de su intervención, o si no habría hecho preparativos para repetir su visita de inmediato. Estando así las cosas, si cualquier desgracia le sucedía ahora a la señora Zant, el silencio por parte del señor Rayburn podría ser indirectamente responsable de alguna terrible desgracia. Llegando a aquella conclusión, decidió arriesgarse a volver a ser recibido groseramente por otro desconocido.

Dejando a Lucy a los cuidados de su institutriz, acudió de inmediato a la

dirección que había visto escrita en la tarjeta de visita y dio su nombre. Como respuesta recibió un mensaje cortés. El señor John Zant estaba en casa y estaría encantado de recibirle.

IV

El señor Rayburn fue conducido a uno de los salones privados del hotel.

Observó que la posición habitual de los muebles de la habitación había sido modificada en algunos aspectos. Un sillón, una mesa y una alfombra habían sido movidos hasta quedar justo al lado de una ventana, y se habían colocado de modo que estuvieran lo más cerca posible de la luz. Sobre la mesa yacía un rollo de cuero marroquí abierto, que contenía hileras de elegantes y pequeños instrumentos de acero y marfil. Esperando junto a la mesa, se hallaba el señor John Zant, que dijo:

—Buenos días —con una voz de barítono tan profunda y melodiosa que aquellas dos palabras comunes asumieron una nueva importancia al provenir de sus labios. Su apariencia personal estaba en armonía con su magnífica voz. Era un hombre alto, de complexión fina y tez oscura, con ojos negros grandes y brillantes, y una barba noble y rizada que escondía la parte inferior de su rostro. Tras inclinarse con una feliz mezcla de dignidad y educación, el aspecto convencional de aquel caballero desapareció de repente y otro aspecto de aparente locura le sustituyó sin previo aviso. Se arrodilló frente a la alfombrilla. ¿Acaso había olvidado rezar sus oraciones aquella mañana y tanta prisa tenía por remediar su falta que no tenía tiempo que perder ni para atender al recién llegado? La duda apenas acababa de sugerirse cuando todo quedó aclarado de la manera más inesperada. El señor Zant miró a su visitante con una sonrisa agradable y dijo:

—Muéstreme sus pies, por favor.

Por un momento el señor Rayburn quedó completamente desconcertado. Después volvió a mirar los instrumentos extendidos sobre la mesa.

—¿Es usted callista? —fue todo lo que pudo decir.

—Discúlpeme, señor —dijo el educado operador—, el término que acaba de usar está completamente obsoleto en nuestra profesión —se levantó de nuevo y añadió modestamente—: Soy pedicuro.

—¿Perdón?

—¡No importa! Imagino que no ha venido en busca de mis servicios profesionales. ¿A qué motivo puedo atribuir entonces el honor de su visita?

Para entonces el señor Rayburn ya se había recobrado de la sorpresa.

—He venido —respondió— debido a unas circunstancias que requieren de una disculpa así como de una explicación.

Los modales altamente refinados del señor Zant traicionaron ciertos indicios de alarma. Sus sospechas señalaron hacia una formidable conclusión... una conclusión que le hizo temblar hasta los más hundidos pliegues del bolsillo en el que guardaba el dinero.

—Las numerosas demandas contra mí... —empezó.

El señor Rayburn sonrió.

—Tranquilícese —replicó—. No quiero dinero. Mi objetivo es hablar con usted sobre una dama que pertenece a su familia.

—¡Mi cuñada! —exclamó el señor Zant—. Tome asiento, se lo ruego.

Dudando sobre si habría escogido un momento adecuado para su visita, el señor Rayburn preguntó:

—¿Quizá haya más personas esperando?

—Ciertamente no. Mi horario matutino de atención al cliente es de once a una.

El reloj sobre la repisa de la chimenea marcó la una y cuarto al mismo tiempo que el señor Zant hablaba.

—Espero que no me traiga malas noticias —dijo bastante preocupado—. Cuando fui a visitarla esta mañana me dijeron que había ido a dar un paseo. ¿Es indiscreto por mi parte preguntarle de qué la conoce?

El señor Rayburn mencionó de inmediato lo que había visto y oído en los jardines de Kensington, sin olvidarse de añadir unas cuantas palabras que describieran su posterior entrevista con la señora Zant.

El cuñado de la mujer escuchó con un interés y una simpatía que ofrecieron el mayor contraste posible con la grosería no provocada de la dueña de la casa de alquiler. Declaró que solo podía hacer justicia a su sentido de la obligación siguiendo el ejemplo del señor Rayburn y expresándose a su vez con tanta franqueza como si estuviese hablando con un viejo amigo.

—La triste historia de la vida de mi cuñada —dijo— explicará, creo, ciertas cosas que naturalmente le habrán desconcertado. Mi hermano la conoció en la casa de un caballero australiano que estaba de visita en Inglaterra. En aquel entonces ella estaba empleada como institutriz de sus hijas. Tan sincero fue el cariño que por ella sintió la familia que los padres le propusieron, siguiendo los ruegos de sus hijos, que se fuera con ellos cuando regresaran a la colonia. La institutriz aceptó agradecida su propuesta.

—¿No tenía familia en Inglaterra? —preguntó el señor Rayburn.

—Estaba literalmente sola en el mundo, señor. Cuando le cuente que había crecido en un centro para expósitos, entenderá usted lo que quiero decir. ¡Oh, no hay ni un ápice de romanticismo en la historia de mi cuñada! Nunca ha sabido ni sabrá nada sobre quiénes fueron sus padres ni por qué la abandonaron. El momento más feliz de su vida fue aquel en el que ella y mi hermano se conocieron. Fue un perfecto ejemplo, por ambas partes, de amor a primera vista. Aunque no era un hombre rico, mi hermano había ganado lo suficiente en ciertas empresas mercantiles. Su carácter

hablaba por sí mismo. En una palabra: alteró todas las perspectivas de la pobre muchacha, aunque entonces creíamos y esperábamos que sería para mejor. Sus empleadores demoraron su regreso a Australia para que pudiera casarse como miembro de una familia. Tras una feliz vida de tan solo un par de semanas...

La voz le falló. Hizo una pausa y retiró su rostro de la luz.

—Perdóneme —dijo—. Aún no soy capaz, ni siquiera ahora, de hablar con compostura sobre la muerte de mi hermano. Déjeme únicamente que le diga que la joven esposa se convirtió en viuda antes incluso de que hubieran terminado los felices días de su luna de miel. Aquella terrible calamidad la derrotó por completo. Antes de que mi hermano hubiera sido entregado a su tumba, ella estuvo a punto de morir debido a una fiebre cerebral.

Aquellas palabras ofrecieron una nueva luz sobre el primer temor del señor Rayburn de que el intelecto de la señora Zant hubiera podido estar algo trastornado. Observándole atentamente, su cuñado pareció entender lo que estaba pasando por la mente de su invitado.

—¡No! —dijo—. Si hay que confiar en la opinión de los médicos que la trataron, la secuela de la enfermedad ha sido únicamente la de debilitar su físico, no su mente. He observado en ella, de eso no hay duda, cierta inestabilidad temperamental desde que sufrió su enfermedad, pero eso no son más que bagatelas. Como ejemplo de a lo que me refiero, podría decirle que la invité, tras su recuperación, a que me hiciese una visita. Mi casa no está en Londres, el aire no me favorece; mi lugar de residencia se encuentra en St. Sallins-on-Sea. Yo no estoy casado, pero mi excelente ama de llaves habría recibido a la señora Zant con la más absoluta amabilidad. Pero ella estaba decidida, obstinadamente resuelta, a quedarse en Londres. Es innecesario decir que en su desgraciada situación me pliego a todos sus deseos. Le busqué una vivienda alquilada y, siguiendo su petición, escogí una casa que estuviese cerca de los jardines de Kensington.

—¿Existe alguna asociación con los jardines de Kensington que pudiese llevar a la señora Zant a hacer aquella petición?

—Alguna asociación, creo, con el recuerdo de su marido. Por cierto, me gustaría estar seguro de encontrarla en casa cuando vaya a verla mañana. ¿Ha dicho usted (en el curso de su interesante declaración) que pretendía, como usted suponía, regresar a los jardines de Kensington mañana?

—Su memoria es perfectamente precisa.

—Gracias. Le confieso que no solo me siento inquieto por lo que me ha contado sobre la señora Zant. También estoy completamente perdido, no sé cómo actuar de la mejor forma. Mi única idea de momento es intentar que cambie de aires. ¿Qué cree usted?

—Creo que tiene razón.

El señor Zant seguía dudando.

—No sería fácil para mí en estos precisos momentos —dijo— abandonar a mis

pacientes y llevarla al extranjero.

La respuesta obvia a aquella afirmación cruzó de inmediato la mente del señor Rayburn. Un hombre de más experiencia mundana que él podría haber sentido ciertas sospechas y habría permanecido en silencio. El señor Rayburn habló:

—¿Por qué no renueva su invitación y la lleva a su casa, en la costa? —dijo.

Aparentemente, aquel sencillo modo de obrar ni se le había pasado por la cabeza al señor Zant, sin duda debido al estado de perplejidad de su mente. La expresión pesimista de su rostro se iluminó de inmediato.

—¡Claro que sí! —dijo—. Por supuesto que seguiré su consejo. Aunque el aire de St. Sallins no consiga hacer nada más, por lo menos mejorará su salud y la ayudará a recobrar su buen aspecto. ¿Se le pasó a usted por la cabeza que (en días más felices) podría haber sido una mujer muy hermosa?

Aquella era una pregunta extrañamente familiar, casi poco delicada, para ser formulada bajo aquellas circunstancias. Una furtiva expresión en los ojos agudos y oscuros del señor Zant pareció implicar que había sido realizada a propósito. ¿Era acaso posible que el pedicuro sospechase que el interés del señor Rayburn por su cuñada pudiese estar inspirado por algún motivo que no fuese desinteresado y perfectamente puro? Llegar a una conclusión semejante implicaría estar juzgando demasiado aprisa y con demasiada crueldad a un hombre que quizá solo fuese culpable de cierta falta de delicadeza. El señor Rayburn hizo honestamente todo lo que pudo por asumir este caritativo punto de vista. Al mismo tiempo, no hay por qué negar que sus palabras, cuando respondió, fueron cuidadosamente precavidas, y que además se levantó para marcharse.

—¿Por qué tanta prisa? ¿Realmente tiene que marcharse? Tendré el honor de devolverle la visita mañana, cuando haya hecho los preparativos para llevar a cabo esa excelente sugerencia suya. Adiós. Que Dios le bendiga.

Le ofreció su mano, una mano de superficie suave y color atezado que estrechó fervientemente los dedos de un amigo que se marchaba.

—¿Será un sinvergüenza ese hombre? —fue el primer pensamiento del señor Rayburn en cuanto hubo abandonado el hotel. Su sentido de la moral acabó de un plumazo con todas sus dudas, respondiendo—: Serías un estúpido de dudarlo.

V

Inquieto debido a ciertos presentimientos, el señor Rayburn regresó a su casa a pie, intentando ver qué podía hacer el ejercicio para ayudarlo a centrarse en sí mismo.

El experimento fracasó. Subió las escaleras y jugó con Lucy. Bebió un vaso de vino extra durante la comida. Por la tarde llevó a la niña y a la institutriz a un circo.

Cenó una pequeña cena reforzada por otro vaso de vino y después se fue a la cama; y aun entonces aquellos vagos presentimientos de que se estaba perpetrando alguna maldad insistieron en torturarlo. Mirando hacia su vida pasada, se preguntó a sí mismo si alguna vez alguna mujer (¡exceptuando a su difunta esposa, por supuesto!) había tomado aquel lugar predominante que la señora Zant había asumido en sus pensamientos... sin ninguna razón discernible para ello. Si se hubiera atrevido a responder a su propia pregunta, la respuesta habría sido: ¡Nunca!

Al día siguiente se quedó en casa esperando la prometida visita de la señora Zant, y esperó en vano.

Ya entrada la tarde, la doncella se acercó hasta la mesa del té de la familia y le presentó al señor Rayburn un sobre inusualmente grande, sellado con cera negra y firmado por una extraña caligrafía. La ausencia de sellos demostraba que había sido dejado en la casa por algún mensajero.

—¿Quién ha traído esto? —preguntó el señor Rayburn.

—Una señora, señor. Vestida de luto.

—¿Ha dejado algún mensaje?

—No, señor.

Habiendo llegado a la inevitable conclusión, el señor Rayburn se encerró en la biblioteca. Temía la curiosidad de Lucy y las preguntas que provocaría si leía la carta de la señora Zant en presencia de su hija.

Observando el sobre abierto después de haber extraído las hojas escritas que contenía, se dio cuenta de que en la parte interior de la cubierta también había unas frases.

 Mi única excusa para molestarle, cuando podría haber consultado con mi cuñado, la encontrará usted en las páginas que le adjunto. Para hablar claro, digamos que usted se ha visto inclinado a temer por mi cordura. Por esa misma razón apelo ahora a usted. Su terrible duda sobre mí, señor, es la misma duda que profeso yo. Lea lo que he escrito sobre mí misma, y después dígame, se lo ruego: ¿qué es lo que soy? ¿Una persona que ha sido objeto de una revelación sobrenatural, o una desgraciada criatura cuyo único destino adecuado es ser encerrada en un manicomio?

El señor Rayburn abrió el manuscrito. Con aplicada atención, que pronto se convirtió en interés sin respiro, leyó lo siguiente:

VI.— EL MANUSCRITO

Ayer por la mañana el sol lució sobre un cielo límpido y azul, después de una ininterrumpida sucesión de días nubosos iniciada el primer día del mes.

La luz radiante tiene su efecto reanimante sobre mi pobre espíritu. Había pasado la noche con más paz de la habitual, sin verme acosada por el sueño, tan cruelmente familiar para mí, de que mi esposo sigue vivo. El sueño del que siempre me despierto con lágrimas en los ojos. Nunca, desde los oscuros días de mi pena, me había visto tan poco turbada por las atormentadoras fantasías y temores que asolan a las mujeres desgraciadas, como cuando dejé la casa y dirigí mis pasos hacia los jardines de Kensington... por primera vez desde la muerte de mi esposo.

Atendida por mi único compañero, el perrito que había sido su favorito, de igual modo que el mío, caminé hasta el tranquilo rincón de los jardines que se encuentra más cercano a Kensington.

Sobre aquella suave hierba, bajo la sombra de aquellos enormes árboles, habíamos caminado perezosamente los días en los que aún estábamos prometidos. Era su paseo favorito y los primeros días que nos conocimos me había llevado para que le acompañara. Allí me había pedido que fuera su esposa. Allí habíamos sentido la emoción de nuestro primer beso. Seguramente era natural que quisiera volver a ver una vez más un lugar consagrado a memorias como esas. Solo tengo veintitrés años. No tengo ningún hijo que me reconforte, ningún compañero de mi propia edad, nadie a quien amar salvo a esta boba criatura que tan fielmente me aprecia.

Me acerqué hasta el árbol bajo el que nos habíamos cobijado cuando los ojos de mi amado me expresaban su amor antes de que fuera capaz de expresarlo mediante palabras. El sol de aquel desvanecido día volvía a brillar sobre mí; era la misma hora del mediodía, la misma soledad me rodeaba. Al principio había temido aquel primer efecto del terrible contraste entre el pasado y el presente. ¡No! Me mostraba tranquila y resignada. Mis pensamientos, alejándose de la tierra, giraban en torno a la vida mejor que nos espera al otro lado de la tumba. Algunas lágrimas asomaron a mis ojos. Pero no era infeliz. Mi recuerdo de todo lo que había sucedido aún estaba allí, incluso en los más mínimos detalles que solo a mí conciernen... no era infeliz.

Lo primero que vi, cuando los ojos se me aclararon, fue al perro. Se había alejado algunos pasos de mí, temblando lastimeramente, pero sin pronunciar un solo gemido. ¿Qué era lo que había causado aquel terror que le superaba?

Pronto lo iba a saber.

Llamé al perro; permaneció inamovible, consciente de que algo misterioso se acercaba y de que le había hechizado por completo. Intenté acercarme al pobre animal para abrazarle y tranquilizarle.

Nada más dar un paso hacia adelante, algo me detuvo.

No podía verlo. No podía oírlo. Pero no me dejaba avanzar.

La figura inmóvil del perro desapareció de mi vista. Todo lo que me rodeaba desapareció, con la excepción de la luz del cielo, el árbol que me cobijaba y la hierba que se extendía frente a mí. Una sensación de inexpresable expectación mantuvo mis

ojos clavados en la hierba. De repente, vi la miríada de hojas elevarse y empezar a temblar. El miedo me invadió: algo estaba pasando por encima con la invisible ligereza del viento. Aquello siguió avanzando. Me rodeó por completo. Se introdujo entre las ramas del árbol que cubrían mi cabeza; empezaron a agitarse sin proferir ni un solo sonido que indicara su agitación; aquel placentero y natural crujido había quedado completamente acallado. Los trinos de los pájaros habían cesado. Ya no podía oír los graznidos de los patos en el estanque. Había un silencio terrible.

Pero la encantadora luz del sol seguía derramándose sobre mí con tanto brillo como siempre.

Bajo aquella luz cegadora, rodeada de aquel temible silencio, sentí una presencia invisible cerca de mí.

Me tocó cariñosamente.

Al sentirle, mi corazón latió incontrolado con una alegría que me rebosaba. Un placer exquisito recorrió todos y cada uno de los nervios de mi cuerpo. ¡Sabía quién era! Había regresado a mi lado desde el mundo invisible. ¡Oh, sabía quién era!

Y, sin embargo, mi inevitable mortalidad deseaba una señal que me permitiera asegurarme de la realidad de aquella sensación. Mi deseo se convirtió en palabras. Intenté pronunciarlas. De haber podido hablar, le habría dicho:

—Oh, mi ángel, ofréceme una señal de que eres tú.

Pero era como si estuviera paralizada, solo podía pensarlo.

La presencia invisible leyó mi pensamiento. Sentí que tocaba mis labios del mismo modo en que solían hacerlo los labios de mi esposo cuando me besaba. Y aquella fue mi respuesta. Volvió a ocurrírseme otra idea. De haber podido hablar, le habría dicho:

—¿Has venido para llevarme a un mundo mejor?

Esperé. Nada que pudiera sentir me tocó.

Fui consciente de volver a pensar otra cosa. De haber podido hablar, le habría dicho:

—¿Estás aquí para protegerme?

Me sentí rodeada por su cariñoso abrazo, del mismo modo que los brazos de mi esposo acostumbraban abrazarme cuando me apretaba contra su pecho. Y aquella fue mi respuesta.

La caricia que era como la caricia de sus labios se rezagó hasta perderse; la presión que era como la presión de sus brazos me abrazó y se deshizo. Los jardines volvieron a asumir su aspecto habitual. Vi una persona cerca; una encantadora niña que me estaba mirando.

En aquel momento, cuando volvía a ser de nuevo mi yo solitario, la visión de la niña me tranquilizó y me atrajo. Avancé con la intención de hablar con ella. Para mi horror, de repente dejé de verla. Desapareció de mi vista como si me hubiera atacado una repentina ceguera. Pasó cierto tiempo, solo un par de minutos, o al menos eso creí, y la niña volvió a hacerse visible, caminando cogida de la mano de su padre. Me

acerqué hasta ellos. Estaba lo suficientemente cerca como para ver que me estaban observando con compasión y sorpresa. Mi primer impulso fue preguntarles si habían visto algo extraño en mi rostro o en mi comportamiento. Antes de que pudiera hablar, la horrible maravilla volvió a suceder. Desaparecieron de mi vista.

¿Seguía cerca la presencia invisible? ¿Acaso se estaba interponiendo entre mis semejantes mortales y yo, impidiendo que nos comunicáramos en aquel momento y lugar?

Debió de ser eso. Cuando di media vuelta en mi ignorancia, con el corazón apesadumbrado, la terrible ceguera que en dos ocasiones me había aislado de los de mi propia raza ya no se interponía entre mi perro y yo. El pobre animal me llenó de lástima. Lo llamé para que viniera. Se movió al oír mi voz y me siguió con languidez, aún sin despertar por completo del trance de terror que le había poseído.

Antes de que me hubiera retirado más de un par de pasos, creí ser consciente de nuevo de la presencia. Extendí mis brazos deseosos hacia él. Esperé con la esperanza de que una caricia me dijera que debía regresar. Quizá me respondió indirectamente; lo único que sé es que la decisión de regresar al mismo lugar y a la misma hora se apoderó de mí y tranquilizó mi mente.

La mañana del día siguiente amaneció sombría y nublada, pero la lluvia no hizo acto de presencia. Salí en dirección a los jardines.

Mi perro corrió por delante de mí mientras caminamos por la calle, y de vez en cuando se detenía a esperar para ver en qué dirección quería seguir yo. Cuando torcí hacia los jardines empezó a caminar por detrás de mí. Poco después miré hacia atrás. Ya no me seguía. Se había sentado. Le llamé. Él avanzó un par de pasos, pareció dudar, y regresó corriendo hacia casa.

Yo continué sola. ¿Debo confesar mi superstición? Pensé que la deserción del perro suponía un mal presagio.

Al llegar hasta el árbol me situé debajo del mismo. Los minutos se sucedían sin que ocurriera nada digno de mención. El cielo nuboso empezó a oscurecerse. La monótona superficie de la hierba no demostraba conciencia temblorosa alguna de que una criatura ultraterrena estuviera pasando por encima de ella.

Seguí esperando, con una obstinación que pronto empezó a convertirse en la obstinación del desespero. Cuánto tiempo transcurrió, mientras observaba la hierba que se extendía frente a mí, no lo sé con seguridad. Solo sé que entonces aconteció un cambio.

Bajo la monótona y grisácea luz vi que la hierba empezaba a moverse... pero no del mismo modo que se había movido el día anterior. Se marchitó como si una llama la hubiera abrasado. Sin embargo, no había llama alguna a la vista. La tierra que había debajo se mostró formando una estrecha franja marrón que podría haber sido un sendero trazado con fuego. Me asusté. Deseaba la protección de la presencia invisible. Rogué porque me avisara si es que había un peligro cerca.

Una caricia me respondió. Era como si una mano invisible me hubiese tomado de

la mano, la hubiera hecho elevarse poco a poco y la hubiera dejado señalando hacia el estrecho sendero marrón que avanzaba hacia mí entre las marchitas hojas de hierba.

Miré hacia el extremo más alejado del sendero.

La mano invisible se cerró sobre la mía presionándomela a modo de aviso: la revelación del peligro que me acechaba estaba acercándose. Esperé; y la vi.

Apareció la silueta de un hombre, avanzando hacia mí sobre el estrecho sendero marrón. Cuando estuvo más cerca, miré su rostro. Pude ver difusamente la cara del hermano de mi esposo: John Zant.

Perdí la conciencia. No sabía nada. No sentía nada. Estaba muerta.



Cuando la tortura de la reanimación me hizo abrir los ojos, me encontré tumbada en la hierba. Unas manos atentas elevaron mi cabeza en el preciso momento en el que recuperé el sentido.

¿Quién me había devuelto a la vida? ¿Quién me estaba cuidando?

Alcé la vista y vi a John Zant inclinándose sobre mí.

VII

El manuscrito terminaba en aquel punto.

Se notaba que la señora Zant había escrito algunas líneas más en la última página, pero luego habían sido cuidadosamente borradas hasta resultar ilegibles. Bajo las frases eliminadas, aparecían las siguientes palabras a modo de explicación:

Había empezado a escribir lo poco que resta por contarse, cuando se me ocurrió que quizá podría estar ejerciendo, sin pretenderlo, una influencia injusta sobre su opinión. Déjeme tan solo que le recuerde que yo creo absolutamente en la autenticidad de esta revelación sobrenatural que me he esforzado en describir. Recuerde eso, y decida por mí lo que no me atrevo a decidir por mi misma.

No había ningún obstáculo serio que le impidiera cumplir con aquella petición.

Juzgando desde un punto de vista materialista, la señora Zant había sido, sin duda, víctima de alucinaciones producidas por una enfermedad del sistema nervioso; ya se sabía con certeza que tales síntomas podían sobrevenir, como en el célebre caso de Nicolai, el vendedor de libros de Berlín, sin verse acompañados por un trastorno de los poderes intelectuales. Pero al señor Rayburn no se le había pedido que resolviera un problema intrincado como aquel. Meramente se le había solicitado que leyese el manuscrito y que expresase la impresión que le había sugerido sobre la condición mental de la autora, cuya duda sobre sus propias capacidades había sido inducida, sin duda alguna, por el recuerdo de la enfermedad que había sufrido: la fiebre cerebral.

Teniendo en cuenta aquellas circunstancias, poca dificultad podía haber en formarse una opinión. Tanto la memoria que había recordado y el juicio que había expuesto como la sucesión de acontecimientos recogida en la narración revelaban una mente en total posesión de sus recursos.

Habiendo satisfecho aquel punto, el señor Rayburn se abstuvo de considerar otras cuestiones más serias sugeridas por lo que acababa de leer.

En cualquier otro momento, los hábitos de su vida y su modo de pensar le habrían

hecho incapaz de sopesar los argumentos que aceptaran o negaran cualquier revelación sobrenatural entre las criaturas de la tierra. Pero en aquel momento su mente estaba tan alterada por el sorprendente informe de la experiencia que acababa de leer que únicamente era consciente de sentir ciertas impresiones... sin poseer la capacidad de reflexionar sobre ellas. Que su ansiedad al respecto de la señora Zant se había incrementado, y que sus dudas referentes al señor Zant se habían visto reforzadas, eran los únicos resultados prácticos que había extraído de la confianza que acababa de recibir; al menos de los que podía darse cuenta. Dadas las ordinarias exigencias de la vida de un hombre de disposición dudosa, su interés en el bienestar de la señora Zant y su deseo por descubrir lo que había pasado entre ella y su cuñado después de su encuentro en los jardines, le urgieron a actuar de inmediato. Media hora más tarde llegaba a sus alojamientos. Fue admitido de inmediato.

VIII

La señora Zant estaba sola, en una habitación no muy bien iluminada.

—Espero que disculpe la escasa luz —dijo—. Me arde la cabeza, como si estuviera regresando la fiebre. ¡Oh, no se marche! Después de lo que he sufrido, no sabe lo que me aterra estar a solas.

El tono de su voz le indicó que había estado llorando. El señor Rayburn hizo de inmediato todo lo que pudo para calmar a la pobre mujer, diciéndole cuál era la conclusión a la que había llegado tras la lectura del manuscrito. El feliz resultado tuvo sus consecuencias de inmediato: se le iluminó la cara, su modo de comportarse cambió y se mostró ansiosa por oír más.

—¿Le he producido alguna otra impresión? —preguntó.

Él entendió la alusión. Expresando un sincero respeto por sus propias convicciones, le confesó honestamente que no estaba preparado para adentrarse en la oscura y terrible cuestión de las manifestaciones sobrenaturales. Agradecida por el tono en el que le había respondido, la señora Zant cambió sabia y delicadamente de tema.

—Debo hablarle de mi cuñado —dijo—. Me ha hablado de su visita, y estoy impaciente por saber qué piensa usted de él. ¿Le agrada el señor John Zant?

El señor Rayburn dudó.

La expresión de preocupación volvió a aparecer en el rostro de la mujer.

—Si se hubiese sentido usted tan entusiasmado con él como él se siente por usted —dijo—, podría haberme ido a St. Sallins con el ánimo más ligero.

El señor Rayburn recordó las apariciones sobrenaturales descritas en las últimas frases de su narración.

—Cree usted en esa terrible advertencia —dijo—, ¡y aun así acudiría a la casa de su cuñado!

—Creo en el espíritu del hombre que me amó mientras estuvo atado a la tierra —dijo—. Estoy bajo su protección. ¿Qué puedo hacer aparte de desechar mis temores y esperar con fe y esperanza? Si hubiera tenido cerca un amigo que me animara me habría ayudado a decidirme —hizo una pausa y sonrió con tristeza—. Debe recordar usted —continuó— que el modo en el que entiende usted mi situación no es el mismo modo en el que la contemplo yo. Debería haberle dicho que el señor John Zant siente una inútil preocupación por mi salud. Dice que no me perderá de vista hasta que esté completamente seguro. Sería inútil intentar hacerle cambiar de opinión. Dice que tengo los nervios destrozados... ¿y quién que me viera podría dudarlo? Me dice que mi única oportunidad de mejorar es cambiar de aires y disfrutar de un reposo absoluto. ¿Cómo podría contradecirle? Me recuerda que no tengo más parientes que él y más puertas abiertas que la suya... ¡y Dios sabe que dice la verdad!

Dijo aquellas últimas palabras con una entonación de resignación melancólica que apenó al buen hombre cuyo único propósito era ayudarla y consolarla. El señor Rayburn habló impulsivamente con la confianza de un viejo amigo.

—Quiero saber más de lo que ahora sé sobre usted y sobre John Zant —dijo—. Mi motivo va más allá de la mera curiosidad. ¿Cree usted que mi interés por usted es sincero?

—De todo corazón.

Aquella respuesta le dio valor para continuar con lo que tenía que decir.

—Cuando se recobró usted de su desvanecimiento —empezó—, ¿el señor Zant le haría algunas preguntas, no?

—Me preguntó qué podía haber sucedido en un lugar tan tranquilo como los jardines de Kensington para que me desmayara.

—¿Y qué le respondió usted?

—¿Responder? ¡Ni siquiera pude mirarle a la cara!

—¿No le dijo nada?

—¡Nada! No sé lo que pensó de mí; podría haberse sorprendido, o podría haberse ofendido.

—¿Se ofende fácilmente? —preguntó el señor Rayburn.

—Por lo que yo sé, no.

—¿Se refiere a lo que sabe usted de él desde antes de contraer su enfermedad?

—Sí. Desde mi recuperación, sus compromisos con pacientes del campo le han mantenido alejado de Londres. No le he visto desde que consiguió estas habitaciones para mí. Pero siempre ha sido muy considerado conmigo. Me ha escrito en más de una ocasión para rogarme que no le juzgara descuidado y para decirme (lo que yo ya sabía a través de mi pobre esposo) que no tiene dinero propio y que debe vivir de su profesión.

—Mientras vivió su esposo, ¿mantenían los dos hermanos buenas relaciones?

—Siempre. La única queja que le oí pronunciar a mi esposo sobre John Zant fue que no venía a visitarnos a menudo después de nuestra boda. ¿Acaso hay alguna maldad en él sobre la que nunca habíamos sospechado? Podría... ¿Pero cómo puede ser? Tengo todo tipo de razones para estarle agradecida a ese hombre contra el que he sido advertida sobrenaturalmente. Su conducta hacia mí siempre ha sido correcta. No sería capaz de explicarle todo lo que le debo; su influencia fue la que me ayudó a calmarme y a tranquilizarme cuando surgió una terrible duda sobre la muerte de mi esposo.

—¿Se refiere usted a una sospecha sobre si no murió por causas naturales?

—¡Oh, no! ¡No! Estaba gravemente enfermo de una tisis galopante... pero su muerte repentina tomó a los doctores por sorpresa. Uno de ellos pensó que podría haber tomado una sobredosis de sus pastillas para dormir, por accidente. El otro rebatió aquella conclusión, ya que de otro modo habría tenido que celebrarse una investigación en la casa. ¡Oh, dejemos de hablar de eso! Hablemos de otra cosa. Dígame cuándo volveré a verle.

—No sabría decirle. ¿Cuándo dejarán Londres usted y su cuñado?

—Mañana.

La señora Zant miró al señor Rayburn con un ruego impreso en los ojos y dijo tímidamente:

—¿Va usted alguna vez a la costa con su encantadora hijita?

La petición, a la que la señora Zant solo se había atrevido a aludir, coincidió de pleno con la idea que en aquel momento estaba pasando por la mente del señor Rayburn.

Sumado a sus marcados prejuicios en contra de John Zant, lo que aquella mujer acababa de decir sobre su cuñado hizo que el señor Rayburn se viese invadido por premoniciones de peligro para ella; mucho más poderosas ahora que se iba a encontrar bajo su influencia... aunque fue incapaz de distinguirlas específicamente. Si otra persona hubiera estado presente en la entrevista y le hubiera dicho posteriormente: «La reluctancia de ese hombre para visitar a su cuñada mientras su esposo estaba vivo está asociada a un secreto sentimiento de culpabilidad que la inocencia de ella no puede ni empezar a imaginar. Él, y solo él, sabe cuál es la causa real de la repentina muerte de su esposo. Su desafortunada ansiedad por la salud de ella ha sido adoptada como el medio más seguro de arrastrarla hasta su casa». Si estas formidables conclusiones le hubieran sido reveladas al señor Rayburn, habría sentido que era su deber rechazarlas como injustificables difamaciones pronunciadas por un hombre ausente. Y sin embargo, cuando aquella noche se despidió de la señora Zant, se había prometido a sí mismo ofrecerle a Lucy unas vacaciones en la costa; y encima había dicho, sin sonrojarse, que la niña se lo merecía realmente como recompensa por su buen comportamiento y por el buen rendimiento en sus estudios.

IX

Tres días más tarde, el padre y la hija llegaron a St. Sallins-on-Sea, casi de noche. Encontraron a la señora Zant en la estación.

La felicidad de la pobre mujer al verlos se vio expresada como si de la felicidad de un niño se tratara.

—¡Oh, estoy tan contenta! ¡Tan contenta! —fue todo lo que pudo decir cuando se encontraron. Lucy se vio medio sofocada a besos, y recibió una felicidad suprema al serle regalada la muñeca más preciosa que había tenido en su vida. La señora Zant acompañó a sus amigos hasta las habitaciones que habían reservado en el hotel. Pudo hablar confidencialmente con el señor Rayburn mientras Lucy estaba en el balcón abrazando a su muñeca y contemplando el mar.

El único acontecimiento digno de mención que había sucedido durante la corta estancia de la señora Zant en St. Sallins había sido la marcha de su cuñado aquella misma mañana en dirección a Londres. Había sido llamado para atender los pies de un paciente rico que conocía el valor de su tiempo: su ama de llaves esperaba que estuviera de regreso a la hora de la cena.

En cuanto a su conducta para con la señora Zant, no solo se había mostrado tan atento como siempre... sino que había empezado a ser casi opresivamente afectuoso, tanto en su modo de hablar como en el de comportarse. No había servicio que un hombre pudiera ofrecer que él no le hubiera brindado con ansiedad. Había declarado que ya estaba percibiendo una mejora en su estado de salud; la había felicitado por haber decidido quedarse con él en su casa; y (como prueba, quizá, de su sinceridad) la había tomado repetidas veces de la mano.

—¿Tiene usted alguna idea de lo que puede significar todo esto?

El señor Rayburn se guardó su idea para sí mismo. Dijo ignorarlo y a continuación preguntó qué clase de persona era el ama de llaves.

La señora Zant movió la cabeza pensativamente.

—Es una persona tan extraña... —dijo—. Y tiene el hábito de tomarse según qué libertades que me han llevado a temer que esté un poco loca.

—¿Se trata de una mujer mayor?

—No, solo de mediana edad. Esta mañana, después de que su señor hubiese dejado la casa, ¡llegó a preguntarme qué pensaba de mi cuñado! Le dije, con toda la frialdad posible, que pensaba que estaba siendo muy amable. Ella se mostró completamente insensible al tono que yo estaba empleando; la situación continuó empeorando. Lo siguiente que me preguntó fue: «¿Diría usted que se trata del tipo de hombre que podría agrandar a una mujer joven?». Y mientras hablaba me miraba

fijamente (podría estar equivocada, y ojalá lo estuviese), ¡como si la «mujer joven» en la que estuviese pensando fuese yo! «No pienso en esas cosas y no me gusta hablar sobre ellas», le respondí. Aun así, ella no se desanimó lo más mínimo; a continuación hizo un comentario personal: «Discúlpeme, pero está usted enfermizamente pálida». Me pareció que incluso se regocijaba por el defecto de mi tez. Realmente creo que, a sus ojos, eso me hacía más digna de su estima. «Ya nos iremos llevando mejor con el tiempo —dijo—. Estoy empezando a tomarle afecto». Tras haber dicho esto, se marchó tarareando una canción. ¿No está usted de acuerdo conmigo? ¿No cree usted que está loca?

—Difícilmente puedo darle una opinión hasta que la haya visto. ¿Tiene apariencia de haber sido una mujer hermosa en otra época de su vida?

—¡No el tipo de mujer hermosa que yo pudiese apreciar!

El señor Rayburn sonrió.

—Estaba pensando —continuó— que la extraña conducta de esta persona quizá podría explicarse. Probablemente estaría celosa de cualquier otra mujer joven que hubiese sido invitada a la casa de su señor. De modo que se sentía celosa de usted (hasta que notó su palidez).

Completamente incapaz de concebir la razón por la cual pudiera convertirse en el objeto de los celos del ama de llaves, la señora Zant miró al señor Rayburn completamente asombrada. Antes de que pudiera expresar su sensación de sorpresa, algo la interrumpió... una interrupción bienvenida. Un botones entró en la habitación y anunció que había llegado un visitante, al que describió como «un caballero».

La señora Zant se levantó de inmediato para marcharse.

—¿Quién es ese caballero? —preguntó el señor Rayburn, reteniendo a la señora Zant mientras hablaba.

Una voz que ambos reconocieron respondió alegremente desde el otro lado de la puerta.

—Un amigo de Londres.

X

—Bienvenido a St. Sallins —exclamó el señor John Zant—. Sabía que tenía que llegar usted hoy, querido señor, de modo que me arriesgué a intentar localizarle en el hotel.

Se volvió hacia su cuñada y le besó la mano con una elaborada galantería digna del mismísimo *sir* Charles Grandison.

—Cuando llegué a casa, querida, y me enteré de que habías salido, supuse que tu propósito era recibir a nuestro excelente amigo. ¿Te has sentido sola mientras yo no

estaba? ¡No pasa nada! ¡No pasa nada!

Miró hacia el balcón y descubrió a Lucy observando a aquel magnífico desconocido.

—¿Su hijita, señor Rayburn? ¡Qué encanto de niña! Ven y dame un beso.

—No —respondió Lucy con decisión.

El señor John Zant no era de los que se rinden fácilmente.

—Enséñame tu muñeca, cariño —dijo—. Siéntate sobre mi rodilla.

Lucy respondió en dos palabras:

—No quiero.

Su padre se acercó hasta ella y la reprendió como correspondía. El señor John Zant intervino en favor de la clemencia con todo su gracejo. Elevó sus manos en un ruego cordial.

—¡Querido señor Rayburn! Las hadas a veces son tímidas. Y a esta pequeña hada en particular no le agradan los desconocidos a primera vista. ¡Qué encanto! Todo a su tiempo. ¿Y, por cierto, cuánto tiempo durará su estancia en St. Sallins? Ojalá las pocas atracciones con las que contamos basten para animarle a prolongar su visita.

Formuló aquella halagüeña pregunta con una relajación que parecía demasiado asumida; a la vez que contemplaba al señor Rayburn con una atención que parecía atribuir una importancia excesiva a la respuesta. Cuando dijo: «¿Cuánto tiempo durará su estancia en St. Sallins?», en realidad quería decir: «¿Cuándo se marcha?». Inclinado a adoptar esta conclusión, el señor Rayburn respondió con cautela que su estancia en la costa dependería de las circunstancias. El señor John Zant miró a su cuñada, que estaba sentada en silencio en un rincón con Lucy en su regazo.

—Despliega tus atractivos —le dijo—. Haz que las circunstancias sean lo más agradables posible para nuestro buen amigo. ¿Querrá cenar con nosotros esta noche, querido señor, y traer consigo a su pequeña hada?

Lucy estaba lejos de recibir aquel cumplido con el mismo espíritu en el que había sido expresado.

—No soy un hada —dijo—. Soy una niña.

—Una niña maleducada, además —añadió su padre, con toda la severidad que pudo reunir.

—No puedo evitarlo, papá. El hombre de la barba no me gusta.

El hombre de la barba parecía divertido (amigable y paternalmente divertido) por el directo modo de hablar de Lucy. Repitió su invitación a cenar, e hizo lo que pudo para parecer decepcionado cuando el señor Rayburn le presentó sus excusas.

—Otro día —dijo entonces el señor John Zant (sin fijar la fecha, en todo caso)—. Creo que encontrará mi casa cómoda. Mi ama de llaves es quizá un poco excéntrica, pero en lo esencial se trata de una mujer entre mil. ¿Empieza a sentir ya el cambio de Londres? El aire de St. Sallins es realmente digno de su reputación. Hay inválidos que vienen aquí y se curan como por arte de magia. ¿Qué opina de la señora Zant? ¿Qué aspecto tiene?

Evidentemente, se esperaba del señor Rayburn que dijera que la señora Zant tenía mejor aspecto. Así lo expresó. El señor John Zant parecía haber anticipado una mayor expresión de entusiasmo.

—¡Sorprendentemente mejor! —pronunció—. ¡Infinitamente mejor! Ambos deberíamos estarle agradecidos. Por favor, le ruego que me crea cuando le digo que lo estamos.

—Si se refiere usted a agradecidos a mí —resaltó el señor Rayburn—, no acabo de entender el porqué...

—¿No acaba de entender el porqué? ¿Es posible que haya olvidado usted la conversación que tuvimos el día en el que tuve el honor de recibirle por primera vez? Mire de nuevo a la señora Zant.

El señor Rayburn la miró, y el cuñado de la señora Zant se explicó.

—Fíjese en cómo ha recobrado el color, en el saludable brillo de sus ojos. (No, querida, no te estoy halagando vacuamente; estoy reconociendo hechos puros y duros). Por este feliz resultado, señor Rayburn, estamos en deuda con usted.

—No creo que sea así.

—¡Claro que sí! Fue su valioso consejo el que me llevó a invitar a mi cuñada a que me visitara en St. Sallins. Ah, ahora lo recuerda. Perdóneme si miro mi reloj; no dejo de pensar en la hora de la cena. No porque sea glotón, como podría pensar su deliciosa hijita, sino porque siempre soy puntual para hacerle justicia al cocinero. ¿Le veremos mañana? Venga temprano y nos encontrará en casa.

Le ofreció su brazo a la señora Zant y, tras hacer una reverencia y sonreír, le envió un beso con la mano a Lucy antes de abandonar la habitación. Recordando su entrevista en Londres, el señor Rayburn entendió entonces el objetivo de John Zant en aquella ocasión para simular ser un hombre indefenso necesitado de un consejo razonable. Si la estancia de la señora Zant bajo su techo terminaba mal por alguna razón, podría declarar que nunca habría entrado en su casa de no ser por la recomendación del señor Rayburn.

Con el día siguiente, llegó también la odiosa obligación de devolver la visita de aquel hombre.

El señor Rayburn se encontraba atrapado entre dos alternativas. En virtud de los intereses de la señora Zant, debería permanecer, sin importar el sacrificio de sus propias inclinaciones, en buenas relaciones con su cuñado... o debería regresar a Londres y abandonar a la pobre mujer a su destino. Su elección, resulta redundante decirlo, no fue en ningún momento motivo de duda. Fue a hacer una visita a la casa e, inocentemente, hizo todo lo posible (sin engañar al señor John Zant ni por un instante) por ser agradable durante lo poco que duró su breve visita. Mientras bajaba las escaleras dirigiéndose hacia la salida acompañado por la señora Zant, se sorprendió de ver a una mujer de mediana edad esperando en medio del recibidor, como si se hubiera plantado allí expresamente para llamar su atención.

—El ama de llaves —susurró la señora Zant—. Es lo suficientemente descarada

como para intentar establecer confianza con usted.

Aquello era exactamente a lo que estaba esperando el ama de llaves en mitad del recibidor.

—Espero que le esté agradando nuestro acuoso entorno, señor —empezó—. Si puedo servirle de alguna ayuda, por favor hágamelo saber. Cualquier amigo de esta dama puede contar con toda mi disposición... y usted debe de ser un viejo amigo, de eso no hay duda. Yo solo soy el ama de llaves, pero presumo de haber tomado un interés sincero por la señora Zant, y de hecho me alegro de verle a usted aquí. Nunca se sabe cuándo podemos necesitar un amigo, ¿verdad? Espero no haberle ofendido. Gracias, señor. Buenos días.

No había nada en los ojos de la mujer que indicara una mente alterada; nada en la apariencia de sus labios que delatara hábitos de embriaguez. Que su extraña manifestación de familiaridad procedía de algún motivo serio era más que probable. Juntando lo que la señora Zant le había contado, y lo que él mismo había observado, el señor Rayburn sospechó que el motivo pudieran ser los celos del ama de llaves en todo lo concerniente a su señor.

XI

Reflexionando en la soledad de su habitación, el señor Rayburn imaginó que el único curso de acción prudente sería intentar persuadir a la señora Zant de que abandonara St. Sallins. Intentó prepararla ante aquel brusco procedimiento cuando al día siguiente llegó para acompañar a Lucy a dar un paseo.

—Si aún se arrepiente de haberse obligado a aceptar la invitación de su cuñado — fue todo lo que se atrevió a decir—, no se olvide de que es usted dueña de sus actos. Solo tiene que venir a buscarme al hotel y yo la acompañaré hasta Londres en el primer tren.

Ella se negó con rotundidad a aceptar aquella idea.

—Realmente sería una auténtica desagradecida si aceptara su proposición —dijo—. ¿Cree que soy tan desagradecida como para envolverle a usted en una disputa personal con John Zant? ¡No! Si me veo obligada a abandonar la casa, lo haré sola.

No hubo manera de hacerla apartarse de aquella decisión. Cuando ella y Lucy se hubieron marchado, el señor Rayburn se quedó en el hotel, bastante preocupado. Un hombre de recursos mentales más despiertos podría haberse visto impelido a actuar de inmediato para conseguir lo mejor en la emergencia a la que ahora se enfrentaba. Mientras él aún estaba tan lejos de llegar a una conclusión como al principio, alguien llamó a la puerta.

¿Acaso había regresado la señora Zant? Miró atentamente la puerta que se abría y

vio, para su asombro, al ama de llaves del señor Zant.

—No se alarme, señor —dijo la mujer—. La señora Zant ha sufrido un pequeño desvanecimiento a la puerta de nuestra casa. Mi señor la está atendiendo.

—¿Dónde está la niña? —preguntó el señor Rayburn.

—Yo la estaba acompañando de vuelta, señor, cuando nos encontramos con una dama y a su hijita en la puerta del hotel. Iban de camino a la playa, y la señorita Lucy me rogó que le permitiera ir con ellas. La dama dijo que las dos niñas eran compañeras de juegos, y que estaba segura de que usted no pondría ninguna objeción.

—La dama tenía toda la razón. Espero que la afección de la señora Zant no sea nada grave.

—Creo que no, señor. Pero me gustaría decir algo más en su interés. ¿Puedo? Gracias, señor —avanzó un paso para estar más cerca de él, y pronunció las siguientes palabras en un susurro—: Llévase a la señora Zant lejos de este lugar, y no pierda tiempo en hacerlo.

El señor Rayburn estaba en guardia. Únicamente preguntó:

—¿Por qué?

—Según tengo entendido —dijo—, hay diferencias de opinión en el Parlamento sobre si un hombre que ha perdido a su esposa hace bien o mal en caso de casarse con la hermana de su difunta. ¡Espere un poco! Ya me acerco al tema. Mi señor es una persona de gran intelecto: ve consecuencias que se escapan a la atención de personas como yo. Según su modo de pensar, si un hombre puede casarse con la hermana de su esposa sin que haya nada de malo en ello, ¿qué objeción habría a que un hombre cumpla con la familia y se case con la viuda de su hermano? Mi señor, si lo prefiere usted así, es ese hombre. Llévase a la viuda lejos de él antes de que se case con ella.

Aquello estaba más allá de lo permisible.

—¡Insulta usted a la señora Zant —respondió el señor Rayburn—, al suponer que algo así sea posible!

—¡Oh! ¿La insulto, verdad? Escúcheme. Lo que ocurrirá será una de estas tres cosas: se verá obligada a aceptar por algún engaño, se verá obligada a aceptar por miedo o la drogará para que acepte.

El señor Rayburn se sentía demasiado indignado como para permitir que siguiera.

—Está diciendo usted tonterías —dijo—. No puede haber tal matrimonio; la ley lo prohíbe.

—¿Acaso es usted una de esas personas que no son capaces de ver más allá de sus narices? —preguntó la mujer insolentemente—. ¿Acaso no es bueno para la ley el dinero de John Zant? ¿Acaso está obligado a mencionar que ya es pariente suyo por boda cuando compre la licencia? —se calló, su humor cambió; golpeó furiosamente el suelo con el pie. El verdadero motivo que la animaba asomó en sus siguientes palabras y le avisó al señor Rayburn de que le concediese una escucha más favorable de la que hasta entonces le había permitido—. Si no lo detiene usted —estalló ella—, ¡yo lo haré! Si ha de casarse con alguien, ese alguien seré YO. ¿Se la llevará usted de

aquí? Se lo pido por última vez. ¿Se la llevará usted de aquí?

El tono en el que había hecho aquella última apelación tuvo su efecto.

—Volveré con usted a la casa de John Zant y juzgaré por mí mismo.

Ella apoyó una mano en el brazo del señor Rayburn.

—Yo iré antes... o quizá no consiga usted que le deje entrar. Sígame dentro de cinco minutos y no llame a la puerta.

Cuando estaba a punto de marcharse, regresó abruptamente.

—Hemos olvidado algo —dijo—. Suponga que mi señor se niega a verle. Su temperamento podría dominarle; podría hacerle la visita tan desagradable que a usted no le quedara más remedio que marcharse.

—También mi temperamento podría dominarme a mí —replicó el señor Rayburn—. Y, si pensara que es para el bien de los intereses de la señora Zant, podría negarme a abandonar la casa a menos que ella me acompañara.

—Eso nunca funcionará, señor.

—¿Por qué no?

—Porque yo sería la persona que sufriera las consecuencias.

—¿En qué sentido?

—En el siguiente. Si usted se enfrenta a mi señor en una disputa, yo seré la culpable por haberle permitido la entrada en la casa. Además, piense usted en la dama. Podría usted asustarla terriblemente en caso de que ustedes dos llegaran a las manos.

El modo de hablar era exagerado, pero aquella última objeción tenía una fuerza que el señor Rayburn se vio obligado a reconocer.

—Y después de todo —continuó el ama de llaves—, él tiene más derecho sobre la señora Zant que usted. Es familiar suyo, y usted solo un amigo.

El señor Rayburn se negó a dejarse influir por aquella consideración.

—La única relación que tiene el señor John Zant con ella se debe a su matrimonio —dijo—. Si ella prefiere confiar en mí, que así sea. Seré digno de su confianza.

El ama de llaves agitó la cabeza.

—Eso solo desembocaría en otra pelea —respondió ella—. El modo más inteligente de actuar con un hombre como mi señor es el modo pacífico. Debemos intentar engañarle.

—No me gustan los engaños.

—En ese caso, señor, me despido de usted. Dejaremos que la señora Zant se las arregle lo mejor que pueda por sí misma.

El señor Rayburn no quería seguir aquel razonamiento. Se negaba en redondo a adoptar aquella alternativa.

—¿Oírás usted lo que tengo que decirle? —preguntó el ama de llaves.

—No puede haber nada de malo en ello —admitió el señor Rayburn—. Adelante. La escucho.

Ella le tomó la palabra.

—Cuando vino usted a nuestra casa —empezó—, ¿se fijó usted en las puertas del pasillo de la primera planta? Muy bien. Una de ellas es la puerta del salón, y la otra es la puerta de la biblioteca. ¿Recuerda usted el salón, señor?

—Una habitación grande y muy bien iluminada —respondió el señor Rayburn—. Y me fijé en que había una pequeña puerta en una de las paredes, cubierta únicamente por una cortina.

—Con eso bastará para nuestros propósitos —continuó el ama de llaves—. Si hubiera mirado usted al otro lado de la cortina, habría encontrado la biblioteca. Supongamos que mi señor se comporta de un modo tan adecuado como el habitual y le ruega que le disculpe por no poder recibirle, porque se trata de un momento inconveniente. Y suponga que a su vez se comporta usted de un modo igualmente educado y se retira por donde ha entrado, es decir, por la puerta del salón. Me encontrará esperándole en las escaleras, en el primer descansillo. ¿Lo ve claro ahora?

—La verdad, no puedo decir que lo vea, no.

—Me sorprende, señor. ¿Qué puede evitar que volvamos a subir y que entremos sin hacer ruido en la biblioteca por la puerta del pasillo? ¿Y por qué no deberíamos usar esa segunda vía de acceso a la biblioteca como medio de averiguar qué puede ser lo que esté sucediendo en el salón? A salvo, detrás de la cortina, podrá usted ver si mi señor se comporta de una manera poco amable con la señora Zant, o podrá oírla si ella reclama auxilio. En cualquiera de los dos casos, podrá comportarse usted de la manera más ruda y enérgica que crea necesaria; habrá sido él quien la haya asustado, no usted. ¿Y quién podrá acusar a la pobre ama de llaves sencillamente porque el señor Rayburn cumplió con su deber y protegió a una mujer indefensa? Ese es mi plan, señor. ¿Acaso no merece la pena intentarlo?

Él respondió, con bastante sequedad.

—No me gusta.

El ama de llaves volvió a abrir la puerta y se despidió de él.

Si el señor Rayburn no hubiera sentido más que un interés ordinario por la señora Zant, habría dejado que la mujer se marchara. Tal y como estaban las cosas, la detuvo. Y tras pronunciar algunas protestas adicionales (que demostraron ser inútiles), acabó por ceder.

—¿Promete usted seguir mis instrucciones? —dijo ella.

El señor Rayburn le dio su palabra. Ella sonrió, asintió silenciosamente y se marchó. Siguiendo sus instrucciones, el señor Rayburn dejó que pasaran cinco minutos en su reloj antes de seguirla.

XII

El ama de llaves le estaba esperando con la puerta de la entrada entreabierta.

—Están los dos en el salón —le susurró mientras subían las escaleras—. Pise sin hacer ruido y cójale por sorpresa.

En el centro justo de la habitación había una mesa de forma oblonga. Junto al extremo de la misma más cercano a la ventana, la señora Zant caminaba recorriendo el ancho de la habitación de un lado a otro. Al otro extremo de la mesa se sentaba John Zant. Al verse sorprendido, demostró su auténtica personalidad. Se levantó de un salto y protestó ante aquella intrusión profiriendo un juramento.

El señor Rayburn entró sin prestar atención ni a su reacción ni a su lenguaje; el señor Rayburn no podía mirar otra cosa ni pensar en otra cosa que no fuese la señora Zant. Esta seguía caminando lentamente de un extremo al otro de la habitación, sin oír las palabras de simpatía que le había dirigido; completamente insensible incluso a la presencia de otras personas en la habitación.

La voz de John Zant rompió el silencio. Volvía a controlar su temperamento; aún tenía razones para seguir manteniéndose en términos amistosos con el señor Rayburn.

—Siento haber perdido la cabeza hace un momento —dijo.

El señor Rayburn no prestó atención a aquella disculpa; su interés estaba centrado en la señora Zant.

—¿Cuándo ha sucedido esto? —preguntó.

—Hace un cuarto de hora. Afortunadamente me encontraba en casa. Sin hablarme, sin darse siquiera cuenta de mi presencia, subió las escaleras como una sonámbula y entró aquí.

El señor Rayburn señaló de repente a la señora Zant.

—¡Mire! —dijo—. ¡Acaba de producirse un cambio!

Toda la inquietud de sus movimientos había cesado. Ahora se alzaba junto al extremo más alejado de la mesa, aquel que más cerca estaba de la ventana, dejando que toda la luz del sol se derramara sobre su rostro. Sus ojos miraban directamente hacia el frente, con expresión vacía. Sus labios se habían separado mínimamente; su cabeza se había inclinado ligeramente hacia el hombro, en una actitud que sugería que o bien estaba escuchando algo, o bien estaba esperando a que algo ocurriera. Frente a aquella luz cálida y brillante, la señora Zant se erguía frente a los dos hombres: una criatura viva aunque aislada en una quietud que parecía la quietud de la muerte.

John Zant fue rápido en expresar su opinión.

—Un colapso nervioso —dijo—. Algo parecido a la catalepsia, como puede usted comprobar.

—¿Ha llamado a un doctor?

—No hay necesidad de ello.

—¿Disculpe, cómo ha dicho? A mí me parece que es completamente necesaria una ayuda médica.

—Haga el favor de recordar —respondió el señor John Zant— que la decisión es

únicamente mía, dada mi posición como pariente de la dama. Soy consciente del honor que su visita me confiere, pero ha elegido el momento con desgracia. Perdóneme si le sugiero que haría bien en retirarse.

El señor Rayburn no había olvidado el consejo del ama de llaves ni la promesa que le había hecho. Pero la expresión en el rostro de John Zant puso seriamente a prueba su autocontrol. Dudó unos momentos y volvió a mirar a la señora Zant.

Si provocaba una pelea quedándose en la habitación, la única alternativa que le quedaba sería llevársela a la fuerza. El miedo a las consecuencias que para ella pudiera tener un repentino y rudo despertar de su trance fue la única consideración que le llevó a someterse. Salió de la habitación.

El ama de llaves le estaba esperando en el primer descansillo de la escalera. Cuando la puerta del salón se hubo cerrado de nuevo, la mujer le señaló que la siguiera y volvieron a ascender las escaleras. Tras luchar consigo mismo por segunda vez, el señor Rayburn la siguió. Entraron en la biblioteca desde el pasillo y se situaron detrás de la cortina que colgaba sobre la entrada del salón. Preparar el extremo de la tela para observar sin levantar sospechas lo que fuese que sucediera en la otra habitación fue realmente fácil.

En el momento en que el señor Rayburn volvió a verle, el cuñado de la señora Zant se estaba acercando a ella.

Apenas un instante después, la mujer se movió antes de que John Zant hubiera podido atravesar el espacio que los separaba. Su figura inmóvil empezó a temblar. A continuación irguió su inclinada cabeza. Por un momento se encogió, como si algo la hubiera tocado. Pareció reconocer la caricia y volvió a quedarse inmóvil.

John Zant observó el cambio. Se le ocurrió que la mujer debía de estar empezando a volver en sí misma. Intentó hablar con ella.

—¡Amor mío, mi dulce ángel, ven al corazón de aquel que te adora!

Volvió a avanzar, se plantó frente a la corriente de luz solar que se derramaba sobre ella.

—¡Despierta! —dijo.

Ella permaneció en la misma posición, aparentemente a su merced, sin oírle ni verle.

—¡Despierta! —repitió—. ¡Cariño, vuelve a mí!

En el momento en que intentó abrazarla, en el mismo momento en que el señor Rayburn se abalanzó al interior de la habitación para impedirselo, los brazos de John Zant se volvieron rígidos mientras aún los mantenía extendidos. Profiriendo un grito de horror, luchó por devolverlos a su posición original; luchó, con el vacío iluminado por la brillante luz del sol, como si una fuerza invisible le hubiera agarrado.

—¿Qué es lo que me ha agarrado? —gritó el miserable—. ¿Qué es lo que sujeta mis manos? ¡Oh, el frío! ¡¡El frío!!

Sus rasgos se convulsionaron; sus globos oculares se elevaron hasta que solo el blanco fue visible. Cayó al suelo con un impacto que hizo temblar la habitación.

El ama de llaves entró corriendo. Se arrodilló junto al cuerpo de su señor. Con una mano le aflojó el pañuelo que llevaba en el cuello. Con la otra señaló hacia el extremo de la mesa.

La señora Zant aún estaba en el mismo sitio, pero se había producido otro cambio. Poco a poco sus ojos recuperaron su expresión natural y vivaracha, después se cerraron lentamente. Se alejó de la mesa tambaleándose y elevó las manos descontroladamente, como si buscara algo a lo que agarrarse. El señor Rayburn se apresuró a llegar hasta ella antes de que se derrumbara... la cogió en sus brazos y la sacó de la habitación.

Una de las criadas se encontró con ellos en el recibidor. El señor Rayburn la envió a buscar un coche. Un cuarto de hora más tarde, la señora Zant estaba a salvo y recibía sus cuidados en el hotel.

XIII

Aquella noche, la señora Zant recibió una nota escrita por el ama de llaves.

Los doctores tienen pocas esperanzas. La parálisis se está extendiendo por todo el cuerpo y ya ha llegado a la cara. Si la muerte no se lo lleva, quedará completamente inválido. Yo me encargaré de cuidarle hasta el último momento. En cuanto a usted... olvídele.

La señora Zant le entregó la nota al señor Rayburn.

—Léala y destruyala. Está escrita a partir de una total ignorancia de la terrible verdad.

Él obedeció y la contempló en silencio, esperando oír algo más. Ella escondió su rostro. Las pocas palabras que le dirigió brotaron con lentitud y desgana de sus labios tras haber peleado consigo misma.

—No fue una mano mortal lo que detuvo las manos de John Zant —dijo—. El espíritu guardián me acompañaba para cumplir la promesa que me había hecho. Lo sé. No deseo saber nada más.



Habiendo hablado de este modo, se levantó para retirarse. Él le abrió la puerta, viendo que necesitaba descansar en su propia habitación.

Una vez a solas, empezó a considerar la perspectiva que se le presentaba para el futuro. ¿Cómo iba a contemplar a la mujer que acababa de abandonar la habitación? ¿Como una pobre criatura debilitada por la enfermedad, la víctima de su propia alucinación nerviosa? ¿O como el objeto elegido de una revelación sobrenatural, sin paralelismo con ninguna otra revelación de la que él hubiera tenido noticia, o hubiera encontrado registrada en libros? El primer descubrimiento del lugar que ella ocupaba realmente en su estima se le ocurrió cuando se descubrió apartándose de la conclusión que le hacía sentir piedad por ella e inclinándose hacia aquella otra más noble que comulgó con su fe y la elevó hasta un puesto al margen de todas las otras mujeres.

XIV

Abandonaron St. Sallins al día siguiente.

Cuando llegaron al final del viaje, Lucy agarró con fuerza la mano de la señora Zant. Las lágrimas asomaron a los ojos de la niña.

—¿Tenemos que decirle adiós? —le dijo tristemente a su padre.

El señor Rayburn no parecía decidirse a hablar. Únicamente pudo decir:

—Querida, pregúntaselo tú misma.

Pero el resultado le justificó. Lucy volvía a ser feliz.

¡REVIENTA CON EL BERGANTÍN!

Tengo que hacerles una terrible confesión. Me persigue un fantasma.

Y aunque tuvieran cien años para intentar adivinarlo, jamás acertarían a decir qué tipo de fantasma es el fantasma que me persigue. Al principio les haré reír, pero más adelante conseguiré que se les ponga la carne de gallina. Mi fantasma... es el fantasma de un candelero de dormitorio.

Sí, un candelero de dormitorio con su vela correspondiente; una sencilla palmatoria con su cirio; llámenlo como quieran. Eso es lo que me persigue. Ojalá fuera algo más agradable y menos mundano: una bella mujer, una mina de oro y plata, un coche con sus caballos, o algo parecido. Pero, siendo lo que es, debo tomarlo como tal, y llevarlo lo mejor que pueda. Y les agradeceré de todo corazón que por favor me ayuden haciendo lo mismo.

No soy precisamente un universitario, pero me atrevo a creer que cuando un hombre se ve encantado por cualquier cosa bajo el sol es debido a que se ha llevado un susto terrible. En todo caso, el encantamiento que sufro a manos de un candelero de dormitorio con su correspondiente vela se originó a partir del terror que me produjo un candelero de dormitorio con su correspondiente vela. Un terror que he sentido media vida y un terror que, en el presente, me mantiene al borde de la locura. No es que me resulte agradable confesar esto antes de entrar en detalle, pero quizá así se vean ustedes un poco más inclinados a creer que no soy un completo cobarde cuando comprueben que soy lo suficientemente valiente como para reconocer algo así de buenas a primeras.

A continuación encontrarán los detalles, tan bien como soy capaz de transmitirlos.

Me enrolé como grumete y me hice a la mar cuando aún no era más alto que mi bastón, e hice un buen uso de mi tiempo; o, al menos, el suficiente como para llegar a dormir en la litera del piloto con tan solo veinticinco años.

Fue en el año mil ochocientos dieciocho, o diecinueve, no estoy seguro, cuando cumplí los veinticinco. Les ruego que excusen mi deficiente memoria en todo lo referente a nombres, números, lugares y detalles similares. No teman, sin embargo, por lo que concierne a la historia que les he prometido contarles; está completamente grabada en mi mente. En este momento puedo ver en mi cabeza todo lo referente a la misma con tanta claridad como si fuera mediodía, pero se ha levantado cierta niebla frente a lo que sucedió antes y, para el caso, también una niebla parecida frente a lo que sucedió después. Y con la edad que tengo no es muy probable que vuelva a levantarse, ¿verdad?

Bien, en mil ochocientos dieciocho, o diecinueve, una época en la que nuestra parte del mundo vivía en paz (y no antes de que fuera deseada, me dirán), había una

guerra de esas de golpea y corre en marcha en aquel viejo campo de batalla que nosotros los hombres de mar conocemos por el nombre de La Gran España.

Hacía años que las posesiones de los españoles en Sudamérica se habían amotinado abiertamente y se habían declarado independientes. El enfrentamiento entre el nuevo gobierno y el antiguo había causado un gran derramamiento de sangre, pero era el nuevo el que había salido más fortalecido de todo el asunto, debido principalmente a la labor del general Bolívar, un hombre ilustre en su momento aunque actualmente parece haber desaparecido de la memoria de la gente. Ingleses e irlandeses con ganas de pelea y nada que hacer en casa se unieron al general como voluntarios, y algunos de nuestros mercantes descubrieron que llevar abastecimientos al bando popular era un buen negocio. Había riesgos notables, por supuesto, pero cada vez que un movimiento especulativo de este tipo tiene éxito compensa dos fracasos con creces. Y ese es el auténtico principio del comercio, que funciona en todo el mundo, y que he visto con mis propios ojos allá donde he estado.

De todos los ingleses que se vieron envueltos en este negocio hispanoamericano, yo, su humilde servidor, resulté ser uno.

Entonces era piloto de un bergantín perteneciente a cierta compañía de Londres dedicada al comercio general, principalmente con lugares completamente extraños y lo más lejanos posible de casa, y que llenó el bergantín, en el año al que me estoy refiriendo, con un cargamento de pólvora para el general Bolívar y sus voluntarios.

Nadie sabía nada sobre nuestras instrucciones cuando partimos, salvo el capitán, y a él no parecían gustarle. No puedo decir exactamente cuántos barriles de pólvora llevábamos a bordo, ni cuánto había en cada barril; solo sé que no llevábamos más carga que aquella. El nombre del bergantín era *Buena Intención*. Un nombre bastante curioso, me dirán ustedes, para un bajel atiborrado de pólvora, enviado para ayudar a una revolución; así era en lo que a este viaje se refiere. Este último comentario es una broma, y espero que me animen a continuar saludándola con carcajadas.

El *Buena Intención* fue la bañera más vieja en la que yo me haya hecho a la mar en toda mi vida, y la peor provista en todos los aspectos. Podía acarrear unas doscientas treinta o doscientas ochenta toneladas de carga, ya lo he olvidado exactamente, y la tripulación consistía en ocho hombres, cargos incluidos; es decir, ni de cerca los que hubiéramos tenido que ser para haber manejado el bergantín. En todo caso, se nos pagaba bien y honestamente, y éramos nosotros los que teníamos que poner la paga a un lado de la balanza, y la posibilidad de acabar en el fondo del mar (o de volar en pedazos, si nos referimos a aquella ocasión en concreto) al otro.

Debido a la peculiar naturaleza de nuestro cargamento, nos vimos atosigados con nuevas órdenes relativas a fumar nuestras pipas o a encender nuestras linternas que no nos gustaron lo más mínimo; y como suele ser habitual en estos casos, el capitán que había impuesto tales órdenes predicaba lo que no practicaba. A ningún hombre se le permitía tener la más mínima llama encendida cuando abandonaba la cubierta, excepto al patrón, que usaba su luz cada vez que bajaba a la bodega o cuando

consultaba las cartas sobre la mesa de su camarote, como siempre.

Esta luz era una vela común de cocina colocada sobre un viejo y golpeado candelero, con el esmalte tan gastado y fundido que toda la lata estaba a la vista. Habría parecido más marinero y apropiado en todos los aspectos que el capitán hubiera tenido una lámpara o una linterna, pero se aferraba a su viejo candelero, y ese mismo viejo candelero se ha aferrado después a mí. Ese ha sido otro juego de palabras, si les place, y en mi opinión mejor que el primero.

Bien (ya he dicho «bien» con anterioridad, pero es una palabra que ayuda mucho), partimos en el bergantín y pusimos rumbo hacia las Islas Vírgenes, en las Indias Occidentales; tras avistarlas, nos dirigimos a continuación hacia las Islas Leeward; y una vez allí, pusimos rumbo al sur hasta que el vigía del mástil empezó a gritarnos a los de cubierta para decirnos que veía tierra. Aquella tierra era la costa de Sudamérica. Hasta entonces habíamos tenido un viaje maravilloso. No habíamos perdido una sola vela y ninguno de nuestros hombres había tenido que dejarse la vida en las bombas de achique. Les diré que el *Buena Intención* no disfrutaba muy a menudo de viajes tan apacibles como aquel.

Se me ordenó que subiera al palo para comprobar lo de la tierra, y así lo hice.

Cuando le informé al capitán de que efectivamente habíamos avistado la costa, se fue abajo para echarle un vistazo a sus instrucciones y a las cartas marítimas. Cuando regresó a cubierta alteró nuestro curso ligeramente en dirección este; he olvidado el punto del compás, pero no importa. Lo que sí recuerdo es que antes de acercarnos a la costa ya había oscurecido. Mantuvimos el rumbo y cabeceamos el bergantín para que se mantuviera a una profundidad constante de entre cuatro o cinco brazas, aunque quizá fueran seis, no se lo puedo decir con seguridad. Yo me encargué de mantener ojo avizor al modo en que se desplazaba el barco, ya que ninguno de nosotros sabía cómo eran las corrientes de aquella costa. Todos nos preguntamos por qué el capitán no echaba el ancla, pero él dijo que no, que primero teníamos que poner una luz en lo alto del palo mayor y esperar a que otra luz nos respondiera desde la costa. Esperamos, y no sucedió nada por el estilo. El cielo estaba despejado y en calma. El poco viento que se movía llegaba en ráfagas desde tierra. Supongo que esperamos durante, según me pareció, casi una hora, dejándonos llevar por la corriente un poco hacia el oeste antes de que sucediera algo. Y entonces, en lugar de ver una luz en la costa, vimos un bote dirigiéndose hacia nosotros.

Les dimos el alto y respondieron: «Amigos», y después nos saludaron por nuestro nombre. Subieron a bordo. Uno de ellos era un irlandés, y el otro un piloto nativo del color del café que chapurreaba un poco de inglés.



El irlandés le extendió una nota al capitán, que tuvo a bien mostrármela. Nos informaba de que la parte de la costa en la que nos encontrábamos no resultaba segura para descargar nuestra mercancía, ya que habían encontrado y fusilado a algunos espías enemigos en la comarca (es decir, partidarios del anterior gobierno). Podíamos confiar el bergantín a las manos del piloto nativo para que nos condujera a otro lugar de la costa. La nota venía firmada por las personas adecuadas, de modo que dejamos que el irlandés regresara solo en el bote, y permitimos al piloto que ejerciera su legítima autoridad sobre el bergantín. Nos estuvo alejando de tierra hasta el mediodía del día siguiente (aparentemente sus instrucciones le ordenaban mantenernos alejados del alcance visual de la costa). Solo alteramos el curso por la tarde, y no volvimos a estar cerca de la costa hasta poco antes de la medianoche.

Aquel piloto tenía una apariencia de vagabundo como jamás he visto otra. Un perro mestizo, huesudo, cobarde y belicoso, que insultaba a los hombres con un inglés quebrado y vil, hasta que todos y cada uno de ellos estuvieron dispuestos a arrojarle por la borda. El capitán los mantuvo calmados, y yo los mantuve calmados; dado que el piloto nos había sido impuesto por nuestras órdenes, había que hacer lo que mejor pudiéramos con él. En todo caso, poco antes de la caída de la noche y pese a toda la buena intención del mundo por evitarlo, fui lo suficientemente desafortunado como para tener una disputa con él.

Quería ir bajo cubierta con su pipa encendida, y por supuesto le detuve, porque iba en contra de las órdenes. Al oír aquello, intentó pasar a mi lado a empujones, y yo le hice retroceder de un manotazo. No era mi intención hacer que terminara en el suelo, pero de algún modo eso fue lo que pasó. Se levantó de inmediato tan rápido como el rayo y sacó una navaja. Se la arranqué de las manos, le abofeteé su asesino rostro y arrojé el arma por encima de la borda. Me dirigió una terrible mirada y después se esfumó de mi vista. No le presté mucha atención a aquella mirada entonces, pero poco después tuve motivos para recordarla perfectamente.

Volvíamos a estar cerca de la costa cuando el viento dejó de soplar, entre las once y las doce de la noche, y lanzamos el ancla siguiendo las instrucciones del piloto.

Estaba oscuro como la boca del lobo y había una calma total. El capitán estaba en cubierta con dos de nuestros mejores hombres, vigilando. El resto estaba abajo, menos el piloto, que se hacía un ovillo, más como una serpiente que como un hombre, en el castillo de popa. Mi turno de vigilancia no empezaba hasta las cuatro de la madrugada, pero no me gustaba el aspecto de la noche, ni del piloto, ni de todo el asunto en general, de modo que me tumbé en cubierta para echar una cabezada y estar preparado para cualquier emergencia. Lo último que recuerdo fue al capitán susurrándome que tampoco le gustaba el aspecto que tenía todo aquello, y que iba a ir a su camarote para volver a repasar todas sus instrucciones. Aquello es lo último que recuerdo, antes de que el lento, pesado y regular balanceo del bergantín sobre las olas me sumiera en el sueño.

Me desperté debido a un ruido de refriega en el castillo de popa y a la presión de

una mordaza en mi boca. Tenía un hombre sobre el pecho y otro sobre las piernas; en medio minuto me habían atado de pies y manos.

El bergantín estaba en manos de los españoles. Lo recorrían como un enjambre. Oí seis pesados impactos contra el agua, uno detrás de otro. Vi cómo apuñalaban al capitán en el corazón cuando subía corriendo de su camarote, y oí un séptimo impacto contra el agua. Excepto yo, todas las almas del barco habían sido asesinadas y arrojadas al mar. No podía imaginar por qué me habían dejado a mí con vida, hasta que vi al piloto inclinarse sobre mí con una linterna para asegurarse de quién era yo. Una diabólica sonrisa se extendió sobre su rostro y asintió con la cabeza, como diciendo: «Tú eres el hombre que me ha empujado y abofeteado. A cambio, voy a jugar contigo al gato y al ratón».

No podía moverme ni hablar, pero pude ver a los españoles abrir la escotilla principal y preparar los aparejos para sacar el cargamento. Un cuarto de hora más tarde oí el sonido producido por una goleta u otro barco pequeño al deslizarse sobre el agua. La extraña embarcación se colocó junto a nuestro bergantín, y los españoles se pusieron manos a la obra para trasladar nuestro cargamento. Todos trabajaron duro excepto el piloto, que venía de vez en cuando con su linterna para echarme otro vistazo, sonreír y asentir del mismo modo diabólico. Soy lo suficientemente viejo como para no avergonzarme de contar la verdad, y no me importa reconocer que el piloto me asustaba.

Apenas será necesario que diga que ya me había dispuesto para lo peor. El piloto, estaba claro, era uno de los espías del enemigo que había conseguido ganarse la confianza de nuestros empleadores sin que nadie sospechara de él. Él o, más posiblemente, sus jefes, tenían suficiente información sobre nosotros como para sospechar la clase de cargamento que llevábamos. Habíamos anclado de noche en el lugar más apropiado para que nos sorprendieran y habíamos pagado el castigo por tener una tripulación pequeña y, por tanto, una vigilancia insuficiente. Todo aquello estaba lo suficientemente claro, pero ¿qué quería hacer *conmigo* el piloto?

Les doy mi palabra de que aún ahora se me pone la carne de gallina solo de contárselo a ustedes.

Después de que todos hubieran abandonado el bergantín, con la excepción del piloto y de dos marinos españoles, estos últimos me agarraron, atado y amordazado como estaba, y me bajaron a la sentina del barco para dejarme en el suelo. Después me ataron a los maderos con unos cabos de modo que pudiera volverme hacia un lado o hacia el otro, pero no rodar sobre mí mismo para cambiar de lugar. A continuación se marcharon. A los dos les rebosaba el alcohol por todos los poros del cuerpo, pero el diablo del piloto se mantenía sobrio; tan sobrio, ténganlo en cuenta, como pueda estarlo yo ahora.

Permanecí en la oscuridad durante un rato, con el corazón latiéndome como si quisiera escapárseme del pecho. Seguí así durante más o menos unos cinco minutos, hasta que el piloto bajó a la sentina. Solo.

En una mano llevaba el maldito candelero del capitán y una lezna de carpintero, y en la otra sujetaba un largo, estrecho y aceitoso cordel de algodón. Colocó el candelero, con una vela nueva recién encendida, en el suelo; a más o menos medio metro de mi cara y cerca del casco del barco. La luz era débil, pero más que suficiente para alumbrar una docena o más de barriles de pólvora abandonados a mi alrededor en la sentina del bergantín. En el momento en que los vi, empecé a sospechar lo que pretendía. El horror se apoderó de todo mi cuerpo y el sudor empezó a brotar de mi rostro como si de agua se tratase.

Le vi dirigirse hacia uno de los barriles de pólvora cercanos al casco, que estaba en línea con la vela y a una distancia de la misma de más o menos un metro. Hizo un agujero a un lado del barril con su lezna, y la hórrida pólvora empezó a derramarse al exterior tan negra como el infierno, cayendo sobre la mano que había extendido para recogerla. Cuando tuvo un buen puñado, taponó el agujero con un extremo de su engrasado cordel, y después restregó la pólvora a lo largo de todo el algodón hasta que su último hilo hubo quedado perfectamente ennegrecido.

Lo siguiente que hizo (tan cierto como que estoy aquí sentado, tan cierto como el cielo que hay sobre nosotros), lo siguiente que hizo, digo, fue coger el extremo libre de su largo, negro y terrible cordel y acercarlo a la vela que había junto a mi rostro. Lo ató dándole varias vueltas alrededor de la vela (el sangriento villano), a un tercio de la misma si calculamos la distancia entre la altura a la que estaba ardiendo la mecha y su base. Tras haber hecho aquello, se aseguró de que mis ataduras estuvieran bien firmes, y después acercó su rostro al mío y me susurró en la oreja:

—¡Revienta con el bergantín!

Un momento después volvía a estar en cubierta, y él y los otros dos cerraban la escotilla. Sin embargo, no terminaron de asegurarla en el extremo más alejado de donde yo estaba tumbado, de modo que cuando miré en aquella dirección pude ver una franja de luz diurna brillando. Oí los remos de la goleta chocar contra el agua cada vez más débilmente, *splash, splash*, mientras arrastraban al barco a través de la calma total, esperando a que se levantara el viento. Más y más débilmente, *splash, splash*. Seguí oyéndolos durante un cuarto de hora o más.

Mientras mis oídos se concentraban en aquel sonido, mis ojos permanecían fijos en la vela.

Estaba recién encendida. De dejar que se consumiera sola, habría ardido durante seis o siete horas. El cordel estaba atado a un tercio de la misma en sentido descendente; por lo tanto, la llama tardaría unas dos horas en alcanzarlo. Allí estaba yo, amordazado, atado, inmovilizado al suelo, viendo cómo mi propia vida se consumía al mismo tiempo que aquella vela que ardía a mi lado. Allí estaba yo. Solo en mitad del mar, condenado a volar en pedazos y a ver cómo mi destino se acercaba segundo a segundo durante casi dos horas; indefenso, incapaz de salvarme y privado de mi voz para solicitar ayuda. Lo que más me asombra ahora es que no me adelantara a la vela, el cordel y la pólvora muriéndome durante la primera media hora

que permanecí en la sentina del bergantín debido al horror que sentía ante mi situación.

No puedo decir exactamente durante cuánto tiempo conseguí mantener el dominio de mí mismo a partir de que dejé de oír los chapoteos de los remos de la goleta. Hasta cierto punto, puedo recordar a la perfección todo lo que hice y todo lo que pensé; pero tras pasado ese punto todo se funde y se pierde en el torbellino de mis recuerdos del mismo modo que entonces perdí el control sobre mí mismo.

En el momento en que cerraron la escotilla sobre mí, empecé, como habría hecho cualquier otro hombre, a intentar librarme frenéticamente de las ataduras que inmovilizaban mis manos. Atenazado por el pánico, me corté la carne con las cuerdas como si hubieran sido navajas, pero no conseguí aflojar los nudos. Menos posibilidades aún tenía de liberar mis piernas, o de arrancar las ataduras que me mantenían inmovilizado contra el suelo. Dejé de intentarlo cuando estuve a punto de morir ahogado por la falta de aire. La mordaza, como recordarán, era un terrible enemigo. Solo podía respirar por la nariz, y hablamos de una pobre ventilación cuando lo que está haciendo un hombre es poner a prueba toda su fuerza como nunca antes lo había hecho.

Me rendí y yací inmóvil, hasta que volví a recuperar el aliento, sin que mis ojos se separaran por un instante de la vela.

Mientras la estaba contemplando, se me ocurrió la idea de intentar apagarla soplando repentinamente a través de los agujeros de la nariz. Sin embargo, estaba demasiado lejos y a demasiada altura como para alcanzarla de ese modo. Lo intenté, lo intenté y lo intenté... hasta que no me quedó más remedio que volver a rendirme y permanecer inmóvil una vez más, sin apartar los ojos del candelero y sin que el candelero apartara sus ojos de *mí*. El ruido de los remos era para entonces muy débil. Ya casi no podía oírlos en el silencio de la mañana. *Splash, splash*, cada vez más débilmente... *splash, splash*...

Sin sentir exactamente que estaba perdiendo la cabeza, ya en un momento tan temprano como aquel empecé a darme cuenta de que la notaba extraña. La mecha quemada se estaba haciendo cada vez más y más larga, mientras que la distancia entre la llama y el cordel, que era la medida de mi vida, era cada vez más y más corta. Calculé que me quedaba menos de hora y media de vida.

¿Una hora y media? ¿Había alguna posibilidad de que en aquel intervalo de tiempo llegara algún barco desde la costa que viera el bergantín? Tanto si la tierra cercana a donde habíamos anclado el barco estaba en posesión de nuestro bando, como en la del enemigo, imaginé que antes o después tendrían que enviar a alguien para que recibiera al bergantín, aunque solo fuera porque se trataba de un barco extraño en aquellos lugares. Lo que importaba era: ¿cuándo? Según podía comprobar a través de la rendija de la escotilla, el sol todavía no había salido. Todos sabíamos ya antes de que el bergantín fuese asaltado que no había ningún puerto cercano, porque no habíamos visto ninguna luz en la costa. Según lo que podía oír, aún no se había

levantado el viento suficiente como para acercarse a algún barco hasta mí. Si hubiera tenido seis horas de vida, quizá hubiera habido alguna oportunidad de que algo así sucediera entre la salida del sol y el mediodía. Pero con hora y media, que para entonces se había reducido a hora y cuarto; o, en otras palabras, teniendo en cuenta lo temprano de la hora, lo deshabitado de la costa y la calma total que me rodeaba... no tenía la más mínima oportunidad. Al sentir aquello, entablé una nueva lucha con mis ataduras; la última, ya que solo conseguí cortarme más y acrecentar mi dolor.

Me volví a rendir y permanecí inmóvil, intentando oír el chapoteo de los remos.

¡Ya no se oía nada! Ningún ruido salvo el provocado de vez en cuando por los peces al salir a la superficie, y los crujidos de los viejos maderos del bergantín.

Una hora y cuarto. El nivel de la mecha quemada se fue incrementando alarmantemente a medida que iban pasando aquellos quince minutos, y su chamuscada parte superior empezó a ensancharse y a adquirir forma de seta. Pronto no podría seguir aguantando su propio peso y caería. ¿Seguiría ardiendo el trozo de mecha cuando cayera? Y de ser así, ¿podría llegar a caer sobre el cordel debido al balanceo del bergantín? Si ese fuera el caso, apenas me quedarían diez minutos en lugar de una hora.

Aquel descubrimiento condujo mi mente hacia nuevos derroteros durante un minuto. Empecé a preguntarme cómo sería morir en una explosión. ¿Doloroso? Bueno, con toda probabilidad sería demasiado rápido. Quizá sentiría un enorme golpe en mi interior, o en el exterior, o ambos a la vez, y eso sería todo. Quizá ni siquiera eso. ¿Llegaría la muerte al mismo tiempo que la fragmentación de mi cuerpo en millones de pedacitos ardientes? No podía imaginármelo. No podía figurarme cómo sería. Antes de que hubiera podido terminar de pensar, el minuto de calma abandonó mi mente y me vi de nuevo inmerso en lo mío.

Cuando volví en mí (o cuando mis pensamientos regresaron a mí, no lo sé con certeza), la mecha era ya terriblemente grande; la llama ardía provocando una gran humareda, la parte chamuscada era ancha y roja, y todo aquello estaba a punto de caer.

Mi desesperación y mi horror al verlo me llevaron en una nueva dirección que al menos resultaría beneficiosa para mi pobre alma. Intenté rezar interiormente; ya se podrán imaginar que la mordaza me impedía hacerlo de otro modo. Lo intenté, pero la vela parecía quemarse en mi interior. Peleé con fuerza para forzar a mis ojos a que se separaran de la lenta llama asesina y para contemplar la bendita luz del sol a través del resquicio de la escotilla. Lo intenté una vez, lo intenté dos veces y después dejé de intentarlo. A continuación probé a cerrar los ojos. Y mantenerlos cerrados. Una vez, dos... y la segunda vez lo conseguí.

«Que Dios bendiga a mi vieja madre, y a mi hermana Lizzie; que Dios las proteja y me perdone...». Eso fue todo lo que tuve tiempo de decir antes de que mis ojos volvieran a abrirse, muy a mi pesar. La llama de la vela se apoderó de ellos, se apoderó de mí, se apoderó de todo mi ser, e hizo que todos mis pensamientos ardieran

en un instante.

Ya no podía oír a los peces, no podía oír el crujido de los maderos. No podía pensar. No podía sentir el sudor que mi agonía mortal estaba derramando sobre mi cara. Solo podía mirar en dirección a la pesada y chamuscada mecha de la vela. Se retorció, se arrugó, giró hacia uno de los lados... y cayó, completamente roja al iniciar la caída, negra e inofensiva cuando el balanceo del bergantín la hizo aterrizar sobre la base del candelero.

Me descubrí riendo.



¡Sí! Riendo ante la inocente caída de aquel fragmento de mecha. De no ser por la mordaza, habría lanzado aullidos de risa. Tal y como estaba, me retorcí por dentro debido a ella; me retorcí hasta que la sangre se me subió al cerebro y estuve a punto de morir ahogado debido a mi incapacidad para respirar. Solo me quedaba el sentido común justo para darme cuenta de que mi hórrida risa era una clara señal de que mi cerebro estaba empezando a fallar. Solo me quedaba el sentido común justo como para intentar luchar por última vez antes de que mi cerebro se desbocara como un caballo asustado y se alejara de mí.

Intenté echarle un reconfortante vistazo a la luz del día a través del resquicio de la escotilla. La lucha que mantuve con mis ojos para intentar separarlos de la vela y dirigirlos hacia esa otra luz fue la más dura que había mantenido hasta el momento; y volví a perderla. La llama retenía mi mirada con la misma fuerza que las cuerdas me mantenían inmovilizadas las manos. No podía desviar la vista. Ya ni siquiera pude cerrar los ojos cuando volví a intentarlo. Allí estaba la mecha, volviendo a crecer peligrosamente. Allí estaba el espacio aún por consumirse entre la llama y el cordel, reducido a unos tres centímetros o menos.

¿Cuánto tiempo de vida me dejaban aquellos escasos centímetros? ¿Tres cuartos de hora? ¿Media hora? ¿Cincuenta minutos? ¿Veinte minutos? ¡Basta! Aquel pedazo de cera tardaría más de veinte minutos en arder. ¡Un pedazo de cera! ¡Imagínense al cuerpo y el alma de un hombre manteniéndose unidos por un simple pedazo de cera! ¡Extraordinario! ¡Vaya, ni siquiera el más grande de los reyes sentado sobre su trono conseguiría mantener unidos el cuerpo y el alma de un hombre! ¡Y sin embargo, allí tenía yo un pedazo de cera que podía hacer lo que a un rey le resultaría imposible! Ahí tenía algo para contarle a mi madre cuando regresara a casa, que la sorprendería más que todos mis otros viajes juntos. Me volví a reír interiormente al pensar aquello, y me moví y me retorcí y me ahugué hasta que la luz de la vela atravesó mis ojos, entró en mí y abrasó la risa; y me dejó vacío, y frío, e inmóvil una vez más.

Mi madre y Lizzie. No sé cuándo regresaron, pero lo hicieron. No en mi mente, como me había parecido con anterioridad, sino en carne y hueso; en la sentina del bergantín.

Sí, allí estaba Lizzie con toda seguridad, tan despreocupada como siempre, riéndose de mí. ¡Riéndose! Bueno, ¿y por qué no? ¿Quién podría culpar a Lizzie por pensar que no estoy sino tirado borracho en el suelo de la bodega, rodeado de barriles de cerveza? ¡Basta! Ahora está llorando. Lloro mientras da vueltas y más vueltas en una encendida niebla, frotándose nerviosamente las manos, chillando para pedir ayuda de un modo más y más apagado cada vez, como el chapoteo de los remos de la goleta. ¡Ya no podía oír nada! Había ardido en la niebla. ¿Niebla? ¿Fuego? No, ni lo uno ni lo otro. Es mi madre la que irradia luz. Mi madre cosiendo con diez ardientes carbones, uno en cada punta de sus dedos, y montones de mechas en vez de pelo gris colgando alrededor de su rostro. Mi madre en su viejo sillón, y las alargadas y huesudas manos del piloto agarradas a la espalda de la silla, derramando pólvora.

¡No! ¡Ni pólvora, ni silla, ni mi madre! Allí no había nada salvo el rostro del piloto, brillando como un carbón al rojo vivo, como un sol en la encendida niebla, saltando de arriba abajo en la encendida niebla, corriendo de un extremo al otro del cordel en la encendida niebla, recorriendo millones de kilómetros por minuto en la encendida niebla, girando y haciéndose más y más pequeño hasta convertirse en un puntito diminuto y lanzándose de repente hacia mi cerebro como si fuese un dardo... y después todo se convierte en fuego y niebla. No oigo, no veo, no pienso, no siento. El bergantín, el mar, yo mismo, el mundo... ¡Todo ha desaparecido por completo!

Después de lo que les acabo de contar, ya no sé nada ni recuerdo nada hasta que me desperté (o eso me pareció) en una cómoda cama. Había dos hombres rudos y dispuestos como yo, sentados cada uno a un lado de mi almohada, y un caballero de pie que me contemplaba desde el piecero de la cama. Eran las siete de la mañana. Había estado durmiendo (o lo que a mí me había parecido estar dormido) durante más de ocho meses. Me encontraba entre mis paisanos en la Isla de Trinidad. Los hombres que había a cada lado de la cama eran mis guardianes, y el caballero que estaba junto al piecero era el doctor. Lo que hice y dije durante aquellos ocho meses, nunca lo he sabido ni lo sabré. Me desperté de todo aquello como si de un largo sueño se hubiese tratado. Eso es todo lo que sé.

Pasaron otros dos meses antes de que el doctor creyera que resultaba seguro responder a las preguntas que le hacía.

El bergantín había sido anclado, tal y como yo había sospechado, en una parte de la costa lo suficientemente poco transitada como para que los españoles se aseguraran de no verse interrumpidos mientras desempeñaban su criminal tarea en silencio y al amparo de la noche.

Mi vida no había sido salvada desde la costa, sino desde el mar. Un bajel americano, parado a la espera de que se reiniciara el viento había visto el bergantín anclado al salir el sol, y el capitán, teniendo tiempo de sobra entre manos debido a la calma total, y viendo un barco donde no debería haber ninguno, envió un bote al mando de su segundo para que observara más de cerca y le trajera un informe de lo que había visto.

Lo que vio, cuando él y sus hombres descubrieron que el bergantín estaba desierto y subieron a bordo, fue un resplandor que surgía a través del resquicio de la escotilla. Cuando el segundo descendió a la sentina, a la llama le faltaba la distancia de un pelo para prender el cordel rebozado en pólvora. Y si no hubiera tenido el buen tino y la sangre fría de cortar el cordel antes de acercarse a la vela, él y sus hombres habrían volado con el bergantín y conmigo. El cordel prendió y se convirtió en una hilera de fuego en el mismo momento en que apagaron la vela, y si la comunicación con el barril de pólvora no se hubiera interrumpido, solo el Señor sabe lo que habría pasado.

Nunca supe qué fue de la goleta española ni del piloto.

En cuanto al bergantín, los yanquis lo llevaron, como a mí, hasta Trinidad, y reclamaron su derecho de salvamento; y les fue concedido, por sus propios méritos, espero. Fui desembarcado en el mismo estado en que me habían rescatado del bergantín. Es decir, completamente demente. Pero, por favor, recuerden que todo esto sucedió hace mucho tiempo, y les doy mi palabra de que, como ya les he dicho, se me declaró curado.

Dios les bendiga, como ustedes mismos han podido comprobar, ahora ya estoy bien. Quizá un poco nervioso debido a la historia que les acabo de contar, pero eso es natural. Solo un poco nervioso, amigos, nada más.

LA MUJER DEL SUEÑO

PERSONAJES DEL MISTERIO

FRANCIS RAVEN	<i>(Mozo de cuadra)</i>
SRA. RAVEN	<i>(Su madre)</i>
SRA. CHANCE	<i>(Su tía)</i>
PERCY FAIRBANK	
SRA. FAIRBANK	<i>(Sus empleadores)</i>
JOSEPH RIGOBERT	<i>(Su compañero de caballerizas)</i>
ALICIA WARLOCK	<i>(Su esposa)</i>

TIEMPO - EL PRESENTE

ESCENARIO - EN PARTE INGLATERRA, EN PARTE FRANCIA

PRIMERA NARRACIÓN

ACLARACIÓN PRELIMINAR DE LOS HECHOS POR PERCY FAIRBANK

—¡Hola! ¡Mozo! ¡Hooo-laaa!

—¡Querido! ¿Por qué no buscas la campana?

—¡Ya he mirado! No hay campana.

—¡Y tampoco hay nadie en el patio! ¡Resulta realmente curioso! Llama de nuevo, querido.

—¡Mozo! ¡Hola! ¿Hay alguien? ¡Mo-zooooo!

Mi segunda llamada produce eco en el espacio vacío y no atrae a nadie; en resumen, no tiene ningún efecto apreciable. He agotado mis recursos. Ya no sé qué decir ni qué hacer a continuación. Aquí estoy, en el desierto patio de una posada, en un pueblo desconocido, con dos caballos de los que encargarme y una dama de la que cuidar. Para añadir peso a mis responsabilidades, resulta que además uno de los caballos está completamente cojo y que la dama es mi esposa.

¿Que quién soy yo?, se pregunta usted.

Tengo tiempo de sobra para responder a esa pregunta. Nada sucede; nadie acude a recibirnos. Deje que me presente y que le presente también a mi mujer.

Me llamo Percy Fairbank, y soy un caballero inglés. Edad: cuarenta (que digamos). Sin profesión. Políticamente: moderado; altura: media; complexión: buena; carácter: agradable; dinero: a espuestas.

Mi esposa es una dama francesa. Cuando me fue presentada por primera vez en casa de su padre, en Francia, respondía al nombre de *mademoiselle* Clotilde Delorge. Me enamoré de ella, aunque realmente no sé por qué. Pudo ser porque me encontraba completamente ocioso y no tenía nada mejor que hacer en aquel momento. O quizá se debiera a que todos mis amigos dijeron que era la última mujer con la que debería plantearme el matrimonio. Debo decir que superficialmente no hay absolutamente nada en común entre la señora Fairbank y yo. Ella es alta, morena, nerviosa, excitable, y romántica; en todas sus opiniones tiende a los extremos. ¿Qué podría haber visto en mí una mujer como ella? ¿Qué podría haber visto yo en una mujer así? Lo ignoro tanto como usted. De algún misterioso modo, encajábamos perfectamente. Llevamos siendo marido y mujer diez años ya, y nuestro único lamento es que no tenemos hijos. No sé lo que pensará *usted*, pero *yo* a eso, en términos generales, lo llamo un matrimonio feliz.

Pero ya está bien de hablar de nosotros. La siguiente pregunta es: ¿qué nos ha llevado al patio de una posada? ¿Y por qué me he visto obligado a ejercer de mozo y a cuidar de los caballos?

La mayor parte del año vivimos en Francia, en la casa de campo en la que mi

esposa y yo nos vimos por primera vez. Ocasionalmente, para mantener cierta variedad, venimos a Inglaterra para visitar a mis amigos. Eso es, precisamente, lo que estamos haciendo ahora. Nuestro anfitrión es un viejo compañero mío de universidad, poseedor de una bonita finca en Somersetshire; y hemos llegado a su casa, llamada Farleigh Hall, en pleno cierre de la temporada de caza.

En el día acerca del cual estoy escribiendo, destinado a ser un día memorable en nuestro calendario, los sabuesos se reúnen en Farleigh Hall. La señora Fairbank y yo nos hemos montado sobre dos de los mejores caballos de las caballerizas de mi amigo. Somos bastante indignos de semejante distinción, ya que ni sabemos nada de cinegética ni nos importa en absoluto la caza. Por otra parte, nos encanta pasear a caballo, y disfrutamos de la mañana primaveral dominada por la brisa, y el bello y fértil paisaje inglés que nos rodea por todas partes. Mientras prospera la caza, seguimos a la partida. Pero cuando la cosa no avanza, cuando pasa el tiempo y la paciencia es puesta a prueba, cuando los perros corren de aquí para allá completamente perplejos y un lenguaje soez empieza a brotar de los labios de los deportistas, perdemos completamente el interés en seguir los procedimientos. Dirigimos nuestras monturas en dirección a un camino recubierto de hierba, deliciosamente sombreado por árboles. Trotamos alegremente a lo largo del camino, hasta que nos encontramos en campo abierto. Galopamos a través del campo y después seguimos los vericuetos de un segundo camino. Cruzamos un arroyo, pasamos a través de un pueblo, disfrutamos de una soledad auténticamente pastoril entre las colinas. Los caballos agitan las cabezas, se relinchan el uno al otro y disfrutan tanto como nosotros. La caza queda olvidada. Somos tan felices como una pareja de niños. Estamos incluso cantando una canción francesa, cuando repentinamente nuestra alegría toca a su fin. El caballo de mi esposa apoya una de sus patas delanteras sobre una piedra suelta y da un traspíe. La diestra mano de la jinete lo salva de la caída. Pero al primer intento de continuar, la triste verdad queda revelada: el caballo se ha roto un tendón; está cojo.

¿Qué podemos hacer? Somos extraños en una solitaria región del país. Miremos en la dirección que miremos no vemos rastro de vida humana. No hay nada que hacer salvo tomar la carretera en dirección a lo alto de la colina y ver qué podemos encontrar al otro lado de la misma. Cambio las sillas de montar y mi esposa toma mi caballo. El animal no está acostumbrado a llevar a una dama; se mueve inquieto, se sobresalta y golpea el suelo con los cascos. Yo le sigo a pie, a una distancia prudencial, llevando de las riendas al caballo cojo. ¿Hay algo más miserable sobre la faz de la creación que un caballo cojo? He visto hombres cojos y perros cojos que se comportaban alegremente, pero nunca he visto todavía un caballo cojo que no pareciera completamente desolado ante su propia desgracia.

Durante media hora mi esposa sigue las curvas y los promontorios del camino. Yo arrastro los pies detrás de ella y el desgraciado caballo que se detiene una y otra vez detrás de mí. Cerca de la cumbre de la colina, nuestra melancólica procesión se

encuentra con un campesino de Somersetshire que trabaja en un campo de cultivos. Le convoco para que se acerque, y el hombre me contempla impasiblemente sin avanzar un solo paso. Le pregunto, gritando a pleno pulmón, lo lejos que estamos de Farleigh Hall. El campesino de Somersetshire me responde también a pleno pulmón:

—‘nos veinte lómetros. ¿Tié un trago sidra?

Hago de traductor, en beneficio de mi mujer, y transformo el dialecto de Somersetshire en inglés. Estamos a unos veinte kilómetros de Farleigh Hall, y nuestro amigo del campo desea ser recompensado con un trago de sidra por la información que nos acaba de proporcionar. ¡Ahí está, mírale! ¡Todo un personaje, querida! ¡Todo un personaje!

La señora Fairbank no contempla el estudio de la naturaleza agricultora humana con el mismo gusto que yo. Su inquieto caballo no la deja descansar ni un solo minuto y ella está empezando a perder la paciencia.

—No podemos seguir veinte kilómetros de esta manera —dice—. ¿Dónde está la posada más cercana? ¡Pregúntaselo a ese bruto!

Saco un chelín del bolsillo y lo elevo para que quede bien iluminado por el sol. El chelín ejerce sus magnéticas virtudes. El chelín atrae lentamente al campesino desde el campo hasta mí. Le informo de que queremos dejar los caballos y alquilar un carruaje que nos lleve de vuelta a Farleigh Hall. ¿Dónde podríamos hacer tal cosa?

El campesino responde (sin apartar los ojos del chelín):

—N’Underbrich, guro. (En Underbridge, seguro.)

—¿Está muy lejos Underbridge?

—¿Mu lejos Underbrich? —repite el campesino riéndose de la pregunta—. ¡Joo, joo, joo!

(Underbridge está, al parecer, bastante cerca. Si tan solo pudiéramos averiguar dónde...)

—¿Sería tan amable de mostrarnos el camino, buen hombre?

—¿Me darún trago sidra?

Hago una cortés reverencia con la mano y le señalo el chelín. La inteligencia agrícola se pone en marcha y el campesino se une a nuestra melancólica procesión. Mi esposa es una mujer hermosa, pero no la mira ni por un instante. Más extraordinario aún, ni siquiera les echa un vistazo a los caballos. Sus ojos están dominados por su mente, y su mente está concentrada en el chelín.

Alcanzamos la cumbre de la colina, ¡y allí está, al otro lado, acurrucado en un valle, el destino de nuestro peregrinaje, el pueblo de Underbridge! Llegados a este punto nuestro guía reclama su chelín y nos deja para que encontremos la posada por nosotros mismos. Soy, por constitución, un hombre educado. Al separarnos, le digo: «Buenos días». El asilvestrado guía me mira mientras muerde el chelín para asegurarse de que es bueno.

—¡Días! —grita salvajemente, y nos vuelve la espalda como si le hubiéramos ofendido. Un curioso producto del crecimiento de la civilización, este hombre. Si no

hubiera visto la torre de una iglesia en Underbridge, podría haber supuesto que nos habíamos perdido en una isla salvaje.

Al llegar al pueblo no tenemos ningún problema para encontrar lo que buscamos. El pueblo está compuesto de una calle desolada, y la posada se alza justo en mitad de la misma. Se trata de un viejo edificio de piedra tristemente descuidado. El dibujo del letrero ha desaparecido por completo. Los postigos de la larga fila de ventanas frontales están echados. Una gallina y sus polluelos son los únicos seres vivientes que nos reciben en la puerta. Con toda seguridad, esta es una de las viejas posadas del periodo de las diligencias, completamente arruinada por las vías férreas. Cruzamos por debajo del arco de entrada y seguimos sin encontrar a nadie. Llegamos hasta el patio y nos acercamos al establo; ayudo a mi mujer a desmontar, y ya estamos otra vez en el punto en el que comenzó esta narración. Ninguna campana de cuya cuerda tirar. Ningún ser humano que responda a mis llamadas. Sigo de pie, indefenso, con las bridas de los caballos en la mano. La señora Fairbank se pasea con gracia alrededor del patio y hace lo que todas las mujeres cuando se encuentran en un lugar desconocido: abre todas las puertas que encuentra y espía lo que pueda haber al otro lado. Por mi parte, acabo de recuperar el aliento. Estoy a punto de llamar al posadero por tercera y última vez, cuando oigo a la señora Fairbank llamándome de repente.

—¡Percy! ¡Ven aquí!

Su voz se muestra ansiosa y agitada. Acaba de abrir una última puerta al fondo del patio y ha retrocedido sobresaltada ante alguna visión repentina. Ato las bridas de los caballos a un clavo oxidado que hay en la pared cercana a mí y me uno a mi esposa. Se ha puesto pálida y me agarra nerviosamente del brazo.

—¡Cielo santo! —grita—. ¡Mira eso!

Miro, ¿y qué veo?

Veo un sórdido y pequeño establo de dos cuadras. En una de ellas hay un caballo mordisqueando su maíz. En la otra, yace un hombre durmiendo sobre la paja.

Se trata de un hombre desgastado, ajado y cariacontecido, vestido con un traje de mozo. Sus mejillas huecas y arrugadas, su pelo grisáceo y escaso, su piel amarillenta y seca, todo ello revela una historia de penas y sufrimientos pasados. Su ceño se frunce ominosamente sobre las cejas; uno de los lados de su boca padece de dolorosas contracciones nerviosas. Cuando miro por primera vez, le oigo respirar convulsivamente. El hombre tiembla y suspira en sueños. No es una visión agradable y me vuelvo instintivamente hacia la brillante luz del patio. Mi mujer vuelve a encaminarme en dirección a la puerta del establo.

—¡Espera! —dice—. ¡Espera! Podría hacerlo otra vez.

—¿Hacer qué?

—Cuando he mirado por primera vez, estaba hablando en sueños, Percy. Estaba soñando algo horrible. ¡Calla! Ya empieza otra vez.

Miro y escucho. El hombre se agita en su miserable lecho. Habla a través de los entrecerrados dientes con un susurro fiero y acelerado.

—¡Despierten! ¡Eh, despierten! ¡Asesinato!

Hay un intervalo de silencio. Mueve un magro brazo, lentamente, hasta posarlo sobre su garganta. Le recorre un escalofrío y se da la vuelta en la paja. Retira el brazo de su garganta y lo alarga débilmente; coge un puñado de paja del costado hacia el que se ha vuelto. Parece imaginarse que ha agarrado el borde de algo. Veo que sus labios empiezan a moverse de nuevo. Entro en el establo sin hacer ruido. Mi esposa me sigue, sin soltarme la mano. Ambos nos inclinamos sobre él. Vuelve a hablar dormido. Esta vez dice cosas extrañas, dementes.

—Ojos grises y claros —le oímos decir—, y el párpado caído sobre el ojo izquierdo. Cabello rubio pajizo, con una veta dorada. ¡De acuerdo, madre! Rubia. Brazos blancos, pequeñas manitas de dama, un poco enrojecidas alrededor de las uñas. El cuchillo. El maldito cuchillo... primero a un costado, después al otro. ¡Ajá, diablesa! ¿Dónde está el cuchillo?

Se calla y de repente se muestra inquieto. Le vemos retorcerse entre la paja. Levanta ambas manos y jadea histéricamente en busca de aire. Sus ojos se abren de repente. Por un momento no miran hacia nada en concreto; tienen un brillo vacío. Después vuelven a cerrarse en un sueño profundo. ¿Está soñando todavía? Sí, pero el sueño parece haber proseguido por nuevos derroteros. Cuando vuelve a hablar, su tono ha cambiado; las palabras son escasas; las repite una y otra vez en un tono triste e implorante.

—¡Di que me amas! Te quiero tanto... ¡Di que me amas! ¡Di que me amas!

Se hunde en un sueño cada vez más profundo, repitiendo débilmente estas palabras hasta que acaban por morir en sus labios. Después, ya no habla más.

Para entonces, la señora Fairbank ha superado su terror. Ahora se encuentra devorada por la curiosidad. La miserable criatura tumbada en la paja ha apelado al aspecto más imaginativo de su carácter. Su ilimitado apetito por el romance desea saber más. Me agita impacientemente el brazo mientras dice:

—¿Has oído? ¡Hay una mujer detrás de todo esto, Percy! ¡Se trata de un asunto de amor y asesinato, Percy! ¿Dónde está la gente de la posada? Ve al patio y llámalos otra vez.

Mi esposa es originaria, por parte de madre, del sur de Francia. El sur de Francia produce mujeres bellas y de temperamento cálido. No diré más. Los hombres casados entenderán mi posición. Quizá a los solteros hará falta decirles que hay ocasiones en las que debemos no solo amar y honrar a nuestras mujeres... sino también obedecerlas.

Me vuelvo hacia la puerta para obedecer a mi esposa y me topo de bruces con un extraño que se ha acercado a nosotros sin que advirtiéramos su presencia. El desconocido es un viejo pequeño, somnoliento y sonrosado; con cara de pan y testa calva y brillante. Lleva puestos unos bombachos pardos y un abrigo negro antiguo y respetable. Siento instintivamente que me encuentro ante el dueño de la posada.

—Buenos días, señor —dice el sonrosado viejo—. Soy un poco duro de oído.

¿Era usted quien llamaba hace un momento desde el patio?

Antes de que pueda responder, mi esposa se interpone. Insiste (con una voz estridente adaptada a la dureza de oído de nuestro anfitrión) en saber quién es el pobre desgraciado que está durmiendo en la paja.

—¿De dónde viene? ¿Por qué dice cosas tan terribles mientras duerme? ¿Está soltero o casado? ¿Se ha enamorado alguna vez de una asesina? ¿Qué tipo de mujer era? ¿Le acuchilló realmente? En resumen, querido señor patrón, ¡cuéntenos toda la historia!

El querido señor patrón espera adormecido a que la señora Fairbank haya terminado de abrumarle, y después le ofrece una respuesta como la que sigue:

—Su nombre es Francis Raven. Es metodista independiente. En su último cumpleaños cumplió cuarenta y cinco. Y es mi mozo de cuadra. Esa es su historia.

El cálido temperamento sureño de mi esposa se traslada hasta su pie y encuentra un modo de expresión adecuado en un pisotón que descarga contra el suelo del patio.

El adormecido dueño de la posada se vuelve para contemplar los caballos.

—Un buen par de caballos, esos dos del patio. ¿Quiere que se los guarde en los establos?

Respondo afirmativamente mediante un movimiento de cabeza. El patrón, intentando ser agradable con mi mujer, vuelve a decirle:

—Voy a despertar a Francis Raven. Es metodista independiente. En su último cumpleaños cumplió cuarenta y cinco. Y es mi mozo de cuadra. Esa es su historia.

Tras habernos ofrecido la segunda edición de su interesante narrativa, el dueño entra en el establo. Le seguimos para ver cómo piensa despertar a Francis Raven y qué va a pasar después. La escoba del establo está en una esquina, apoyada contra la pared. El patrón la toma, avanza hacia el dormido mozo y la restriega fríamente sobre él como si de una bestia salvaje encerrada en una jaula se tratara. Francis Raven se levanta de un salto profiriendo un grito de terror. Nos mira salvajemente con un horrible destello de sospecha en sus ojos, pero en un instante recobra la compostura, y de repente se convierte en un sirviente decente, tranquilo y respetable.

—Le ruego me disculpe, señora. Le ruego me disculpe, caballero.

El tono y el modo en que se disculpa están por encima de su aparente situación en la vida. Empiezo a contagiarme del interés de la señora Fairbank por este hombre. Ambos le seguimos hasta el patio para ver lo que hará con los caballos. El modo en que levanta la pata herida del caballo cojo me confirma de inmediato que conoce su trabajo a la perfección. Rápida y tranquilamente conduce a los animales hasta un establo vacío. Rápida y tranquilamente, toma también un cubo lleno de agua caliente e introduce la pata herida del caballo en su interior.

—El agua caliente reducirá la inflamación, señor. Después le vendaré la pata.

Todo lo que hace, lo hace con inteligencia; todo lo que dice, lo dice con un propósito. Nada extraño ni salvaje hay ahora en él. ¿Acaso es este el mismo hombre al que oímos hablar dormido? ¿El mismo hombre que se despertó profiriendo aquel

grito de terror y con aquella hórrida suspicacia en los ojos? Me decido a probarle con una o dos preguntas.

—No hay mucho que hacer por aquí —le digo al mozo.

—Apenas nada, señor —responde él.

—¿Se aloja alguien en la posada?

—La posada está prácticamente vacía, señor.

—Empezaba a pensar que estaban todos muertos. No conseguía que me oyera nadie.

—El patrón está bastante sordo, señor, y el camarero ha ido a hacer unos recados.

—Sí; y usted estaba completamente dormido en el establo. ¿Echa a menudo la siesta?

El desgastado rostro del mozo de cuadra se ruboriza débilmente. Sus ojos se alejan por primera vez de los míos. La señora Fairbank me pellizca el brazo furtivamente. ¿Estamos por fin a punto de descubrir algo? Repito mi pregunta. El hombre no tiene otra alternativa educada que responderme. La respuesta llega en estos términos:

—Estaba completamente agotado, señor. Jamás me habría encontrado durmiendo durante el día de no ser por eso.

—¿Agotado, eh? Habrá estado trabajando duro, supongo.

—No, señor.

—¿Entonces, cuál es la causa?

Vuelve a dudar, y responde a regañadientes.

—Estuve despierto toda la noche.

—¿Despierto toda la noche? ¿Alguna festividad en el pueblo?

—Nada por el estilo, señor.

—¿Acaso hay alguien enfermo?

—Nadie enfermo, señor.

Esta respuesta es la última. Por mucho que lo intento, no puedo sacarle nada más. Se vuelve y se mantiene ocupado atendiendo la pata del caballo. Abandono el establo para hablar con el patrón sobre el carruaje que nos ha de llevar de regreso a Farleigh Hall. La señora Fairbank se queda junto al mozo de cuadra y cuando me marchó me obsequia con una mirada reveladora. La mirada dice claramente:

—Pienso descubrir por qué estuvo despierto toda la noche. Déjame a mí y verás.

El alquiler del carruaje se lleva a cabo con facilidad. La posada tiene un caballo y también un coche. El patrón tiene una historia sobre el caballo y una historia sobre el coche. Se parecen a la historia de Francis Raven, con la excepción de que ni el caballo ni el coche tienen afiliación religiosa.

—En su próximo cumpleaños, el caballo cumplirá nueve. He tenido el coche durante veinticuatro años. El señor Max de Underbridge, él crio el caballo; y el señor Pooley de Yeovil, él construyó el coche. Es mi caballo, y es mi coche. Y esa es su historia.

Tras haber aliviado su mente del peso de estos detalles, el patrón procede a ponerle el arnés al caballo. Para ayudarlo, arrastro el coche hasta el patio. La señora Fairbank aparece cuando hemos terminado nuestros preparativos. Poco después, el mozo de cuadra la sigue al patio. Ha vendado la pata del caballo y está listo para llevarnos hasta Farleigh Hall. Observo signos de agitación en su rostro y su comportamiento, lo que me sugiere que mi esposa ha logrado vencer su resistencia. Se lo pregunto privadamente en una esquina del patio.

—¿Y bien? ¿Has descubierto por qué ha pasado toda la noche en vela?

La señora Fairbank tiene cierta capacidad para el dramatismo. En lugar de responderme sencilla y llanamente, sí o no, suspende el interés y excita a la audiencia mediante otra pregunta:

—¿Qué día del mes es hoy, querido?

—Uno de marzo.

—El día uno de marzo, Percy, es el cumpleaños de Francis Raven.

Intento parecer interesado sin conseguirlo.

—Francis nació —continúa la señora Fairbank con gravedad— a las dos en punto de la mañana.

Empiezo a preguntarme si el intelecto de mi mujer ha seguido el mismo camino que el del dueño de la posada.

—¿Eso es todo? —pregunto.

—Eso *no* es todo —responde la señora Fairbank—. Francis Raven se pasa la madrugada de su cumpleaños sentado en vela porque tiene miedo de acostarse.

—¿Y por qué tiene miedo de acostarse?

—Porque su vida corre peligro.

—¿El día de su cumpleaños?

—El día de su cumpleaños. A las dos en punto de la madrugada. Con toda regularidad.

Entonces se calla. ¿No ha descubierto nada más? Hasta ahora nada más. Esta vez empiezo a sentirme verdaderamente interesado. Me pregunto ansiosamente qué significa todo aquello. La señora Fairbank señala misteriosamente en dirección al coche, en el que Francis Raven (hasta ahora mozo de cuadra, a partir de ahora chófer) espera a que nos subamos. El coche tiene un asiento para dos al frente y otro para una sola persona en la parte trasera. Mi esposa me dirige una mirada de aviso y se coloca en el asiento delantero.

El resultado de este movimiento es que la señora Fairbank permanece sentada junto al conductor durante un viaje de algo más de dos horas. ¿Debo aclarar el resultado? Hacerlo sería un insulto a su inteligencia. Deje que le ofrezca mi sitio en el coche. Y deje que sea Francis Raven quien cuente su historia con sus propias palabras.

SEGUNDA NARRACIÓN

LA HISTORIA DEL MOZO. CONTADA POR ÉL MISMO

Han pasado diez años desde el día en que recibí el primer aviso de mi desgracia, a través de la visión de un sueño.

Seré capaz de contárselo mejor si hacen el favor de imaginarse a ustedes mismos tomando el té con nosotros, en nuestra pequeña granja de Cambridgeshire, hace diez años.

El día empezaba a marcharse y éramos tres a la mesa: mi madre, yo mismo y la hermana de mi madre, la señora Chance. Las dos eran escocesas de nacimiento, y ambas eran viudas. Que yo sea capaz de recordar, no había más semejanzas entre ellas. Mi madre había vivido toda su vida en Inglaterra, y no tenía más acento escocés del que pueda tener yo. Mi tía Chance no había salido de Escocia hasta que vino a vivir con nosotros para ayudar a mi madre a mantener la casa después del fallecimiento de su esposo. Y cuando abría la boca podía oír usted puro escocés. ¡Ya puede imaginárselo, si es que alguna vez lo ha oído!

Lo que sucedió aquella tarde fue que debatimos un problema de ciertas consecuencias. Se trataba de lo siguiente: si yo iba a obrar bien o no, al realizar un largo viaje a pie al día siguiente.

El día siguiente resultaba ser el día antes de mi cumpleaños, y el propósito de mi viaje era ofrecermelo para el puesto de mozo de cuadra en una gran mansión del condado vecino. Según tenía entendido, el puesto iba a quedar vacante en unas tres semanas con toda seguridad, y yo estaba tan bien preparado para que me aceptaran como cualquier otro hombre. En días mejores, mi padre había sido el encargado de un establo de entrenamiento, y me había mantenido empleado entre caballos desde la adolescencia. Disculpen que les entretenga con estos pequeños detalles. Todos están relacionados con mi historia, como pronto podrán descubrir.

Mi pobre madre se mostraba muerta de preocupación debido a mi marcha al día siguiente.

—Nunca podrás andar todo el camino hasta allí y luego volver a casa antes de que caiga la noche. Al final todo quedará en que habrás dormido fuera de casa el día de tu cumpleaños. Nunca has hecho eso desde que murió tu padre, Francis. Y no me gusta que lo hagas ahora. Espera un día más, hijo mío. Tan solo un día más.

Por mi parte, me incomodaba comportarme de una manera tan perezosa, y no podía soportar la idea de retrasar aquella visita. Incluso un solo día podía marcar toda la diferencia. Algún otro hombre podría llegar antes que yo y hacerse con el empleo.

—Piensa en todo el tiempo que llevo sin trabajo —dije— y no me pidas que retrase el viaje. No te fallaré, madre. Estaré aquí mañana por la noche aunque tenga que gastarme mis últimos seis peniques en un viaje en carro.

Mi madre meneó la cabeza.

—No me gusta, Francis. ¡No me gusta!

No había manera de hacerla cambiar de opinión. Discutimos y discutimos hasta que ambos llegamos a un callejón sin salida. Finalmente decidimos de mutuo acuerdo dejar que la cuestión fuese dirimida por la hermana de mi madre, la señora Chance.

Mientras mi madre y yo intentábamos convencernos el uno al otro con todas nuestras fuerzas, mi tía Chance había permanecido tan muerta como un pescado, sorbiendo su té y pensando en sus cosas. Cuando le solicitamos su opinión, pareció despertarse.

—¿Estáis los dos de acuerdo en someteros a mi pobre juicio? —dijo con su cerrado acento escocés. Ambos respondimos:

—Sí.

Después de aquello, mi tía Chance recogió la mesa y a continuación sacó del refajo de su vestido una baraja de cartas.

Por favor, no quisiera que interpretaran que hizo esto a la ligera, con la intención de entretenernos a mi madre y a mí. Mi tía Chance creía seriamente que podía averiguar el futuro leyendo la fortuna en sus cartas. Nunca hacía nada sin antes consultar con ellas. No podía dar una muestra más seria de su interés por mi bienestar que la prueba que ahora me ofrecía. Y no lo digo de un modo profano; tan solo menciono el hecho de que las cartas, de algún modo incomprensible, se habían mezclado con sus convicciones religiosas. Actualmente uno puede encontrarse con gente que cree comunicarse con los espíritus a través de mesas y sillas. Siguiendo el mismo principio (si es que hay algún principio en todo esto), mi tía Chance creía que la providencia se manifestaba a través de las cartas.

—Tanto si tienes razón como si es tu madre quien la tiene, tanto si harías bien o mal, marchándote o quedándote mañana, las cartas te lo revelarán. Estamos en manos de la providencia. Las cartas te lo revelarán.

Al oír aquello, mi madre volvió la cabeza hacia un lado, con el rostro algo agriado. Las ideas de su hermana sobre las cartas eran poco más que una blasfemia para ella. Pero se guardó su opinión para sí misma. Mi tía Chance, para ser sinceros, había heredado a través de su difunto esposo una pensión de treinta libras al año. Era una contribución importante a la economía de la casa, de modo que nosotros, como parientes pobres, debíamos tratarla con cierto respeto. En cuanto a mí, aunque mi pobre padre nunca pudo hacer nada por mí antes de verse en dificultades, al menos me dio una buena educación; y me crio (gracias a Dios) libre de supersticiones de todo tipo. En todo caso, en aquellos días bastaba poco para entretenerme, ¡de modo que esperé a que me leyera la fortuna con tanta paciencia como si también creyera en ello!

Mi tía empezó su abracadabra quitando de la baraja todas las cartas inferiores a siete. Barajó el resto con la mano izquierda, para favorecer a la suerte, y me las dio para cortar.

—Con la mano izquierda, Francie. ¡Acuérdate siempre! ¡Confía en la providencia, pero no olvides que la suerte está en tu mano izquierda!

A aquel ceremonial le siguió una larga y elaborada ronda de eliminación de cartas, de modo que su número se fuera reduciendo hasta que solo quedaron quince, extendidas ordenadamente frente a mi tía formando un semicírculo. La carta que había quedado en el extremo derecho del círculo era, según las reglas, la carta elegida para representarme a mí. De un modo de lo más apropiado para representar a un mozo de cuadra sin trabajo, la carta resultó ser el rey de oros.

—Cojo el rey de diamantes —dijo mi tía—. Cuento siete cartas de derecha a izquierda, y humildemente pido una bendición para lo que sigue.

Mi tía cerró los ojos como si estuviera dando las gracias antes de comer carne, y extendió hacia mí la séptima carta. La reina de espadas. Mi tía abrió los ojos apresuradamente y dirigió una mirada astuta en mi dirección.

—La reina de espadas representa a una mujer de pelo oscuro. ¿Acaso piensas en secreto en una mujer de cabellos oscuros, Francie?

Cuando un hombre ha estado lejos de cualquier lugar durante más de tres meses, su mente no pierde demasiado el tiempo pensando en mujeres, sean rubias o morenas. Estaba pensando en el puesto de mozo de cuadra en la mansión, y así intenté decirlo. Pero mi tía Chance no me escuchaba. Trató mi interrupción con desprecio.

—¡Tut-tut! ¡Ahí está la carta, en tu mano! Si no estás pensando en ella hoy, ya lo harás mañana. ¿Qué tiene de malo pensar en una mujer de cabellos oscuros? Yo misma los tuve oscuros antes de que mi pelo se volviera gris. Mantente tranquilo, Francie, y observa las cartas.

Contemplé las cartas tal y como se me había solicitado. Quedaban siete sobre la mesa. Mi tía retiró dos de un extremo y otras dos del otro; después me solicitó que escogiera dos de las tres que quedaban en la mesa. Cogí el as de bastos y el diez de oros. Mi tía Chance elevó los ojos hacia el techo con una mirada de gratitud devota que puso a mi madre al borde de su paciencia. El as de bastos y el diez de oros significaban, de aparecer juntos, tres cosas. Primero: buenas noticias (¡evidentemente, noticias sobre el puesto de mozo de cuadra!); segundo: que me esperaba un viaje (haciendo referencia directa a mi expedición del día siguiente); tercero y último: una suma de dinero (¡probablemente el sueldo de mozo!), que únicamente esperaba a encontrar el camino hasta mis bolsillos. Tras haberme leído la fortuna en tan halagadores términos, mi tía declinó continuar con el experimento.

—¡Eh, muchacho! Reclamarle a las cartas más de lo que estas ya nos han dicho es tentar a la providencia. Acude mañana a esa mansión. Una mujer de cabellos oscuros te estará esperando en la puerta y te ayudará a conseguir ese puesto de mozo, con las gratificaciones y requisitos que conlleve. ¡Y quizá, cuando tus bolsillos estén repletos de dinero, no te olvidarás de tu tía Chance, que tiene que mantenerse en su desdichada viudez (con la ayuda de la providencia) con tan solo treinta libras al año!

Prometí acordarme de mi tía Chance (quien por cierto tenía el defecto de ser una

persona terriblemente codiciosa y tacaña) en aquella próxima y feliz ocasión en la que mis pobres y vacíos bolsillos se vieran rellenos al fin. Tras haberlo hecho, miré a mi madre. Había aceptado que su hermana mediara en nuestra disputa y su hermana me había concedido su favor. No puso más objeciones. Se levantó silenciosamente, me besó y, tras suspirar amargamente, abandonó la habitación.

Mi tía Chance negó con la cabeza.

—Dudo, Francie, que tu pobre madre tenga la más ligera idea de la valía de las cartas.

Al amanecer del día siguiente me puse en marcha. Al abrir la puerta del jardín miré hacia la granja. Mi madre estaba asomada a una de las ventanas, con el pañuelo pegado a los ojos. Mi tía Chance estaba en otra, manteniendo en alto la reina de espadas para darme ánimos. Las saludé a ambas con la mano a modo de despedida y salí con viveza a la carretera. Era el último día de febrero. Tengan ahora la amabilidad de recordar que el primero de marzo era el día de mi nacimiento, y las dos en punto de la mañana la hora exacta del mismo.

Ahora ya saben por qué abandoné mi casa aquel día. Lo siguiente es contar lo que sucedió durante el viaje.

Considerando la distancia, llegué hasta la gran mansión en un tiempo bastante razonable. Sin embargo, la profecía de las cartas resultó ser errónea ante la primera prueba. La persona que me recibió en la puerta de entrada no fue una mujer de cabellos oscuros. De hecho, ni siquiera era una mujer, sino un muchacho. Me condujo hasta el despacho de los empleados y, de nuevo, las cartas se equivocaron por completo. Me encontré no con una mujer, sino con tres, y ninguna de ellas tenía los cabellos oscuros. Ya he dicho que no soy supersticioso, y he dicho la verdad. Pero debo reconocer que sentí una pequeña agitación en mi corazón cuando me incliné ante el ama de llaves y le conté el asunto que me había llevado hasta la casa. Su respuesta completó el trío de errores de la lectura del porvenir de la tía Chance. Mi mala suerte seguía persiguiéndome. Otro hombre había solicitado el puesto aquella misma mañana y lo había conseguido.

Me tragué la decepción lo mejor que pude y le di las gracias al ama de llaves. Después fui hasta la posada del pueblo para descansar un rato y comer algo, dos cosas de las que para entonces ya empezaba a estar verdaderamente necesitado.

Antes de reiniciar el camino de regreso a casa, hice algunas preguntas en la posada y descubrí que podría ahorrarme algunos kilómetros de trayecto si seguía una nueva carretera en vez de volver por donde había llegado. Armado con las indicaciones, repetidas en varias ocasiones, sobre los desvíos que tendría que seguir, me puse en marcha y caminé hasta el anochecer, deteniéndome una sola vez para comer algo de pan y queso. Justo cuando estaba empezando a oscurecer, se puso a llover y empezó a levantarse algo de viento. Para empeorar las cosas, me encontraba en una parte de la comarca con la que no estaba familiarizado en absoluto, aunque suponía que podía encontrarme a unos veinticinco kilómetros de casa. El primer lugar

que encontré para preguntar fue una solitaria posada de carretera, situada a las faldas de un espeso bosque. Pese a que el lugar parecía muy solitario, era bien recibido por un hombre hambriento, sediento, con los pies destrozados y empapado. El patrón era educado y de apariencia respetable, y el precio que pidió por una cama me pareció lo suficientemente razonable. Me apenaba decepcionar a mi madre, pero no había ningún medio de transporte disponible y no podía seguir caminando tal y como estaba la noche. Mi agotamiento prácticamente me obligó a detenerme en la posada.

Podría decir de mí mismo que soy un hombre mesurado. Mi cena consistió únicamente en unas lonchas de beicon, una rodaja de pan casero y una pinta de cerveza. Tras aquella frugal cena no me fui de inmediato a la cama, sino que me senté con el patrón a hablar de mis malas perspectivas de futuro y de mi larga temporada de mala suerte. De aquellos temas pasamos a los caballos y a las carreras. Nada se dijo durante aquella conversación, ni por mí ni por mi anfitrión ni por ninguno de los escasos presentes que se encontraban aquella noche en el bar, nada, repito, que hubiera podido excitar mi mente, despertar mi imaginación (que en los mejores momentos tiende a ser poca) o alterar mi sentido común.

Poco después de las once la casa quedó cerrada. Acompañé al patrón en su ronda y le sostuve la vela mientras aseguraba las puertas y las ventanas inferiores. Percibí con sorpresa el calibre de los cerrojos, barras y forros de hierro de los postigos.

—¿Sabe?, solemos estar bastante a solas por aquí —dijo el patrón—. Y nunca hemos sufrido ningún intento de robo, pero nunca está de más prevenir. Cuando no hay nadie durmiendo aquí, yo soy el único hombre de la casa. Mi esposa y mi hija son tímidas, y la criada sigue el ejemplo de sus señoras. ¿Quiere otra jarra de cerveza antes de acostarse? ¡No! Vaya, no puedo entender cómo un hombre sobrio como usted puede permanecer desempleado. Aquí es donde va a dormir. Esta noche es usted el único huésped y creo que podrá decir sinceramente que mi señora ha hecho todo lo posible para que se sienta usted cómodo. ¿Está seguro de que no quiere otra jarra de cerveza? Muy bien. Buenas noches.

Según el reloj del pasillo, cuando subimos a la habitación, que estaba situada en el segundo piso, eran las once y media. Mi ventana daba al bosque que se extendía detrás de la casa.

Cerré la puerta con pestillo, coloqué la vela sobre la cajonera y me preparé para acostarme, tan agotado estaba. El viento desapacible seguía soplando con intensidad y el solemne gemido que producía al cruzar el bosque resultaba terrible de oír en mitad del silencio de la noche. Sintiéndome extrañamente despierto, decidí mantener la vela encendida hasta que empezase a sentirme somnoliento. Lo cierto es que no me sentía a gusto. Estaba deprimido debido a la decepción sufrida por la mañana, y me encontraba agotado debido a mi larga marcha. Entre una cosa y la otra, admito que no podía soportar la perspectiva de yacer toda la noche despierto en la oscuridad oyendo el deprimente lamento del viento que atravesaba el bosque.

El sueño se apoderó de mí antes de que me hubiera dado cuenta. Se me cerraron

los ojos y caí completamente rendido sin ni siquiera pensar en apagar la vela.

Lo siguiente que recuerdo es un débil escalofrío que me recorrió de la cabeza a los pies, y un horroroso sentimiento de profundo dolor en el corazón; un dolor como nunca había sentido con anterioridad. El escalofrío únicamente alteró mi sueño. El dolor me despertó de inmediato. En un momento pasé de un estado de sueño a otro de vigilia; mis ojos se abrieron de par en par, y mi mente se aclaró tan completa y repentinamente como de milagro.

La vela se había fundido casi hasta el último trozo de cera, pero aún quedaba algo de mecha sin consumir y la luz seguía brillando, por el momento, con fuerza.

Vi una persona en mi habitación interponiéndose entre el piecero de la cama y la puerta cerrada. La persona era una mujer que me contemplaba con un cuchillo en una de las manos.

No es ningún crédito para mi coraje admitirlo, pero la verdad es la verdad: me quedé completamente sin habla debido al terror. Allí estaba yo, tumbado, con los ojos clavados en la mujer. Y allí estaba ella (con el cuchillo en la mano) clavando *sus* ojos en *mí*.

No dijo una sola palabra mientras nos contemplamos mutuamente los rostros, pero poco después empezó a moverse. A moverse lentamente hacia el costado izquierdo de la cama.

La luz le daba de lleno en la cara. Era una mujer hermosa, con el cabello rubio pajizo y unos ojos grises y claros. Tenía el párpado izquierdo un poco caído. Percibí estos detalles y los grabé en mi mente antes incluso de que hubiera llegado al lado de la cama. Sin decir una sola palabra, sin cambiar en absoluto la pétrea inexpresividad de su rostro, y sin que sus pisadas produjesen el más mínimo sonido, la mujer siguió acercándose más y más. Se detuvo junto a la cabecera de la cama y blandió el cuchillo para clavármelo. En un primer momento me cubrí la garganta con el brazo pero, al ver el golpe dirigiéndose hacia mí, arrojé la mano hacia el lado derecho de la cama e hice rodar el cuerpo justo en el momento en que el cuchillo pasaba rozándome el hombro.

Mis ojos se quedaron fijos en su brazo y su mano. Me dio el tiempo suficiente para contemplarlos mientras extraía lentamente el cuchillo del colchón. Era un brazo blanco y bien formado, rematado por una delicada mano de dama con un rubor rosáceo alrededor de las uñas.

Extrajo el cuchillo y volvió a retroceder lentamente hasta el piecero de la cama. Allí se detuvo un momento para observarme, y luego volvió a acercarse sin decir una sola palabra, sin cambiar en absoluto la pétrea inexpresividad de su rostro, y sin que sus pisadas produjesen el más mínimo sonido, hasta llegar al extremo de la cama en que estaba yo ahora.

Al acercarse, volvió a elevar el cuchillo, de modo que yo me arrojé hacia el extremo izquierdo de la cama. De nuevo hundió el arma en el colchón con un ágil movimiento del brazo; y, del mismo modo que antes, volvió a fallar por un pelo. Esta

vez mis ojos se quedaron clavados en el cuchillo. Era una de esas grandes navajas con las que los trabajadores cortan el pan y el beicon. Sus delicados dedos apenas llegaban a cubrir más de dos tercios de la empuñadura. Observé que estaba hecha de asta de ciervo, y que parecía tan limpia y brillante como la hoja. Toda la navaja tenía apariencia de ser nueva de trinca.

La mujer extrajo por segunda vez el cuchillo del colchón y, de repente, lo ocultó en la ancha manga de su vestido. Una vez hecho aquello, se detuvo junto a la cama, observándome. Durante un momento la vi permanecer en aquella posición. Después, la mecha se desprendió de la vela y cayó sobre la cera derretida. La llama se redujo hasta un puntito azul y la habitación se vio sumida en tinieblas.



Tan solo transcurrió un momento, o menos si es que eso es posible, antes de que la mecha volviera a prender por última vez provocando una abundante humareda. Cuando surgió aquel último destello de luz, mis ojos aún seguían enfocados hacia el costado derecho de la cama. Pero por mucho que miré, no pude ver nada. La mujer del cuchillo había desaparecido.

Empecé a recuperarme. Podía sentir mi corazón latiendo, podía oír el lastimoso gemido del viento en el bosque; y también pude saltar de la cama y dar la alarma con la intención de detenerla antes de que saliera de la casa.

—¡Asesinato! ¡Eh, despierten! ¡Asesinato!

Nadie respondió. Me levanté y atravesé la oscuridad de la habitación hasta llegar a la puerta. Tenía que haber entrado por allí, y por allí tenía que haber salido.

Sin embargo, la puerta de la habitación tenía echado el cerrojo, ¡tal y como yo lo había dejado antes de acostarme!

Me acerqué a la ventana. ¡También estaba cerrada!

Al oír una voz en el exterior, abrí la puerta. Allí estaba el patrón, dirigiéndose hacia mí por el pasillo con una vela encendida en una mano y una pistola en la otra.

—¿Qué es lo que pasa? —dijo mirándome de un modo nada amistoso.

Solo pude responderle mediante un susurro.

—Una mujer, con un cuchillo. En mi habitación. Una mujer rubia y hermosa. Me ha atacado con el cuchillo en dos ocasiones.

Elevó su vela y me observó cuidadosamente de la cabeza a los pies.

—Parece haber fallado las dos veces.

—Conseguí esquivar el cuchillo. Se clavó en la cama las dos veces. Entre y véalo usted mismo.

El patrón entró de inmediato en el dormitorio con su vela. En menos de un minuto volvió a salir al pasillo completamente enfurecido.

—¡Que el diablo se los lleve, a usted y a su mujer del cuchillo! No hay ni una sola marca en la cama. ¿Qué es lo que pretende, entrando en casa de un hombre y aterrizando a su familia a causa de un simple sueño?

¿Un sueño? ¿Acaso la mujer que había intentado acuchillarme no era un ser humano como yo? Empecé a temblar violentamente. El mero pensamiento de aquello bastaba para aterrorizarme.

—Dejaré la casa —dije—. Prefiero estar en la carretera a merced de la lluvia y de la oscuridad que seguir en esa habitación después de lo que he visto. Déjeme la luz para que pueda vestirme y dígame cuánto le debo.

El patrón me acompañó con su vela hasta el interior de la habitación.

—¿Que qué me debe? —dijo—. Encontrará su cuenta apuntada en la pizarra que hay abajo. De haber sabido de antemano lo de sus sueños y sus gritos no le habría admitido en mi casa ni por todo el dinero que pueda llevar encima. Mire la cama. ¿Dónde están los cortes que habría dejado un cuchillo? Mire la ventana. ¿Acaso está forzado el cierre? Mire la puerta (cuyo cerrojo le he oído descorrer). ¿Acaso está

rota? ¡Una asesina con un cuchillo! ¡En mi casa! ¡Debería avergonzarse de sí mismo!

Mis ojos siguieron su mano mientras señalaba primero hacia la cama, después hacia la ventana y por último hacia la puerta. No tenía ningún sentido negarlo. La sábana de la cama estaba tan entera como el día que había sido tejida. La ventana estaba cerrada. La puerta colgaba de sus bisagras con tanta firmeza como siempre. Recogí mis ropas sin decir nada. Bajamos juntos a la planta baja. Miré el reloj de pared del bar. Pasaban veinte minutos de las dos de la madrugada. Pagué la cuenta y el patrón me dejó salir. Había dejado de llover, pero la noche era oscura y el viento acarreaba más frío que antes. Aunque poco me importaban la oscuridad, el frío o las dudas sobre el camino de regreso a casa. Mi mente se encontraba lejos de todas aquellas cosas. Mi mente se concentraba en la visión que me había asaltado en el dormitorio. ¿Qué era lo que había visto? ¿Qué era lo que había intentado asesinarme? ¿Se trataba acaso de una criatura soñada? ¿O quizá había sido ese otro tipo de criatura proveniente del mundo que existe más allá de la tumba y que los hombres llaman fantasma? No pude comprender nada mientras andaba en plena noche. Y seguía sin comprenderlo al mediodía del día siguiente cuando, después de haberme perdido repetidas veces, me encontré por fin frente a la puerta de mi casa.

Mi madre salió sola para recibirme. No había secretos entre nosotros. Le conté todo lo que había sucedido, del mismo modo que se lo acabo de contar a ustedes.

Mantuvo silencio hasta que hube terminado. Después me preguntó:

—Francis, ¿qué hora era cuando viste a la mujer de tu sueño?

Había mirado el reloj al dejar la posada, y había visto que las manillas indicaban las dos y veinte. Restando el tiempo que había perdido hablando con el propietario y el que había empleado en vestirme, calculé que debía de haber visto por primera vez a la mujer a eso de las dos. Dicho de otro modo: no solo la había visto el día de mi cumpleaños, sino que se me había aparecido a la misma hora de mi nacimiento.

Mi madre permaneció en silencio. Perdida en sus propios pensamientos, me tomó de la mano y me condujo hasta el salón. Su escritorio reposaba sobre la mesa, junto a la chimenea. Lo abrió y me indicó que me sentara a su lado.

—¡Hijo mío!, tu memoria es mala y la mía empieza a fallar. Descríbeme de nuevo a la mujer. Quiero que dentro de algunos años podamos ser capaces de reconocerla con tanta facilidad como lo haríamos ahora.

Obedecí, preguntándome en qué estaría pensando mi madre. Hablé, y ella escribió cada palabra que surgió de mis labios.

—Ojos grises y claros, y el párpado izquierdo ligeramente caído. Cabello rubio pajizo, con una veta dorada. Brazos blancos, pequeñas manitas de dama, un poco enrojecidas alrededor de las uñas.

—¿Te fijaste en cómo iba vestida, Francis?

—No, madre.

—¿Te fijaste en el cuchillo?

—Sí, una enorme navaja completamente nueva, con un mango de asta de ciervo.

Mi madre añadió la descripción de la navaja. También el año, el mes, el día de la semana, y la hora en la que la mujer del sueño se me había aparecido en la posada. Una vez hecho aquello, guardó el papel en su mesa.

—Francis, no le cuentes ni una sola palabra de esto a tu tía. No se lo cuentes a nadie. Mantén tu sueño en secreto entre nosotros dos.

Pasaron las semanas y los meses. Mi madre no volvió a hablar del tema. En cuanto a mí, el tiempo, que todo lo cura, acabó por borrar de mi memoria el recuerdo del sueño. Poco a poco, la imagen de la mujer se fue difuminando más y más. Poco a poco, terminó por desaparecer de mi mente.

Ya les he contado la historia del aviso. Juzguen ahora por sí mismos si fue o no fue un aviso certero, cuando oigan lo que pasó el día de mi siguiente cumpleaños.

Aquel verano, la rueda de la fortuna giró por fin a mi favor. Un día estaba fumando mi pipa cerca de la vieja cantera de piedra que hay a la entrada de nuestro pueblo, cuando un carruaje sufrió un accidente que le dio un giro completo a mi vida. Fue un accidente de lo más común; tanto, que no merece la pena ni mencionarlo. Una dama conduciendo, un caballo desbocado, un criado cobarde y completamente fuera de sí como único acompañante, y una cantera demasiado cerca como para sentirse cómodo. Eso es todo lo que vi, en apenas un momento, entre dos caladas de mi pipa. Detuve el caballo al borde de la cantera y me hice una pequeña herida con el eje del coche. No era nada, pero la dama dijo que le había salvado la vida y su esposo acudió con ella a nuestra granja al día siguiente para tomarme a su servicio en aquel mismo momento. La dama resultó ser bastante morena, y podría divertirles oír que mi tía Chance utilizó de inmediato la ocasión para restablecer el crédito de sus cartas. ¡Allí estaba la promesa de la reina de espadas completamente cumplida, gracias a una mujer de cabellos oscuros, tal y como me lo había predicho mi tía!

—En el futuro, Francie, guárdate de cegarte a las interpretaciones de las cartas, pues me temo que, como los israelitas de antaño, empiezas a poner en duda los dones de la Providencia. No diré más. Quizá cuando el dinero empiece a derramarse en tus bolsillos tengas a bien no olvidarte de tu tía Chance, abandonada como un gorrión en la buhardilla con una anualidad de tan solo treinta libras.

Permanecí en mi puesto de trabajo (en el West End de Londres) hasta la llegada del Año Nuevo.

Por aquel entonces la salud de mi señor empezó a fallar. Los doctores le ordenaron que viajara al extranjero, y nuestro trato quedó roto. Pero mi suerte siguió siendo positiva. Cuando abandoné el lugar, lo hice, gracias a la generosidad de mi amable señor, llevándome una asignación anual garantizada en memoria del día en que había salvado la vida de mi señora. En el futuro podía volver a trabajar o no,

según me apeteciera. Mi pequeña fuente de ingresos era más que suficiente para mantenernos a mi madre y a mí.

Mi señor y mi señora abandonaron Inglaterra hacia finales de febrero. Ciertos asuntos realizados en su nombre me retuvieron en Londres hasta el último día de dicho mes, y únicamente pude regresar a mi pueblo en el tren nocturno, para pasar mi cumpleaños, como de costumbre, con mi madre. Cuando llegué a la granja era ya hora de acostarse, y lamenté comprobar que estaba lejos de encontrarse bien. Para empeorar las cosas, su botella de medicina llevaba vacía desde el día anterior, y no había acudido a rellenarla tal y como el médico le había ordenado que hiciese. Este expendía sus propias medicinas, de modo que me ofrecí para ir a buscar más de inmediato. Ella se negó en redondo y, tras haberme servido la cena, me envió directamente a la cama.

Me quedé dormido, pero algo más tarde volví a despertarme. El dormitorio de mi madre estaba justo al lado del mío. Oí las pesadas pisadas de mi tía Chance recorriendo la habitación de un extremo a otro y, sospechando que algo iba mal, llamé a la puerta. Los dolores de mi madre volvían a mortificarla; era del todo necesario aliviar su sufrimiento lo antes posible. Me vestí y corrí con la botella de medicina en las manos hasta la casa del doctor, al otro extremo del pueblo. En el preciso instante en que llegué a su casa el reloj de la iglesia marcó las dos menos cuarto; faltaban quince minutos para mi cumpleaños. Una llamada a la campanilla de las emergencias nocturnas atrajo al doctor hasta la ventana de su dormitorio para hablar conmigo. Me dijo que esperara un momento y que en seguida me abría la puerta de la botica. Mientras le esperaba, advertí lo hermosa y cálida que era la noche para las fechas en las que nos encontrábamos. Desde allí podía ver la vieja cantera de piedra junto a la que había ocurrido el accidente. La luna brillaba con tanta claridad en el cielo despejado que la escena estaba tan iluminada como si fuese de día.

En un par de minutos el doctor me dejó entrar en la botica. Cerré la puerta observando que había dejado su habitación completamente iluminada. Amablemente, perdonó la negligencia de mi madre y se dispuso a trabajar de inmediato en la composición de la medicina. Ambos estábamos pendientes de la botella, él rellenándola y yo sosteniéndole la luz, cuando oímos la puerta abrirse.

¿Quién en nuestro tranquilo pueblo podría estar despierto y rondando por la calle a la segunda hora de la madrugada?

La persona que había abierto la puerta entró en el radio de acción de la luz de la vela. Para completar nuestro asombro, ¡la persona resultó ser una mujer!

Se aproximó hasta el mostrador y, colocándose a mi lado, retiró el velo con el que se cubría. En el momento en que reveló su rostro, las campanadas de las dos sonaron en el reloj de la iglesia. Era una desconocida tanto para mí como para el doctor. Y también era, más allá de toda comparación, la mujer más bella que yo hubiera visto

en toda mi vida.

—He visto luz por debajo de la puerta —dijo—. Necesito una medicina.

Habló con total tranquilidad y entereza, como si salir a la calle a las dos de la madrugada, para entrar en el consultorio detrás de mí y solicitar una medicación, fuese algo completamente normal. El doctor la contempló como si sospechara que sus ojos le estaban engañando.

—¿Quién es usted? —preguntó—. ¿Cómo es que está usted en la calle a estas horas de la madrugada?

Ella no prestó la más mínima atención a aquellas preguntas. Únicamente dijo lo que quería.

—Tengo un terrible dolor de muelas. Necesito láudano.

El doctor recuperó la compostura cuando ella le pidió el láudano. Cuando se trata de láudano está en su propio terreno, ¿saben?, de modo que en esta ocasión se dirigió a ella con más astucia.

—¿Oh, así que le duelen las muelas? Déjeme que les eche un vistazo.

Ella negó con la cabeza y dejó una moneda de dos chelines sobre el mostrador.

—No quisiera importunarle con eso, doctor. Aquí está el dinero. Deme el láudano, si es tan amable.

El doctor volvió a depositar los dos chelines en su mano.

—No le vendo láudano a desconocidos —respondió—. Si tiene usted molestias de cuerpo o mente, eso ya es otra cosa. Estaré encantado de ayudarla.

Ella volvió a guardarse el dinero en el bolsillo.

—Usted no puede ayudarme —dijo con la misma calma que había demostrado hasta entonces—. Buenos días.

A continuación abrió la puerta de la consulta para volver a salir a la calle.

Hasta entonces yo no había dicho ni una sola palabra. Había permanecido con la vela en la mano (sin saber que la estaba sosteniendo), con los ojos fijos en ella y con la mente ocupada por su presencia, como un hombre completamente embrujado. Su apariencia traicionaba con más claridad que sus palabras su decisión por autodestruirse de un modo u otro. Cuando abrió la puerta, mi alarma ante lo que pudiera pasar le dio a mi lengua el impulso que necesitaba.

—¡Deténgase! —grité—. Espéreme. Quiero hablar con usted antes de que se vaya.

Ella elevó las cejas con aspecto de sorpresa de escasa importancia y una sonrisa burlona grabada en sus labios.

—¿Qué puede tener *usted* que decirme? —se calló un momento y rio para sí—. ¿Por qué no? —añadió—. No tengo nada que hacer ni ningún lugar al que acudir.

Retrocedió un paso más y asintió en mi dirección.

—Es usted un hombre extraño. Creo que le complaceré. Le espero afuera.

La puerta de la consulta se cerró tras ella. Se había marchado.

Me avergüenza admitir lo que ocurrió a continuación. Mi única excusa para ello

es que realmente estaba embrujado. El caso es que me volví para seguirla sin pensar ni por un solo instante en la medicina de mi madre. El doctor me detuvo a tiempo.

—No te olvides de la medicina —dijo—. Y si quieres que te dé un consejo, no te tomes molestias por esa mujer. Despierta al jefe de policía. Preocuparse de ella es su trabajo, no el tuyo.

Extendí en silencio la mano para coger la medicina. Temía perder todo su respeto si me atrevía a responderle. Debía de haber percibido, igual que yo, que aquella mujer quería el láudano para envenenarse. El doctor había adoptado, según mi punto de vista, una postura excesivamente intransigente. Sencillamente, le di las gracias cuando me entregó la medicina y salí.

Ella estaba esperándome tal y como me había prometido. Caminaba lentamente de un lado a otro; una silueta alta, elegante y solitaria bajo los brillantes rayos de luna. Estos se derramaban sobre su bella figura, sobre su brillante pelo dorado, sobre sus enormes ojos grises... era la luz que más les convenía. Apenas parecía mortal cuando se dirigió a mí para hablarme.

—¿Y bien? —dijo—. ¿Qué desea?

A pesar de mi orgullo, a pesar de mi timidez y de mi sentido común (por poco que fuese), le entregué mi corazón en aquel mismo instante. La tomé de las manos y le revelé lo que estaba pensando con tanta confianza como si nos conociéramos desde hacía media vida.

—Pretende usted destruirse a sí misma —dije—. Y yo pretendo impedirselo. Aunque tenga que seguirla toda la noche, evitaré que lo haga.

Ella se rio.

—Esté tranquilo. Ya ha visto con sus propios ojos que el doctor no tiene ninguna intención de venderme el láudano. ¿Acaso le importa que yo viva o muera?

Al preguntar aquello apretó mis manos suavemente. Sus ojos buscaron los míos con una mirada lánguida y prolongada que recorrió mi cuerpo como fuego líquido. La voz se me apagó en los labios. No pude responder.

Ella entendió sin que hiciera falta que dijera nada.

—Solo por hablarme amablemente ya me ha dado ganas de seguir viviendo —dijo—. La amabilidad suele tener un efecto maravilloso sobre las mujeres, los perros y demás animales domésticos. Tan solo los hombres se resisten a su influjo. Tranquilícese. ¡Le prometo cuidarme tanto como si fuera la mujer más feliz de la Tierra! No deje que le separe durante más tiempo de su cama. ¿Hacia dónde se dirige?

Era un miserable. ¡Me había vuelto a olvidar de mi madre incluso llevando su medicina en la mano!

—Voy a mi casa —respondí—. ¿Dónde se aloja usted? ¿En la posada?

Ella se rio amargamente y señaló hacia la cantera.

—Esa es mi posada por esta noche —dijo—. Cuando me cansé de dar vueltas fue allí donde me retiré a descansar.

Caminamos juntos en dirección a mi casa. Me tomé la libertad de preguntarle si tenía amigos.

—Creí que al menos me quedaba uno —dijo—. De otro modo, nunca me habría encontrado usted en este lugar. Pero resultó que me había equivocado. Hace unas horas, la puerta de mi amigo se me cerró en las narices. El criado de mi amigo me amenazó incluso con llamar a la policía. Tras haber probado suerte en su comarca, ya no tenía nadie más a quien recurrir, y nada me quedaba salvo mi moneda de dos chelines y los harapos que llevo puestos. ¿Qué posadero respetable me dejaría entrar en su casa? Empecé a caminar preguntándome cómo podría abandonar este mundo sin desfigurarme y sin sufrir mucho dolor. No tienen ustedes ningún río en las cercanías, de modo que no se me ocurría ninguna escapatoria; hasta que le vi a usted llamando a la campana de la casa del doctor. Vi las botellas de la botica cuando le dejó entrar, y de inmediato pensé en el láudano. Por cierto, ¿qué hacía usted allí? ¿Para quién es esa medicina? ¿Para su esposa?

—No estoy casado.

Se rio de nuevo.

—¡No está casado! Vaya, de haberme vestido mejor quizá aún hubiera tenido una oportunidad. ¿Dónde vive? ¿Aquí?

Para entonces ya habíamos llegado a casa de mi madre. La mujer extendió la mano para despedirse. Sin techo y sin hogar como estaba, y ni por un momento se le había ocurrido pedirme cobijo para pasar la noche. Fue idea mía que descansara bajo mi techo sin que mi madre ni mi tía lo supieran. Nuestra cocina está construida en la parte trasera de la granja. Podía quedarse allí hasta la mañana siguiente sin que nadie la viera ni oyera. La conduje hasta la cocina y coloqué una silla junto a los rescoldos del fuego. Puedo admitir que fue culpa mía; puedo asumir la vergüenza, si lo prefiere calificar de ese modo. Pero me pregunto qué hubiera hecho *usted* en mi caso. Deme su palabra de honor: ¿habría dejado usted que aquella bellísima criatura pasara la noche en la cantera como si fuese un perro vagabundo? ¡Que Dios ayudara a la mujer que sea lo suficientemente estúpida como para amarle y confiar en usted si es que así hubiera obrado!

La dejé junto al fuego, y subí a la habitación de mi madre.

Si alguna vez ha padecido del corazón, podrá saber lo que sufrí en secreto cuando mi madre me tomó de la mano y me dijo:

—Siento que tu descanso nocturno se haya visto interrumpido por mi culpa, Francis.

Le di la medicina y esperé a su lado hasta que el dolor remitió. Mi tía Chance regresó a la cama y mi madre y yo nos quedamos a solas. Me di cuenta de que su escritorio no estaba en su sitio habitual, sino que había sido colocado junto a la cama, a su lado. Ella me vio observarlo.

—Hoy es tu cumpleaños, Francis —dijo—. ¿No tienes nada que contarme?

Hasta tal punto había olvidado mi sueño que en aquel momento no tuve ni la más remota idea de lo que podía estar pasando por su cabeza. Durante un instante sentí un temor culpable que me llevó a pensar que sospechaba algo. Volví la cabeza hacia otro lado y respondí:

—No, madre. No tengo nada que contarte.

Ella me indicó que me inclinase sobre la almohada y que la besara.

—¡Que Dios te bendiga, querido! —dijo—, y que cumplas muchos más.

Me palmeó la mano, cerró sus cansados ojos y, poco a poco, se fue quedando dormida.

Volví a bajar las escaleras sin hacer ruido. Creo que la influencia benefactora de mi madre me acompañó durante aquel breve trayecto. En todo caso, lo que ahora voy a contarles es completamente cierto: me detuve con la mano apoyada sobre la manilla de la puerta de la cocina y me dije a mí mismo:

«Suponte que abandono la casa. Que me marchó del pueblo sin volver a verla ni a hablar con ella».

Si la decisión hubiera estado únicamente en mis manos, ¿acaso no habría cedido a la tentación? ¿Quién puede afirmarlo? Tal y como estaban las cosas, decidí no hacerlo. Mientras aún estaba dudando, la mujer me oyó y abrió la puerta de la cocina. Mis ojos se encontraron con los suyos. Aquello acabó con toda resistencia.

Pasamos juntos las dos siguientes horas, sin que nadie nos molestara. Tiempo suficiente para que me revelase el secreto de su desperdiciada vida. Tiempo suficiente para que tomara posesión de mí, para que hiciera conmigo lo que le placiera. Pero no hará falta que me detenga en las desgracias que la habían llevado hasta aquel punto; son demasiado comunes como para interesar a cualquiera.

Su nombre era Alicia Warlock. Había nacido siendo una dama y como tal había sido educada. Pero había perdido su posición, su carácter y sus amigos. La virtud temblaba al verla, y el vicio que se había apoderado de su alma la acompañaría hasta el final de sus días. Tal y como ya les he dicho, chocante pero común. No suponía el más mínimo cambio para mí. Ya lo he dicho con anterioridad, y vuelvo a repetirlo: estaba completamente embrujado. ¿Es que acaso hay algo extraordinario en ello? Sencillamente, recuerden quién era yo. Entre las más honestas mujeres de mi misma condición en la vida, ¿dónde podría haber encontrado una como ella? ¿Acaso podían andar como ella andaba? ¿Acaso podían tener su misma apariencia? Cuando me besaban, ¿se rezagaban sus labios como lo hacían los de ella? ¿Tenían acaso su piel, su risa, sus pies, sus manos, su tacto? Ella jamás había tenido que soportar una sola mota de suciedad sobre su cuerpo. Puedo decirles que su piel era puro perfume. Cuando me abrazaba, sus brazos me rodeaban como las alas de un ángel, y su sonrisa me cubría tan suavemente como si fuera la luz del sol. Pueden reírse de mí, si quieren; o llorar por mí, según su temperamento. No estoy intentando disculparme, sencillamente intento explicarme. Ustedes son gente de mundo; lo que me

deslumbraba y enloquecía entonces puede que sea experiencia cotidiana para las personas como ustedes. Caída o no, ángel o diablo, se reducía a lo siguiente: ella era una dama, y yo un mozo de cuadra.^[4]

Antes de que el resto de la casa se despertara, la acompañé (en el tren de los obreros) hasta una gran ciudad industrial que había en nuestra comarca.

Allí, con la ayuda de mis ahorros, pudo comprarse unas ropas decentes y conseguir un alojamiento entre extraños que no harían preguntas mientras se les pagase el alquiler. Allí, poniendo una excusa tras otra, pude visitarla y pudimos planear juntos nuestro futuro. No hará falta que les diga que estaba dispuesto a hacerla mi esposa. Un hombre de mi condición siempre se casa con una mujer de su clase.

¿Se preguntan si era feliz, entonces? Debería haber sido completamente feliz, de no ser por un pequeño detalle. Y es que nunca me encontraba del todo cómodo en presencia de mi prometida.

No quiero decir que fuera tímido ante ella, ni que sospechara de algo, ni que me avergonzara. La incomodidad de la que estoy hablando estaba causada por una débil duda en mi cerebro que me hacía creer que quizá la hubiera visto con anterioridad a la madrugada que nos habíamos encontrado en casa del doctor. Una y otra vez me encontré preguntándome si su rostro no me recordaba a otro, aunque era incapaz de averiguar a cuál. Aquel extraño sentimiento, aquella pregunta que nunca podía responder, me disgustaba sobremanera; tanto que difícilmente podrían creerlo. Se interponía entre nosotros en los momentos más extraños; más a menudo, en todo caso, por la noche, cuando las velas estaban encendidas. Ya sabrán lo que se siente al intentar recordar un nombre olvidado, y ser completamente incapaz de conseguirlo por mucho que se intente.

Aquel era mi caso. Cada vez que intentaba encontrar mi rostro perdido, fracasaba del mismo modo que usted fracasó al intentar recordar su nombre.

En tres semanas ya lo habíamos hablado todo, y habíamos preparado cómo iba yo a revelar la noticia en casa. Siguiendo el consejo de Alicia, iba a describirla como otro miembro del servicio de la casa de Londres en la que había estado empleado. Ya no había ningún temor de que mi madre pudiera sufrir algún daño derivado de la sorpresa. Su salud había mejorado mucho en aquellas tres semanas. La primera tarde que fue capaz de volver a sentarse en su sitio habitual para tomar el té, reuní el coraje necesario y le comuniqué que me iba a casar. La pobre mujer arrojó sus brazos alrededor de mi cuello y rompió a llorar de alegría.

—¡Oh, Francis! —dijo—. ¡Estoy tan contenta de que hayas encontrado a alguien que pueda cuidar de ti cuando yo no esté!

En cuanto a mi tía Chance, ya pueden imaginar lo que hizo sin que haga falta que se lo especifique. ¡Ah, pobre de mí! Si realmente las cartas hubieran tenido alguna virtud profética, ¡qué terrible aviso nos podrían haber dado aquella noche!

Quedó establecido que al día siguiente llevaría a mi prometida a cenar a la granja.

Debo reconocer que me sentía orgulloso de Alicia cuando la conduje hasta nuestro salón a la hora acordada. Nunca me había parecido tan bella como aquel día. Nunca había admirado un vestido en cualquier otra mujer, ¡y en esta ocasión admiré el suyo con tanta atención como si yo mismo hubiera sido una fémina! Llevaba un vestido negro de seda, con mangas y cuello sencillos y de color blanco, y una modesta toca de color lavanda, con una rosa blanca prendida a uno de sus lados. Mi madre, vestida con su mejor ropa de los domingos, se levantó revoloteando para dar la bienvenida a su futura nuera. Avanzó un par de pasos, medio sonriendo medio sollozando, miró a Alicia directamente al rostro, y entonces se detuvo súbitamente. Sus mejillas emblanquecieron en un instante, sus ojos la contemplaron con horror, sus manos cayeron inertes a ambos costados de su cuerpo. Retrocedió torpemente y cayó en los brazos de mi tía, que se encontraba detrás de ella. No era un desmayo: aún conservaba el sentido. Sus ojos se desviaron de Alicia hacia mí.

—Francis —dijo—, ¿no te recuerda a nada el rostro de esta mujer?

Antes de que pudiera responder señaló hacia su escritorio.

—¡Tráelo! —gritó—. ¡Tráelo!

En aquel mismo instante sentí la mano de Alicia posándose sobre mi hombro, y vi su cara completamente enrojecida por la rabia. ¡Y no es de extrañar!

—¿Qué significa esto? —preguntó—. ¿Acaso quiere insultarme tu madre?

Dije algunas palabras para tranquilizarla, aunque no recuerdo exactamente cuáles. Estaba tan confuso y sorprendido en aquel momento... Antes de que hubiera terminado, oí a mi madre a mis espaldas.

Mi tía le había acercado el escritorio. Lo había abierto y había tomado un papel de su interior. Lo miró, observó el rostro de Alicia, levantó la larga y ahuecada manga de su vestido y le examinó el brazo y la mano. Vi que el miedo sustituía repentinamente al enfado en el rostro de Alicia. Se libró del brazo de mi madre.

—¡Está loca! —se dijo a sí misma—. ¡Y Francis no me había dicho nada!

Con aquellas palabras, salió de la habitación.

Yo me dispuse a seguirla, pero mi madre me hizo una señal para que me detuviese. Leyó las palabras que había escritas en el papel. Mientras iban brotando lentamente de sus labios, una tras otra, señalaba hacia la puerta abierta.

—Ojos grises y claros, y el párpado izquierdo ligeramente caído. Cabello rubio pajizo, con una veta dorada. Brazos blancos, pequeñas manitas de dama, un poco enrojecidas alrededor de las uñas. ¡Es la mujer de tu sueño, Francis! ¡Es la mujer de tu sueño!



Algo oscureció la ventana del salón al mismo tiempo que se pronunciaban estas palabras. Miré hacia la sombra. ¡Alicia Warlock había regresado! Nos estaba observando desde la ventana. ¡Allí estaba el rostro funesto que me había contemplado en el dormitorio de la solitaria posada! Allí, descansando sobre el postigo de la ventana, se apoyaba la adorable mano que había sostenido el cuchillo asesino. Claro que la había visto antes de encontrarnos en el pueblo. ¡Era la mujer de mi sueño! ¡La mujer de mi sueño!

No espero que nadie apruebe lo que voy a contar a continuación.

Tres semanas después de que mi madre la hubiera identificado como la mujer de mi sueño, conduje a Alicia Warlock hasta el altar y la hice mi esposa. Estaba embrujado. Lo diré cuantas veces haga falta: ¡estaba embrujado!

Durante el periodo anterior a mis esponsales, nuestra pequeña unidad familiar en la granja se hizo pedazos. Mi madre y mi tía discutían constantemente. Mi madre, creyendo en el sueño, me instigaba a que rompiera el compromiso. Mi tía, creyendo en sus cartas, me urgía a que me casara.

La diferencia de opinión entre ambas produjo una disputa, en el curso de la cual, mi tía, completamente inconsciente de su superstición, llegó a sacar las cartas que habían profetizado la felicidad en mi vida de casado, y le preguntó a mi madre si no creía que solo «un ciego pagano podría ser tan tonto como para, tras haber visto aquellas cartas, creer en un sueño». Aquello, naturalmente, colmó la paciencia de mi madre. Las siguientes palabras fueron mucho más duras y llovieron desde ambos bandos. La señora Chance regresó muy enojada a Escocia para vivir con unos amigos. Me dejó una carta en la que había escrito las perspectivas para mi futuro reveladas por las cartas, y una dirección a la que podría enviarle un giro postal. «Estaba cercano el día —había escrito—, en que Francie podría acordarse de lo que le debía a su tía Chance, que se enfrentaba a su desgraciada viudedad con tan solo treinta libras al año».

Tras haberse negado a dar su consentimiento a mi matrimonio, mi madre rechazó también estar presente en la boda y visitar a Alicia después de que esta se hubiera consumado. No había rabia en su conducta. Creyendo en el sueño como lo hacía, lo único que la movía era un terrible temor ante mi esposa. Yo lo comprendí y se lo permití. Ninguna palabra se cruzó entre nosotros a este respecto. Ahora, mi único recuerdo feliz es que, aunque la desobedecí en el asunto de la boda, al menos amé y respeté a mi madre hasta el final.

En cuanto a mi mujer, Alicia no lamentó lo más mínimo la separación entre su suegra y ella. De común acuerdo, nunca hablamos del tema. Nos establecimos en la ciudad industrial que ya he mencionado, y empezamos a regentar una casa de huéspedes. Mi amable señor me proporcionó, tras habérselo solicitado, una generosa cantidad a cambio de mi anualidad. Aquello nos permitió adquirir una buena casa

decentemente amueblada. Durante una temporada las cosas marcharon bien. Puedo describir este periodo de mi vida como uno de los más felices.

Mis desgracias comenzaron con la recaída de mi madre en la misma enfermedad que ya había sufrido con anterioridad. El doctor me confesó que en esta ocasión existía peligro. Naturalmente, tras haber oído esto, empecé a pasar más y más tiempo en la granja. También naturalmente, cada vez que me ausentaba dejaba el negocio a cargo de mi mujer. Poco a poco, descubrí que su conducta hacia mí estaba cambiando. Cada vez que le volvía la espalda, entablaba amistad con gente de dudosa y disipada calaña. Un día, observé algo en sus modales que me hizo sospechar que había estado bebiendo. Antes de que hubiera terminado la semana, mi sospecha se convirtió en certeza. A fuerza de tratar con borrachos, ella misma se había convertido en uno de ellos.

Hice todo lo que un hombre podría haber hecho para recuperarla. ¡Fue completamente inútil! ¡En realidad, Alicia nunca me había devuelto todo el amor que yo sentía por ella! No tenía ninguna influencia sobre su comportamiento. No había absolutamente nada que yo pudiera hacer. Mi madre, al enterarse de este nuevo problema, decidió comprobar si ella podía conseguir algo. Un día la encontré vestida para salir.

—Ya no me queda mucho tiempo en este mundo, Francis —dijo—. Y no me sentiré a gusto en mi lecho de muerte a no ser que haya hecho todo lo posible por hacerte feliz. Estoy dispuesta a olvidarme de mis temores y de mis propios sentimientos para acompañarte a ver a tu esposa y ver qué puedo hacer para que entre en razón. Llévame contigo, Francis. Déjame hacer todo lo que pueda por mi hijo antes de que sea demasiado tarde.

¿Cómo podía desobedecerla? Tomamos el tren hasta la ciudad. Solo estaba a media hora de trayecto. A la una en punto de la tarde habíamos llegado a mi casa. Era la hora de comer y Alicia estaba en la cocina. Fui capaz de conducir a mi madre en silencio hasta el salón y de preparar a mi esposa para la visita. A aquella hora aún no había bebido demasiado y, afortunadamente, el diablo que habitaba en su interior estaba dominado por el momento.

Me siguió hasta el salón y el encuentro se desarrolló mucho mejor de lo que jamás me hubiera atrevido a prever. Con un único problema: que mi madre, aunque intentó controlarse todo lo que pudo, fue incapaz de mirar a mi esposa directamente al rostro cuando habló con ella. Para mí supuso un alivio el que Alicia empezara a preparar la mesa para la comida.

Puso el mantel, trajo la bandeja del pan y cortó algunas rebanadas de la hogaza para nosotros. Después regresó a la cocina. En aquel momento, mientras yo miraba ansiosamente a mi madre, me sobresalté al percibir en su rostro el mismo horrible cambio que lo había alterado la mañana en que ella y Alicia se habían visto por primera vez. Antes de que yo pudiera decir una sola palabra, ella se me adelantó completamente aterrorizada.

—¡Llévame de vuelta, Francis! ¡Vamos a casa! ¡Vamos a casa, Francis!
¡Acompáñame y no regreses jamás!

Me daba miedo pedir una explicación; únicamente le hice una señal para que se mantuviese en silencio y la ayudé a alcanzar la puerta. Cuando pasamos frente a la bandeja de pan que reposaba sobre la mesa, se detuvo y la señaló.

—¿Has visto con qué ha cortado el pan tu esposa? —preguntó.

—No, madre, no estaba prestando atención. ¿Con qué?

—Mira.

Miré. Una enorme navaja nueva, con un mango de asta de ciervo, reposaba junto a la hogaza en la bandeja del pan. Alargué la mano para hacerme con ella. En ese momento oímos un ruido en la cocina, y mi madre me agarró del brazo.

—¡El cuchillo del sueño, Francis! ¡Creo que voy a desmayarme del miedo, aléjame de aquí antes de que ella regrese!

Yo era incapaz de decir nada, ni para consolarla ni para responder. Pese a ser superior a la superstición, el descubrimiento del cuchillo me había dejado dando tumbos. En silencio, ayudé a mi madre a salir de allí y la acompañé hasta su casa.

Iba a despedirme con la mano. Intentó detenerme.

—¡No vuelvas, Francis! ¡No vuelvas allí!

—Debo recuperar ese cuchillo, madre. Tengo que volver en el primer tren.

Me mantuve firme en mi resolución. Regresé en el siguiente tren.

Mi esposa, por supuesto, había descubierto nuestra desaparición. Había estado bebiendo. Estaba hecha una furia. La comida había sido arrojada contra la chimenea. El mantel ya no estaba puesto sobre la mesa. ¿Dónde estaba el cuchillo?

Fui lo suficientemente estúpido como para preguntar por él. Se negó a entregármelo. En el curso de la discusión que se originó me enteré de que había una horrible historia asociada al cuchillo. Había sido usado hacía años en un asesinato. Y había sido escondido con tanta habilidad que las autoridades no habían conseguido presentarlo al juicio. Con la ayuda de algunos de sus poco fiables amigos, mi esposa había podido comprar aquella reliquia de un crimen olvidado. Su pervertida naturaleza le había atribuido un horrendo y desconocido valor a aquel cuchillo. Viendo que no había modo de conseguirlo en términos lícitos, me decidí a buscarlo, algo más tarde, en secreto. La búsqueda resultó infructuosa. Llegó la noche y abandoné la casa para caminar por las calles. ¡Podrán entender que para entonces era un hombre destrozado cuando les diga que tenía miedo de dormir en la misma habitación que ella!

Pasaron las semanas. Ella siguió negándose a entregarme el cuchillo, y aquel mismo miedo de dormir con ella en la misma habitación siguió apoderándose de mí. Por las noches paseaba, o dormitaba en el salón, o me sentaba a velar el lecho de mi madre. Antes de que terminara la primera semana del nuevo mes, me vi asolado por

la peor de todas las desgracias: mi madre falleció. Faltaba poco para mi cumpleaños, y ella quería haber vivido hasta ese día. Yo estuve presente en el momento de su muerte. Sus últimas palabras en este mundo estuvieron dirigidas a mí:

—¡No vuelvas, hijo mío! ¡No vuelvas!

Me vi obligado a volver, aunque solo fuera para vigilar a mi esposa. Durante los últimos días de la enfermedad de mi madre, había añadido un aguijón viperino a mi pena afirmando que iba a reclamar su derecho de asistir al funeral. A pesar de todo lo que pude decir o hacer, se mantuvo fiel a su promesa. El día señalado para el entierro se impuso, crecida por la bebida y sin ninguna vergüenza, ante mi presencia, y juró que acompañaría a la procesión funeraria hasta la tumba de mi madre.

Este último insulto, tras todo lo que había tenido que aguantar, fue más de lo que pude soportar. Me enloqueció. Intenten disculpar a un hombre tal y como él lo intenta hacer. La golpeé.

En el mismo instante en que lo hice me arrepentí. Ella se hizo un ovillo, silenciosa, en una esquina de la habitación, y me contempló fijamente. Era una mirada que por un momento heló la sangre en mis venas. Pero no tenía tiempo para pensar en intentar hacer las paces. Solo podía arriesgarme a lo peor, y cuidarme de ella hasta que el funeral hubiera terminado. La encerré en su propio dormitorio. Cuando regresé, tras entregar a mi madre a su tumba, la encontré sentada junto a la cama, muy alterada tanto en apariencia como en porte, con un fardo en su regazo. Se enfrentó a mí calmadamente. Habló con una curiosa inexpresividad en su voz, extraña y antinatural tanto en apariencia como en modos.

—Ningún hombre me había golpeado hasta ahora —dijo—. Y mi esposo no tendrá una segunda oportunidad. Abre la puerta y deja que me marche.

Pasó junto a mi lado y abandonó la habitación. La perdí de vista caminando por la calle.

¿De verdad se había ido?

Toda aquella noche vigilé y esperé. Ninguna pisada se acercó a la casa.

A la noche siguiente, vencido por la fatiga, me tumbé en la cama vestido, con la puerta cerrada, la llave sobre la mesa y la vela encendida. Nada interrumpió mi sueño. Llegó la tercera noche, y la cuarta, y la quinta, y la sexta, sin que nada sucediera. Y llegó la séptima noche. Aún tenía mis sospechas, y seguía acostándome vestido, con la puerta bien cerrada; con las llaves sobre la mesa y la vela encendida.

No dormí bien. Me desperté en dos ocasiones, aunque sin sufrir ninguna sensación de intranquilidad. La tercera vez, sentí apoderarse de mí aquel horrible escalofrío que me había asaltado la noche que había dormido en la solitaria posada, acompañado de aquel mismo penetrante dolor en el corazón. Me levanté de inmediato.

Mi vista se dirigió hacia el flanco izquierdo de la cama. Y allí estaba, contemplándome...

¿La mujer del sueño otra vez? ¡No! ¡Mi esposa! La mujer de carne y hueso, con el

rostro de la del sueño, con la pose de la del sueño: el brazo derecho alzado, el cuchillo agarrado en la delicada y blanca mano.

Me arrojé contra ella de inmediato, pero no lo suficientemente deprisa como para evitar que ocultara el cuchillo. Sin que yo dijera una palabra, sin que ella gritara una sola vez, la empujé hasta una silla. Con una mano tanteé su manga, y allí, en el mismo lugar en que la mujer del sueño había escondido su cuchillo, había escondido mi esposa el suyo. El cuchillo con la empuñadura de asta de ciervo que parecía completamente nuevo.

De lo que sentí al hacer aquel descubrimiento no fui plenamente consciente entonces, y soy incapaz de describirlo ahora. Le dirigí una mirada fija con el cuchillo en la mano.

—¿Querías matarme? —dije.

—Sí —respondió ella—. Quería matarte.

Se cruzó de brazos y me miró fríamente a la cara.

—Y aún lo haré —dijo—. Con ese cuchillo.

No sé qué fue lo que se apoderó de mí. Les juro que no soy ningún cobarde, y sin embargo actué como tal. El horror fue más fuerte que yo. No podía mirarla, no podía ni hablarle. La dejé allí (llevándome el cuchillo en la mano) y salí a la noche.

Se oía un viento lastimoso y el olor a lluvia cargaba el aire. Las campanas del reloj de la iglesia tocaron el cuarto en el momento en que yo pasaba frente a las últimas casas de la ciudad. Le pregunté al primer policía con el que me crucé a qué hora pertenecía el cuarto que acababa de sonar.

El hombre miró su reloj y respondió:

—Son las dos.

Las dos de la madrugada. ¿Qué día del mes era aquel que acababa de empezar? Hice mis cálculos a partir del día del funeral de mi madre. El horrible paralelismo entre mi sueño y la realidad acababa de completarse. ¡Era mi cumpleaños!

¿Había escapado del peligro que había anticipado mi sueño? ¿O acaso acababa de recibir un segundo aviso?

Cuando aquella duda cruzó mi cerebro, dejé de avanzar en dirección a la salida de la ciudad. El aire me había revivido; volvía a sentirme dueño de mí mismo hasta cierto punto. Tras pensar un rato, empecé a ver claramente el error que había cometido al dejar a mi esposa libre de ir a donde quisiera y hacer lo que le viniese en gana.

Di media vuelta de inmediato y regresé a casa.

Aún estaba oscuro. Había dejado la vela encendida en mi cuarto. Cuando miré a través de la ventana vi que ninguna luz salía de ella. Avancé hasta la puerta. Recordaba haberla cerrado al marcharme, y ahora la encontraba abierta.

Esperé en el exterior, sin perder la casa de vista hasta que amaneció. Entonces me atreví a entrar. Escuché sin oír nada. Miré en la cocina, el fregadero y el salón, y no encontré nada. Por fin subí hasta el dormitorio. Estaba vacío.

En el suelo encontré una ganzúa, que me reveló cómo había conseguido entrar Alicia. Y ese fue el único rastro que pude encontrar de la mujer del sueño.

Esperé en casa hasta que la ciudad se puso en marcha para el nuevo día, y después acudí a consultar a un abogado. Pese al confundido estado de mi mente, tenía una idea clara de lo que pretendía hacer a continuación: estaba decidido a vender mi casa y a dejar la comarca. Sin embargo, había obstáculos con los que no había contado. Se me dijo que tenía acreedores a los que pagar antes de poder marcharme. ¡Yo, que le había dado a mi esposa el dinero para pagar las facturas cada semana con toda regularidad! Una breve investigación demostró que había malversado hasta el último penique que le había confiado. No tenía más remedio que volver a pagarlo todo.

Situado en esta extraña posición, mi primer deber fue arreglarlo todo con la ayuda de mi abogado. Durante mi obligatorio peregrinaje de un lado a otro de la ciudad, hice dos idioteces. Y como consecuencia de las mismas, tuve noticias de mi mujer por última vez.

En primer lugar, tras haber conseguido el cuchillo, fui lo suficientemente imprudente como para guardarlo en mi bolsillo. En segundo lugar, teniendo una cosa de importancia que comunicarle a mi abogado a una hora tardía, fui a su casa bien entrada la noche, solo y a pie. Llegué hasta allí sano y salvo, pero a la vuelta fui atacado por la espalda por dos hombres que me arrastraron hasta un oscuro pasaje y me robaron, no solo el poco dinero que llevaba encima, sino también el cuchillo. La opinión del abogado, y también la mía, fue la de que los ladrones se contaban entre los indeseables amigos de mi esposa, y que me habían asaltado instigados por ella. Para confirmar este punto, al día siguiente recibí una carta sin fecha ni remite, escrita con la caligrafía de Alicia. La primera frase me informó de que el cuchillo volvía a estar en su poder. La segunda me recordaba el día en que la había golpeado. La tercera frase me avisó de que se limpiaría la mancha dejada por mi golpe con mi sangre. Y repitió las palabras: «¡Y lo haré con el cuchillo!».

Todo esto sucedió hace un año. La ley consiguió agarrar a los hombres que me habían desvalijado, pero desde entonces, y hasta ahora, ha sido completamente incapaz de encontrar el más mínimo rastro de mi esposa.

Esta es mi historia. Cuando hube pagado a los acreedores y todos los gastos legales, apenas me quedaban en el bolsillo cinco libras de las que había recibido por la venta de la casa de mi madre, y tenía todo el mundo para volver a empezar de cero. Desde hace algunos meses, después de vagabundear por aquí y por allá, llegué a Underbridge. El dueño de la posada había tenido alguna relación con la familia de mi padre en el pasado. Me ofreció todo lo que podía ofrecer: comida y refugio en el patio. Excepto los días del mercado, no hay absolutamente nada que hacer. Cuando llegue el invierno la posada cerrará, y yo deberé buscarme otro lugar. Mi viejo señor podría ayudarme, si se lo pidiera, pero no quiero hacerlo; ya ha hecho por mí más de

lo que merezco. Además, dentro de un año, quién sabe, quizá mis problemas hayan tocado a su fin. El próximo invierno acercará más mi cumpleaños, y mi próximo cumpleaños podría ser el día de mi muerte. ¡Sí! Es cierto, he pasado la última noche completamente en vela, he oído sonar las dos de la madrugada y no ha sucedido nada. Sin embargo, y aun teniendo esto último en cuenta, el tiempo que aún está por llegar es tiempo en el que no confío. Mi esposa tiene el cuchillo, y me sigue buscando. ¡No soy supersticioso, téngalo en cuenta! No digo que crea en los sueños, solo digo que Alicia Warlock me está buscando. Es posible que esté equivocado. Y también es posible que no lo esté. ¿Quién podría decirlo?

TERCERA NARRACIÓN

LA HISTORIA CONTINUADA POR PERCY FAIRBANK

Nos despedimos de Francis Raven a la puerta de Farleigh Hall, dándole a entender que podía esperar volver a oír de nosotros.

Aquella misma noche la señora Fairbank y yo tuvimos una discusión en el santuario de nuestro dormitorio. El tema fue «La historia del mozo de cuadra», y la cuestión en disputa versó acerca de la medida de deber caritativo que para con él podíamos tener.

Mi punto de vista sobre el relato del hombre se reducía a uno estrictamente orientado hacia los hechos. En mi opinión, Francis Raven le había dado demasiadas vueltas a las neblinosas conexiones entre su extraño sueño y su vil esposa, hasta que su mente había alcanzado un estado de ilusión parcial en todo lo que a aquel tema se refería. Estaba dispuesto a ayudarle con una cantidad de dinero y de recomendarle a la bondad de mi abogado, si es que realmente estaba en peligro y quería ayuda. Allí empezaba y terminaba mi idea de «deber» hacia esta afligida persona.

Viéndose enfrentada a este razonable punto de vista, el temperamento romántico de la señora Fairbank alcanzó, como de costumbre, sus extremos.

—No tengo mayor intención de perder de vista a Francis Raven cuando llegue su próximo cumpleaños de la que tendría de abandonar un buen libro antes de haber leído los capítulos finales —dijo mi esposa—. Estoy completamente decidida, Percy, a llevarle con nosotros cuando regresemos a Francia, en calidad de mozo de cuadra. ¿Qué importancia tiene para gente rica como nosotros que haya un hombre más o menos entre los caballos?

En aquel aspecto, la compañera de mis alegrías y tristezas se mantuvo perfectamente inasequible a todos los argumentos nacidos del sentido común. ¿Acaso debo aclararles a mis hermanos en matrimonio cómo acabó todo? Por supuesto, mi esposa terminó por irritarme y le respondí agudamente. Por supuesto, mi esposa, indignada, apoyó el rostro contra la almohada conyugal y empezó a sollozar. Y por supuesto, al ver aquello, el «señor» ofreció sus disculpas, y «la señora» se salió con la suya.

Antes de que terminara la semana regresamos a Underbridge y le ofrecimos debidamente a Francis Raven un puesto a nuestro servicio como mozo de cuadra suplementario.

Al principio el pobre hombre apenas pareció capaz de asumir su buena suerte. Al recobrase, expresó su gratitud de un modo modesto y apropiado. Las simpatías ya predispuestas de la señora Fairbank se derramaron, como de costumbre, a través de sus labios. Le habló de nuestro hogar en Francia como si el desgastado y canoso mozo hubiera sido un niño.

—Se trata de una casa preciosa, Francis. ¡Y qué jardines! Establos diez veces más grandes que los que tenéis aquí, y un montón de habitaciones entre las que poder elegir la tuya. Deberás aprender el nombre de la casa: se llama Maison Rouge. La ciudad más cercana es Metz. Se puede llegar hasta las orillas del río Mosela dando un paseo. Y cuando queremos un cambio de ambiente, tomamos el tren hasta la frontera y ya estamos en Alemania.

Tras haber escuchado hasta entonces con una expresión de absoluta perplejidad marcada en el rostro, Francis se sobresaltó y cambió de color al oír el final de la última frase de mi esposa.

—¿Alemania? —repitió.

—Sí. ¿Acaso conoces Alemania?

Los ojos del mozo de cuadra se fijaron con tristeza en el suelo.

—Alemania me recuerda a mi esposa —respondió.

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

—Una vez me dijo que había vivido en Alemania, mucho antes de que yo la conociera, cuando era una muchacha.

—¿Vivía con parientes o con amigos?

—Trabajaba de institutriz para una familia de extranjeros.

—¿En qué parte de Alemania?

—No lo recuerdo, señora. Dudo que me lo hubiera dicho.

—¿Te dijo el nombre de la familia?

—Sí, señora. Era un nombre extranjero, y hace tiempo que escapó a mi memoria. Lo que sí recuerdo es que el cabeza de familia era un vinatero, propietario de un gran negocio.

—¿Recuerdas qué clase de vino producía? Hay vinateros en nuestra comarca. ¿Era mosela?

—No podría decírselo, señora. Dudo haberlo oído alguna vez.

Allí terminó la conversación. Nos comprometimos a ponernos en contacto con Francis Raven antes de dejar Inglaterra y nos marchamos.

Yo estaba decidido a hacer una ronda de visitas a nuestros amigos ingleses, y a regresar a la Maison Rouge en verano. A punto de partir, sin embargo, ciertas dificultades en relación con la supervisión de unas tierras que poseía en Irlanda nos obligaron a alterar nuestros planes. En lugar de regresar a nuestra casa de Francia en verano, no volvimos a ella hasta un par de semanas antes de Navidades. Francis Raven nos acompañó y se estableció debidamente, bajo la ocupación nominal de ayudante de establo, entre los sirvientes de la Maison Rouge.

En breve, algunas de las objeciones que yo había previsto y había intentado vanamente mencionar a mi esposa cuando habíamos hablado de tomarle a nuestro servicio empezaron a manifestarse de un modo nada agradable.

Francis Raven fue incapaz (como yo me había temido que sería) de llevarse bien con el resto de los criados. Todos eran franceses, y ni uno solo de ellos hablaba

inglés. Francis, por su parte, ignoraba de igual modo el francés. Sus modales reservados, su temperamento melancólico, su actitud solitaria... jugaban en su contra. Nuestros criados le llamaban «el oso inglés», y acabó por ser ampliamente conocido por este mote en nuestra comarca. Se vio envuelto en disputas que, en alguna que otra ocasión, llegaron a las manos. Incluso para la señora Fairbank se hizo evidente que había que hacer algún cambio. Mientras aún estábamos ponderando cuál debería ser ese cambio, el desgraciado mozo de cuadra fue arrojado a nuestros brazos por un accidente en los establos. Perseguido aún por su proverbial mala suerte, el pobre desgraciado se rompió una pierna debido a la coz que le asestó un caballo.

Fue atendido por nuestro propio médico, en su cómoda cama de los establos. A medida que se iba acercando la fecha de su cumpleaños, seguía confinado en su lecho.

Físicamente, estaba progresando muy bien. Moralmente, el médico no se mostraba satisfecho. Francis Raven estaba sufriendo una desconocida enfermedad mental, que interfería notablemente en su descanso nocturno. Al oír aquello, creí que era mi deber contarle al físico la verdadera naturaleza de lo que acechaba en la mente del paciente. Como hombre práctico, compartió mi opinión de que el posadero se dejaba dominar por sus ilusiones en lo que a su esposa y su sueño se refería.

—Una ilusión curable, en mi opinión —dijo el médico—; si ponemos en práctica cierto experimento.

—¿En qué consistiría dicho experimento? —pregunté.

En lugar de responder, el cirujano me hizo otra pregunta.

—¿Es usted consciente —dijo— de que este año es año bisiesto?

—La señora Fairbank me lo recordó ayer —respondí—. De otro modo, probablemente ni me habría enterado.

—¿Cree usted que Francis Raven sabe que este año es bisiesto?

(Empecé a intuir hacia dónde se dirigía mi amigo.)

—Dependerá de si tiene consigo un almanaque inglés —respondí—. Supongamos que no lo tiene. Entonces, ¿qué?

—En ese caso —continuó el médico—, Francis Raven no sospechará en lo más mínimo que este año haya 29 días en febrero. En consecuencia, ¿qué hará? Anticipará la aparición de la mujer del cuchillo a las dos de la madrugada del día 29 de febrero, en lugar de a las dos de la madrugada del primero de marzo. Dejemos que sufra sus supersticiosos terrores en el día equivocado. Dejemos que el día que realmente es su cumpleaños pase una noche perfectamente tranquila y que duerma tan profundamente como hacemos los demás a las dos de la madrugada. Después, cuando se levante tranquilamente a tiempo para desayunar, le despojaremos de su ilusión contándole la verdad.

Acepté llevar a cabo el experimento. Dejé que el médico avisara a la señora Fairbank de nuestras intenciones y acudí a los establos para ver a Francis Raven.

El pobre hombre veía por todas partes premoniciones del destino que le acechaba

el ominoso día uno de marzo. Me solicitó encarecidamente que le ordenara a uno de los criados que se sentara junto a él durante la madrugada de su cumpleaños. Al garantizarle su petición, le pregunté en qué día de la semana caía su cumpleaños. Contó con los dedos de la mano y demostró ser inocente a toda sospecha de que el año pudiera ser bisiesto, indicándome el día 29 de febrero, completamente convencido de que se trataba del uno de marzo. Por supuesto, decidido a llevar a cabo el experimento del médico, me guardé muy mucho de corregir su error. Al obrar de este modo, di el primer paso completamente a ciegas en dirección hacia el último acto del drama del sueño del mozo de cuadra.

Al día siguiente surgió una pequeña dificultad doméstica extraña e indirectamente asociada con el cada vez más próximo final.

Mi esposa recibió una carta en la que se nos invitaba a asistir a la celebración de las bodas de plata de dos dignos vecinos alemanes, el señor y la señora Beldheimer. El señor Beldheimer era un importante vinatero de los bancos del Mosela. Su casa estaba situada en la frontera entre Francia y Alemania, y la distancia desde nuestra casa era lo suficientemente considerable como para obligarnos a dormir bajo el techo de nuestro huésped. Según aquellas circunstancias, si aceptábamos la invitación, una rápida comparación de fechas nos demostró que no estaríamos en casa la mañana del primero de marzo. La señora Fairbank, persistiendo en su absurda decisión de ver con sus propios ojos lo que podría o no podría sucederle a Francis Raven el día de su cumpleaños, declinó lisa y llanamente abandonar la Maison Rouge.

—No será difícil enviar una excusa —dijo sin ceremonias.

Yo, sin embargo, fui completamente incapaz de ver una salida fácil para la ocasión. La celebración de las bodas de plata en Alemania es la celebración de veinticinco años de vida en feliz matrimonio, y la convocatoria mediante la que los anfitriones reúnen a sus amigos es prácticamente equivalente a una invitación real. Tras discutir considerablemente, viendo que la obstinación de mi esposa era invencible, y sintiendo que la ausencia de ambos resultaría una ofensa para nuestros amigos, dejé que la señora Fairbank se excusara como le viniera en gana y le ordené que por lo menos confirmara mi asistencia. Al obrar de este modo, di el segundo paso completamente a ciegas en dirección hacia el último acto del drama del sueño del mozo de cuadra.

Transcurrió una semana; los últimos días de febrero estaban a la vuelta de la esquina. Se me presentó otra dificultad doméstica y, de nuevo, este incidente demostró estar extrañamente asociado con el cada vez más cercano desenlace.

El jefe de cuadras de mis caballerizas era un tal Joseph Rigobert. Se trataba de un tipo de mala catadura, extraordinariamente presumido en lo que a su apariencia personal se refería, y nada escrupuloso en su conducta con las mujeres. Su única virtud consistía en su cariño por los caballos, y en el cuidado con que trataba a los animales que estuvieran a su cargo. En una palabra, era demasiado buen mozo de cuadra como para que pudiera reemplazarle con facilidad; de otro modo, ya hubiera

hecho tiempo que habría abandonado mi servicio. En la ocasión sobre la que estoy escribiendo, mi ama de llaves me informó de que sus hábitos se estaban caracterizando últimamente por la pereza y el desorden. La principal acusación dirigida contra él era que aquel mismo día había sido visto en la ciudad de Metz en compañía de una mujer (supuestamente una inglesa), a la que estaba haciendo la corte en una taberna a una hora en la que ya debería haber estado de vuelta en la Maison Rouge. Lo único que dijo el hombre en su defensa fue que «la dama» (tal y como la llamó) era una extranjera, inglesa, desconocedora de las costumbres locales, y que él únicamente la había acompañado a petición propia hasta un lugar en el que pudiera tomar un refrigerio. Administré la necesaria reprimenda sin molestarme en averiguar nada más del asunto. Al obrar de este modo, di el tercer paso completamente a ciegas en dirección hacia el último acto del drama del sueño del mozo de cuadra.

La noche del 28 de febrero, informé a los criados de los establos de que uno de ellos debería pasar toda la noche junto al lecho del inglés. Joseph Rigobert se ofreció voluntario de inmediato para la tarea, sin duda como medio de volver a ganarse mi favor. Acepté su propuesta.

Aquel día, el médico cenó con nosotros. Hacia la medianoche, él y yo abandonamos el salón de fumar y le hicimos una visita a Francis Raven. Rigobert estaba en su puesto con una expresión no demasiado agradable pintada en el rostro. Por lo que parecía, el francés y el inglés no se habían llevado demasiado bien hasta el momento. Francis Raven yacía indefenso en su cama, esperando en silencio la llegada de las dos de la madrugada y, en consecuencia, la de la mujer de su sueño.

—He venido a darle las buenas noches, Francis —dije alegremente—. Mañana por la mañana vendré a verle a la hora del desayuno, antes de partir de viaje.

—Gracias por su amabilidad, señor. Pero no creo que mañana me encuentre con vida. Esta vez ella me encontrará. Acuérdesse de lo que le digo, esta vez me encontrará.

—¡Mi buen amigo! Pero si no pudo encontrarle en Inglaterra. ¿Cómo diablos va a encontrarle en Francia?

—No puedo apartar la idea de mi mente, señor; sé que me encontrará aquí. A las dos de la madrugada del día de mi cumpleaños, volveré a verla. A verla por última vez.

—¿Quiere usted decir que le matará?

—Así es, señor. Me matará; con el cuchillo.

—¿Aunque Rigobert esté en la habitación para protegerle?

—Soy un hombre condenado, señor. Ni cincuenta Rigoberts podrían protegerme.

—Y aun así, usted quiso que alguien se sentara a su lado.

—Mera debilidad, señor. No me gustaría estar a solas en mi lecho de muerte.

Miré al médico. Si me hubiera animado, ciertamente le habría confesado a Francis Raven el engaño que estábamos llevando a cabo por pura compasión. Pero el médico seguía empeñado en desarrollar su experimento. Su rostro decía claramente:

«No».

El día siguiente (el 29 de febrero) era el día en que se iban a celebrar las bodas de plata de los Beldheimer. Lo primero que hice por la mañana nada más levantarme fue ir a la habitación de Francis. Rigobert me salió al paso en la puerta.

—¿Cómo ha pasado la noche? —pregunté.

—Rezando y cazando fantasmas —respondió—. Un asilo para lunáticos sería un lugar más apropiado para él.

Me acerqué a la cama.

—Bueno, Francis. Aquí está, sano y salvo a pesar de todo lo que me dijo anoche. Sus ojos se fijaron en los míos con una mirada vacía y asombrada.

—No lo entiendo —dijo.

—¿Vio el más mínimo rastro de su esposa cuando el reloj dio las dos?

—No, señor.

—¿Sucedió algo?

—Nada, señor.

—¿Y no le demuestra eso que estaba usted equivocado?

Sus ojos mantuvieron aquel aspecto vacío e interrogante. Únicamente acertó a repetir las palabras que ya había dicho con anterioridad.

—No lo entiendo.

Hice un último intento por alegrarle.

—¡Venga, venga, Francis! Arriba ese ánimo. En un par de semanas habrá salido de la cama.

Él negó moviendo la cabeza sobre la almohada.

—Algo va mal —dijo—. No espero que me crea, señor, pero algo va mal. El tiempo lo dirá.

Dejé la habitación. Media hora más tarde partí en dirección a la casa del señor Beldheimer, dejando los preparativos para la madrugada del 1 de marzo en manos del doctor y de mi esposa.

Lo que más me llamó la atención cuando me uní a los demás invitados en casa de los Beldheimer fue algo que también resulta necesario mencionar aquí. Pese a lo gozoso de la ocasión, una de las damas presentes se mostraba completamente alicaída. ¡Y aquella dama no era otra que la mismísima heroína de la fiesta: la señora de la casa!

En el transcurso de la tarde me encontré charlando con el hijo mayor del señor Beldheimer, y le pregunté qué era lo que le sucedía a su madre. Al ser un viejo amigo de la familia, el joven aceptó de inmediato confiarme la verdad.

—Hemos tenido que lidiar con un asunto de lo más desagradable —me dijo—, y mi madre todavía no se ha recuperado de la dolorosa impresión recibida. Hace muchos años, cuando mis hermanas aún eran niñas, tuvimos en la casa una institutriz

inglesa. Algún tiempo después de que nos hubiera dejado, nos llegaron noticias de que se había casado. No volvimos a oír hablar de ella hasta que hace una semana o diez días mi madre recibió una carta en la que nuestra ex-institutriz se describía a sí misma en una condición de suma pobreza y desgracia. Tras muchos titubeos, se había atrevido, siguiendo la sugerencia de una señora que había sido amable con ella, a escribir a sus antiguos empleadores, y a apelar a sus recuerdos en nombre de los viejos tiempos. Ya conoce usted a mi madre: no solo es la más bondadosa, sino también la más confiada de las mujeres. Resulta imposible convencerla de toda la maldad que hay en el mundo. Respondió a vuelta de correo invitando a la institutriz a que viniera aquí a verla, e incluyó dinero para pagarle los gastos del viaje. Cuando mi padre llegó a casa y se enteró de lo que había hecho, escribió de inmediato a su agente de Londres encargándole que investigara y remitiéndole la dirección que venía registrada en la carta de la institutriz. Sin embargo, ella llegó antes que la respuesta del agente, y le produjo la peor impresión posible. Dos días más tarde recibimos una carta que confirmó sus sospechas. Desde que habíamos perdido el contacto con ella, aquella mujer había llevado una vida completamente disipada. Mi padre habló con ella en privado y le ofreció una suma de dinero, a condición de que abandonara de inmediato nuestra casa y volviera a Inglaterra. Si lo rechazaba, la alternativa sería una denuncia a las autoridades y el escándalo público. Ella aceptó el dinero y abandonó la casa. En su viaje de regreso a Inglaterra parece haber hecho escala en Metz. Ya se imaginará qué clase de mujer es cuando le diga que el otro día fue vista en una taberna en compañía de ese guapo mozo de cuadra que trabaja para usted: Joseph Rigobert, ¿verdad?

Mientras mi informante me revelaba aquellas circunstancias, mi memoria trabajaba a toda velocidad. Recordé que Francis Raven nos había relatado vagamente la experiencia de su esposa como institutriz de una familia alemana. Una terrible sospecha alumbró mi mente.

—¿Cómo se llamaba la mujer? —pregunté.

El hijo del señor Beldheimer respondió:

—Alicia Warlock.

Tras haber oído aquella respuesta, únicamente me quedaba una idea: regresar a mi casa sin perder un solo minuto. Pero para entonces eran ya las diez de la noche, y el último tren hacia Metz había partido hacía rato. Convine con mi joven amigo, tras haberle informado debidamente de las circunstancias, en que debería partir en el primer tren de la mañana, en lugar de compartir con la familia el desayuno que habían preparado para sus huéspedes.

A intervalos durante la noche, me pregunté inquieto qué estaría sucediendo en la Maison Rouge. La misma pregunta me seguía asaltando una y otra vez la mañana del primero de marzo, mientras viajaba hacia casa en el primer tren del día. Tal y como se habían desarrollado los acontecimientos, únicamente una persona estaba en posición de saber lo que había sucedido realmente en los establos la madrugada del

día del cumpleaños de Francis Raven. Dejen que Joseph Rigobert tome mi puesto como narrador y que les cuente a ustedes el final de la historia, del mismo modo que nos la contó a su abogado y a mí hace ya tiempo.

CUARTA (Y ÚLTIMA) NARRACIÓN

LA DECLARACIÓN DE JOSEPH RIGOBERT: DIRIGIDA AL ABOGADO DEFENSOR QUE LE REPRESENTÓ EN SU JUICIO

Respetado señor. El día 27 de febrero fui enviado a la ciudad de Metz en viaje de negocios relacionados con los establos de la Maison Rouge. En el paseo marítimo conocí a una magnífica mujer. Cabellos rubios. Nacionalidad inglesa. Nos admiramos mutuamente e iniciamos una conversación (ella hablaba francés perfectamente, aunque con acento inglés). La invité a un refrigerio; mi propuesta fue aceptada. Mantuvimos una prolongada e interesante entrevista. Descubrimos que estábamos hechos el uno para el otro. Hasta ahora. ¿Quién podría ser culpable de nada?

¿Es acaso culpa mía haber nacido atractivo, y ser reconocido universalmente como tal por el sexo débil? ¿Es acaso una afrenta criminal mostrarse accesible a las amistosas debilidades del amor? Pregunto de nuevo. ¿Quién podría ser el culpable?

Evidentemente, la naturaleza. No aquella bella dama, ni este humilde servidor.

Para resumir: incluso aquel ser humano poseedor del más pétreo corazón del mundo entenderá que dos seres hechos el uno para el otro no pudieran separarse sin antes ponerse de acuerdo en volver a encontrarse en otra ocasión.

Hice los preparativos para acomodar a la dama en una aldea próxima a Maison Rouge. Ella consintió en honrarme con su compañía a la hora de la cena, en mi apartamento de los establos, la noche del día 29. La hora fijada fue la hora a la que suelen retirarse los otros criados: las once en punto.

Entre los mozos de cuadra de los establos había un inglés con una pierna rota. Su nombre era Francis. Sus modales eran repugnantes: ignoraba cualquier rudimento de francés. En la cocina le conocían con el apodo de «el oso inglés». Pero por extraño que parezca, parecía ser un favorito de mi señor y mi señora. Incluso le permitieron dar rienda suelta a ciertos terrores supersticiosos a los que esta repulsiva persona estaba sujeta, terrores de una naturaleza tal que yo, como avanzado librepensador, nunca perdí el tiempo ni me tomé la molestia de averiguar.

La noche del día 28, el inglés, sintiéndose presa de los terrores a los que ya he aludido, solicitó que uno de sus compañeros le acompañara durante la madrugada. Su deseo fue respaldado por la autoridad del señor Fairbank. Habiendo incurrido en el desagrado de mi señor (un apropiado sentido de mi dignidad me impide relatarle el modo), me presenté voluntario para vigilar el lecho del oso inglés. Mi objetivo era demostrarle al señor Fairbank que no existía malicia por mi parte tras lo que había ocurrido entre nosotros. El desgraciado inglés pasó toda la noche delirando. Al no entender su bárbaro idioma, solo pude adivinar por sus gestos que estaba asustado a causa de una imaginaria aparición junto a su cama. De vez en cuando, cuando el demente me despertaba con sus gritos, le tranquilizaba insultándole. Esa es la mejor y

más rápida manera de tratar con personas en su estado.

En la mañana del día 29, el señor Fairbank nos dejó para partir de viaje.

Aquel mismo día, algo más tarde, y para mi indescriptible disgusto, descubrí que mi relación con el inglés no había terminado aún. Estando el señor Fairbank ausente, fue la señora Fairbank la que tomó un incomprensible interés en el reposo de mi delirante compañero de establo aquella noche. De nuevo, uno de nosotros tendría que velar junto a su cama e informar de cuanto sucediese. Dado que yo esperaba a mi bella amiga para cenar, era necesario asegurarse de que los otros criados de los establos estuvieran en sus camas aquella noche. Por lo tanto, volví a ofrecerme voluntario para mantener la guardia. La señora Fairbank me alabó por mi humanidad. Poseo un gran control sobre mis sentimientos; acepté sus alabanzas sin sonrojarme siquiera.

Dos veces, después de que hubiera anochecido, mi señora y el doctor (este último estaba pasando la noche en la casa, en ausencia del señor Fairbank) vinieron a verme para hacerme preguntas. Una vez antes de la llegada de mi bella amiga, y otra *después*. En aquella segunda ocasión (mi apartamento estaba pegado puerta con puerta con el del inglés), me vi obligado a esconder a mi encantadora invitada en la sala de los arreos. Ella aceptó con angelical resignación inmolar su dignidad ante las serviles necesidades de mi posición. ¡En mi vida había conocido una mujer tan afable (de momento)!

Después de la segunda visita, quedé libre. Era ya cerca de la medianoche. Hasta aquel momento no había habido nada en el comportamiento del loco inglés que pudiera recompensar a la señora Fairbank y al doctor por presentarse junto a su cama. Yacía medio dormido, medio despierto, con una expresión extraña y asombrada grabada en el rostro. Al marcharse, mi señora me avisó de que me mantuviera particularmente en guardia a eso de las dos de la mañana. El doctor me prestó una enorme campana de mano que podría ser oída con facilidad desde la casa en caso de que sucediera algo.

Una vez restaurado el encuentro con mi hermosa amiga, preparé la mesa para la cena. Un *pâté*, una salchicha, y un par de botellas de generoso mosela, compusieron nuestra simple comida. Cuando las personas se adoran, la embriagante ilusión del amor transforma la más simple de las comidas en un banquete. Dotados de una inmensurable capacidad para el disfrute, nos sentamos a la mesa. En el mismo momento en que le brindaba una silla a mi fascinante compañera, el infame inglés de la habitación de al lado empezó otra vez a montar el escándalo. Golpeó con su bastón en el suelo, y gritó dominado por un acceso de terror y delirio:

—¡Rigobert! ¡Rigobert!

El sonido de aquella lamentable voz, asaltando nuestros oídos, aterrorizó a mi bella amiga. Perdió todo su encantador color en un instante.

—¡Cielos! —exclamó—. ¿Quién está en esa habitación?

—Un inglés loco.

—¿Un inglés?

—No te preocupes, ángel mío, yo haré que se calle.

La lamentable voz volvió a llamarme.

—¡Rigobert! ¡Rigobert!

Mi hermosa amiga me agarró del brazo.

—¿Quién es? ¿Cómo se llama?

Algo que me llamó la atención se reflejó en su rostro al hacerme aquella pregunta.

Un espasmo de celos me sacudió el alma.

—¿Le conoces? —dije.

—¡Su nombre! —repitió ella vehementemente—. ¡Dime su nombre!

—Francis —respondí.

—Francis ¿qué más?

Me encogí de hombros. No podía recordar, y mucho menos pronunciar, aquel bárbaro apellido inglés. Solo pude decirle que empezaba por «R».

Ella se echó hacia atrás en su silla. ¿Acaso iba a desmayarse? No: se recobró; e incluso recuperó más color del que antes tenía. Sus ojos brillaban majestuosamente. ¿Qué quería decir todo aquello? ¡Pese a lo profundamente que entiendo a las mujeres en general, estaba completamente desconcertado por *aquella* en concreto!

—¿Le conoces? —repetí.

Ella se rio de mí.

—¡Qué tontería! ¿Cómo iba a conocerle? Ve y haz que se calle ese desgraciado.

Tenía mi espejo allí al lado. Un simple vistazo me confirmó que ninguna mujer en su sano juicio podría preferir al inglés antes que a mí. Recuperé mi autoestima. Me apresuré a acudir junto al lecho del inglés.



En el momento en que aparecí señalé nerviosamente hacia mi habitación. Me arrolló con un torrente de palabras en su idioma. Pude adivinar, por sus gestos y su apariencia, que de algún modo incomprensible había adivinado la presencia de mi invitada. Y más extraño aún: se mostraba asustado ante la idea de que esa persona estuviese en mi habitación. Le conminé a que recuperara la compostura mediante el eficaz sistema que ya he mencionado; es decir, le insulté en mi propio idioma. Al no obtener esta vez un resultado satisfactorio, reconozco que le asesté un puñetazo en el rostro y abandoné el dormitorio.

De regreso junto a mi bella amiga, la encontré caminando de un extremo a otro de la habitación dominada por un estado de excitación maravilloso de contemplar. No me había esperado para llenar su copa; había empezado a disfrutar del generoso mosela en mi ausencia. Con cierta dificultad conseguí que se sentara a la mesa. Pero nada consiguió hacerla comer.

—He perdido el apetito —dijo—. Dame vino.

El generoso mosela merece su nombre, es delicado al paladar y tiene un prodigioso «cuerpo». La fuerza de este excelente vino no produjo ningún efecto abotargador en mi destacable invitada. Si acaso pareció reforzarla y levantarle el ánimo; nada más. En todo momento habló en el mismo tono relajado, y en todo momento desvió la conversación con la misma destreza hacia el inglés que yacía en la habitación de al lado. Esta persistencia me habría ofendido en otra mujer. Pero mi encantadora invitada era completamente irresistible y respondí a sus preguntas con la docilidad de un crío. Además, poseía toda la divertida excentricidad de su nación. Cuando le conté el accidente que había confinado al inglés a su cama, se levantó de un salto. Una extraordinaria sonrisa iluminó su rostro mientras me decía:

—¡Muéstrame el caballo que le rompió la pierna! ¡Debo ver ese caballo y lo haré!

La conduje hasta los establos. Y entonces besó al caballo. Lo juro por mi honor. ¡Besó al caballo! Aquello me dejó completamente anonadado. Le dije:

—Conoces a ese hombre. Y te ha ofendido de algún modo.

¡No! No quería admitirlo, ni aún entonces.

—Beso a todos los animales bellos —dijo—. ¿Acaso no te he besado a ti?

Tras brindarme aquella encantadora explicación de su conducta, volvió a subir las escaleras. Yo me quedé atrás para cerrar de nuevo la puerta del establo. Cuando llegué hasta ella, hice un descubrimiento alarmante. La sorprendí saliendo de la habitación del inglés.

—Ahora mismo iba a ir abajo para llamarte —dijo—. El hombre de ahí dentro está empezando a escandalizar otra vez.

La voz del inglés loco volvió a herir nuestros oídos.

—¡Rigobert! ¡Rigobert!

La verdad es que en aquel momento daba miedo verle. Sus ojos me miraban desorbitados. El sudor se derramaba sobre su rostro. Dominado por el pánico y el terror, cerraba las manos y apuntaba hacia el cielo. Mediante todos los gestos y signos

que un hombre puede hacer, me pidió que no volviera a dejarle solo. Realmente no pude evitar sonreír. ¡Menuda idea, la de quedarme allí con él, dejando a mi bella amiga a solas en la otra habitación!

Me volví hacia la puerta. Cuando el desgraciado loco me vio abandonándole se desesperó por completo. Gritaba de tal modo que temí que despertara al resto del servicio.

Mi rapidez de reflejos en las emergencias es proverbial entre aquellos que me conocen. Abrí el armario en que guardaba sus ropas. Agarré un puñado de sus pañuelos, le amordacé con uno de ellos, y aseguré sus manos con los otros. Ya no había peligro de que alarmara a los demás criados. Tras haber terminado el último nudo, levanté la mirada.

La puerta entre la habitación del inglés y la mía estaba abierta. Mi bella amiga estaba de pie en el umbral, *observándole* mientras yacía indefenso en la cama. *Observándome* mientras terminaba de atar el último nudo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté—. ¿Por qué has abierto la puerta?

Ella se acercó a mi lado y, sin dejar de mirar al hombre de la cama, me susurró al oído:

—Le he oído gritar.

—¿Y bien?

—Pensé que le habías matado.

Me alejé de ella dominado por el horror. La sospecha que sus palabras implicaban ya era lo suficientemente detestable. Pero el modo en que las había susurrado resultaba más repugnante aún. Me afectó tan poderosamente que retrocedí ante aquella bella criatura, con la misma repugnancia que podría haber sentido ante un reptil que se hubiera arrastrado sobre mi piel.

Antes de haberme recobrado lo suficiente para replicar, mis nervios se vieron atacados por un nuevo sobresalto. De repente oí la voz de mi señora llamándome desde el patio del establo.

No había tiempo para pensar, solo para actuar. Lo único que tenía que hacer era evitar que la señora Fairbank subiera las escaleras y descubriera no solo a mi invitada, sino también al inglés atado y amordazado a su cama. Bajé corriendo al patio de inmediato. Mientras bajaba las escaleras, oí el reloj del establo marcar las dos menos cuarto de la madrugada.

Mi señora se mostraba nerviosa y agitada. El doctor —que la estaba atendiendo— sonreía para sí como un hombre divertido por sus propios pensamientos.

—¿Sigue Francis despierto, o se ha dormido? —preguntó la señora Fairbank.

—Se ha mostrado algo agitado, señora. Pero ahora se ha tranquilizado por completo. Y así seguirá mientras nadie le moleste —añadí aquellas palabras para evitar que subiera—. Pronto se quedará dormido.

—¿Ha sucedido algo desde la última vez que vine?

—Nada, señora.

El doctor elevó las cejas en una cómica expresión de agotamiento.

—¡Vamos, vamos, señora Fairbank! —dijo—. ¡No ha sucedido nada! ¡Los días del romance pasaron ya!

—¡Aún no son las dos! —respondió mi señora algo irritada.

El olor de los establos se sentía con fuerza debido al aire de la mañana. La señora Fairbank se colocó un pañuelo frente a la nariz y nos condujo hasta el patio por la puerta norte, que era la entrada que comunicaba con los jardines de la casa. Una vez alejados del olor a establo, empezó a interrogarme de nuevo. No acababa de creerse que no hubiera ocurrido nada en su ausencia. Le ofrecí las mejores respuestas que pude improvisar en el momento, y la charla se alargó hasta que el reloj dio las dos. Entonces, la señora Fairbank anunció su intención de acudir personalmente a la habitación del inglés. Ante mi alivio, el doctor intervino para detenerla.

—Ya ha oído que Francis se está quedando dormido —dijo—. Si entra ahora en su habitación podría despertarle. Es esencial para el éxito de mi experimento que descanse bien esta noche, y que pueda atribuirse ese descanso a sí mismo antes de revelar la verdad. Debo solicitarle, señora, que no altere al pobre hombre. Rigobert nos avisará si sucede algo.

Mi señora no estaba dispuesta a ceder. Durante los siguientes cinco minutos se entabló una cálida discusión entre ellos dos. Finalmente, la señora Fairbank se vio obligada a ceder; por el momento.

—Dentro de media hora —dijo— habrá transcurrido el tiempo suficiente como para que Francis se haya dormido del todo o haya vuelto a despertarse. Volveré entonces.

Tomó el brazo del doctor y regresaron juntos a la casa.

Una vez solo, y con media hora por delante, decidí llevar a la inglesa de vuelta hasta el pueblo. Después, de regreso a las caballerizas, le retiraría a Francis la mordaza y las ataduras, y le dejaría chillar todo lo que quisiera. ¿Qué me importaba a mí si alteraba a todo el edificio una vez me hubiera librado de la comprometedor presencia de mi invitada?

Al regresar al patio oí un sonido como el de una puerta chirriando sobre sus bisagras. No podía ser la puerta de la entrada norte porque acababa de cerrarla con mis propias manos. Acudí, por lo tanto, a la puerta de la entrada oeste, que se encontraba en la parte trasera de las caballerizas. Esta puerta se abría a un campo que, aún en los terrenos del señor Fairbank, estaba atravesado por dos senderos. El sendero más cercano conducía hasta el pueblo. El otro, hasta la carretera principal y el río.

Al llegar a la puerta oeste la encontré abierta, balanceándose lentamente de un lado a otro debido a la refrescante brisa matutina. Yo mismo había cerrado aquella puerta con llave y cerrojo tras haberla abierto momentáneamente a las once para que entrara mi bella amiga. Un vago temor de que algo iba mal se apoderó de mi mente. Volví corriendo a las caballerizas.

Miré en mi habitación. Estaba vacía. Fui a la habitación de los arreos. Ni rastro de la mujer. Regresé a mi habitación y me acerqué a la puerta del dormitorio del inglés. ¿Era posible que se hubiera quedado allí durante mi ausencia? Un inexplicable rechazo a abrir la puerta me hizo dudar cuando ya tenía la mano apoyada sobre el pomo de la misma. Escuché. No se oía un solo sonido en el interior. Llamé con suavidad. Nadie respondió. Retrocedí un paso, aún dudando. Acababa de ver algo oscuro, que avanzaba lentamente siguiendo la hendidura existente entre la base de la puerta y el suelo de madera. Tomando la vela de la mesa, alumbré y miré. ¡Aquello oscuro que se movía lentamente era un reguero de sangre!

La horrible visión me sacó de mi asombro. Abrí la puerta.

El inglés yacía en su cama. Estaba solo en la habitación. Le habían acuchillado dos veces, una en la garganta y otra en el corazón. El arma había quedado abandonada en la segunda herida. Era una navaja de manufactura inglesa con un mango de asta de ciervo, tan nueva como si hubiera sido comprada aquel mismo día.

Di la alarma de inmediato. Hay testigos que podrán explicar lo que sucedió a continuación. Resulta monstruoso suponerme culpable de este asesinato. Admito que soy capaz de cometer muchos desatinos, pero me arrugo ante la mera idea de un crimen. Además, no tenía ningún motivo para asesinar a aquel hombre. Fue la mujer quien lo hizo, aprovechando mi ausencia. Escapó por la puerta oeste mientras yo hablaba con mi señora. No tengo nada más que decir. Le juro que todo lo que he escrito aquí es una declaración cierta de lo que sucedió en la madrugada del día 1 de marzo.

Acepte, señor, la garantía de mis sentimientos de profunda gratitud y respeto.

JOSEPH RIGOBERT

ÚLTIMAS LÍNEAS

AÑADIDAS POR PERCY FAIRBANK

Tras ser juzgado Joseph Rigobert, fue declarado inocente del asesinato de Francis Raven. Los papeles del asesinato presentaron pruebas de sobra acerca de la mortal animosidad que le profesaba su esposa.

Las investigaciones realizadas la madrugada del asesinato mostraron que la asesina, tras haber abandonado las caballerizas, había tomado el sendero que se dirigía hacia el río. El río fue dragado, sin resultados. Hasta el día de hoy permanece la duda sobre si murió ahogada o no. La única certeza es que Alicia Warlock no volvió a ser vista por nadie.

De este modo, empezando con un misterio y terminando con otro, la mujer del sueño se ha mostrado ante ustedes. Fantasma, demonio o ser humano, elijan ustedes la definición. O, conociendo las insospechadas maravillas que les rodean, e incluso las insospechadas maravillas en las que pueden estar envueltos, dejemos que las palabras del más grande de todos los poetas sirvan de explicación.^[5]

*We are such stuff
As dreams are made of, and our little life
Is rounded with a sleep*

LA MANO MUERTA

Cuando el presente siglo XIX era muchos años más joven de lo que actualmente es, un amigo mío llamado Arthur Holliday llegó a la ciudad de Doncaster exactamente a mitad de la semana de las carreras; o, dicho en otras palabras, a mediados del mes de septiembre.

Era uno de esos caballeros jóvenes y temerarios, algo cabeza hueca, de gran corazón y enorme boca, que poseen el don de la completa familiaridad y que trepan descuidadamente por el árbol de la vida haciendo amigos allá donde van. Su padre era un rico fabricante y había comprado suficientes terrenos en uno de los condados del centro del país como para despertar la más pura envidia de todos los nobles de la comarca. Arthur era su único hijo y, además de ser el futuro propietario de la enorme finca y del gran negocio, siempre estuvo bien provisto de dinero y no muy rígidamente vigilado mientras vivió su padre. Los rumores (o el escándalo, lo que prefieran) afirmaban que el anciano caballero se había conducido de un modo completamente desbocado en su juventud y que, al contrario que la mayoría de los padres, no estaba predispuesto a indignarse violentamente al ver que su hijo seguía sus pasos. Esto podría ser cierto o podría no haberlo sido. Personalmente, solo conocí al mayor de los señores Holliday cuando ya estaba entrado en años, y para entonces era el caballero más apacible y respetable que yo haya visto en mi vida.

Bien, un septiembre, tal y como les estaba contando, el joven Arthur llegó a Doncaster, habiendo decidido de repente, con ese absurdo y poco meditado estilo suyo, que iría a las carreras. No llegó a la ciudad hasta la caída de la tarde, y acudió de inmediato al mejor hotel en busca de lecho y comida. Cena estaban dispuestos a ofrecérsela, pero en lo que a cama se refería se echaron a reír cuando mencionó su deseo. Durante la semana de las carreras no resulta extraordinario que los visitantes que no tienen habitaciones reservadas en Doncaster pasen las noches en sus coches aparcados a las puertas de las posadas. En cuanto a la clase más baja de forasteros, yo mismo los he visto a menudo, durante toda esa semana, arrastrarse bajo los portales en busca de un lugar cubierto para dormir. Por muy rico que fuera, las oportunidades de Arthur de encontrar alojamiento para aquella noche (viendo que no había escrito de antemano para asegurarse uno) eran más que dudosas. Tras intentar encontrar plaza en el segundo hotel de la ciudad, y en el tercero, preguntó también en dos de las posadas inferiores. Y en todos los sitios le recibieron con la misma respuesta. No quedaba ni una sola cama libre. Ni todos los brillantes soberanos de oro que llevaba en el bolsillo le podrían haber proporcionado una cama en Doncaster durante la semana de las carreras.

Para un joven con un temperamento como el de Arthur, la novedad de verse

arrojado a la calle como un vagabundo sin un penique de cada casa en la que pidió alojamiento se le presentó como una experiencia intensa y original. De este modo, continuó andando con su maletín en la mano, solicitando una cama en todos y cada uno de los locales para viajeros que pudo encontrar en Doncaster; hasta que llegó a las afueras de la ciudad.

Para entonces, el último resplandor del crepúsculo se había desvanecido, la luna empezaba a alzarse cubierta por la niebla, el viento se estaba enfriando, las nubes se estaban espesando en abundancia y todo apuntaba a que pronto empezaría a llover.

La visión de la noche tuvo un efecto descorazonador sobre el buen humor del joven Holliday. Empezó a contemplar la situación en la que se encontraba desde un punto de vista más dramático que humorístico, y miró a su alrededor buscando otra casa pública en la que preguntar, con un sentimiento parecido al nerviosismo apoderándose de su mente ante la perspectiva de no encontrar un alojamiento para pasar la noche.

La parte suburbana hacia la que se había dirigido apenas estaba iluminada, y nada podía ver de las casas frente a las que iba pasando salvo que, cuanto más se alejaba, más pequeñas y más sucias se hacían. Siguiendo un poco más la serpenteante carretera, acabó por ver frente a él el mortecino resplandor de una lámpara de aceite que luchaba inútilmente con la neblinosa oscuridad que la rodeaba. Determinó hacer un último esfuerzo por llegar hasta la lámpara, decidido, en caso de no ver nada en forma de posada, a regresar al centro de la ciudad para intentar asegurarse en uno de los principales hoteles al menos una silla en la que sentarse a pasar la noche.



A medida que se fue acercando a la lámpara fue oyendo voces, y, situándose debajo, descubrió que iluminaba la entrada de un estrecho callejón en cuya pared había pintada una larga y desgastada mano de color carne, que señalaba, con el dedo índice, hacia la siguiente inscripción:

LOS DOS PETIRROJOS

Arthur penetró en el callejón sin dudarlo, decidido a averiguar qué podían hacer por él en Los Dos Petirrojos. Había cuatro o cinco hombres reunidos a la puerta de la posada, que se encontraba situada al fondo del callejón, directamente enfrentada con la entrada de la calle. Estaban escuchando a otro individuo, mejor vestido que el resto, que en voz baja contaba algo en lo que aparentemente se mostraban muy interesados.

Al entrar en el callejón, Arthur se cruzó con un forastero que llevaba una mochila en la mano y que evidentemente estaba dejando la casa.

—No —dijo el viajero de la mochila girándose y dirigiéndose alegremente hacia un hombre calvo y gordo de mirada astuta, que le había seguido por el pasaje vestido con un delantal blanco y sucio—. No, patrón, no me asusto fácilmente por bagatelas, pero no me importa confesar que *eso* no estoy dispuesto a tolerarlo.

En cuanto oyó aquellas palabras, al joven Holliday se le ocurrió que al forastero se le debía de haber solicitado un precio exorbitado por una cama en Los Dos Petirrojos. Y que o bien era incapaz de pagarlo, o bien no estaba dispuesto a ello. En el mismo momento en que le volvió la espalda, Arthur, cómodamente consciente de sus bien provistos bolsillos, se dirigió apresuradamente al patrón calvo de mirada astuta y sucio delantal, por temor a que otro viajero sin alojamiento se le anticipara.

—Si tiene usted una cama libre, y ese caballero que acaba de marcharse no quiere pagar su precio, yo lo haré —dijo.



El astuto patrón contempló a Arthur con mirada penetrante.

—¿Lo hará, señor? —preguntó meditativo y dudoso.

—Diga el precio —dijo el joven Holliday creyendo que la duda del propietario se debía a una desconfianza propia de paletos—. Diga su precio y, si así lo desea, le daré el dinero de inmediato.

—¿Qué le parecen cinco chelines? —preguntó el patrón, restregándose su doble papada recubierta por una barba incipiente mientras contemplaba pensativamente el techo sobre su cabeza.

Arthur estuvo a punto de reírse en la cara del hombre, pero creyendo prudente controlarse, le ofreció los cinco chelines con tanta seriedad como le fue posible. El astuto propietario extendió la mano... y la volvió a retirar repentinamente.

—A mi juicio está usted actuando de un modo justo y honrado —dijo—, y antes de coger su dinero me gustaría hacer lo mismo. Mire, así es como están las cosas. Puede tener una cama para usted por solo cinco chelines, pero no podrá utilizar más que la mitad de la habitación en la que esta se encuentra. ¿Entiende lo que quiero decir, joven caballero?

—Claro que sí —contestó Arthur con algo de irritación—. ¿Quiere decir que se trata de una habitación doble y que la otra cama ya está ocupada?

El patrón asintió con la cabeza y volvió a restregarse la doble papada con más fuerza que antes. Arthur dudó y mecánicamente retrocedió un paso o dos hacia la puerta. La idea de dormir en la misma habitación con un completo desconocido no se le antojaba muy atractiva. Se sintió inclinado a guardarse los cinco chelines en el bolsillo y a regresar a la calle.

—¿Será que sí o que no? —preguntó el patrón—. Decídase pronto porque esta noche hay muchas otras personas buscando cama en Doncaster, además de usted.

Arthur miró hacia el callejón y oyó la lluvia estrellándose con fuerza contra el pavimento. Pensó que antes de decidirse a salir precipitadamente, abandonando el refugio que le ofrecía Los Dos Petirrojos, le haría un par de preguntas pertinentes al posadero.

—¿Qué clase de hombre es el que ha alquilado la otra cama? —preguntó—. ¿Se trata de un caballero? Quiero decir, ¿es una persona tranquila y de buenos modales?

—Es el hombre más tranquilo con el que jamás me haya encontrado —dijo el patrón frotándose furtivamente las gordas manos—. Tan sobrio como un juez, y tan regular en sus hábitos como un reloj en punto. No hace ni diez minutos que dieron las nueve y ya está en su cama. No sé si eso se ajusta a su noción de hombre tranquilo; desde luego va mucho más allá de la mía, se lo puedo asegurar.

—¿Cree usted que estará dormido?

—Estoy completamente seguro —replicó el propietario—. Y lo que es más, ha caído tan rendido que le aseguro que no le despertará usted. Por aquí, señor —dijo el patrón hablando por encima del hombro del joven Holliday, como si se estuviera dirigiendo a algún nuevo cliente que fuera hacia la entrada.

—Aquí tiene —dijo Arthur, decidido a adelantarse al extraño, fuese quien fuese—. Me quedo con la cama —añadió alargándole los cinco chelines al patrón, quien asintió en silencio, dejó caer descuidadamente el dinero en el bolsillo de su delantal y encendió una vela.

—Suba a ver la habitación —dijo el propietario de Los Dos Petirrojos, guiándole hacia la escalera con bastante rapidez para lo gordo que era.

Subieron al segundo piso de la posada. El patrón entreabrió una puerta situada frente al rellano, después se detuvo y se volvió para mirar a Arthur.

—Es un buen trato, tanto por mi parte como por la suya —dijo—. Usted me da cinco chelines, y yo le proporciono a cambio una cama limpia y cómoda; y le garantizo, de antemano, que el hombre que duerme en la misma habitación que usted no le molestará ni le irritará en modo alguno.

Tras haber dicho estas palabras, miró fijamente el rostro del joven Holliday y después le condujo al interior de la habitación.

Era más grande y estaba más limpia de lo que Arthur había imaginado. Las dos camas habían sido colocadas en paralelo y entre la una y la otra mediaba una distancia de unos dos metros. Las dos eran de tamaño medio y ambas contaban con las mismas doseleras y las mismas cortinas blancas y sencillas para cubrirlas en caso de ser necesario.

La cama ocupada era, de las dos, la que más cerca estaba de la ventana. Todas las cortinas, excepto la del piecero, que era el extremo de la cama más alejado de la ventana, estaban completamente echadas a su alrededor. Arthur se fijó en que los pies del hombre dormido elevaban las escasas ropas de la cama formando una aguda y pequeña prominencia, como si estuviera durmiendo sobre su espalda. Tomó la vela y avanzó con cuidado para correr la cortina. Se detuvo a medio camino, escuchó un momento, y después se volvió hacia el patrón.

—Es muy silencioso al dormir —dijo Arthur.

—Sí —confirmó el patrón—, muy silencioso.

El joven Holliday avanzó con la vela y contempló al hombre con precaución.

—Qué pálido está —dijo Arthur.

—Sí —replicó el propietario—, muy pálido, ¿verdad?

Arthur miró al hombre más de cerca. Tenía la ropa de la cama subida hasta la barbilla, y su pecho permanecía completamente inmóvil. Sorprendido y vagamente alarmado al descubrir aquello, Arthur se inclinó sobre el desconocido, le miró los labios cenicientos y separados, escuchó un momento conteniendo el aliento, contempló de nuevo el rostro extrañamente inmóvil y los estáticos labios y pecho. Entonces se volvió súbitamente hacia el patrón con sus propias mejillas tan pálidas como los huecos mofletes del hombre de la cama.

—Venga aquí —susurró sin aliento—. ¡Venga aquí, por el amor de Dios! Este hombre no está dormido... ¡está muerto!

—Lo ha descubierto usted antes de lo que yo esperaba —dijo el posadero con

calma—. Sí, está muerto, de eso no hay duda. Murió a las cinco en punto de esta tarde.

—¿Cómo murió? ¿Quién es? —preguntó Arthur, tambaleándose debido a la audaz frialdad de la respuesta.

—En cuanto a quién es —continuó el posadero—, no sé más sobre él de lo que pueda saber usted. Ahí están sus libros, sus papeles y sus cosas; todo sellado en ese paquete de papel marrón a la espera de que el juez de instrucción venga mañana y haga su encuesta. Llevaba aquí una semana, pagando sin problemas y manteniéndose la mayor parte del tiempo en el interior, como si estuviese enfermo. Esta tarde a las cinco la camarera le trajo su té y, mientras aún se lo estaba sirviendo, él tuvo un desmayo, o un ataque, o un compuesto de ambos, yo qué sé. No pudimos hacerle volver en sí y yo dije que estaba muerto. Y vino el doctor y no pudo hacerle volver en sí, y también dijo que estaba muerto. De modo que ahí le tiene. El juez de paz vendrá mañana, lo más pronto que pueda. Eso es todo lo que sé.

Arthur acercó la vela a los labios del hombre. La llama seguía ardiendo firme y sin ondulaciones. Hubo un momento de silencio durante el que solo se oyó la lluvia golpeando pesadamente contra los cristales de las ventanas.

—Si no tiene nada más que decirme —continuó el posadero—, supongo que puedo retirarme. ¿Y no pretenderá que le devuelva los cinco chelines, verdad? Ahí está la cama que le prometí: cómoda y limpia. Ahí está el hombre que le garantice que no le molestaría, más callado que nadie en este mundo. Si le asusta a usted compartir habitación con él, eso ya no es asunto mío. Yo he mantenido mi parte del trato, y tengo toda la intención de quedarme el dinero. Yo tampoco soy de Yorkshire, joven caballero, pero he vivido lo suficiente por estos lares como para haber agudizado mi ingenio. No me extrañaría que encontrara usted el modo de agudizar el suyo la próxima vez que venga a pasar un tiempo en la comarca.

Tras haber pronunciado aquellas palabras, el posadero se volvió hacia la puerta y rio para sí mismo, satisfecho de su propio ingenio.

Pese a que seguía alterado y sobresaltado, Arthur había recuperado para entonces la suficiente compostura como para poder sentirse indignado ante el engaño del que había sido objeto.

—No se ría hasta estar seguro de ser el último en poder hacerlo —dijo afiladamente—. No recibirá usted esos cinco chelines a cambio de nada, amigo. Me quedo con la cama.

—¿Ah, sí? —dijo el posadero—. Entonces le deseo que descanse bien esta noche. Con esta breve despedida, salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí.

¡Que descanse bien! Apenas acababan de ser pronunciadas aquellas palabras, apenas acababa de cerrarse la puerta, y Arthur ya se estaba arrepintiéndose de las impetuosas palabras que acababa de pronunciar. Aunque de naturaleza nada susceptible, y en absoluto falto de valor moral y físico, la presencia del hombre muerto tuvo un efecto espeluznante e inmediato sobre su cerebro en cuanto se quedó

a solas con él en la habitación. A solas... y obligado a quedarse allí hasta por la mañana debido a sus precipitadas palabras. Un hombre más maduro no le habría dado mayor importancia a lo que acababa de decir, y habría actuado no guiándose por sus palabras, sino por lo que le dictase el sentido común. Pero Arthur era demasiado joven como para soportar hacer el ridículo, aunque fuese frente a sus inferiores, sin sentir su propio desprecio; demasiado joven como para no temer la momentánea humillación que le supondría tener que contradecir su estúpida bravata; un temor mayor aún que el que le producía tener que pasar la noche en la misma habitación que el muerto.

—Solo serán un par de horas —pensó—. Y siempre puedo marcharme a primera hora de la mañana.

Estaba mirando hacia la cama ocupada cuando aquella idea pasó por su cabeza, y la aguda prominencia provocada en las sábanas por los pies del difunto volvió a atraer su mirada. Avanzó y echó la cortina, absteniéndose con toda intención de contemplar el rostro del cadáver, no fuera a ser que le causara tan honda impresión que le turbara ya de entrada. Echó la cortina con mucho cuidado y suspiró involuntariamente al cerrarla.

—Pobre tipo —dijo casi con tanta tristeza como si le hubiera conocido personalmente—. ¡Ah, pobre tipo!

Se acercó a la ventana. La noche aparecía completamente negra y no le permitía ver nada. La lluvia seguía golpeando con fuerza contra los cristales. Supuso, al oír aquello, que la ventana se encontraba en la parte trasera de la casa, pues recordaba que la delantera se hallaba protegida de las inclemencias del tiempo por el callejón y los edificios que se erguían frente a él.

Mientras permanecía junto a la ventana (ya que, debido al sonido que provocaba, incluso la pesada lluvia le suponía un alivio; un alivio, también, porque se movía y sugería débilmente conceptos como vida y compañía), oyó las campanadas de una iglesia distante dando las diez. ¡Solo las diez! ¿Cómo iba a pasar el tiempo hasta que la posada volviera a abrir sus puertas por la mañana?

En otras circunstancias, habría bajado al bar del establecimiento, habría pedido un grog y se habría reído y habría charlado con los presentes con tanta familiaridad como si los hubiera conocido de toda la vida. Pero la misma idea de matar el rato de aquel modo le parecía ahora desagradable. La nueva situación en la que se encontraba parecía haberle cambiado. Hasta entonces, su vida había sido la vida corriente, prosaica, trivial y superficial de un hombre joven y próspero, sin problemas que resolver y sin duras pruebas a las que enfrentarse. No había perdido ningún pariente al que amara, y tampoco ningún amigo al que apreciara. Hasta aquella noche, la porción de esa inmortal herencia que se recibe dividida entre todos nosotros había yacido dormida en su interior. Hasta aquella noche, la Muerte y él no se habían encontrado, ni siquiera en forma de idea.

Dio un par de vueltas alrededor de la habitación, después se detuvo. El ruido que

hacían sus botas sobre el suelo pobremente cubierto le estaba poniendo los pelos de punta. Dudó un rato, y acabó por quitarse las botas para seguir caminando de un extremo al otro sin hacer ruido.

Todo deseo de dormir o descansar le había abandonado. La mera idea de tumbarse en la cama desocupada le provocaba instantáneamente la imagen mental de una terrible imitación de la posición del hombre muerto. ¿Quién sería? ¿Cómo habría sido su vida? Debía de haber sido pobre, o de otro modo no se habría detenido en un lugar como la posada Los Dos Petirrojos. Y probablemente se había ido debilitando a causa de una larga enfermedad, si no, difícilmente podría haber fallecido del modo en que lo había descrito el posadero. Pobre, enfermo, solo, muerto en un lugar extraño; muerto, sin nadie más que un desconocido para compadecerle. Una triste historia, ciertamente. Una historia muy triste.

Mientras estos pensamientos cruzaban su mente, Arthur se detuvo inconscientemente junto a la ventana, cerca del piecero de la cama y de la cortina echada. Al principio lo contempló con aire ausente; después fue consciente de que sus ojos estaban fijos en él, y finalmente un deseo perverso de hacer precisamente aquello que había decidido evitar, contemplar al muerto, se apoderó de él.

Alargó la mano hacia las cortinas, pero se detuvo en el mismo instante en que iba a descerrarlas. Le dio la espalda a la cama con energía y caminó hacia la chimenea para ver qué objetos estaban situados sobre la repisa, en busca de algún entretenimiento que mantuviera al difunto lejos de sus pensamientos.

Encontró un juego de escritura de peltre, con algunos restos de tinta mohosa en la botella, y también dos toscos adornos de porcelana de lo más vulgar. Por último vio una placa sucia y atacada por las moscas, en cuya superficie se podía leer una colección de retorcidos acertijos impresos en relieve mediante todo tipo de tintas coloreadas y dispuestos en zigzag. Cogió la placa y fue a leerla en la mesa sobre la que había colocado la vela, sentándose resueltamente de espaldas a la cama tapada.

Leyó el primer acertijo. Después leyó el segundo, y el tercero... hasta haber completado todos los situados en una de las esquinas de la placa. Después se dirigió impacientemente hacia otra. Antes de poder empezar a leer los acertijos allí reunidos se vio interrumpido por el sonido de las campanadas de la iglesia.

Las once.

Había pasado una hora entera con el muerto en la habitación.

Una vez más, dedicó su atención a la placa. No resultaba fácil distinguir las letras impresas, debido a lo mortecino de la luz que le había dejado el posadero. Una vulgar palmatoria, acompañada de un par de pesadas y anticuadas tijeras. Hasta aquel momento su mente había estado demasiado ocupada en otras cosas como para pensar en la luz. No había retirado los trozos quemados de la mecha, y en consecuencia esta había quedado por encima de la llama, adquiriendo en la parte superior una curiosa forma, de la cual caían de vez en cuando, como si fueran copos, fragmentos chamuscados de fibra de algodón. Cogió las tijeras y recortó la mecha. La luz ganó en

brillo y la habitación se hizo un poco menos siniestra.

Regresó a los acertijos, y se esforzó obstinadamente en concentrarse en su lectura; primero los de un extremo de la placa, después los del otro. Todos sus esfuerzos, sin embargo, no sirvieron para centrar su atención en ellos. Continuó su ocupación mecánicamente, pero sin recibir ninguna impresión de lo que estaba leyendo. Era como si la sombra de la cama cubierta por cortinas se interpusiera entre su mente y las letras alegremente impresas; una sombra que nada podía disipar. Al final, se rindió y dejó de luchar; arrojó la placa lejos de sí con impaciencia y volvió a recorrer la habitación de arriba abajo.

El hombre muerto, el hombre muerto, ¡el hombre muerto y *escondido* tras aquellas cortinas!

Aquella era una idea que le acosaba persistentemente. ¡Escondido! ¿Era solo el cuerpo, o era el cuerpo *oculto* lo que se cebaba en su mente? Se detuvo frente a la ventana ponderando esa duda, escuchando una vez más la lluvia que golpeaba los cristales mientras contemplaba la negra oscuridad.

¡No podía dejar de pensar en el muerto!

La oscuridad forzó a su mente a refugiarse en sí misma y puso en marcha su memoria, reviviendo, con un detallismo dolorosamente vívido, la momentánea impresión que había recibido al echar el primer vistazo al cadáver. En breve, el rostro del difunto pareció flotar frente a él en medio de la oscuridad, más pálido aún que cuando lo había visto por primera vez, enfrentándosele desde el otro lado de la ventana. Aquella terrible y borrosa línea de luz que aparecía entre los párpados mal cerrados era más ancha de lo que en un principio le había parecido; los labios se separaban más y más el uno del otro; sus rasgos se estaban haciendo cada vez más grandes y no dejaban de acercarse, hasta que parecieron llenar la ventana, y silenciar la lluvia, y acallar la noche.

El sonido de una voz gritando al pie de las escaleras le despertó súbitamente del sueño en que le había sumido su propia imaginación destemplada. La reconoció como la voz del posadero.

—Cierra a las doce, Ben —le oyó decir—. Yo me voy a la cama.

Se limpió el sudor que se le había acumulado en la frente, razonó consigo mismo un rato y decidió liberar su cerebro de la macabra fantasía que aún le acosaba obligándose a confrontarla, aunque solo fuera un momento, con la solemne realidad. Sin permitirse un instante de duda, separó las cortinas del piecero de la cama y miró al interior.

Allí estaba el rostro triste, pacífico y pálido, apoyado sobre la almohada con todo el terrible misterio de la rigidez grabado en él. ¡Ningún movimiento, ningún cambio se había producido! Solo le miró un momento antes de volver a correr las cortinas, pero aquel momento le tranquilizó, le calmó, le restauró la mente y el cuerpo hasta permitirle volver a ser él mismo.

Regresó a su ocupación de recorrer la habitación de un extremo al otro,

perseverando en ella hasta que volvieron a sonar las campanadas.

Las doce.

Mientras el sonido de las campanas moría en la distancia, empezó a fundirse con un confuso ruido proveniente del piso de abajo, producido por los bebedores al abandonar el bar de la posada. La siguiente cosa que oyó, tras un breve intervalo de silencio, fue el ruido producido por el cerrojo de la puerta y por el cierre de los postigos en la parte trasera de la posada. Después volvió a reinar el silencio, y ya nada volvió a interrumpirlo.

Ahora se encontraba a solas, absoluta e irrevocablemente a solas con el muerto hasta que llegara la mañana.

La mecha de la vela requería un nuevo recorte. Arthur cogió las tijeras, pero cuando estaba a punto de utilizarlas se detuvo de repente. Observó atentamente la vela, después miró por encima de su hombro en dirección a la cama cubierta, y a continuación volvió a concentrar su atención en la vela. El posadero la había encendido por primera vez para mostrarle el camino mientras subían las escaleras, y ya se habían consumido al menos tres partes de la misma. En una hora a lo sumo, la vela se habría consumido del todo. En una hora, a menos que llamase de inmediato al hombre que acababa de cerrar la posada para pedirle una vela nueva, Arthur se quedaría completamente a oscuras.

Pese a lo fuertemente que se había visto afectada su mente desde que había entrado en la habitación, su poco razonable pavor a exponerse al ridículo y a poner su valor bajo sospecha no había perdido todavía su influencia sobre él.

Remoloneó junto a la mesa sin decidirse, esperando a ver si lograba imponerse sobre sí mismo y conseguía abrir la puerta y llamar desde el rellano de la escalera al hombre que había cerrado la posada. Inmerso como estaba en aquel estado dubitativo, encontró una especie de alivio en la distracción que le supuso entretenerse unos instantes en la tarea de recortar la mecha de la vela. Pero su mano temblaba ligeramente, y además las tijeras eran pesadas y complicadas de manejar. Cuando las cerró sobre la mecha, lo hizo demasiado abajo. En un instante, la vela se había apagado y la habitación se vio sumida en la más absoluta oscuridad.

La única impresión inmediata que le produjo la ausencia de luz fue desconfianza de aquella cama rodeada con cortinas. Una desconfianza que no podía tomar la forma de ninguna idea concreta, pero que era lo suficientemente poderosa, incluso pese a su vaguedad, como para atenazarle e inmovilizarle en su silla, hacer que su corazón latiera más deprisa y obligarle a escuchar con intensidad. Aparte del familiar ruido de la lluvia golpeando contra la ventana, con más energía y ruido que hasta aquel momento, ningún otro sonido se produjo en la habitación.



Aun así, la vaga desconfianza y el inexpresable temor le siguieron dominando e inmovilizando en su silla. Nada más entrar en la habitación, Arthur había colocado su maletín sobre la mesa, de modo que ahora tomó del bolsillo la llave del mismo, extendió la mano suavemente, lo abrió y tanteó en su interior en busca de su escritorio de viaje, donde sabía que encontraría algunas cerillas. Cuando encontró una, esperó antes de encenderla (raspándola contra la rugosa madera de la mesa), y escuchó atentamente de nuevo, sin saber por qué. Salvo el incesante y regular tamborileo de la lluvia, ningún ruido se oía en la habitación.

Sin más dilación, volvió a encender la vela, y en el mismo instante en que esta prendió, sus ojos se dirigieron de inmediato hacia la cama cubierta.

Justo antes de que la luz se apagase, había mirado en aquella dirección y no había observado ningún cambio apreciable, ningún tipo de desorden en los pliegues de las abombadas cortinas.

Cuando volvió a mirar hacia la cama, vio una mano blanca colgando sobre uno de los costados.

Yacía completamente inmóvil, descolgándose por encima de la parte central de la cama en el punto preciso en que la cortina que partía del cabecero y la que empezaba en el piecero se juntaban. No se veía nada más. Las cortinas ocultaban todo salvo aquella larga y blanca mano.

Permaneció allí contemplándola; incapaz de moverse; incapaz de llamar a nadie, sin sentir nada; sin saber nada. Todas las facultades que poseía se habían reunido y fundido en una sola capacidad: la de ver. Nunca pudo saber con certeza durante cuánto tiempo permaneció atenazado por aquel primer pánico. Podría haber sido un solo instante, o podrían haber sido varios minutos. Cómo se acercó hasta la cama, si se abalanzó sobre ella o si se aproximó lentamente, cómo consiguió obligarse a descorrer las cortinas y cómo reunió el valor para mirar, es algo que nunca ha recordado y nunca recordará hasta el día de su muerte. Baste saber que se acercó a la cama, y que miró detrás de las cortinas.

El hombre se había movido. Uno de sus brazos había salido de debajo de las ropas de la cama, su cara se había girado un poco sobre la almohada y sus párpados se habían abierto por completo. Pero aunque había cambiado de posición, el rostro permanecía terrible y extraordinariamente inalterado. La mortal palidez y la mortal quietud seguían presentes en él.

A Arthur le bastó un vistazo para comprobar aquello; un vistazo antes de abalanzarse sin aliento hacia la puerta para alarmar a los ocupantes de la posada.

El hombre al que el posadero había llamado «Ben» fue el primero en aparecer en las escaleras. Arthur le dijo lo que había pasado y le envió a buscar al doctor más próximo.

Yo, el narrador de esta historia, vivía entonces con un médico amigo mío que practicaba en Doncaster, y me estaba encargando de sus pacientes debido a que había tenido que marchar de visita a Londres. De modo que el doctor más cercano era, al

menos de momento, yo. Ya por la tarde me habían enviado a buscar de la posada, pero al no encontrarme en casa se había buscado asistencia médica en otra parte. Cuando el hombre de Los Dos Petirrojos llamó a mi puerta, me encontró a punto de irme a la cama. Naturalmente, no creí una sola palabra de su historia sobre «un muerto que había vuelto a la vida». En todo caso, me puse el sombrero, me armé con una o dos botellas de reconstituyentes y corrí hasta la posada, esperando no encontrar nada más destacable que algún paciente indispuerto cuando llegase allí.

Mi sorpresa al descubrir que el hombre había dicho literalmente la verdad fue casi tan grande, si no igual, que el asombro que me produjo encontrarme frente a frente con Arthur Holliday tan pronto como entré en el dormitorio. No era momento de pedir o dar explicaciones. Sencillamente nos estrechamos la mano asombrados, y después yo ordené a todos menos a Arthur que salieran de la habitación y me apresuré a atender al hombre de la cama.

El fuego de la cocina no llevaba demasiado rato apagado. Todavía quedaba mucha agua caliente en la olla y teníamos toallas en abundancia. Con esto, mis medicinas y con la ayuda que Arthur fue capaz de brindarme siguiendo mis instrucciones, arranqué al hombre, literalmente, del abrazo de la muerte. En menos de una hora a partir del momento en que me habían avisado, volvía a estar vivo y hablando en la misma cama sobre la que le habían dejado a la espera de la encuesta del juez de instrucción.

Naturalmente, ustedes me preguntarán cuál era la dolencia que le había afectado, y yo podría ofrecerles, a modo de respuesta, una larga teoría bien aderezada con lo que los niños llaman palabras difíciles. Prefiero decirles que, en este caso, la causa y el efecto no casaban satisfactoriamente con ninguna teoría conocida. Hay misterios en la vida y en sus condiciones que la ciencia humana todavía no ha sido capaz de desvelar, y cándidamente les confieso que al devolver a aquel hombre a la vida, yo estaba, moralmente hablando, dando tumbos en la oscuridad. Sé (a través del testimonio del doctor que le había tratado por la tarde) que su maquinaria vital se había detenido sin lugar a dudas, al menos en lo que se refiere a las acciones apreciables por nuestros sentidos. Pero estoy igualmente convencido (viendo que fui capaz de reavivarle) de que el principio vital aún no se había extinguido por completo. Cuando añada que el hombre había sufrido una larga y complicada enfermedad que había trastornado la totalidad de su sistema nervioso, les habré contado todo lo que sabía sobre las condiciones físicas de mi difunto paciente de la posada Los Dos Petirrojos.

Cuando «volvió en sí», como se suele decir, seguía resultando una visión sobrecogedora, con su cara incolora, sus mejillas hundidas, sus negros ojos desorbitados y su largo pelo negro. La primera pregunta que me hizo cuando pudo hablar fue sobre sí mismo, y me hizo sospechar que había atendido a un hombre de mi propia profesión. Le mencioné mi suposición y me confirmó que estaba en lo cierto.

Dijo que había llegado de París, ciudad en la que había estado vinculado a un hospital. Que había regresado a Inglaterra de camino a Edimburgo para continuar sus estudios, que había enfermado en pleno viaje, y que se había detenido para descansar y recuperarse en Doncaster. No añadió, sin embargo, ni una sola palabra sobre su nombre o sobre quién era. Por supuesto, no le pregunté al respecto. Todo lo que le pregunté, una vez hubo terminado de hablar, fue qué rama de la profesión pretendía seguir.

—Cualquier rama —dijo amargamente— que ponga pan en la mesa de un hombre pobre.

Al oír aquello, Arthur, que hasta entonces había estado observándole con silenciosa curiosidad, se abalanzó impetuosamente sobre él con su habitual buen humor.

—Mi querido amigo —todo el mundo era «mi querido amigo» en lo que a Arthur concernía—, ahora que acaba de regresar a la vida, no empiece a deprimirse ante sus perspectivas. Yo respondo por ellas. Puedo ayudarle a hacer cosas importantes en el campo de la medicina. Y si yo no puedo, mi padre podrá.

El estudiante de medicina le contempló fijamente.

—Gracias —dijo con frialdad; después añadió—: ¿Puedo preguntarle quién es su padre?

—Es bien conocido por esta parte del país —contestó Arthur—. Es un gran industrial, y su nombre es Holliday.

Mi mano estaba sobre la muñeca del hombre mientras esta breve conversación tenía lugar. En el instante en que el nombre de Holliday fue pronunciado, sentí que su pulso se agitaba entre mis dedos, se detenía, volvía a latir de improviso y mantenía un ritmo febril durante los minutos siguientes.

—¿Cómo ha llegado usted aquí? —preguntó el desconocido rápidamente, excitado, casi con pasión.

Arthur relató brevemente lo que le había sucedido desde que había solicitado alojamiento en la posada.

—Entonces, estoy en deuda con el hijo del señor Holliday por conseguirme la ayuda que me ha salvado la vida —dijo el estudiante de medicina, hablando consigo mismo con un singular tono de sarcasmo en la voz—. ¡Venga aquí!

Extendió, mientras hablaba, su larga, blanca y huesuda mano derecha.

—De todo corazón —dijo Arthur estrechando su mano cordialmente—, debo confesarle —continuó, riendo—, por mi honor, que casi me ha aterrorizado.

El desconocido no pareció escucharle. Sus desorbitados ojos negros se habían fijado con una mirada de ansioso interés en el rostro de Arthur, y sus dedos largos y huesudos mantenían firmemente agarrada la mano de mi amigo. El joven Holliday, por su parte, le devolvía la mirada, sorprendido y perplejo por el extraño modo de hablar y comportarse del estudiante de medicina. Las dos caras estaban cerca una de la otra. Las observé, y ante mi sorpresa, me vi repentinamente asombrado a causa del

parecido entre ambos; no en rasgos o compleción, sino en la expresión. Debió de ser un parecido realmente notable, o ciertamente yo no me habría fijado, ya que normalmente soy bastante lento a la hora de encontrar parecidos entre rostros.

—Ha salvado usted mi vida —dijo el desconocido, todavía mirando fijamente a la cara de Arthur y agarrando fuertemente su mano—. Si hubiera sido usted mi propio hermano, no podría haber hecho más por mí.

Puso un énfasis singularmente fuerte en aquellas tres palabras, «mi propio hermano», y un cambio se produjo en su rostro al pronunciarlas. Un cambio que mi lenguaje no es capaz de describir.

—Espero poder hacerle todavía algún servicio más —dijo Arthur—. Hablaré con mi padre tan pronto como llegue a casa.

—Parece usted amar a su padre y sentirse orgulloso de él —dijo el estudiante de medicina—. ¿Supongo que, a cambio, también él le amará y se mostrará orgulloso de usted?

—Por supuesto que sí —respondió Arthur riendo—. ¿Qué tiene eso de extraordinario? ¿Acaso no está su padre orgulloso de...?

El desconocido había soltado de repente la mano del joven Holliday y había vuelto su rostro en otra dirección.

—Le ruego que me disculpe —dijo Arthur—. Espero no haberle causado algún disgusto involuntario. Espero que no haya perdido usted a su padre.

—No puedo perder lo que nunca he tenido —replicó el estudiante de medicina, con una risa burlona y áspera.

—¡Que nunca ha tenido!

El desconocido volvió a agarrar de repente la mano de Arthur, y volvió a mirarle directamente a la cara.

—Sí —dijo, repitiendo su amarga risa—. Ha traído usted de vuelta al mundo a un pobre diablo que no tiene nada que hacer en él. ¿Le sorprende? ¡Vaya! Es mi voluntad contarle lo que otros hombres en mi situación habitualmente mantienen en secreto. No tengo ni apellido ni padre. ¡La piadosa ley de la Sociedad dice que soy un don nadie! ¿Por qué no le pregunta a su padre si acepta ser también el mío y si me ayudará a seguir mi vida con el nombre de su familia?

Arthur me miró más perplejo que nunca.

Le hice una señal de que no dijese nada, y después volví a colocar mi mano sobre la muñeca del hombre. ¡No! A pesar de la extraordinaria declaración que acababa de hacer, no estaba, como yo había sospechado, empezando a delirar. Su pulso había vuelto a tranquilizarse y se mantenía regular; su piel estaba húmeda y fresca. No tenía un solo síntoma de fiebre o de agitación.

Al ver que ninguno de los dos le contestábamos, se volvió hacia mí, empezó a hablar de la extraordinaria naturaleza de su caso, y me solicitó consejo sobre el futuro tratamiento al que debería someterse a sí mismo. Le dije que el asunto requería mayor reflexión, y le sugerí enviarle una prescripción algo más tarde. Me pidió que la

escribiera de inmediato, ya que lo más probable era que abandonase Doncaster por la mañana, antes de que yo me hubiera levantado. Fue completamente inútil advertirle de la locura y el peligro que un comportamiento como aquel suponía. Él me escuchó con educación y paciencia, pero se mantuvo firme en su resolución, sin ofrecerme razones ni explicaciones. Después me repitió que si deseaba ofrecerle una oportunidad de ver mi prescripción, debería escribirla de inmediato.

Al oír aquello, Arthur me ofreció su escritorio portátil que, según dijo, había traído consigo y, tras acercarlo a la cama, extrajo del bolsillo del maletín un cuaderno de notas con su habitual estilo descuidado. Junto a los papeles, sobre la colcha de la cama, cayó un pequeño paquete de esparadrapo y una acuarela de un paisaje.

El estudiante de medicina tomó el dibujo y lo contempló. Su mirada se fijó en unas iniciales cuidadosamente escritas en cifra, junto a una de las esquinas. Entonces se sobresaltó y empezó a temblar; su rostro pálido se volvió más blanco de lo normal; sus desorbitados ojos negros se dirigieron a Arthur y parecieron atravesarle con la mirada.

—Un bonito dibujo —dijo en un tono de voz notablemente calmado.

—¡Ah! ¡Y realizado por una bonita muchacha! —dijo Arthur—. ¡Oh, qué muchacha más bella! ¡Ojalá fuera un retrato suyo, y no un paisaje!

—¿La admira mucho?

Arthur, medio en broma medio en serio, se besó la mano a modo de respuesta.

—Amor a primera vista —dijo el joven Holliday, volviendo a guardar el dibujo—. Pero no acaba de madurar. Se trata de la misma vieja historia de siempre. Como suele pasar en estos casos, ya le ha entregado su mano a otro. Ahora se ve encadenada a causa de un impetuoso compromiso con un pobre hombre que nunca va a tener el suficiente dinero para casarse con ella. Tuve suerte de enterarme a tiempo, o de lo contrario me habría arriesgado a declararme cuando me entregó ese dibujo. ¡Aquí tiene, doctor! ¡Pluma, tinta y papel, todo listo para usted!

—¡Cuando le entregó ese dibujo! ¡Le entregó! ¡Le entregó!

Mi paciente repitió lentamente para sí las palabras, y de repente cerró los ojos. Una momentánea distorsión pasó por su rostro y vi que una de sus manos agarraba la ropa de la cama y la apretaba con fuerza. Pensé que iba a recaer, y les rogué a ambos que no siguieran charlando. Él abrió los ojos cuando me oyó hablar, los volvió a fijar una vez más, escrutadores, en Arthur, y dijo lenta y articuladamente:

—A usted le gusta, y a ella le gusta usted. Ese pobre hombre puede morir y quitarse de su camino. Después de todo, ¿quién puede asegurarle que ella no se le vaya a entregar como le ha entregado el dibujo?

Antes de que el joven Holliday pudiera responder, el estudiante se volvió hacia mí y me dijo en un susurro:

—Y ahora, veamos esa prescripción.

A partir de aquel momento, no volvió a hablar con Arthur; ni siquiera volvió a mirarle.

Cuando hube terminado de redactar la prescripción, la examinó, la aprobó y después nos sorprendió a ambos deseando buenas noches abruptamente. Le ofrecí quedarme velando junto a su lecho y negó con la cabeza. Arthur se ofreció para lo mismo y le respondió secamente con el rostro vuelto en otra dirección:

—No.

Insistí en que alguien debía quedarse vigilándole. Al final, cuando vio que insistía en ello, cedió y dijo que aceptaría los servicios del camarero de la posada.

—Gracias a los dos —dijo cuando nos levantamos para marcharnos—. Solo tengo un último favor que solicitarle, no a usted, doctor, ya que confío en que ejercerá la discreción propia de su profesión, sino al señor Holliday.

Sus ojos, mientras hablaba, seguían fijos en mí, y no se volvieron para mirar a Arthur ni en una sola ocasión.



—Le ruego al señor Holliday que no mencione a nadie, y mucho menos a su padre, los hechos que hoy han ocurrido en esta habitación. Le invito a que me entierre en su memoria del mismo modo que me podría haber enterrado en una tumba de no ser por su afortunada intervención. No puedo darle explicaciones para esta extraña petición. Solo puedo implorarle que me la conceda.

La voz le falló por primera vez y el estudiante enterró la cara en la almohada. Arthur, completamente desconcertado, le prometió que así lo haría. Me llevé al joven Holliday conmigo hasta la casa de mi amigo, decidido a regresar a la posada para ver de nuevo al estudiante de medicina antes de que se marchara por la mañana.

Regresé a la posada a las ocho en punto, absteniéndome a propósito de despertar a Arthur, que estaba recuperándose de las emociones de la noche anterior durmiendo en uno de los sofás de mi amigo. Tan pronto como me había quedado a solas en mi dormitorio se me había ocurrido una sospecha que me hizo decidir que Holliday y el desconocido no deberían volver a encontrarse mientras yo pudiera evitarlo.

Ya he aludido a los rumores, o escándalos, que me habían llegado en relación con la juventud del padre de Arthur. Mientras estaba en mi cama, pensando en lo que había sucedido en la posada (el cambio en el pulso del estudiante cuando había oído el nombre de Holliday; el parecido en la expresión que había descubierto entre su rostro y el de Arthur; el énfasis que había puesto en estas tres palabras: «mi propio hermano»; y su incomprensible reconocimiento de su ilegitimidad), mientras estaba pensando en todas estas cosas, los rumores que ya he mencionado acudieron inesperadamente a mi mente, y se convirtieron en nuevos eslabones de la misma cadena reflexiva. Algo en mi interior me susurró:

—Mejor será que esos dos jóvenes no vuelvan a encontrarse.

Así lo sentí antes de dormirme, y así lo sentí al despertarme. Al día siguiente, como ya les he dicho, acudí solo a la posada.

Sin embargo, había perdido la oportunidad de volver a ver a mi paciente anónimo. Cuando pregunté por él hacía ya casi una hora que se había marchado.

Ya les he contado todo lo que sé con seguridad en relación con el hombre que devolví a la vida en la habitación doble de la posada de Doncaster. Lo que voy a añadir ahora no es sino fruto de la conjetura y las suposiciones, y en ningún caso un hecho demostrable estrictamente hablando.

Antes que nada, tengo que decirles que el estudiante de medicina acertó extraña e inexplicablemente al asumir como más que probable la posibilidad de que Arthur Holliday se casara con la joven dama que le había entregado el dibujo a acuarela de un paisaje. Dicha boda tuvo lugar poco más de un año después de que hubieran sucedido los hechos que acabo de relatar.

La joven pareja se trasladó a vivir a la misma comarca en la que yo ejercía entonces. Estuve presente en su boda y me sorprendí bastante al descubrir que, tanto antes como después de la ceremonia, Arthur se mostraba singularmente reservado conmigo al respecto del anterior compromiso de la joven. Únicamente hizo referencia

al mismo en una sola ocasión, cuando nos encontrábamos a solas, contándome meramente que su esposa había realizado todo lo que el honor y el deber requerían de ella, y que el compromiso se había roto con la total aprobación de los padres de ella. Nunca volví a oír nada más por su parte. Durante tres años él y su esposa vivieron felices. Después de aquello, la señora de Arthur Holliday empezó a presentar los síntomas de una grave enfermedad. Resultó ser una afección larga, dolorosa e incurable, y yo la atendí en todo momento. Habíamos sido buenos amigos mientras había disfrutado de buena salud, y a lo largo de su enfermedad nos vimos más unidos que nunca. Mantuve muchas extensas e interesantes conversaciones con ella en los intervalos en los que menos sufría, y quiero relatarles el resultado de una de ellas, dejando que sean ustedes mismos quienes extraigan sus propias conclusiones.

La entrevista a la que me voy a referir se desarrolló poco antes de su muerte.

Acudí a visitarla una tarde, como de costumbre, y la encontré a solas con aspecto de haber estado llorando. Al principio solo quiso decirme que se había sentido algo deprimida; pero, poco a poco, se fue volviendo más comunicativa y me confesó que había estado repasando algunas antiguas cartas que le habían sido dirigidas, antes de conocer a Arthur, por un hombre con el que había estado prometida. Le pregunté por qué se había roto aquel compromiso. Me respondió que no se había roto exactamente, sino que más bien había muerto lenta y misteriosamente. La persona a la que se había prometido (su primer amor, le llamó) era muy pobre, y no existían unas perspectivas inmediatas de que pudieran casarse. Estaba siguiendo mi profesión, y viajó al extranjero para estudiar. Habían mantenido correspondencia regularmente hasta el momento en que, creía ella, él regresó a Inglaterra. A partir de entonces no volvió a tener noticias de él. Era de temperamento sensible y quejumbroso, y temía haber hecho inadvertidamente algo que le hubiera ofendido. Fuera o no esa la razón, lo cierto es que nunca volvió a escribir. Y tras esperar un año, se casó con Arthur. Le pregunté cuándo había sucedido aquello, y descubrí que la correspondencia de su primer amor había dejado de llegar al mismo tiempo que yo había sido llamado para atender a mi misterioso paciente de la posada Los Dos Petirrojos.

A las dos semanas de haber mantenido esta conversación, ella murió. Con el transcurrir del tiempo, Arthur se volvió a casar. En los últimos años ha vivido principalmente en Londres y apenas he sabido nada de él.

Aún tengo que adelantarme unos años antes de poder acercarme a algo parecido a una conclusión para esta fragmentada narración. E incluso cuando lleguemos a ese periodo posterior, lo poco que tengo que añadir no ocupará su atención más que un par de minutos.

Una tarde lluviosa de otoño, mientras todavía seguía ejerciendo como médico rural, me encontraba sentado a solas, reflexionando sobre un caso al que entonces estaba atendiendo y que me desconcertaba dolorosamente, cuando oí que llamaban delicadamente a la puerta de mi habitación.

—Entre —grité, mirando curiosamente quién quería verme.

Tras un momentáneo titubeo, la manilla se movió y una mano alargada, blanca y huesuda agarró el canto de la puerta para empujarla con suavidad por encima de un pliegue de la alfombra que le impedía recorrer libremente sus bisagras. A la mano la siguió un hombre cuyo rostro me produjo de inmediato una extraña sensación. Había algo familiar en su aspecto, y sin embargo había también algo que sugería una idea de cambio.

Se presentó afablemente como el «señor Lorn», me mostró unas excelentes recomendaciones profesionales, y me propuso cubrir el puesto, entonces vacante, de ayudante. Mientras estaba hablando, me pareció peculiar que no pareciéramos estar tratándonos como completos desconocidos, y que pese a que ciertamente yo me había alterado al verle, él no estaba en absoluto alterado por verme a mí.

Estuve a punto de decirle que creía que nos habíamos visto con anterioridad. Pero había algo en su rostro, y algo en mis propios recuerdos, que inexplicablemente me impidió hacerlo, y que igual de inexplicablemente me atrajo de inmediato hacia él y me hizo sentirme feliz de aceptar su propuesta.

Ocupó su puesto de ayudante aquel mismo día. Desde un primer momento nos tratamos como si hubiéramos sido viejos amigos, pero durante todo el tiempo que estuvo residiendo en mi casa nunca se ofreció a hacer ninguna confidencia sobre su vida pasada, y yo nunca me aproximé a ese tema prohibido salvo por algunas alusiones que él simuló con resolución no entender.

Hacía ya tiempo que había tenido la noción de que aquel paciente de la posada podría haber sido un hijo natural del mayor de los señores Holliday, y también sospechaba que podría haberse tratado asimismo del primer prometido de la primera esposa de Arthur. Ahora, se me ocurre una tercera idea: que el señor Lorn era la única persona sobre la faz de la tierra que, de haber querido, hubiera podido despejar mis dudas sobre cualquiera de aquellos dos puntos. Pero nunca eligió hacerlo, de modo que me quedé con la duda. Permaneció a mi servicio hasta que yo me trasladé a Londres para probar por segunda vez fortuna como físico. A partir de aquel momento, él siguió su camino y yo el mío, y no hemos vuelto a vernos desde entonces.

No puedo añadir nada más. Podría haber tenido razón, o podría haberme equivocado. Todo lo que sé es que, durante aquellos días como médico rural, cuando llegaba a casa tarde y, al encontrarme dormido a mi ayudante, le despertaba, acostumbraba hacerlo de un modo extraordinariamente parecido al modo en que se había incorporado de la cama el desconocido de Doncaster en el transcurso de aquella noche memorable.



WILKIE COLLINS (Londres, 1824-1889), como buen escritor victoriano siempre demostró cierto interés por lo macabro. Por lo que no es de extrañar que su afición juvenil a la novela gótica le hiciera encariñarse con los relatos de fantasmas. No obstante, su peculiar racionalismo y su acusada preocupación por los temas sociales le llevaron a abordar la narrativa fantástica con un estilo realmente único.

Los cuentos reunidos en esta antología encabezada por *Monkton el loco* tienen en común un tono socarrón, que en ocasiones tiende incluso a lo paródico, y un marcado acento cotidiano. Esto permite que lo fantástico se integre de un modo tan natural en la narración que hasta puede llegar a resultar desconcertante.

FIDEL MARTÍNEZ (Sevilla, 1979) compagina su labor de ilustrador con la de historietista y diseñador gráfico y multimedia. Ganó el primer premio en el Certamen de Cómics e Ilustración del Injuve de 2003. Fue nominado al autor revelación y a la mejor obra por *Cuerda de presas* (2005) en el Salón Internacional del Cómic de Barcelona de 2006 —obra que será posteriormente editada en Francia—, en la que, junto al guionista Jorge García, recrea la vida de las presas políticas españolas durante los primeros años de la dictadura franquista. Con *Hacerse nadie* (2007), un sentido homenaje al género de la serie negra más clásica, vuelve a colaborar con Jorge García, al tiempo que también firman ambos la serie *Enviado especial* en la desaparecida revista *Humo* (2006-2007), con un reportero de prensa escrita como protagonista.

Notas

[1] Las referencias pictóricas contenidas en *Una cama terriblemente extraña* se deben a que este cuento, al igual que los demás incluidos originalmente en el libro *After Dark*, compartía la particularidad de estar narrado por diferentes personas a un mismo interlocutor, un pintor llamado Kerby al que en unas ocasiones se alude directamente (como en *The Stolen Letter*, en el que realiza un retrato del narrador al mismo tiempo que este le narra su historia) y en otras, como la presente, de forma tangencial. (N. del T.) <<

[2] *Viaje alrededor de mi habitación*, de Xavier de Maistre. (N. del T.) <<

[3] Se refiere a Samuel Johnson. (*N. del T.*) <<

[4] Juego de palabras intraducible. Además de dama y mozo de cuadra, Lady y Groom, los términos utilizados por Collins en esta frase para expresar el deslumbramiento del protagonista por una mujer de una clase diferente a la suya, pueden usarse también como sinónimos de novia y prometido, de ahí que unas líneas más abajo se haga referencia a una futura boda. (*N. del T.*) <<

[5] «Estamos hechos de la materia de la que están hechos los sueños, y nuestra pequeña vida está rodeada por un sueño». (*N. del T.*) <<